

Vida

Heinrich Seuse

Edición de Blanca Garí

Siruela



Heinrich Seuse

Vida

Edición y traducción del alto alemán medio de
Blanca Garí

 Siruela

El Árbol del Paraíso

Índice

Cubierta
Portadilla
Vida
Introducción
Nota a la presente edición
Vida
Prólogo del Ejemplar1
Primer libro, Vida
Ilustraciones
Bibliografía
Índice bíblico
Índice de autores
Notas
Créditos

Vida



Introducción

Heinrich Seuse (c. 1295-1366) llevó a cabo en los últimos años de su vida la escritura y compilación en un único volumen de una parte importante de sus escritos en alto alemán medio con el objetivo explícito de dejar para la posteridad una versión autorizada de los mismos. A este trabajo de madurez, Seuse le dio el nombre, cargado de significados polivalentes, de *Ejemplar*¹. El *Ejemplar* está compuesto por un prólogo y cuatro libros dispuestos en orden no cronológico: el primero es el libro que se conoce comúnmente como la *Vida*, aunque en varios de los manuscritos medievales carece de título y en otros simplemente encabeza el texto la frase «Aquí empieza la primera parte de este libro que se llama *Der Suse*»; acabado de escribir en los años de su vejez, se narra en él en tercera persona la vida del «Servidor de la eterna Sabiduría», que se identifica, como áter ego literario, con el propio Seuse. El segundo libro lleva por título *Pequeño libro de la eterna Sabiduría*; se trata de un texto escrito hacia 1330 en el que Seuse, partiendo de la revelación de cien meditaciones durante la contemplación de un crucifijo, enseña a lo largo de sus páginas a con-formarse con la pasión de Cristo y la compasión de María a través de un diálogo entre la eterna Sabiduría y el Servidor, nombre con el que, también aquí, el autor se refiere a sí mismo. El tercer libro es el *Pequeño libro de la Verdad*, obra en la que Seuse defiende, en el ambiente tenso de los años del proceso contra Eckhart (1327-1329), las tesis del que fuera su maestro en Colonia; tesis –dicen maltratadas a veces por personas, ignorantes aunque espirituales, que las han malinterpretado. Y finalmente cierra el *Ejemplar* un cuarto libro, el *Pequeño libro de las cartas*, donde se recoge una selección reelaborada de la correspondencia que Seuse había mantenido con –entre otras mujeres– la religiosa del convento de dominicas de Töss, Elsbet Stigel, quien las compiló en lo que se conoce como el *Gran libro de las cartas*. Al margen del *Ejemplar* y las *Cartas* conservamos únicamente dos sermones de probada autenticidad y, sobre todo, la versión latina del *Pequeño libro de la eterna Sabiduría*, el *Horologium Sapientiae*, que alcanzará cotas de difusión extraordinarias al final de la Edad Media y en la Europa Moderna².

Si queremos indagar en la figura de Heinrich Seuse hemos de acudir necesariamente a las informaciones que nos ofrecen estos textos. Todo cuanto hoy sabemos de la vida de este predicador de Constanza, discípulo de Eckhart, procede, con práctica exclusividad, de lo que dice de sí mismo en sus escritos, a los que solo podemos añadir las menciones que de él o de su obra hace Heinrich von Nördlingen en sus cartas a Margaretha Ebner y algunas noticias procedentes de fechas posteriores a su muerte³; el perfil que se trace de su figura depende pues casi por completo de la interpretación que se haga de sus textos y del grado de literalidad que se le otorgue al juego de identificación/diferencia entre el

fraile predicador Heinrich Seuse y el principal personaje de algunas de sus obras: el también fraile predicador que se hace llamar Servidor de la eterna Sabiduría⁴.

Según estas fuentes de información, y particularmente según los datos biográficos que nos proporciona la *Vida*, Heinrich Seuse nació probablemente en Constanza, quizás en Überlingen, el 21 de marzo, día de San Benito, entre 1295 y 1297. Hijo de Heinrich von Berg, miembro del patriciado de Meersburg o Thurgau, y de una devota mujer nacida en Überlingen del linaje de Sus o Süs, abandonó el nombre paterno para tomar el del linaje de su madre⁵; de ahí que hoy lo conozcamos como Heinrich Seuse⁶. A la edad canónicamente ilegal de trece años entró en la orden dominica en el convento de St. Nikolaus auf der Insel en Constanza, circunstancia que, según la *Vida*, le llevó a pensar durante años que una donación simoniaca de sus padres al convento había permitido o facilitado su entrada; habiéndole confiado estos escrúpulos al Maestro Eckhart, este le liberó de ellos. El «Prólogo» de la *Vida* cuenta que tras cinco años de vida monástica tuvo una experiencia de conversión que le llevó a optar por una vida espiritual más profunda. Siguiendo la organización tradicional de los estudios en su Orden, Seuse se formó durante los primeros años en St. Nikolaus, donde tras el noviciado profesó como monje y se inició en las disciplinas propias de la espiritualidad de los Predicadores⁷; después fue enviado a estudiar filosofía y teología, entre 1319 y 1321 probablemente, al convento de los dominicos de Estrasburgo, y finalmente, hacia 1323, llegó, para proseguir sus estudios, al Studium Generale de Colonia, centro de la vida intelectual dominica de su tiempo y donde enseñaba por entonces el Maestro Eckhart. Seuse deja constancia en su obra de su devoción por el famoso maestro, que en la *Vida* se le aparece al Servidor después de muerto y al que este se refiere en diversas ocasiones con los apelativos de «bienaventurado» y «santo». En 1327 regresó al convento de Constanza y ejerció la función de lector, enseñando a sus hermanos y siendo el responsable de la formación en el convento. Es en los años siguientes, los mismos en los que tiene lugar el proceso contra Eckhart, muerto en 1328 antes de la condena de 1329, cuando Seuse escribe el *Pequeño libro de la Verdad* en defensa de las ideas del maestro. Hacia 1330 parece ser que este libro, y posiblemente el *Pequeño Libro de la eterna Sabiduría*, recién escrito, fueron denunciados en el interior de la Orden y Seuse fue llamado a rendir cuentas ante el Capítulo General, probablemente el de Maastrich de 1330. Todo da a entender que fue a tenor de este proceso cuando, aunque exculpado, fue relevado del cargo de lector. Durante los años siguientes compuso su *Horologium Sapientiae*, una versión latina del texto del *Pequeño libro de la eterna Sabiduría* reelaborada en clave más erudita y dirigida probablemente a los hermanos de la Orden; el libro, dedicado a Hugo de Vaucemain como general de la Orden (lo era desde 1333), es mencionado también en una carta de Heinrich von Nördlingen a Margaretha Ebner fechada el 21 de diciembre de 1339, en la que afirma estar en posesión de un ejemplar que pertenece a Tauler y le promete hacérselo llegar para que sea copiado en el convento⁸. Fueron estos, según narra la *Vida*, años de reclusión espiritual y de dura

práctica ascética. En todo caso, la *Vida* sitúa por entonces (hacia 1335/1337) un suceso de primordial carga simbólica que le llevó a abandonar la ascesis corporal autoimpuesta para sustituirla por una práctica espiritual más elevada que gira en torno al abandono espiritual o *gelassenheit* como camino superior y verdadero hacia la perfección. El episodio, que recuerda pasajes de las *Vitae Patrum*, las vidas de los padres del desierto, narra en términos claramente simbólicos una escena en la que el Servidor, a los cuarenta años y después de una larga y ardua búsqueda espiritual, hallándose sentado ante la ventana de su celda, contempla el juego de un perro con un trapo y comprende súbitamente que el verdadero abandono se asemeja a ese pedazo de tela que se deja zarandear sin oponer resistencia, y baja entonces al claustro a recoger ese trapo que guardará consigo el resto de su existencia⁹. El suceso marca también un cambio en su trayectoria de vida, llevándole al abandono definitivo de toda carrera académica pero también de la reclusión conventual cuasieremítica en la que había vivido, dedicándose a partir de entonces a los viajes de predicación y muy especialmente a la *cura monialium* y la guía espiritual de mujeres, monjas y beguinas. Fue precisamente en el marco de esa práctica espiritual, y de sus visitas a algunos de los conventos femeninos que caían bajo la jurisdicción de Constanza –Katharinental, Ötenbach, Adelhausen, Unterlinden y Töss–, como entró en contacto con Elsbet Stägel, quien, procedente de una familia aristocrática de Zúrich, había ingresado en el convento de dominicas de Töss. Elsbet, una religiosa culta, coautora del *Schwesterbuch* de Töss¹⁰, había leído, según se desprende de la *Vida*, o al menos conocido ya de muy joven, los escritos del Maestro Eckhart; desde los años treinta, Elsbet destaca entre el grupo de discípulas y discípulos de Seuse, al que le unió una estrecha amistad espiritual representativa del diálogo entre los sexos característico del misticismo tardomedieval¹¹. Durante las aproximadamente dos décadas que duró la relación espiritual y la colaboración entre Elsbet y Seuse, hasta la muerte de esta en 1360, Elsbet recopiló, al parecer, material sobre Seuse, es decir, no solo compiló cuidadosamente sus cartas en el llamado *Gran libro de las cartas* y tradujo del latín al alemán rimado algunas de las máximas procedentes de las pinturas de los muros de la capilla de Seuse¹², sino que, según narran en diferentes momentos el prólogo y el texto de la *Vida*, recogió por escrito las confidencias de su maestro acerca de su propia vida espiritual y también sus enseñanzas; un material que habría de constituir más tarde la base del primer libro del *Ejemplar*. Seuse, que entrados los años treinta o quizás en 1340 fue elegido prior del convento de Constanza, hubo de vivir asimismo los años convulsos política, social y económicamente que asolaron por entonces la región y que llevaron a la comunidad y a él mismo al exilio, a causa del conflicto entre el papa Juan XXII y el emperador Luis IV de Baviera y del interdicto papal que cayó sobre la ciudad; de hecho, en 1338-1339 Heinrich von Nördlingen, a su paso por Constanza, ya no le encuentra allí¹³. Y es de nuevo una carta de Heinrich von Nördlingen a Margaretha Ebner, de finales de 1347 o quizá principios de 1348, la que nos informa de que en esa fecha Seuse, del que afirma no hallarse ya afectivamente tan cerca como antes, se encontraba

nuevamente de regreso en Constanza¹⁴; la extraña frase *mein hertz haltet nit mer zu dem Süsen, als es etwan tet*, podría interpretarse tal vez en relación al descrédito en el que, por aquel entonces, pudo caer la reputación de Seuse a causa de la acusación por parte de una mujer de ser el padre de su hijo, acusación y descrédito de los que habla extensamente el capítulo 38 de la *Vida* y de los que afirma que han sido la razón de verse abandonado por sus mejores amigos. Por esa misma época, finales de los años cuarenta, y quizá por motivos relacionados con estos rumores, Seuse es trasladado al convento de Ulm, en el que vivirá todavía casi dos décadas más. Es allí donde hacia 1361-1363 debió de completar su *Ejemplar*, que sometió a la aprobación de Bartholomeus von Bolsemheim, provincial de la Orden, antes de que este falleciera en 1362. Y es también allí, en Ulm, donde Seuse murió el 25 de enero de 1366, siendo enterrado en el interior de la iglesia de los Predicadores.

Más allá de la exactitud y literalidad de estos datos biográficos, prácticamente nadie pone hoy en duda que la entera obra de Heinrich Seuse, y en especial la *Vida*, debe leerse como un relato auténtico, pero marcado por un fuerte carácter mistagógico, es decir, construido bajo parámetros y según objetivos que distan de ser los de un relato biográfico o autobiográfico en el sentido actual del término¹⁵, y que buscan en cambio construir la figura de Seuse como modelo del camino del «abandono» o *gelassenheit* que conduce a la perfección espiritual y a la unión mística. Para ello, obras como el *Pequeño libro de la eterna Sabiduría*, el *Horologium Sapientiae* y la propia *Vida* sitúan el plano de interpretación de la realidad en un lugar que no es el de la veracidad del hecho objetivo sino el de la verdad figurada o simbólica. En torno a ella se teje un espacio de significación en el que juegan un papel fundamental la imaginación y las imágenes que fluyen, según las expresiones alemanas y latinas del propio Seuse, como *bildgebender wise*, *bildlicher rede*, *glichnusgebender rede* o *figurata locutio*¹⁶. El libro que se llama «El Seuse» y que conocemos como la *Vida* es el más claro exponente de esta impostación simbólica en clave fundamentalmente mistagógica.

Daz buoch daz da haisset der Súse. **El libro de la *Vida***

«Había en tierra alemana un predicador, suabo de nacimiento [...] que deseaba ser y ser llamado un siervo de la eterna Sabiduría.» Con esta frase, que invita a prestar atención a un relato cargado de expectativas, da comienzo el prólogo del primer libro del *Ejemplar*. Ya antes, en el prólogo general, Seuse ha aclarado el objetivo de este primer libro, afirmando que no es otro que mostrar mediante imágenes ejemplares, narrativas e iconográficas, el camino espiritual que ha de seguir quien quiera llegar a la perfección. Este camino se organiza en las tres etapas tradicionales del progreso espiritual: la de los

que empiezan (*anvahenden*), la de los que avanzan (*zuonemenden*) atravesando la brecha (*durpruch*), y la de los perfectos (*volkomen*)¹⁷. La *Vida* describe el recorrido del Servidor sobre todo por las dos primeras de estas tres etapas o estados, presentándolo así como ejemplo y espejo ante el público, en primera instancia femenino, que ha de leer, contemplar y contemplarse en el Servidor de la eterna Sabiduría.

La *Vida*, por tanto, o ese libro llamado *Der Suse* [El Seuse], es un texto enraizado en la tradición de las vidas espirituales que, como también sucede en otras de ellas, se presenta desde sus primeras líneas como el resultado de un complejo proceso de escritura¹⁸ del que nos informa el propio texto aproximadamente en estos términos: pocos años antes de morir, en concreto entre 1361 y 1363, Seuse trabaja sobre el texto del *Ejemplar* reescribiendo y reelaborando las obras en alemán que van incluidas en él; entre ellas se encuentran sus libros escritos hace ya décadas, pero figuran también unos «pliegos» que recogen sus propias experiencias de vida tal como se las narró en «secreta confidencia» a una «santa mujer», quien con insistencia le había interrogado sobre sus comienzos y sus progresos espirituales, así como sobre sus prácticas o ejercicios devocionales. Ella, que según revela el capítulo 33 no es otra que Elsbet Stagel, puso todo esto por escrito sin él saberlo, y cuando más tarde se enteró le exigió, acusándola de «latrocinio espiritual», que se lo entregara con la intención de quemarlo, pero, habiendo quemado una parte, por inspiración divina conservó el resto de «lo que ella había escrito, en su mayor parte, por propia mano». Solo después de 1360, muerta Elsbet, él añadió «algunas buenas enseñanzas en su nombre».

Aunque la investigación se ha mostrado con frecuencia incómoda y poco dispuesta a reconocer el papel jugado por la religiosa de Töss en el primer libro del *Ejemplar*, sea minimizando su autoría, sea negándola como ficción literaria, la voluntad de Seuse en el texto es, como se ha visto, afirmarla sin ambages, insistiendo sobre ella en el prólogo y de nuevo en el interior del texto, y añadiendo todavía en el capítulo 25 que ella, mientras conservó la salud, le ayudaba a acabar sus propios libros¹⁹. Ciertamente, no es fácil determinar con exactitud cuánto de los escritos de Elsbet está presente en el texto definitivo de la *Vida*, pero no hay razón alguna, aun sin perder de vista el lenguaje simbólico desde el que se escribe la obra, para pensar que Seuse miente en lo que respecta a la autoría de Elsbet y dice en cambio la verdad, por poner un ejemplo, respecto a la aprobación de una parte del texto por Bartolomeo de Bolseheim justo antes de morir, para luego enterarse de que ha muerto justo cuando le envía la parte restante, datos que sistemáticamente se usan para fechar la redacción del *Ejemplar* con anterioridad a 1362 y su finalización en 1363; o todavía, que miente en lo que respecta a la traducción rimada de Elsbet de las máximas espirituales enviadas por Seuse y a su conocimiento del pensamiento del Maestro Eckhart, pero no respecto a la formación de Seuse junto al maestro en el Studium Generale de Colonia, dato cuya veracidad suele darse como evidente²⁰.

Otra cuestión muy distinta a negar la mano de Elsbet en el texto es determinar la

función que juega la *Vida* en el interior del *Ejemplar* y la forma en que Heinrich Seuse manipula, completa y orienta el texto para hacer de las figuras del Servidor y de la propia Elsbet el modelo práctico de una escritura especular en la que las lectoras y lectores han de poder contemplarse y reflejarse para conformarse a ella. Desde esta perspectiva, es importante analizar la cuidada estructura que rige el texto de la *Vida* tal como ha llegado hasta nosotros, es decir, como primer libro de un coherente proyecto de madurez llamado *Ejemplar*, para, partiendo de esa estructura, profundizar en los pilares de su mistagogía²¹.

La *Vida*, compuesta por un prólogo y cincuenta y tres capítulos, se divide explícitamente en dos grandes partes: la primera comprende los capítulos 1 al 32 y la segunda, del 33 al 53.

I. En la primera parte, que se despliega en forma de un relato de carácter narrativo y biográfico, los seis primeros capítulos presentan a modo de introducción la figura del Servidor en seis momentos fundamentales: la conversión (*kere*); el rapto sobrenatural (*übernatürliche abzug*) siguiendo el modelo de Pablo; las bodas espirituales (*geistlichen gemahelschaft*) con la eterna Sabiduría; la escarificación del monograma IHS (*den minneklichen namen Jesus*) en el pecho; la visión de la *inhabitatio* de Dios en su alma (*gotes verborgnú wonung in siner sele*); y las apariciones de las almas del más allá, en especial la del bienaventurado Maestro Eckhart (*der selig meister Eghart*) que le instruye desde el cielo como le había instruido en otro tiempo en la tierra.

Siguen a esta introducción veintisiete capítulos estructurados a su vez en torno a tres grandes temas: las prácticas meditativas rituales de un principiante, ligadas a la imitación de la vida de Cristo siguiendo el curso del año litúrgico (caps. 7-12); la *imitatio passionis* del hombre exterior, centrada en la automortificación, hasta alcanzar la visión de sí mismo como *ecce homo* (caps. 13-18), y la *imitatio passionis* del hombre interior que, a través de la práctica del perfecto abandono (*gelassenheit*), convierte al ser humano en co-redentor con Cristo y le lleva a atravesar la «brecha» (*durpruch*) que le hace penetrar en Dios (caps. 19-32).

II. En la segunda parte del libro, que se inicia con el *Confide filia*, Seuse abandona la forma de relato biográfico para abrirse a un diálogo mistagógico con la religiosa de Töss, Elsbet Stagel, en el que el Servidor actúa a un tiempo como imagen del verdadero camino hacia Dios y como maestro que muestra cómo debe ser recorrido ese camino. De nuevo se pueden distinguir aquí tres partes: la búsqueda de Elsbet, lectora de Eckhart, de un maestro que la guíe por el camino de la mística (caps. 33-35); las prácticas del Servidor expuestas como modelo para Elsbet y su particular lectura de las mismas (caps.

36-45); y el pequeño tratado que se abre con el *Sicut aquila*, estrechamente relacionado con el *Pequeño libro de la Verdad* y compuesto por las instrucciones sobre el verdadero y falso misticismo y sobre cómo alcanzar la «nobleza contemplativa de una vida santa de perfección» (caps. 46-53).

I Narración de la vida (caps. 1-32)	Introducción (caps. 1-6) Etapas de la vida (caps. 7-32)	-<i>kere</i> -<i>úbernátúrliche abzug</i> -<i>geistlichen gemahelschaft</i> -<i>den minneklichen namen IHS</i> -<i>gotes verborgnú wonung</i> -<i>der selig meister Eghart</i> -Prácticas devocionales rituales (caps. 7-12) -<i>Imitatio passionis externa</i> (caps. 13-18) -<i>Imitatio passionis interna</i> (caps. 19-32)
II Diálogo mistagógico (caps. 33-53)	<i>Confide filia</i>: Elsbet y el maestro (caps. 33-35) <i>Exempla</i> para Elsbet (caps. 36-45) <i>Sicut aquila</i>: El camino del discernimiento y el retorno del alma a la Deidad (caps. 46-53)	-La búsqueda de un espejo (caps. 33-35) -Las imágenes en el espejo (caps. 34-45) -Las imágenes engañosas (caps. 46-49) -Sacar las imágenes con las imágenes (caps. 50-53)

A partir de este primer esquema es posible destacar algunos aspectos que ayudan a comprender las principales inquietudes que rigen la *Vida*, y más en general la completa obra de Heinrich Seuse. El primero es la función primordial de las imágenes y del universo imaginal; el segundo, la fascinación por el universo femenino; el tercero, el papel de la *imitatio passionis* y del sufrimiento «cristiforme» en el camino de la mística; y el cuarto, la preocupación por el falso y el verdadero discernimiento, característica de

los difíciles tiempos de la persecución del Libre Espíritu. Cuatro elementos que se pueden analizar por separado pero que se encuentran íntimamente entrelazados.

Die himelschen bilde dú hie vor und na stand.

El universo especular de las imágenes

El prólogo del *Ejemplar* afirma que el primero de sus libros muestra mediante imágenes (*mit bildgebender wise*) la vida del Servidor. Siguiendo este propósito, Seuse desarrolla a lo largo de sus páginas una praxis de la imagen que no se limita a su uso pedagógico en la narración, sino que va mucho más allá, tejiendo los hilos de una completa mistagogía de la ausencia de imagen asentada en las imágenes. En ella, sin negarle su papel de recurso devocional en los primeros pasos de la persona espiritual hacia Dios, la imagen trasciende ampliamente esa función constituyéndose en el corazón mismo de la brecha que lleva a la Deidad. De este modo, la imagen funciona en la obra de Seuse como una verdadera «categoría conductora»²² que se despliega en la *Vida* en diversos niveles y planos de significación:

En primer lugar, Seuse, que vive en un mundo, el del siglo XIV, en el que florece con toda su fuerza, y especialmente entre las mujeres, el uso de las imágenes en las prácticas espirituales, desarrolla él mismo un modelo devocional asentado sobre lo visual, las prácticas corporales y los ejercicios de imaginación. En diversos capítulos de la *Vida* se explicitan estas prácticas de manera concreta y objetiva: así, por ejemplo, el Servidor se hace pintar en un pergamino la imagen de «la eterna Sabiduría» que llevará consigo al Studium Generale de Colonia y que colocará en el alféizar de la ventana de su celda como *Andachtsbild* u objeto de meditación; más tarde se hará pintar también escenas y dichos de los padres del desierto en los muros de su capilla de meditación²³; especial importancia tiene el crucifijo sobre el púlpito ante el que el Servidor recibió la revelación de las cien meditaciones que constituyen el núcleo inicial del *Pequeño libro de la eterna Sabiduría* y del *Horologium Sapientiae*, y ante el que vuelve a postrarse una y otra vez en los momentos fundamentales de la *Vida*; también su madre, en el capítulo 42, se nos presenta como modelo de la *imitatio* devocional en la contemplación de un retablo del descendimiento de la cruz del altar de la catedral. Las imágenes materiales, tallas, retablos, pinturas, aparecen por tanto en el texto de la *Vida* no como meros objetos pasivos sino inmersas en la dinámica del universo gestual de la oración, la meditación y la imitación, haciéndonos recuperar la práctica viva de su uso devocional²⁴.

En segundo lugar, el papel de las imágenes en la *Vida* está ligado a la centralidad de la figura de Cristo en la mistagogía de Seuse. La imagen actúa en el texto a modo de un espejo, aproximándose por semejanzas a lo absolutamente desemejante. El cuerpo de

quien contempla las imágenes, y en primer término el del Servidor, se somete a un ejercicio de desimaginación de sí mismo para convertirse exterior e interiormente en puro reflejo especular de otra imagen, la del cuerpo de Cristo, un ejercicio que permite avanzar en el camino de transformación que lleva a través de Cristo a la imagen sin imagen de la Divinidad. Este proceso, sintetizado en la famosa sentencia del capítulo 49: «Un ser abandonado ha de desprenderse de su imagen de criatura (*mu'ss entbildet werden von der creatur*), conformar su imagen a Cristo (*gebildet werden mit Cristo*) y transformarla en la Deidad (*überbildet in der gotheit*)»²⁵, se ejemplifica a lo largo de toda la *Vida* en la figura del Servidor, espejo «cristiforme» que se propone a su hija espiritual como imagen devocional que ha de ser contemplada y emulada por ella, de modo que Elsbet, a su vez, devenga progresivamente espejo para otras y otros. El mecanismo de este juego especular que multiplica al infinito la imagen de Cristo puede seguirse a la perfección en la descripción de las prácticas devocionales en torno al monograma IHS²⁶. En el capítulo 4 el Servidor graba con un punzón en su pecho, sobre el corazón, las letras del monograma, un acto exterior que tiene como objeto una transformación interior: la herida sangrante emula la herida del costado y deviene a un tiempo símbolo de identificación del Servidor con Cristo y reliquia manipulable como imagen devocional; en el capítulo 45 de la *Vida*, que lleva por título «Del amable nombre de Jesús», Elsbet Stagel, a quien el Servidor ha mostrado la cicatriz del nombre grabado en el pecho y le ha enseñado a amar el santo monograma, borda este mismo nombre de Jesús con seda roja sobre un pequeño trozo de tela, a fin de colocarlo sobre su propio pecho; repite después este gesto un gran número de veces y, tras tocar con los «relicarios» el pecho del Servidor, los envía a otras y otros. La ilustración que acompaña el capítulo muestra, bajo el manto protector de una eterna Sabiduría en forma de Virgen de la Misericordia²⁷, cómo el monograma IHS pasa de la mano izquierda del Servidor a la derecha de Elsbet, y de nuevo de la izquierda de ella cae una lluvia de monogramas que alcanzan a clérigos, monjas, laicos y laicas, subrayando el rol mediador de la figura central, que aquí no es ya la del Servidor sino su imagen especular, la religiosa de Töss, Elsbet Stagel (ver pág. 199).

Finalmente, la *Vida* y la entera obra de Seuse nos ponen ante un tercer plano de significación de la imagen: el del mundo medio de las visiones²⁸. Al contrario que la obra de su maestro, la de Seuse abunda no solo en relatos visionarios sino en reflexiones acerca de los mismos. El punto de partida de estas reflexiones es la teoría agustiniana de las visiones y su triple distinción entre visiones corporales, espirituales e intelectuales²⁹. En el capítulo 51, respondiendo a la objeción de Elsbet sobre la necesidad de apartarse de toda visión y entenderla como un obstáculo espiritual, el Servidor habla en sentido contrario, recurriendo a la distinción agustiniana e indicando la jerarquía de los tipos de visión y la superioridad de la visión intelectual carente de imagen y modo, pero afirmando por completo la necesidad y la fundamental función mediadora de las «visiones ricas en imágenes» (*bildrich vision*) que Dios concedió en el pasado a los

profetas y concede aún a sus amigos más íntimos. Ya desde el principio (cap. 2), en el momento de su conversión, el Servidor experimenta lo que puede definirse como una visión intelectual: un rapto en el que, a modo de Pablo, «vio» y «oyó» lo que es sin forma y sin modo (*formlos/wiselos*) e inexpresable en lengua alguna. Pero, de hecho, la *Vida* está sembrada también de visiones ricas en imágenes, presentes al menos en la mitad de sus capítulos y que hacen del Servidor –y también de algunas de las mujeres que lo rodean– intérprete del más allá y figura medial entre lo celeste y lo terrestre. Estas visiones, presentadas casi uniformemente con la expresión *do was im vor in einer gesiht, wie*, «le pareció en una visión como si...», ponen entre paréntesis su realidad objetiva sin negar el contenido de experiencia³⁰. Seuse mismo lo explica en detalle en los prólogos del *Pequeño libro de la eterna Sabiduría* y en el de su versión latina, el *Horologium Sapientiae*, cuando hablando de las visiones que allí aparecen dice que «no tuvieron lugar de forma corporal y no son sino una similitud explicada» (*ein usgeleitu bischaft*), o que «no se han de interpretar literalmente, aunque muchas acontecieron (*contigerint*) literalmente, sino que se trata de una forma de hablar figurada» (*figurata locutio*)³¹. A menudo se han utilizado estas expresiones procedentes de ambos prólogos para subrayar el carácter explícitamente ficcional de las visiones de Seuse en las versiones alemana y latina del libro dedicado a la eterna Sabiduría, ficcionalidad que se ha hecho extensible también a la *Vida* y al concepto *bildgebender wise* desde el que está escrita. Sin embargo, parece claro que lo que Seuse intenta subrayar es el carácter inefable de la experiencia y, con todo, la capacidad de la figuración y de la imagen de darle expresión y transmitirla. Por ello Seuse, que concuerda con Eckhart en reconocer que el mundo de las visiones no es un fin en sí mismo, lo trata en su obra con mucha menos prevención que la de su maestro y eleva las visiones, reales y a la vez simbólicas, a una categoría funcional de primer orden. Las visiones son imágenes mediadoras entre la tierra y el cielo y una puerta que se abre en el camino a la Deidad.

Esta función se hace especialmente evidente en las ilustraciones que en los manuscritos medievales acompañaban el *Ejemplar*³². En el prólogo, tras haber descrito los cuatro libros que lo seguirán, Seuse advierte súbitamente de una categoría superior de imágenes, pues hacia el final nos dice: «Y las imágenes celestes que se encuentran aquí antes y después sirven para que una persona de Dios, al salir de sus sentidos y entrar en su espíritu, encuentre en todo momento algo que desde este mundo engañoso, que le arrastra hacia abajo, le atraiga acuciantemente de nuevo arriba, hacia el amable Dios». Ciertamente, con esas *himelschen bilde dú hie vor und na stand*, es decir, las imágenes que están situadas antes y después, *vor und na*, se está aludiendo a las doce ilustraciones que figuraban originalmente en el *Ejemplar*, once de las cuales acompañan la *Vida*, así como a la posición que ocupaban en el manuscrito «antes y después» del prólogo que las menciona³³. Pero esas imágenes, que son llamadas «celestes» y que vienen, por tanto, de lo alto y atraen hacia lo alto, «hacia el amable Dios», no son imágenes materiales sino imágenes visionarias. No es en absoluto casual que el manuscrito de la *Vida*, sembrado

de imágenes narrativas, se conciba como un manuscrito iluminado por una serie de miniaturas que en su mayoría están relacionadas con visiones materializadas mediante imágenes y gestos que son los propios de su época. Se ha dicho que las ilustraciones, acompañadas de leyendas en alemán y latín, podían haber formado inicialmente un ciclo independiente del texto de la *Vida*; es posible, pero en todo caso, situadas entre las páginas de los primeros manuscritos, irrumpen en la secuencia temporal y lineal de la narrativa haciendo palpable que la imagen no solo comenta e ilustra sino sobre todo genera el texto³⁴. De ahí la importancia que tiene comprender la *Vida* con y desde esas «imágenes celestes» que la acompañan, y que son el presupuesto, como reza el último capítulo y como muestra de forma práctica su última ilustración, de la visión de Dios sin imágenes: solo atravesando por ellas la brecha hacia la Divinidad se puede «sacar las imágenes mediante las imágenes»: *bild mit bilden us tribe*.

Und redet zartlich in froewlichem bilde. **El universo simbólico femenino**

Junto a la trama compleja del universo de las imágenes, Heinrich Seuse entreteje una segunda malla de relaciones que, en especial en la *Vida*, se mueve en el interior de un espacio marcado por el simbolismo femenino. Como se ha señalado a veces, esto no significa solo que Seuse escriba buena parte de su obra para un auditorio de mujeres, sino sobre todo que sus referentes de significado proceden en buena medida de modelos desarrollados por las mujeres religiosas medievales, y muestran una fascinación y un grado de asimilación poco usual de las formas y símbolos de la espiritualidad femenina de su tiempo³⁵.

Entre los muchos elementos que componen esas relaciones privilegiadas con el universo femenino destaca en primer lugar el papel fundamental que muchas de esas mujeres juegan en la vida del Servidor como testigos de su vida espiritual. Sea cual fuere la razón de la fascinación por lo femenino que embarga la obra del dominico suabo, esta se pone de manifiesto indudablemente en el protagonismo de su relación con las mujeres, sea en el seno de su familia (donde la *Vida* nos habla casi exclusivamente de su hermana y de su madre), sea, sobre todo, en el ámbito de su familia religiosa, donde el Servidor, incomprendido y difamado a menudo por los hermanos de su Orden, se nos presenta, tanto en el texto como en las ilustraciones, rodeado de ese auditorio femenino –religioso y también laico–, que imita su ejemplo, aprende de él el camino de la mística y testifica y legitima su vida espiritual a través de visiones.

Pero la presencia indiscutible del elemento femenino en la *Vida* va aún más allá, y se manifiesta principalmente en las formas de autorrepresentación y de representación de la Divinidad escogidas por Seuse para moldear la figura del Servidor, formas

indiscutiblemente marcadas por una poderosa ambigüedad sexual. Esta ambigüedad se aplica en primer lugar al propio Servidor, feminizado en muchos momentos como esposa, pero sobre todo sometido a un juego de semejanzas iconográficas con María, la madre de Dios, imagen especular de la pasión de Cristo a través de la compasión. Este hecho, presente en el texto, se hace especialmente evidente en las ilustraciones y en particular en las del manuscrito 2929 de Estrasburgo, en el que la curva gótica de las vírgenes del siglo XIV se convierte prácticamente en uno de los trazos iconográficos que identifican al Servidor³⁶. La ambigüedad afecta asimismo a las representaciones de la Divinidad y en particular a la de la eterna Sabiduría, expresión sobre todo de la segunda persona de la Trinidad, que se muestra a menudo *in froewlichem bilde*, es decir, bajo forma de mujer, y a la que se le atribuye indistintamente los géneros femenino y masculino en la narración. Así, por ejemplo, en el capítulo 3 y en la primera de las ilustraciones con la que se abre la *Vida* se representan las bodas místicas del Siervo con la eterna Sabiduría (ver pág. 183). El texto pone en boca del Servidor, que ansía contemplar a su amiga, la duda de si será hombre o mujer (*frow oder man*). La ilustración intenta explicitar esa duda mostrando a la izquierda de la imagen al propio Servidor, tonsurado, con capa negra y túnica blanca abierta, dejando al descubierto sobre el pecho la escarificación del monograma IHS; frente a él, a la derecha, se ve a una mujer barbuda que encarna a la eterna Sabiduría. A pesar del atributo de la barba, ambas figuras tienen rasgos y gestos claramente femeninos, incluida la curva gótica de sus cuerpos.

Finalmente, la *Vida* manifiesta su cercanía al universo religioso de las mujeres especialmente en sus modelos y ejercicios de devoción, basados en el uso mistagógico de la iconografía, y, sobre todo, en las prácticas, manifestaciones y traducciones corporales de la experiencia religiosa. En el primero de los casos, las imágenes de la *Vida*, narrativas o iconográficas, aparecen, como se ha visto, llenas de referencias a los objetos de devoción de la época. A título de ejemplo cabe citar, por su saturación de referencias iconográficas típicas de la espiritualidad femenina, el capítulo 5 y la ilustración 2 que lo acompaña, y que narran la visión de la *inhabitatio* de Dios en el alma (ver pág. 185). En la ilustración, el Siervo aparece representado como imagen sagrada de culto³⁷: de nuevo lleva la túnica abierta, pero en esta ocasión en su pecho, dentro de su corazón «transparente como el cristal», aparece no el monograma IHS sino la figura de un niño, el alma del Servidor, abrazado a una mujer, la eterna Sabiduría. Diferentes tradiciones iconográficas confluyen en esta imagen, y en todas ellas el espacio interior expresa el encuentro y la unión con Dios. Sin duda, está presente ahí la iconografía de la trinidad de Ana (*Anna Selbdritt*), genealogía femenina de Dios³⁸; pero también la iconografía del corazón como casa de la Divinidad, cara en sus orígenes a las cistercienses de Helfta³⁹; así como la referencia a la Virgen abridera, templo del trono de gracia⁴⁰; o también a los vientres de cristal de María e Isabel en algunas visitaciones⁴¹; y cabe añadir aún, si se tiene en cuenta en este caso la manera en como el texto comenta el abrazo amoroso: *dú*

waz minneklich uf sin siten geneiget und mit sinen armen umbvangen und an sin goetlich herze gedruket, un último referente iconográfico de la experiencia unitiva del alma, pues con ese «recostada tiernamente a su lado», «estrechada entre sus brazos» y «apretada contra su corazón divino», el alma mimetiza claramente el icono devocional de Juan y Jesús⁴², ampliamente difundido y utilizado en las prácticas devocionales de los conventos femeninos renanos del siglo XIV y que se repite en varios momentos y contextos de la *Vida*⁴³.

Por otro lado, las prácticas, ejercicios y manifestaciones corporales de la experiencia religiosa presentes en la *Vida* nos conducen a uno de los temas principales de la entera obra de Seuse. El uso que el Servidor hace de ellas muestra asombrosas similitudes con muchas de las vidas espirituales femeninas de su tiempo, en especial en lo que hace referencia a los ejercicios de mortificación. Destacan sobre todo las vidas de monjas narradas en los *Schwesterbücher*, y de forma concreta se han comparado fragmentos enteros de la obra de Seuse con las *Revelaciones* de Elsbet von Oye⁴⁴. No hay ningún tipo de duda de que, en la forma concreta de explicar la desmesura de la mortificación exterior que acerca progresivamente al Servidor a la figura del *ecce homo*, son tenidos en cuenta y utilizados todos los lugares comunes de la literatura femenina del dolor autoinfligido en los ejercicios de imitación y compasión⁴⁵. Para profundizar, sin embargo, en la interpretación y uso que la *Vida* hace de ellos es preciso preguntarse acerca del papel del sufrimiento en la mistagogía de Heinrich Seuse⁴⁶.

Enpfah liden willeklich, trag liden gedulteklich, lern liden cristfoermklich.

El sufrimiento como camino

La fórmula central de toda la obra de Heinrich Seuse es la humanidad sufriente de Cristo como camino hacia Dios. En el capítulo 43 de la *Vida*, el propio Cristo crucificado se le aparece al Servidor en forma de serafín alado, en una escena con fuertes connotaciones de la de la estigmatización de Francisco de Asís, pero cuya función esencial es enseñarle la forma y la función del sufrimiento. En la imagen, los tres pares de alas del Serafín llevan inscritos como leyendas los diversos aspectos o etapas de esa enseñanza, resumiendo los tres momentos de la mística de la Pasión propia de Heinrich Seuse: el sufrimiento voluntario de los que empiezan, el abandono al sufrimiento de los que progresan y la conformación total con el Cristo sufriente de los perfectos⁴⁷.

Sin duda podemos interpretar como «sufrimiento voluntario» la ascesis corporal identificada con la *imitatio passionis* externa practicada por el Servidor en los capítulos 13-18. La extrema dureza, la extravagancia y la desmesura de las mortificaciones

descritas en esos primeros capítulos han llevado con frecuencia a la investigación, incómoda con ellos, a hablar de narración hiperbólica, y, dados sus indudables paralelos con las prácticas religiosas femeninas de su tiempo, se ha llegado a plantear incluso la hipótesis de un relato totalmente ficcional que tuviera por objetivo lo contrario de lo que parece, es decir, mostrar a las mujeres la vanidad de tales prácticas⁴⁸. Pero quizá la clave de interpretación no haya que buscarla ni en la invención didáctica ni en el necesario rebajamiento del grado de realidad de tales prácticas en la vida de Seuse comparada con la de su álgter ego literario, el Servidor. Una vez más, se hace probablemente necesario apostar por una lectura simbólica que, sin negarle al texto su contenido de verdad, no se centre en la materialidad y literalidad de lo narrado, ya sea para negarla o para afirmarla, sino en su función dentro del esquema completo de la *Vida*, sin separar de una forma radical la *imitatio passionis* externa de los capítulos 13-18 de la *imitatio passionis* interna de los capítulos 19-32, e integrando ambas en la mistagogía cristocéntrica de Heinrich Seuse.

El punto de partida de esa mistagogía de Seuse es la imagen externa del Crucificado, aquella ante la cual el Servidor sufría (no en la *Vida* sino en el *Pequeño libro de la eterna Sabiduría*) porque no sabía mirarla y ante la cual le son reveladas las cien meditaciones. A partir de entonces el Servidor, que ya sabe mirar correctamente, se conforma a través de la meditación a la figura del Crucificado, modelando su cuerpo con la ayuda del crucifijo material para que las meditaciones queden impresas en él. Desde el punto de vista de la *Vida* estaríamos en los ejercicios devocionales rituales de los capítulos 7-12, seguidos de la transformación exterior del cuerpo que se conforma mediante la mortificación externa al de Cristo en los capítulos 13-18. La conformación exterior, sin embargo, tiene como objeto la transformación interior, abriendo los sentidos interiores a través de los cuales las imágenes externas e internas se vuelven complementarias y disuelven sus diferencias⁴⁹. En este contexto, la escarificación mediante un estilete (instrumento de escritura) del monograma IHS en el pecho une de manera indisoluble el acto externo de la inscripción en la carne con el acto devocional interno destinado a llevar a Dios en lo más profundo de su corazón. No es pues casual que el IHS grabado en el exterior del cuerpo del Servidor en el capítulo 4 tenga como consecuencia inmediata la visión de la *inhabitatio* de Dios en el alma del capítulo 5; y si el pictograma inserto en el capítulo 4 muestra en todo su esplendor el monograma sangrante escrito en el pergamino de la piel, la ilustración del capítulo 5 atraviesa la imagen externa, el monograma y la piel, para visualizar la interna, Dios abrazado al alma en el interior del corazón.

Esta unión entre la pasión externa e interna queda explicitada de manera especialmente clara en la ilustración 5 del *Ejemplar*, que se sitúa en el capítulo 39, pero que alude a diversos momentos de la *Vida* y constituye una auténtica *performance* de la figura del Servidor (ver pág. 191). En ella aparece vestido como siempre de dominico, pero a diferencia de las restantes imágenes en las que muestra su cabeza tonsurada, aquí lleva

puesta la capucha, que le tapa solo a medias la expresión de dolor de la cara. Tiene las manos alzadas sobre la cabeza. Le rodean múltiples seres y objetos, todos ellos identificables con escenas de su vida en las que los espíritus y los hombres le atormentan. A pesar de que la imagen parece representar el dolor de un hombre externamente torturado, las leyendas que acompañan la imagen aluden en su práctica totalidad a la pasión interior. Una de estas leyendas, la primera, expresa la complementariedad de ambos sufrimientos y también la superioridad del sufrimiento interior sobre el exterior: *Liplichu uebung du tuot we, abe reines gelassen menschen voller undergang tusentstunt me*. Esa forma de sufrimiento interior, que el Servidor ha aprendido gracias al perro que zarandea el trapo, situado en la imagen a sus pies, constituye una forma superior de conocimiento que se adquiere únicamente en la «alta escuela» y que es llamada «abandono» (*gelassenheit*). Una imagen muy semejante a esta del Servidor en la ilustración 5, pero ahora en figura de mujer e identificada con Elsbet, se encuentra en la ilustración 11, en la que el Servidor, en respuesta al ruego de su hija espiritual, sintetiza mediante imágenes el camino mistagógico de salida y regreso del alma del abismo y al abismo de la Deidad (ver pág. 201). También aquí la figura central, en su gesto y en sus atributos, representa el sufrimiento exterior y sobre todo interior que le llevan, como rezan las leyendas que lo acompañan, a conformarse al sufrimiento de Cristo a través del abandono.

Finalmente la última ilustración, la número 12, dividida en dos imágenes y situada ya no en la *Vida* sino en el capítulo 13 del *Pequeño libro de la eterna Sabiduría*, muestra cómo el ejercicio del abandono ha de llevar en última instancia a la conformación total con Cristo, es decir, al sufrimiento cristiforme de los perfectos (ver pág. 203). En la imagen superior, el Servidor contempla el árbol de la cruz del que pende el cuerpo de Cristo, sembrado de rosas por la figura del Cristo-niño sentado sobre una de sus ramas, y la leyenda que sale de su mano reza: *Rosen will ich brechen / und uf su liden trechen*. También de la mano del Servidor sale una leyenda que confirma el lazo que une su cuerpo al cuerpo de Cristo: *Jesus min herz verwundet hat / gezeichnet da min Jesus stat*. La figura cristiforme del Servidor ha alcanzado aquí el lugar de los perfectos⁵⁰.

Die heissent die geister und die geisterin.

Un modo de vida llamado espíritu

Un último aspecto articula el texto de la *Vida*: la polémica contra la herejía. Seuse, que a principios de los años treinta fue acusado él mismo de herejía por su propia Orden y llevado ante los tribunales a causa de sus escritos, dedica diversos capítulos de su obra a poner en guardia contra el error y la falta de discernimiento. Sin nombrarlo nunca de forma explícita, son evidentes en muchos momentos sus alusiones al movimiento llamado

del Libre Espíritu o a sus ideas. Es difícil entender algunas orientaciones y posicionamientos de la *Vida* sin tener en cuenta el debate en torno a esa corriente de pensamiento y el contexto histórico de las condenas y persecuciones que en los años en que Seuse escribe se encuentran en plena vigencia. Su obra, que ve la luz entre 1329 y 1363, debe leerse teniendo en cuenta la situación creada en Europa tras la condena a la hoguera de la beguina de Hainaut Margarita Porete en 1310, por su libro *El espejo de las almas simples*; el decreto *Ad nostrum* del Concilio de Vienne de 1311, proclamado en 1316 contra el Libre Espíritu; y la bula papal *In agro dominico* que en 1329 condenaba parte de las ideas del ya fallecido Maestro Eckhart. Seuse, cuyo pensamiento se había forjado en ese mundo durante sus años de juventud y bajo la influencia de Eckhart, pretendió siempre defenderlo y explicarlo frente a sus detractores. El entero *Pequeño libro de la Verdad* es una reflexión sobre la correcta interpretación del pensamiento eckhartiano en discusión con los puntos de vista e interrogantes de «la cosa salvaje sin nombre», una figura que encarna la herejía en forma de «algo» que ha perdido la capacidad de distinción necesaria para vivir en el mundo como «alguien»⁵¹. También el prólogo del *Ejemplar* tematiza la necesidad de discernir y el miedo a ser malinterpretado. Por otra parte, en el capítulo 28 de la *Vida*, en el que un noble acusa al Servidor de haber llevado a su hija hacia «un extraño modo de vida llamado espíritu», Seuse intenta delinear las huellas de la tenue frontera que separa a los «amigos de Dios» de los herejes, llamados aquí «hombres del espíritu y mujeres del espíritu» (*die geister und die geisterin*). La mera suposición de que lo que el Servidor enseña se confunde con las doctrinas del Libre Espíritu pone en evidencia la existencia de un espacio común de espiritualidad en el que desde el siglo XIII se mueve todo el «nuevo misticismo», y a la vez el peligro potencial de ser acusados de herejía en que se encuentran sus representantes en el siglo XIV. Siempre en la *Vida*, Seuse reflexiona también sobre las ideas del Libre Espíritu en los capítulos 46, 47, 48 y 51, mostrando la cercanía de algunas de ellas a su propia mistagogía y esforzándose por distinguirlas⁵².

Llaman la atención especialmente las reflexiones del capítulo 46, con el que da comienzo el pequeño tratado *Sicut aquila*, que compone los ocho últimos capítulos de la *Vida*. En él, el Servidor invita a su hija espiritual, Elsbet, a alzar el vuelo fuera del nido hacia las alturas de la nobleza contemplativa⁵³. Para empujarla a hacerlo recurre a la cita de Juan 16, 7, diciéndole: «¿No sabes que Cristo les dijo a sus discípulos, que estaban demasiado apegados a la imagen de su presencia: “Os conviene que yo me vaya, si habéis de recibir el Espíritu”?»⁵⁴. Asimismo, a fin de familiarizarla con el viaje que va a emprender y ayudarla a recorrer ese «alto camino», quiere enseñarle las claves del buen discernimiento de modo que no pueda extraviarse. La lección que sigue versa sobre los dos tipos de personas que parecen buenas: unas llevan un modo de vida razonable, las otras, en cambio, no razonable. A estas segundas se las conoce por «las máximas libres y despreocupadas que profesan», y le pone un ejemplo de una de estas máximas por el que podrá labrarse una opinión sobre todas las demás: «En un escrito de una de estas

personas», le dice, «puede leerse: “El justo no ha de temer ningún obstáculo”». Al explicar esta máxima y preguntarse qué significa «justo» y qué significa «obstáculo», Seuse aclara el aforismo en estos términos: justo es el «hombre justo» y obstáculo significa «pecado», y lo reformula así: «Un hombre justo no ha de evitar ni temer ningún obstáculo, es decir, ningún pecado». Acto seguido aclara que «desde el punto de vista de su ser eterno» podría admitirse la proposición, pero aquí en este mundo es necesario que cada cual experimente que es tal o cual persona y que en su existencia falible necesita evitar todo obstáculo perjudicial. «Obrar sin distinción alguna entre yo mismo y Dios, como si obrara mi ser increado», dice Seuse, «eso sería una falta por encima de todas las faltas». A pesar de ello, concluye, no hay que rechazar las buenas enseñanzas o sentencias espirituales, aun si no son muchos los que las comprenden.

Los ecos de *El espejo de las almas simples* parecen resonar en estas líneas. Es cierto que a propósito de esta doctrina del pecado también Eckhart había sido acusado y condenado por la proposición que, expresada en la bula *In agro dominico* fuera de su contexto, reza así: «Si un hombre hubiese cometido mil pecados mortales y estuviera en justa disposición, no debería querer no haberlos cometido»⁵⁵, pero bien podría ser que en el capítulo 46, como también en otros momentos de la *Vida*, Seuse no esté pensando en su maestro, sino en el libro y en las ideas de la beguina condenada en 1310, Margarita Porete. Margarita, que en el capítulo 22 también ha usado el símil del águila y en el 123 la cita de Juan 16, 7 para las almas que han de alzar el vuelo hacia el País de la Libertad, reflexiona sobre la doctrina del pecado en los capítulos 41 y 76 y en su comentario a Proverbios 24, 16: «El justo cae siete veces al día», de los capítulos 103 y 105 de *El espejo de las almas simples*⁵⁶. ¿Había leído Seuse a Margarita?, ¿conocía directa o indirectamente, quizá a través de Eckhart, su pensamiento? No lo sabemos⁵⁷, pero lo que sí podemos afirmar es que tanto el *Espejo* como la obra de Seuse forman parte de una extensa corriente de pensamiento que, no sin fricciones dentro y fuera de ella, se abre paso en Europa en los últimos siglos de la Edad Media buscando en el interior de uno mismo o una misma el «alto camino», como lo llama Heinrich Seuse, o «el recto camino regio», como lo define Margarita, que conduce al ser humano a la Deidad.

Blanca Garí

Nota a la presente edición

En la presente edición se publica el texto íntegro del primero de los cuatro libros del *Ejemplar* de Heinrich Seuse, la *Vida*, junto con el «Prólogo» al completo *Ejemplar*. La traducción la he realizado a partir de la edición crítica de Bihlmeyer (1907). He tenido en cuenta las traducciones existentes al alemán moderno (Hofmann 1999), al inglés (Tobin 1989), y al francés (Lavaud 1946-1949, Ancelet Hustache 1977 y Wackernagel 2005). También me ha resultado útil contrastar el original alto alemán medio con la traducción al latín del siglo XVII (Surio 1615) y con la traducción de esta versión latina al español (Sandoval 2008). He dado especial importancia a las imágenes que acompañan los primeros manuscritos e incunables del texto, y por ello he incluido en esta edición la reproducción de las imágenes del primer manuscrito (Ms. 2929 de la Bibliothèque Nationale et Universitaire de Strasbourg) y la traducción de los textos insertos en ellas, imágenes y textos que hasta ahora nunca habían figurado en las distintas traducciones de la *Vida*; reproduzco también las iniciales miniadas y los pictogramas que aparecen en el interior de los capítulos. Sin ánimo de exhaustividad, he incluido al final un índice de citas bíblicas y uno de autores clásicos y patristicos.

Dada la complejidad y riqueza del vocabulario de Seuse, creo necesario hacer algunas precisiones sobre mi traducción en relación a campos semánticos específicos que, de todos modos, comento de forma a un tiempo más amplia y más concreta en las notas al texto:

Dentro del complejo campo del concepto *vernunft*, he traducido preferentemente *vernunft* por «intelecto», con algunas contadas excepciones en las que, por contexto, he preferido el término «razón»; *vernunftig* por «intelectual/intelectivo», con alguna excepción en que he preferido el término «razonable» o incluso «espiritual» (en cuyo caso lo he señalado en nota); y *vernunftekeit* por «entendimiento/inteligencia».

Los conceptos *muot* y *gemuot* son en Seuse muy similares, aunque usa con mayor frecuencia el segundo. Describen la interioridad de la persona y los he traducido, según el contexto, por «espíritu», «ánimo», «interioridad» o «corazón».

El vocabulario de la *metanoia*, de la conversión y de la transformación de sí abarca en Seuse un amplio campo semántico a partir del concepto *ker* (*geswinden kere*, giro súbito; *abker/abkeren*, apartamiento/apartarse; *inker*, introversión, recogimiento interior; *vonker/vonkeren*, a-versión, desapego/dar la espalda, volver la espalda). Pero en ocasiones *inker*, como también *inschlag*, hacen directamente referencia al rapto, y en estos casos lo he señalado en nota.

En el rico vocabulario de la experiencia contemplativa y mística utilizado por Seuse, se combinan siempre dos movimientos: uno de salida, abandono o suspensión de los sentidos externos, y otro de entrada, internación o interiorización en el espíritu, expresados a veces directamente con el par de conceptos «salida» y «entrada» (*in sinem usgang der sinnen und ingang dez gemuotes*, «al salir de sus sentidos y entrar en su espíritu»). En referencia directa a la experiencia mística, he traducido el verbo *verzucken* y sus derivados por «arrebatar», considerando el uso que hace la *Vida* de este concepto para señalar un estado de raptó interior, de pérdida de sí al sumergirse en uno mismo, que lleva paradójicamente a la salida de uno mismo o por encima de uno mismo (*ward verzuket in sich und úbersich selb*, «arrebataado dentro de sí mismo y sobre sí mismo»). He traducido el verbo *entsinken* y sus derivados por «embebecer», cuando se trata de expresar la abstracción de los sentidos que da lugar al raptó: (*entsunken im die sinne*, «se embebecieron sus sentidos»); en otros casos he traducido el mismo concepto por «hundir», «ahogar», «absorber», o incluso «morir», especialmente cuando es usado para indicar algo que, hundiéndose, se va a pique, desaparece. En el caso del sustantivo *vergangenheit*, interpretado a menudo simplemente por raptó o arrebató, he querido recoger en mi traducción el sentido específico de algo que queda atrás, en el pasado, o también en ocasiones de algo que muere o se pierde (*in ein vergangenheit der ussren sinne*, «habiendo dejado atrás los sentidos externos»). Por otra parte, en el sustantivo *entgangenheit* se acentúa la idea de sustracción y salida de los sentidos que he traducido por éxtasis (*in einer entgangenheit siner sinnen*, «en un éxtasis de sus sentidos»).

Los términos *abgescheiden* y *abgescheidenheit* designan un estado y una práctica cercana a la *gelassenheit* o abandono. Muy comunes en Eckhart, Seuse en cambio los utiliza con mucha menos frecuencia que sus similares derivados de *lassen*: *gelassen* y *gelassenheit*, «abandonar» y «abandono».

En torno a la raíz *bruch/brechen* se teje también un vocabulario de corte eckhartiano que designa la brecha, el límite del mundo de lo creado que puede y debe ser atravesado en el camino del progreso espiritual. He traducido *durpruch* por «brecha», *durprechen* por «atravesar», *durpruch nemen* por «atravesar la brecha», «traspasar la brecha», y *durpruches* por travesía (*einen durpruch sol nemen* «debe abrir una brecha»; *dien reht beschiht in dem durpruch, den ein mensch vor an hin mu°ss nemen*, «han atravesado rectamente la brecha que cada uno ha de traspasar»).

Siguiendo una idea también claramente eckhartiana, Seuse usa la expresión *got dur got lassen*, «dejar a Dios por Dios». Particulares de Seuse, sin embargo, son expresiones como *entgoetet werden... entgeistet werden*, que he traducido por «deshacerse de Dios/deshacerse del espíritu», literalmente «des-[en]diosarse/des-espiritualizarse».

En cuanto a los conceptos derivados de *niht*/nada tales como: *nichtesnit werden*, *nihtu werden* y *vernihtkeit*, los he traducido por «devenir nonada», «hacerse nada» y «anonadamiento», concepto este último utilizado una sola vez en toda la obra: *dez*

geistes vernihtkeit... daz er got werde und in sin selbs wesentheit ze nihtú werd, «el anonadamiento espiritual... llega a ser Dios y su propia esencia se hace nada».

En cambio, para expresar ideas cercanas al anonadamiento pero que lo matizan, Seuse suele recurrir al verbo *entwerden*, que significa «dejar de ser» o en algunos casos «ser menos», «abajarse», «rebajarse». En relación con esta misma idea aparece también el término *entwürken*, que he traducido por desactivar o sucumbir (*dik entwürket*, «sucumbe por completo», literalmente «se desactiva por completo»), respetando la idea implícita de pérdida de sí mismo, pero manteniendo la noción de que, para Seuse, incluso en la experiencia unitiva, donde el ser humano nada sabe de sí mismo, algo de él permanece.

Por otro lado, Seuse describe la procesión de las personas en la Trinidad y su movimiento circular con un vocabulario amplio y rico que indica la idea de fluidez, el flujo y reflujo, la salida y el retorno, destacando sobre todo los términos *usfluss... widerfliessens*, «procesión... retorno», *usschlag... widersschlag*, «efusión... reflujo», y la expresión *ein cirkelliches widerboegen des endes uf den begin*, «una reflexión circular del final hacia el principio».

Por último, especialmente complejo es el campo semántico relacionado con el concepto *bild*, que he intentado traducir con la máxima precisión y matiz, y para el que he privilegiado la idea de imagen por encima de la de forma o modelo, pues a través de este concepto Seuse da cuenta de su entera teoría de la imagen en la que se asienta su obra. Son importantes en primer lugar los conceptos y expresiones que señalan una didáctica mistagógica y un método de meditación y contemplación que pasa por la imagen: *in bidlichen betrachtung sezen*, «representárselo imaginando»; *bildlich nehmen*, «imaginarse»; *mit bildgebender glichnus*, «por semejanzas mediante imágenes»; *bildlicher ufenhalt*, «imagen ejemplar», «imagen de apoyo»; *bilgebender wise*, «mediante imágenes» o «a modo de imágenes dadas»; *biltlich zoegen mit glichnusgebender rede*, «mostrar hablando en imágenes y a través de semejanzas»; *entworfnú bild und disú usgeleiten verbildetú wort*, «imágenes dibujadas y palabras expresadas por comparaciones». Pero la teoría de la imagen lo es también de la ausencia de imagen y, para indicar a un tiempo la necesidad de ella y la de su superación última, Seuse utiliza la expresión *bildlos gebilden*, «decir en imágenes lo que no tiene imagen», y en ese mismo sentido se orienta también la expresión *von aller bilden bildlosekeit*, «el despojamiento de toda imagen», según el modelo de la *bildlose gotheit*, «divinidad sin imagen», del *bildlos ein*, «uno sin imagen», o de la *bildlose wahrheit*, «verdad sin imagen». Finalmente, expresa el profundo dinamismo de la imagen y su potencial transformador en la criatura humana su famoso aforismo que encadena los verbos *entbilden/mitbilden/überbilden*: *Ein gelassener mensch mu°ss entbildet werden von der creatur; gebildet werden mit Cristo, und überbildet in der gotheit*, «Un ser abandonado ha de desprenderse de su imagen de criatura, conformar su imagen a Cristo y transformarla en la Deidad».

Este libro tiene una larga historia que se inicia poco después de la publicación en Siruela de *El espejo de las almas simples* de Margarita Porete, en el año 2005. Fue por entonces cuando empecé a contemplar la posibilidad de profundizar en el estudio de la figura del místico renano Heinrich Seuse y traducir del alto alemán medio al español aquel de entre sus textos que, como historiadora, más me interesaba: el primer libro del *Ejemplar* que se conoce como la *Vida*. La idea comenzó realmente a concretarse gracias a Victoria Cirlot, quien me invitó en febrero de 2009 a participar, con una contribución sobre mis estudios en curso acerca de la *Vida*, en un coloquio sobre «Imagen y texto» organizado en el marco del Seminario de Estudios Medievales de la Universitat Pompeu Fabra. La traducción, sin embargo, recibió un definitivo impulso durante el año académico 2010-2011, en el que disfruté de un sabático que me permitió, por un lado, realizar una estancia de tres meses en otoño de 2010 en el departamento de Germánicas de la Humbolt Universität de Berlín, financiada por una ayuda para investigadores extranjeros de la Deutsche Akademische Austauschdienst (DAAD), y, por otro, trabajar durante el invierno y la primavera de 2011 en la Bibliotheca Mystica et Philosophica Alois M. Haas. Las fructíferas horas pasadas en el despacho del profesor Haas en el edificio de las Aguas de la Universitat Pompeu Fabra, puesto gentilmente a mi disposición como investigadora, y los magníficos fondos de su biblioteca me proporcionaron la atmósfera, los instrumentos y las circunstancias inmejorables para trabajar en la obra de Seuse. A Alois M. Haas y a la Universidad Pompeu Fabra les estoy por todo ello profundamente agradecida. Mi agradecimiento se dirige también de forma especial a Victoria Cirlot y Amador Vega, por brindarme la posibilidad de publicar este libro, por su atenta lectura de la introducción y las notas y por sus comentarios a la traducción; así mismo, agradezco enormemente a Hildegard E. Keller su valioso aporte con las dudas, dificultades y matices del texto en alto alemán medio y sus enriquecedoras sugerencias; a mis alumnas y alumnos de la asignatura de «Mística medieval» del Máster de Culturas Medievales de la Universidad de Barcelona les agradezco su entusiasmo, su interés y sus preguntas, que enriquecieron durante dos cursos mi mirada sobre el lugar de Seuse en la espiritualidad de la Edad Media. A Oliver Hesselmann y a Uschi Huber, y también a Helga Kuipers, quiero agradecerles su acogida en Berlín, su ayuda y su amistad. Y finalmente, a Lluís Pibernat su atenta escucha, su presencia y su consejo.

Vida

Prólogo del *Ejemplar*¹

Este es el prólogo, es decir el prefacio de este libro²

En este ejemplar³ se encuentran escritos cuatro buenos libros⁴. El primero⁵ habla, por todas partes mediante imágenes⁶, de una vida de principiante⁷ y deja ver de un modo velado en qué orden debe, el que comienza bien, dirigir al hombre exterior e interior⁸ según la muy amable voluntad de Dios. Y porque, sin duda, las buenas obras instruyen más y elevan mucho mejor el corazón de los humanos que la mera palabra, describe [este libro], estableciendo semejanzas⁹, muchas obras santas que acontecieron en la realidad. Describe cómo una persona que progresa¹⁰ debe abrir una brecha¹¹, mediante renuncia, sufrimiento y ejercicios, a través de la sensualidad aún viva de su yo hacia una mayor santidad digna de alabanza. Y porque hay también algunas gentes que en pensamiento y espíritu¹² luchan por alcanzar lo más alto y mejor, pero carecen de discernimiento y en consecuencia se extravían y exilian¹³, aquí se ofrece muy buen discernimiento entre el entendimiento¹⁴ verdadero y el falso y se enseña cómo se debe, según un orden correcto, alcanzar la verdad desnuda de una vida bienaventurada y perfecta.

El segundo libro¹⁵ contiene una enseñanza general y trata de la meditación de la pasión de Nuestro Señor, e indica cómo se debe aprender a vivir interiormente y a morir santamente y otras cosas análogas. Pero dado que este pequeño libro y también algunos otros de sus libros han sido durante mucho tiempo copiados en tierras lejanas o cercanas de forma incompleta por todo tipo de copistas sin experiencia, hombres y mujeres, de modo que cada uno ha añadido u omitido según su parecer, el Servidor de la eterna Sabiduría¹⁶ los ha reunido aquí y los ha corregido para que pueda encontrarse un ejemplar correcto¹⁷ según el modo en que primero le fueron inspirados por Dios.

El tercer libro, que se llama el *Pequeño libro de la Verdad*¹⁸, tiene el siguiente propósito: dado que en nuestro tiempo algunas personas iletradas y, sin embargo, espirituales¹⁹ han malinterpretado los elevados pensamientos de los maestros concernientes a la Sagrada Escritura, según sus propios y desordenados fundamentos²⁰, transcribiéndolos también así y no de acuerdo con la Sagrada Escritura, aquí se muestra cómo introducirse en estos mismos elevados pensamientos con el discernimiento del recto camino y la verdad simple, tal como es pensada por Dios según la interpretación cristiana²¹.

El cuarto libro se llama el *Pequeño libro de las cartas*²². Su hija espiritual²³, que reunió todas las cartas que él le había enviado a ella y a otras de sus hijas espirituales,

había hecho con ellas un libro; él ha tomado parte de esas mismas cartas y las ha abreviado del modo en que después se encuentran. La intención de este breve librito es dar reposo y alivio a un espíritu desasido²⁴.

Y las imágenes celestes que se encuentran aquí antes y después²⁵ sirven para que una persona de Dios, al salir de sus sentidos y entrar en su espíritu²⁶, encuentre en todo momento algo que desde este mundo engañoso, que le arrastra hacia abajo, le atraiga acuciantemente de nuevo arriba, hacia el amable Dios.

Hay que saber algo más: los pliegos de ese primer libro lleno de enseñanzas²⁷ permanecieron largos años secretamente encerrados, esperando la muerte del Servidor, pues, en justa verdad, le disgustaba estando aún vivo abrirse plenamente a persona alguna. Pero al final la prudencia le dijo que en estos tiempos presentes de declive progresivo de la humanidad²⁸ era mejor y más seguro que, permitiéndolo Dios, este librito fuera dado a conocer a sus superiores, ya que él en vida podía defender bien todos los puntos de la verdad que encierra. Después de su muerte podría suceder en cambio que algunas personas faltas de comprensión, cuyas palabras no deben ser tenidas en cuenta, dieran de forma equivocada un falso juicio sobre este libro, no queriendo reconocer sus buenas intenciones o siendo incapaces de entender mejor a causa de su rudeza. También podría ser que tras su muerte llegara a manos de gente indiferente y desgraciada que no hiciese ningún esfuerzo por compartirlo en lo sucesivo con aquellas personas que desean alabar a Dios, y que de este modo desapareciera inútilmente. Y podría suceder también que llegara primero a manos de ciegos en conocimiento o de gente de ánimo perverso que lo silenciaran a causa de su enfermiza maldad, como de hecho pasa a menudo²⁹. Por ello, sostenido por fuerza divina, cobró valor y extrajo de este libro las ideas más elevadas y las materias más sublimes que en él había y se las dio a leer primero a un gran maestro, dotado por Dios de graciosas virtudes. Era un probado maestro en el arte de lo divino y era además un poderoso prelado de la Orden de Predicadores en tierras teutonas; se llamaba maestro Bartolomeo³⁰. Se lo entregó con toda humildad, y él lo leyó con corazón complacido y opinó que para las gentes bienintencionadas todo ello sería como una escondida y dulce semilla de la Sagrada Escritura³¹. Cuando después, una vez añadidas las enseñanzas de carácter general para que cada cual encuentre lo suyo, quiso enseñarle también todo en conjunto, el amable Dios se había llevado de esta vida a este noble maestro. Cuando llegó a oídos del Servidor que había muerto, se afligió mucho, pues no sabía qué debía hacer. Se dirigió entonces con gran fervor a la eterna Sabiduría y le rogó que le diera a conocer qué sería lo mejor en este caso. En cierto momento, fue escuchado y el mencionado maestro se le apareció en una visión luminosa y le dejó saber que era voluntad de Dios que todo ello fuera compartido en lo sucesivo con todas las personas de bien que lo quisieran con intención recta y deseo ardiente³².

Así pues, para aquel que quiera convertirse en una persona buena y bienaventurada y tener una especial intimidad con Dios, o para aquel al que Dios ha señalado con arduos

sufrimientos, como acostumbra hacer con sus amigos escogidos, este libro será una ayuda reconfortante. También dará a las personas de buen corazón una guía luminosa hacia la verdad divina y a las personas de entendimiento un camino recto hacia la más alta bienaventuranza.

Primer libro, *Vida*

Primera parte

Aquí³³ empieza la primera parte de este libro que se llama *Der Suse*³⁴.

Había en tierra alemana un predicador, suabo de nacimiento³⁵, ¡que su nombre sea escrito en el libro de los que viven!³⁶. Deseaba ser y ser llamado un siervo de la eterna Sabiduría. Conoció a una persona santa e iluminada que pasó en este mundo muchas aflicciones y sufrimientos³⁷. Esta persona deseó de él que le hablara un poco del sufrimiento según su propia experiencia, para que su corazón sufriente pudiera cobrar fuerzas; y le apremió muchas veces con esto. Cuando él venía a verla, ella le hacía sutiles preguntas para saber cuáles habían sido sus comienzos, sus progresos, para conocer alguno de sus ejercicios y las pruebas que había sufrido, y él se lo contaba en divina intimidad³⁸. Ella, como hallara en esto consuelo y enseñanza, lo puso todo por escrito de forma que ella misma y otras personas pudieran servirse de esto. Lo hizo a hurtadillas, para que él no supiera nada. Cuando más tarde él se enteró de este latrocinio espiritual, la castigó por ello y fue necesario que se lo devolviera. Lo cogió y quemó todo lo que recibió en ese momento. Pero cuando estuvo en posesión de la otra parte y quiso hacer lo mismo, se lo impidió un mensaje celestial de Dios que le previno. Y así no fue quemada la continuación de lo que ella había escrito, en su mayor parte, por propia mano. Tras su muerte, algunas buenas enseñanzas fueron añadidas en su nombre por él³⁹.

El primer comienzo⁴⁰ del Servidor ocurrió en el decimoctavo año de su vida. Aunque por entonces hacía ya cinco años que llevaba hábito de la Orden, su espíritu, sin embargo, se hallaba disperso. Si Dios le guardaba de las faltas mayores que hubieran podido comprometer su reputación –así le parecía a él–, las faltas comunes no podían ser gran cosa. Pero en esto Dios lo protegió de algún modo, pues cuando se volvía hacia las cosas que parecían deseables, solo encontraba insatisfacción. Pensaba que debía haber algo en alguna parte que apaciguara su agitado corazón, y su inquietud le causaba tormento. Sentía en todo momento como un remordimiento, pero no podía ayudarse a sí mismo, hasta que el dulce Dios lo liberó a través de un giro súbito⁴¹. Todos se sorprendieron del repentino cambio, y de cómo se había operado en él, y unos decían esto y otros aquello. Pero lo que le había sucedido nadie se lo alcanzaba a comprender, pues se trató de un secreto tránsito luminoso obrado por Dios, y esto es lo que causó el rápido apartamiento [del mundo].

Capítulo 1

De los primeros combates de una persona que comienza

Después de haber sido tocado por Dios⁴², empezaron pronto en él algunas luchas con las que el enemigo de su salvación quería confundirlo. Y fueron así: el impulso interior, que le había venido de Dios, exigía de él una libre aversión a todo aquello que pudiera ser un obstáculo para él. Pero a esto se oponía la tentación insinuándole pensamientos como: «Reflexiónalo mejor, es fácil al principio, pero muy duro el cumplimiento final». Una llamada interior le ofrecía la fuerza y la ayuda de Dios, una llamada contrapuesta le daba a entender que, si bien no hay duda alguna sobre el poder de Dios, era dudoso en cambio que Dios quisiera [ayudarle]. Pero también esto le era mostrado con evidencia, pues el dulce Dios ha asegurado con sus buenas promesas salidas de su boca divina que quiere ayudar realmente a cuantos comienzan en su nombre. Cuando la gracia venció en él este combate interior, le sobrevino entonces un pensamiento hostil bajo una figura amigable que le aconsejaba así: «Es bueno que te esfuerces en mejorar, pero no lo deberías llevar al extremo. Comienza con moderación para poder alcanzar el cumplimiento final. Has de comer y beber en abundancia, y tratarte bien, pero al hacerlo has de guardarte de pecado. Sé en tu interior tan bueno como quieras, pero tan moderado que desde fuera la gente no sienta horror por tu causa. Como dice la gente: si el corazón es bueno, todo lo demás es bueno. Puedes ser alegre con todo el mundo y al mismo tiempo ser una buena persona. Al reino de los cielos van también otras personas que no llevan una vida tan ejercitada». Con estas ideas y otras semejantes era duramente tentado, pero la eterna Sabiduría refutó estas pláticas engañosas hablando así en su interior: «Quien quiere atrapar por la cola ese pez brillante y escurridizo que se llama anguila y quiere empezar con tibieza una vida santa se engaña en ambas cosas; pues cuando piensa tenerlo ya se le ha escapado. Y así, quien quiere dominar con delicadezas un cuerpo malacostumbrado y rebelde necesita más sentido común. Quien quiere poseer el mundo y al mismo tiempo servir a Dios perfectamente, pretende cosas imposibles y falsea la propia enseñanza de Dios. Así pues, si quieres ceder en algo, renuncia también a ser piadoso». En este combate permaneció por no sé cuánto tiempo hasta que al fin se armó de valor y dio la espalda con decisión a las cosas [del mundo].

Su espíritu rebelde murió en buena medida cuando rompió con la gente frívola. A veces sucumbía a la naturaleza, de modo que acudía a la gente para aligerar su ánimo. Y sucedía generalmente que iba alegre y regresaba triste, pues sus palabras y distracciones le eran desagradables y las suyas propias les eran insoportables a ellos. A veces, cuando acudía a su encuentro, intentaban influirle con palabras semejantes a estas: Uno decía: «¿Qué extraños modos has adoptado?». Otro decía: «Una vida como la de todo el mundo sería lo más seguro». Un tercero decía: «Esto nunca acaba bien». Y pasaba así de

uno a otro. Él callaba como un mudo y pensaba: «¡Ayuda⁴³, tierno Dios! Lo mejor es huir de aquí. Si no hubieras oído estas palabras, no podrían dañarte». Una cosa le resultaba especialmente penosa: no tener a nadie a quien expresar sus sufrimientos, alguien que buscara de igual manera aquello mismo a lo que él había sido llamado. Y por ello, andaba desolado y sin amor, manteniéndose retirado con gran disciplina, hasta que al fin esto le deparó una gran dulzura.

Capítulo 2

De cómo le fue deparado un rapto sobrenatural

Estando en sus comienzos, sucedió una vez, en el día de Santa Inés⁴⁴ después de la comida conventual, que fue al coro. Allí estaba solo, en pie junto a la sillería baja del lado derecho del coro. Por aquel tiempo sentía una extraña opresión por los duros sufrimientos que pesaban sobre él. Y mientras estaba así desconsolado y sin nadie junto a él o a su alrededor, su alma fue arrebatada⁴⁵, en el cuerpo o fuera del cuerpo no lo sé. Y allí vio y oyó lo que es impronunciable por lengua alguna⁴⁶. Era sin forma y sin modo, y contenía, sin embargo, el gozoso deleite de todas las formas y modos. El corazón estaba ávido y al tiempo saciado; el espíritu alegre y pleno de dicha; la apetencia se había adormecido en él y el deseo había desaparecido. No hacía sino clavar la vista en el resplandeciente reflejo y en él ganaba el olvido de sí mismo y de todas las cosas. ¿Era de día o de noche? No lo sabía. Era una irrupción de dulzura de la vida eterna, percibida como actual, silenciosa, tranquila. Dijo entonces: «Si esto no es el reino de los cielos, entonces no sé lo que es el reino de los cielos, pues todo el sufrimiento que se pueda poner en palabras no alcanza a merecer en justicia la alegría que se ha de poseer eternamente». Este tránsito sublime duró una buena hora, o quizás media. Si el alma había permanecido en el cuerpo, o separada del cuerpo, eso no lo sabía⁴⁷. Cuando volvió en sí, se sentía completamente como un hombre que ha venido de otro mundo. Su cuerpo experimentó en ese breve momento tal dolor que no creía que persona alguna pudiera soportar un sufrimiento así en tan corto tiempo sin morir. Volvió en sí, no sé cómo⁴⁸, con un profundo suspiro, y su cuerpo cayó al suelo contra su voluntad, como alguien que impotente pierde el sentido. Gritó interiormente, suspiró para sus adentros, y dijo: «¡Oh Dios! ¿Dónde he estado?, ¿dónde estoy ahora?», y «¡Ah, bondad del corazón!, esta hora no desaparecerá jamás de mi memoria»⁴⁹. Su cuerpo se puso de nuevo en marcha y nadie vio ni se dio cuenta de nada exteriormente; pero interiormente su alma y su espíritu estaban llenos de celeste maravilla. Las miradas celestes iban y venían en lo más íntimo de su interioridad y le parecía –no sé– como si flotara en el aire. Las potencias de su alma se hallaban plenas del dulce aroma del cielo, como cuando se derrama un buen ungüento de una cajita y la cajita conserva, sin embargo, el buen

aroma. Ese aroma celeste permaneció en él por mucho tiempo y le dio un celeste anhelo de Dios.

Capítulo 3

Cómo vino a esposarse espiritualmente con la eterna Sabiduría

El curso que tomó su vida entonces, y durante mucho tiempo, consistió en un empeño perseverante por [lograr] mediante ejercicios interiores una continua presencia en unión amorosa con la eterna Sabiduría. Cómo empezó esto, sin embargo, se puede leer en su librito de la Sabiduría en alemán y en latín, que Dios hizo por su mano⁵⁰.

Tenía él desde su juventud un corazón rico en amor. Y en la Sagrada Escritura, la eterna Sabiduría se presenta tan amable como una encantadora amante que se adorna graciosamente para complacer a muchos y que habla tiernamente bajo forma de mujer para inclinar todos los corazones hacia ella. A veces, cuenta cuán falsas son las otras amantes y cuán verdaderamente amable y constante es ella misma. Esto atrajo a su joven espíritu, y le sucedió como cuando una pantera exhala su dulce olor y atrae a los animales salvajes del bosque⁵¹. A menudo usa también ella ese modo seductor y esa atracción amable hacia un amor espiritual, de forma especial en los libros que se llaman libros de Sabiduría⁵². Cuando estos se leían en la mesa⁵³ y él oía leer estas dulces palabras de amor, se sentía bien. Pero después empezaba a sentirse desgraciado y, en su espíritu lleno de amor, pensaba: «Deberías realmente tentar tu suerte y ver si puedes ganarte el amor de esta alta amante, de la que he oído contar tales maravillas, pues tu joven corazón salvaje no puede permanecer por largo tiempo sin un amor que le pertenezca». A menudo la percibió en todas las cosas, lleno de amor la sentía y en su corazón y en su espíritu gustaba de ella.

Sucedió que una mañana, estando sentado a la mesa, el sabio Salomón le interpeló y le dijo: «*Audi, fili mi!* ¡Escucha, hijo mío, el alto consejo de tu padre! Si quieres consagrarte al amor más alto debes tomar en íntimo amor a la tierna Sabiduría, pues ella da a quien le ama juventud y fuerza, nobleza y abundancia, honor y ganancia, gran poder y un nombre eterno. Le hace amable y le enseña a ser cortés, y [a ganar] la alabanza ante la gente y la gloria ante los ejércitos; le hace agradable y digno ante Dios y la gente. Por ella fue creada la tierra, por ella fue consolidado el cielo y afondado el abismo. El que la posee avanza firme, duerme tranquilo y vive seguro»⁵⁴. Cuando oyó leer delante de él estas bellas palabras, su corazón lleno de deseo pensó: «¡Ah! ¡Qué amor es este! ¡Si me quisiera ser acordado, cuán bien sería obsequiado!». Pero imágenes extrañas le tiraban atrás y pensaba entonces: «¿He de amar lo que no he visto nunca y lo que no sé lo que es? Más vale un puño lleno de lo poseído que una entera casa llena de lo

esperado. Quien construye a lo grande y ama con dolor, a menudo solo gana pasar hambre. Sería bueno amar a esa excelsa amante si dejara a sus servidores cuidar bien y delicadamente su cuerpo». Entonces dijo ella: «Bocados exquisitos, vino fuerte y largo sueño, quien se cuida de todo ello no podrá alcanzar nunca el amor de Sabiduría»⁵⁵. «¿A qué servidor se le propuso nunca juego tan duro?» A esto le replicó un pensamiento divino: «A amor, según la ley antigua, le pertenece el sufrimiento. No hay pretendiente que no sufra, ni amante sin martirio. Por ello no es injusto si quien tan alto ama encuentra algunas adversidades. Piensa en todas las desgracias y en los infortunios que deben padecer los amantes de este mundo, lo quieran o no». A través de estas y otras inspiraciones semejantes, se sintió entonces lo suficientemente fuerte para perseverar. Y esto mismo le sucedía a menudo: a veces estaba colmado de buena voluntad, a veces dejaba que su corazón se abandonase al amor perecedero. Cuando buscaba aquí y allá, encontraba siempre algo que contradecía el giro total de su corazón y le empujaba a retroceder.

Un día se leyó en la mesa un fragmento sobre la Sabiduría que conmovió hondamente su corazón. Decía ella: «Así como florece el bello rosal y el aroma brota del alto líbano no cortado⁵⁶ y el bálsamo sin mezcla exhala su perfume, así soy yo, una amiga floreciente, aromática y sin mezcla que no causa aflicción ni amargura en una insondable dulzura de amor. Pero todas las otras amantes ofrecen palabras dulces y amarga recompensa, sus corazones son un lazo mortal, sus manos son grillos de hierro, su habla dulce veneno, sus pasatiempos el rapto del honor»⁵⁷. Entonces él pensó: «¡Cielos, cuán cierto es esto!». Y se dijo para sí: «¡En verdad, ha de ser así! ¡Ella ha de ser mi amiga y yo quiero ser su servidor!». Y pensó: «¡Ah Dios! ¡Si pudiera ver a mi amiga una sola vez! ¡Si pudiera hablarle una sola vez! ¡Ah! ¿Cómo será el semblante de esta amiga que encierra en ella tantas delicias? ¿Es Dios o ser humano, mujer u hombre, arte o artificio, o qué si no?». Y cuando alcanzaba a verla de lejos con sus ojos interiores a través de símiles sacados de la Escritura, ella se le mostraba de este modo: flotaba por encima de él en un trono de nubes, brillaba como el lucero del alba y resplandecía como el sol que destella; su corona era eternidad, su ropaje bienaventuranza, su palabra dulzura, su abrazo el cumplimiento de todo afán⁵⁸. Estaba lejos y cerca, en lo alto y en lo bajo, presente y, sin embargo, escondida⁵⁹; dejaba que la frecuentasen, pero nadie podía aprehenderla. Se alzaba sobre lo más alto del alto cielo y tocaba lo más profundo del abismo. Se extendía poderosamente de un extremo a otro y disponía con suavidad todas las cosas⁶⁰. Cuando él creía tener ante sí una bella doncella, de inmediato descubría un soberbio doncel. A veces obraba como una sabia maestra, a veces se comportaba como una deslumbrante amiga. Entonces se volvió hacia él amablemente, le saludó sonriente y le dijo con bondad: «*Praebe, fili, cor tuum mihi!* ¡Dame tu corazón, hijo mío!»⁶¹. Él se postró a sus pies y le dio cordialmente las gracias con honda humildad. Esto es lo que le sucedió por entonces, y no había de sucederle nunca más.

Después de esto, habitualmente, cuando andaba pensando en su amabilísima amiga, se

hacía preguntas interiores e interrogaba a su corazón necesitado de amor: «¡Ah, corazón mío! ¿Ves de dónde emanan el amor y toda delicia? ¿De dónde vienen la ternura, la belleza, la alegría del corazón y la amabilidad? ¿No vienen de la fuente que brota de la Deidad desnuda? ¡Vamos pues, corazón, sentido y ánimo! ¡Vamos al abismo sin fondo de todas las cosas dignas de amor! ¿Quién me lo puede impedir? ¡Ah, hoy te abrazo como mi corazón ardiente lo desea!». Y entonces se imprimió en su alma –no sé cómo– la efusión primigenia de todo bien, en la que encontró espiritualmente todo cuanto hay de bello, amable y deseable; y todo esto sucedió de un modo inefable.

Cobró a partir de entonces una costumbre. Cuando oía cantar himnos de alabanza, o resonar dulcemente las cuerdas de un instrumento, o hablar de amor temporal, le sucedía que su corazón y su mente eran súbitamente transportados, con la mirada absorta, a su más caro Amor, del que fluye todo amor. No se sabría decir cuántas veces abrazó al amable Amor con los ojos llorando de amor, con el corazón bien abierto y sin fondo, y estrechándolo dulcemente contra su corazón amante. Le sucedía exactamente como cuando una madre toma entre sus brazos a su niño de pecho y lo sostiene de pie sobre su regazo, y este, con la cabecita y con el movimiento de su cuerpecito, se alza hacia su tierna madre y demuestra la alegría de su corazón con risas; así se alzaba su corazón en su cuerpo hacia la deliciosa presencia de la eterna Sabiduría en un desbordamiento sensible. Pensó entonces: «¡Oh, Señor! Si yo hubiera desposado una reina, mi alma se regocijaría ¡Mas ahora tú eres la emperatriz de mi corazón y la dadora de toda gracia! En ti tengo riquezas plenas y tanto poder como quiera. De todo aquello que pertenece a la tierra, ya no quiero tener nada». Con estas consideraciones se iluminó su rostro, sus ojos brillaron de bondad, su corazón se regocijó, y todos sus sentidos interiores entonaron este canto: «*Super salutem*, etc. ¡Más allá de toda fortuna y de toda hermosura, eres tú mi fortuna y hermosura; pues la fortuna me ha llegado contigo y todo bien lo he poseído en ti y contigo!»⁶².

Capítulo 4

Cómo grabó sobre su corazón el amable nombre de Jesús⁶³

Por aquel mismo tiempo le fue enviado a su alma un fuego inmenso que inflamó por completo su corazón de amor divino. Un día que lo sentía en su interior y se hallaba atormentado de amor divino, acudió a su celda, a su lugar secreto, entró en amorosa meditación, y dijo: «¡Ah, tierno Dios! ¡Si pudiera imaginar algún signo de amor que fuera signo eterno del amor entre tú y yo y testimonio de que yo soy tuyo y tú eres el amor eterno de mi corazón! ¡Un signo que el olvido jamás pudiera borrar!». En este profundo fervor, abrió por delante su escapulario, desnudó su pecho, tomó en la mano un

estilete⁶⁴, miró su corazón y dijo: «¡Ah, Dios poderoso!, dame hoy la fuerza y el coraje para cumplir mi deseo, pues tú has de quedar hoy fundido en el fondo de mi corazón». Y empezó a clavar el estilete en la carne, sobre el corazón, clavándolo de aquí allá, de arriba abajo, hasta tener grabado el nombre IHS⁶⁵ justo sobre su corazón. A causa del afilado corte la sangre fluía de la carne con fuerza cayendo por su cuerpo hasta su regazo. Y le era tan gozosa la escena gracias a su amor ardiente que no prestó mucha atención al dolor. Después de haber obrado así, salió herido y ensangrentado de su celda hacia el púlpito⁶⁶, se arrodilló bajo el crucifijo y dijo: «¡Ah, mi Señor, único amor de mi corazón, mira ahora el enorme deseo de mi corazón! Señor, no puedo ni soy capaz de imprimirte en mí más a fondo. Oh, Señor, te ruego que completes lo que falta y que, dibujando en mí tu santo nombre, te imprimas a tal punto en el fondo de mi corazón que nunca más te separes de él». Durante no sé cuánto tiempo anduvo así con las heridas de amor abiertas, luego se curaron y el nombre IHS quedó en su corazón tal como había deseado. Las letras eran del ancho de un tallo aplanado y del alto de una falange del dedo meñique. Llevó así el nombre sobre su corazón hasta su muerte, y cuando su corazón latía con fuerza el nombre se movía con él. Al principio se veía muy bien. Pero él lo llevaba en secreto, de forma que nadie lo vio, excepto un compañero al que se lo mostró en divina confidencia⁶⁷. Y así, cuando le ocurría algo adverso, contemplaba el amable signo de amor y la adversidad le resultaba más ligera. Su alma decía a veces en amorosa conversación: «Señor, mira, los amantes de este mundo dibujan a sus amigas sobre sus ropajes; ¡ah, amor mío!, yo te he dibujado a ti en la sangre fresca de la savia de mi corazón».

Una vez, después de maitines, cuando regresaba de la oración, se dirigió a su celda, se sentó en su silla y puso bajo su cabeza a modo de cojín el libro de los antiguos Padres⁶⁸. Embebecido en sí mismo, le pareció que una luz salía de su corazón y miró en ella. Sobre su corazón apareció entonces una cruz de oro ornada en modo sublime con muchas piedras preciosas que resplandecían bellamente⁶⁹. El Servidor tomó su manto y lo puso sobre su corazón, pues habría tapado con gusto la clara luz que traspasaba de modo que nadie pudiera verla. Pero el resplandor ardía tan maravillosamente que, por mucho que lo escondiera, no conseguía disminuir su intensa belleza.

Capítulo 5

Del preludio de consolación divina con el que Dios atrae a veces a las personas que comienzan

Según su costumbre, después de maitines acudía a su capilla y, con la voluntad de descansar un poco, se sentaba en su silla —era un descanso corto, solo hasta que el vigilante anunciaba la llegada del amanecer—, y entonces se abrían sus ojos y caía

rápidamente de rodillas saludando a la luminosa estrella de la mañana que alboreaba, la tierna reina del cielo, y pensaba que, igual que las pequeñas aves en verano saludan el día luminoso y lo acogen con alegría, saludaba él con alegre deseo a la que trae la luz del eterno día; pero no hablaba simplemente pronunciando palabras, sino con una dulce y silenciosa melodía de su alma.

Una vez, estando sentado a esa misma hora en su lugar de descanso, oyó resonar en su interior un no sé qué tan entrañable que su corazón se conmovió. La voz cantaba con una claridad sonora y suave mientras salía la estrella del alba, pronunciando estas palabras: *Stella Maria maris hodie processit ad ortum*, «La estrella del mar María se ha alzado hoy»⁷⁰. Este canto resonó en su interior de forma tan sobrenatural que su espíritu alzó el vuelo por completo y se unió a ese canto gozosamente⁷¹. Tan pronto como lo acabaron de cantar al unísono con ánimo alegre, sintió un abrazo inefable en el que se le decía: «Cuanto más amorosamente me abrases y más inmaterialmente me beses, más amorosa y afectuosamente serás abrazado en mi claridad eterna». Entonces se le abrieron los ojos, las lágrimas corrieron por su rostro y saludó a la estrella de la mañana que se alzaba según su costumbre.

A este saludo le seguía el segundo saludo matinal, acompañado también de una postración⁷², a la tierna eterna Sabiduría, con la breve oración de alabanza que ha puesto por escrito en algunos nuevos opúsculos de las cartas y que empieza así: *Anima mea desideravit etc.*⁷³

Aquí venía el tercer saludo, con una postración, dirigido al más alto y amoroso espíritu de los serafines, cuyo ardiente amor de fuego se abrasa en amor por la eterna Sabiduría, a fin de que el espíritu ardiente hiciera que su propio corazón se encendiera en el amor a Dios, de modo que ardiera él mismo y pudiera incendiar a todos los seres humanos con palabras y enseñanzas de amor. Este era diariamente su saludo matutino.

Un día de carnaval había prolongado su rezo hasta que el vigilante anunciara el día. Pensó: «Siéntate un poco antes de recibir la luminosa estrella de la mañana». Y cuando sus sentidos se hubieron entregado a un breve descanso, los espíritus del cielo entonaron en voz alta el hermoso responsorio *Illuminare, illuminare Jerusalem etc.*⁷⁴, que resonó en su alma con una inconmensurable dulzura. Apenas habían empezado a cantar, su alma se colmó de tal modo de la melodía celestial que su frágil cuerpo no lo pudo soportar; sus ojos se abrieron, el corazón desbordó y las ardientes lágrimas fluyeron.

Una vez, hallándose sentado así, a la misma hora, le pareció en una visión como si fuera transportado a algún lugar en otra tierra⁷⁵. Y le pareció que su ángel estaba ante él lleno de bondad, de pie a su derecha. El Servidor se levantó rápidamente, abrazó al ángel amado y lo estrechó apretándolo contra su alma tan amorosamente como pudo, de modo que le pareció que no había mediación alguna entre ambos. Clamando entonces con voz triste y ojos llorosos, le habló de todo corazón: «¡Oh, ángel mío, que el Dios de amor me ha dado para mi consuelo y protección, te ruego, por el amor que profesas a Dios, que no me abandones!». Entonces el ángel respondió y dijo: «¿Te atreves a no confiar en

Dios? Mira, Dios te ha abrazado tan amablemente en su eternidad que nunca te querrá dejar».

Y otra vez, una mañana temprano, tras un periodo de sufrimiento, sucedió que se vio rodeado en una visión por una hueste celestial. Pidió entonces a uno de estos resplandecientes príncipes del cielo que le mostrara de qué manera se formaba en su alma la morada secreta de Dios. Entonces el ángel le habló así: «Mira con gozo dentro de ti y contempla cómo el Dios de amor se recrea en el juego amoroso con tu alma amante». Miró sin demora y vio su cuerpo, sobre el corazón, transparente como un cristal, y vio, en medio de su corazón, sentada en perfecta quietud a la eterna Sabiduría, bajo una figura amorosa, y junto a ella se hallaba sentada el alma del Servidor llena de anhelo celestial, recostada tiernamente a su lado, estrechada entre sus brazos y apretada contra su corazón divino. Y permaneció así raptada y embriagada de amor entre los brazos de Dios amado⁷⁶.

Se había rehecho él mismo cierto cinturón⁷⁷. Y en la vigilia de la fiesta de los Ángeles⁷⁸ tuvo una visión. Era como si oyera cantos angelicales y dulces melodías celestes. A causa de ello se sintió tan bien que olvidó todo su sufrimiento. Uno de los ángeles le dijo entonces: «Mira, así como tú oyes con placer el canto de la eternidad, así también a nosotros nos gusta oír de ti el canto de la eterna Sabiduría». Y después dijo también: «Este es el canto que cantarán llenos de alegría los santos escogidos el día del Juicio Final, cuando se vean confirmados en la alegría perpetua de la eternidad».

Una vez, en esa gran fiesta, había pasado muchas horas en una contemplación semejante de sus gozos y, cuando se acercaba el amanecer, se le acercó un joven que se comportaba como si fuera un juglar celeste enviado por Dios. Con él llegaron también no sé cuántos jóvenes gallardos con el mismo aire y porte que el primero, excepto que el primero poseía una cierta preeminencia sobre los demás, como si fuera un ángel príncipe. Este mismo joven se le acercó con mucha gentileza y le explicó que Dios les había enviado a él para procurarle en su sufrimiento alegría celeste. Y le dijo también que debía expulsar de los sentidos su sufrimiento, unirse a su compañía y tomar parte de su danza celestial⁷⁹. Tomaron al Servidor de la mano para danzar y el joven entonó una alegre cancioncilla sobre el niño Jesús que decía: *In dulci júbilo etc.*⁸⁰ Cuando el Servidor oyó resonar el amado nombre de Jesús tan dulcemente, sintió tal bienestar en su corazón y en sus sentidos que desaparecieron los sufrimientos como si nunca los hubiera padecido. Entonces miró con gozo cómo daban los más intrépidos y alegres saltos. El primer cantor dirigía muy bien la ronda, entonaba y los otros le seguían, y todos cantaban y bailaban con corazones llenos de júbilo. El primer cantor repitió tres veces el estribillo: *Ergo merito etc.* Esta danza no era como las que se danzan en este mundo; era como un flujo celestial y un reflujo en el impenetrable abismo del misterio divino⁸¹. Incontables veces durante esos años experimentó este y otros consuelos semejantes, sobre todo en los momentos en que se veía acosado por grandes sufrimientos, y de este modo le era más ligero soportarlos.

Una santa mujer tuvo una visión de él. Le pareció que se dirigía al altar a decir misa, radiante de amor luminoso, y vio que la gracia de Dios descendía rociando su alma y que era uno con Dios. Entonces se acercaron por detrás de él muchos niños, llenos de encanto, llevando velas encendidas. Uno detrás de otro, extendieron sus brazos y lo abrazaron, cada uno a su tiempo, tan amablemente como pudieron, y lo estrecharon contra su corazón. Admirada, ella les preguntó quiénes eran y qué significaba aquello. Ellos contestaron: «Somos vuestros hermanos y hermanas en la alabanza y gozo de la beatitud eterna. Estamos junto a vosotros y os protegemos en todo momento». Preguntó ella: «¡Ah, querido ángel! ¿Qué significa que le hayáis abrazado a él tan tiernamente?». Dijeron: «Le amamos de todo corazón, tanto que hacemos muchas cosas con él; y has de saber que Dios obra inefables maravillas en su alma y que nunca le negará lo que le pida encarecidamente».

Capítulo 6

De algunas visiones

En esa misma época tuvo muchas visiones de cosas futuras y ocultas y Dios le dio cierto conocimiento sensible, en la medida en que ello es posible, del cielo, el infierno y el purgatorio. Estaba acostumbrado a que muchas almas se le aparecieran una vez habían dejado este mundo y le comunicaran cuál había sido su suerte, qué penas tenían que expiar, cómo podía él ayudarlas, o cuál era su recompensa ante Dios⁸². Entre otros se le apareció también el bienaventurado Maestro Eckhart⁸³, y el santo hermano Johannes der Füterer, de Estrasburgo⁸⁴. El maestro le hizo saber que se hallaba en una gloria sobreabundante en la que su alma estaba puramente deificada en Dios. Entonces el Servidor deseó saber de él dos cosas. La primera: cómo se hallan en Dios quienes han dado satisfacción a la más alta verdad en verdadero abandono, sin falsedad. Le fue mostrado que la absorción de estas personas en la profundidad del abismo sin modo, nadie puede expresarla en palabras. Pero él preguntó todavía qué ejercicio era el más favorable para una persona que quisiera llegar ahí. Entonces [el maestro] dijo: «Debe ahogarse a sí mismo según su sí propio con un profundo abandono y recibir todas las cosas de Dios, no de las criaturas, y establecerse en una tranquila paciencia frente a todos aquellos hombres que son como lobos».

El otro hermano, Johannes, también le mostró en la visión la deliciosa belleza con la que su alma era glorificada. De él deseó también que le respondiera a una pregunta. La pregunta era esta: «¿Cuál, de entre todos los ejercicios que se pueden hacer, es el más penoso y el más útil?». Johannes le respondió y dijo que nada es tan doloroso y útil para una persona como esto: que abandonada por Dios salga de sí misma pacientemente, y así deje a Dios por Dios⁸⁵.

Su propio padre, que había sido en su tiempo un hijo de este mundo, se le apareció tras su muerte y le mostró con aspecto lamentable su temible purgatorio y la falta más grave por la que se había hecho culpable, y le dijo especialmente cómo podía ayudarlo. Y así lo hizo. Y se le mostró de nuevo y le dijo que gracias a ello había sido liberado. Su santa madre, por cuyo corazón y cuerpo Dios había obrado maravillas durante su vida, se le apareció también en una visión y le mostró la gran recompensa que había recibido de Dios. Lo mismo sucedió con innumerables otras almas. Y de esto recibió regocijo y obtuvo muchas veces una imagen ejemplar y un apoyo para el modo de vida que llevaba por entonces.

Capítulo 7

Qué normas observaba en la mesa

Cuando tenía que ir a comer, se arrodillaba ante la eterna Sabiduría en íntima meditación de su corazón y le pedía confiadamente que le acompañara a la mesa y comiera con él, y le decía así: «Dulcísimo Jesucristo, te invito con gran deseo de mi corazón y te ruego que, puesto que tú me alimentas bondadosamente, me otorgues también hoy tu tierna presencia». Cuando se sentaba a la mesa, sentaba a su lado como comensal al amado huésped de su alma pura y lo miraba con afecto; de vez en cuando se inclinaba sobre el costado de su corazón⁸⁶. A cada plato que le servían, alzaba la escudilla hacia el huésped celeste para que le diera su santa bendición, y a menudo le decía con amorosa familiaridad: «¡Ah, gentil comensal, come ahora conmigo; mi Señor, sírvete y come con tu criado!». Estas y otras palabras de amor tenía para con él.

Si quería beber, alzaba su copa y también se la ofrecía, antes de beber él. En la mesa bebía habitualmente cinco tragos, por las cinco llagas de su amado Señor. Pero como del costado divino habían fluido agua y sangre, tomaba estos tragos dos veces. El primer sorbo y el último los tomaba en el amor del corazón más amante que la tierra pueda engendrar, y en el más ardiente amor del más alto espíritu entre los Serafines, para que este amor le fuera plenamente comunicado a su propio corazón. Si un plato le resultaba indigerible, le rogaba a su huésped que lo bañara en la herida de su corazón con el convencimiento de que entonces no podría hacerle daño.

Le gustaban las frutas y esto Dios no quería permitirle. En una visión le pareció como si alguien le ofreciera una manzana diciendo: «Toma, es el placer que estás buscando». Entonces él habló así: «No, mi único placer reside en la amable eterna Sabiduría». Pero pensó que no era verdad, que el ansia de fruta era muy fuerte. Se avergonzó de sí mismo y pasó dos años sin hincar el diente a fruta alguna. Los dos años transcurrieron en este deseo. Al año siguiente, escaseó la fruta y no había en el convento. Él se dominó a sí mismo con grandes esfuerzos para no singularizarse en la mesa

tomando fruta, y le rogó a Dios que, si era su voluntad que la comiera, entonces proveyera de fruta a todo el convento. Y así sucedió: a la mañana siguiente llegó una persona desconocida y trajo al convento un puñado de moneda nueva de sueldo, pero no quiso darlo sino a condición de que se comprasen manzanas con él. Y así sucedió que tuvieron suficiente para mucho tiempo y él empezó de nuevo, lleno de agradecimiento, a comer fruta.

Las piezas de fruta grandes las partía en cuatro trozos: los tres primeros los comía en nombre de la Santa Trinidad; el cuarto trozo, en el del amor con el que la Madre del cielo había dado de comer una pequeña manzana a su tierno niñito Jesús. Y este trozo lo comía sin pelar, pues los niños pequeños acostumbran comer así la fruta. Desde el día de Navidad y hasta bastante después no comía el cuarto trozo; se lo ofrecía en su meditación a la tierna Madre para que se lo diera a su querido hijo; quería darlo bajo esta condición. Si a veces había comido o bebido demasiado rápido se avergonzaba ante su noble comensal; y cuando en la mesa no había cumplido bien una de estas normas, se imponía él mismo una penitencia por ello.

En una ocasión vino a él una buena persona procedente de otra ciudad y le dijo que Dios le había hablado así en una visión: «Si quieres aprender cómo hay que comportarse en la mesa, ve a mi Servidor y pídele que te cuente todo su modo de proceder».

Capítulo 8

Cómo empezaba el Año Nuevo

En ciertos lugares de Suabia, su tierra, es costumbre por Año Nuevo que los jóvenes salgan por la noche de forma alocada pidiendo el presente [de amor], es decir, cantan canciones, recitan bellas poesías y, comportándose lo más cortésmente posible, intentan obtener de su amiga una corona. Esta costumbre le agradó tanto a su joven corazón lleno de amor, desde que oyó hablar de ella, que esa misma noche [de Año Nuevo] acudía él también a su eterno amor y le pedía el presente. Antes de que despuntara el día se iba ante la imagen en la que la Madre pura sostiene a su tierno niño, la bella eterna Sabiduría, en su regazo y lo estrecha contra su corazón. Se arrodillaba y con una suave y dulce modulación de su alma comenzaba a cantar una secuencia a la Madre a fin de que le permitiera obtener una corona de su Hijo y, como él no podía hacerlo bien, le ayudase. Y sentía a menudo tal devoción y tal necesidad de llorar que ardientes lágrimas resbalaban por su rostro. Cuando acababa de cantar, se volvía hacia la Sabiduría, amada de su corazón, se postraba a sus pies, la saludaba desde el profundo abismo de su corazón y la celebraba alabando su belleza, su nobleza, sus virtudes, su ternura, su libertad, junto con su dignidad infinita por encima de todas las bellas doncellas de este mundo. Y esto lo hacía mediante cantos, palabras, pensamientos y deseos, lo mejor que

podía. Deseaba así de un modo espiritual ser un precursor de todos los amantes y de todos los corazones que aman, y autor de todos los pensamientos, palabras y sentimientos amorosos, para que la dignísima dama fuera alabada con suficiente amor por su indigno servidor. Y al final decía: «¡Ah, tú eres, amada mía, mi Pascua alegre, el estío gozoso de mi corazón, mi hora más grata; tú eres el amor, el único que mi joven corazón ama y espera, y por ti ha desdeñado todo amor mundano! ¡Deja pues, fiel amiga de mi corazón, que me regocije en ello y obtenga hoy de ti una corona! ¡Ah, dulce corazón, hazlo por tu virtud divina, por tu natural bondad, y no dejes que hoy, en este primer día del año, me aleje de ti con las manos vacías! ¡Ay, algo así no sería propio de ti, dulce dulzura! Piensa que uno de tus amados servidores nos habla de ti y nos dice que en ti no hay “no” y “sí”, en ti solo hay “sí” y “sí”⁸⁷. Por ello, amor de mi corazón, ofréceme hoy el amable “sí” de tu don celeste, y así como una amable corona les es otorgada a los locos amantes [de este mundo], así debe recibir hoy mi alma, para un buen año, una gracia especial o una nueva luz de tu hermosa mano, mi tierna y fiel Sabiduría». Empezaba con esto o con cosas semejantes y nunca se iba sin satisfacción.

Capítulo 9

De las palabras *Sursum corda*

Le preguntaron en qué pensaba cuando al cantar misa, antes de la parte callada de la misa⁸⁸, entonaba el prefacio *Sursum corda*, palabras que se entienden comúnmente en alemán como: *Sursum!*, «¡alzad los corazones, a las alturas, hacia Dios!». Pues estas palabras salían de su boca con tal deseo que a las personas que lo escuchaban les despertaba una especial devoción. Contestó a la pregunta con un íntimo suspiro y dijo: «Cuando cantaba estas palabras de alabanza, *Sursum corda!*, en la misa, solía suceder que mi corazón y mi alma se fundían en tal añoranza y deseo divinos que al punto mi corazón fuera de sí mismo alzaba el vuelo; pues se levantaban entonces [ante mí] tres consideraciones⁸⁹ que lo transportaban a lo alto: a veces llegaba una, a veces dos, a veces las tres, a través de ellas yo era alzado en Dios, y conmigo todas las criaturas».

«La primera consideración que me iluminaba era esta: me presentaba ante mis ojos interiores con todo lo que soy, en cuerpo y alma y con todas mis potencias, y a mi alrededor disponía a todas las criaturas que Dios haya jamás creado en el cielo, en la tierra y en los cuatro elementos, cada una de ellas con su nombre, fueran aves del cielo, animales del bosque, peces del agua, hojas y hierba de la tierra, y los innumerables granos de arena del mar y las motas de polvo que brillan en los rayos del sol⁹⁰, y todas las gotitas de agua que en forma de rocío, nieve o lluvia hayan caído o caigan jamás; y deseaba que cada una de estas cosas poseyera una música dulce y atrayente que saliera de la savia más íntima de mi corazón y que así elevaran una nueva y entusiasta alabanza

al amado y tierno Dios, de eternidad en eternidad. Y entonces jubilosamente se abrían y se extendían los brazos amantes del alma hacia la indecible multitud de todas las criaturas. Y su intención era llenarlas con ello de alegría, tal como un primer cantor de ánimo alegre exhorta a sus compañeros cantores a cantar con alegría y a alzar sus corazones hacia Dios. *Sursum corda!*»

«La segunda consideración era esta –dijo él–: traía a mi memoria mi corazón y los corazones de toda la gente, y ahondaba en el pensamiento de cuánto gozo y placer, cuánto amor y paz disfrutaban aquellos que dan sus corazones solo a Dios, y al contrario, cuánta pena y padecimiento, cuánto sufrimiento e inquietud ocasiona el amor perecedero a los que se lo sujetan. Entonces exclamé con gran vehemencia [dirigiéndome] a mi corazón y a todos los demás, doquiera que estén y hasta el fin del mundo: ¡Vamos, corazones prisioneros, salid de entre los lazos estrechos del amor perecedero! ¡Vamos, corazones dormidos, salid de la muerte de los pecados! ¡Vamos, corazones vanos, salid del tedio de vuestra vida indolente y descuidada! ¡Elevaos por una conversión totalmente libre hacia el Dios de amor! *Sursum corda!*»

«La tercera consideración era una amistosa llamada a todas las personas de buena voluntad pero que no se han abandonado y que andan extraviadas en ellas mismas⁹¹, de modo que no pertenecen ni a Dios ni a criatura, pues su corazón es arrastrado de aquí para allá por lo temporal. A estos les invitaba, y también a mí mismo, a arriesgarnos audazmente con un total desapego de nosotros mismos y de todas las criaturas.»

Esta era su respuesta a las palabras *Sursum corda*.

Capítulo 10

Cómo celebraba la Candelaria

Para el día de Nuestra Señora de la Candelaria⁹² preparaba, desde tres días antes mediante oraciones, un cirio para la celeste Parturienta, y la mecha del cirio estaba trenzada con tres hebras, esto es: la primera, en consideración a su perfecta y virginal pureza; la segunda, a su insondable humildad; la tercera, a su maternal dignidad. Tres cosas que solo ella posee entre todas las criaturas humanas. Y este cirio espiritual lo preparaba antes con tres *Magnificat* cada día. Llegaba entonces el día de la bendición de los cirios, y temprano, antes de que nadie llegara a la iglesia, se iba hasta al altar mayor y esperaba allá recogido en meditación que la Parturienta llegara con su tesoro celestial. Cuando ella se aproximaba a la puerta exterior de la ciudad, se adelantaba a todos con el deseo de su corazón y corría a su encuentro con el cortejo de todos los corazones que aman a Dios. En la calle, caía ante ella y le rogaba que se detuviera un momento con su cortejo, que le cantaría algo. Se alzaba entonces y, con una melodía espiritual silenciosa, de manera que aunque la boca se movía nadie le oía, cantaba la letra de *Inviolata etc.*,

tan amorosamente como podía y se inclinaba ante ella hasta el suelo al cantar: *O benigna, o benigna*⁹³, y le rogaba que mostrase su dulce bondad a un pobre pecador. Luego se ponía en pie y la seguía con su cirio espiritual deseando que no permitiera jamás que se extinguieran en él las llamas ardientes de la luz divina. Luego, cuando llegaba junto al cortejo de los corazones amantes, entonaba el *Adorna etc.*⁹⁴, exhortándoles a recibir al Salvador con amor y a rodear llenos de deseo a la que lo traía al mundo; y la conducía así con alabanzas y cánticos hasta el templo. Después entraba con el corazón anhelante antes de que la Parturienta llegara y entregara su Hijo a Simeón, se arrodillaba delante de ella, alzaba sus ojos y sus manos y le rogaba que le mostrase a su niño y que le permitiera besarlo. Y cuando ella se lo ofrecía con bondad, extendía él los brazos hasta los extremos infinitos del vasto mundo, tomaba al Bienamado y lo abrazaba una y mil veces. Contemplaba sus preciosos ojos y veía sus pequeñas manos, saludaba su tierna boquita y recorría con la mirada todos los miembros infantiles de ese tesoro del cielo. Alzaba entonces los ojos y su corazón se sobrecogía por el milagro de que el portador del cielo fuera a la vez tan grande y tan pequeño, tan magnífico en el reino de los cielos y tan niño en la tierra. Y se entretenía con él, según se le ocurría, con cantos, llantos y ejercicios espirituales, y luego se lo devolvía con viveza a su Madre y la acompañaba adentro, hasta que todo se hubiera cumplido.

Capítulo 11

Cómo celebraba el carnaval

Cuando se aproximaba el carnaval, la noche en la que se silencia el *Alleluia*⁹⁵ y las gentes necias de este mundo empiezan a comportarse con desenfreno, empezaba él a componer en su corazón un carnaval celeste. Y era así: en primer lugar consideraba la alegría breve y nociva de este carnaval corporal y cómo, a este gozo tan breve, le seguían largos sufrimientos; y recitaba un *Miserere*⁹⁶ al digno Dios por todos los pecados y deshonoras que se cometen para con él en esta época de desenfreno. A este carnaval lo llamaba el carnaval de los villanos porque no conocen nada mejor. Su otro carnaval era una meditación del preludio de la eternidad y de cómo Dios se regocija con sus amigos escogidos con consuelos celestes aun en este cuerpo mortal, y recibía entonces con acción de gracias y alabanza lo que le había sido acordado y se regocijaba en Dios.

En esa misma época de sus comienzos, Dios le acordó también un carnaval espiritual, y fue así: había acudido la víspera de carnaval antes de completas a un pequeño aposento caliente⁹⁷ porque quería calentarse, pues sentía frío y hambre. Pero nada le resultaba peor que la sed que padecía. Y cuando allí vio comer carne y beber buen vino mientras él se hallaba hambriento y sediento, se conmovió interiormente, salió enseguida y comenzó a compadecerse de sí mismo y a suspirar desde lo más hondo de su corazón.

Esa misma noche le pareció en una visión que estaba en una enfermería. Fuera de la habitación oyó entonces a alguien entonar un cántico celestial, y la melodía sonaba con tal dulzura que jamás arpa de este mundo había hablado tan dulcemente, parecía como un solo cantado por un escolar de doce años. El Servidor olvidó todo alimento corporal, prestó oídos a la dulce melodía y dijo con anhelante corazón: «¡Ah! ¿Quién es el que canta? ¡Jamás había oído en la tierra melodía tan dulce!». Entonces un joven gallardo que allí se encontraba le dijo así: «Has de saber que este niño que tan bien canta, canta para ti y que tú eres la intención de su canto». «¡Oh, Dios me asista! –dijo el Servidor–. ¡Ah, joven del cielo, dile que siga cantando!» Aquel cantó de nuevo de forma que el canto resonaba alto elevándose en el aire, y cantó tres cánticos celestes de principio a fin. Cuando acabó el canto, el propio niño de hermosa voz, según le pareció, vino por el aire hasta la pequeña ventana de la estancia y le tendió al joven una graciosa cestita llena de frutos rojos, parecidos a grandes fresas rojas y maduras, bien grandes. El joven tomó la cesta de manos del niño, se la ofreció alegremente al fraile y dijo: «Mira, compañero y hermano, estos frutos rojos te envía tu amigo y Señor del cielo, el niño gentil e Hijo del Padre celeste, quien también ha cantado para ti. ¡Ah, cómo te ama!». Entonces el rostro del fraile se encendió y ruborizó de alegría, tomó anhelante la cesta y dijo: «¡Ay, bien de mi corazón! Es este un preciado presente del amoroso niño del cielo. Mi corazón y mi alma se han de regocijar por siempre». Y le dijo al joven y al otro compañero celeste que allí estaba: «¡Ah, queridos amigos! ¿No es justo que yo ame a este niño del cielo, rico en gracias? Sí, ciertamente, debo amarle en justicia, y si conociera cuál es su más graciosa voluntad, la querría cumplir por siempre». Y volviéndose hacia el mencionado joven, habló así: «Dime, querido joven, ¿no tengo razón?». El joven sonrió con bondad y respondió: «¡Sí, tienes razón! Debes amarle en justicia, pues ha pensado en ti y te ha honrado más que a muchas otras personas. Por eso has de amarle mucho. Y te digo que debes sufrir y también debes sufrir más que muchas otras personas. Debes, pues, prepararte para ello». El Servidor dijo: «¡Ah, de corazón quiero hacerlo, y te ruego que me ayudes a verle y darle las gracias por su precioso don!». Y aquel contestó: «¡Ve al ventanuco y mira fuera!». Abrió la ventana y vio delante de ella al más tierno y amable escolar que ojo alguno haya visto jamás. Y cuando intentó ir hacia él por la ventana, el niño se volvió graciosamente hacia él, se inclinó con bondad bendiciéndolo amablemente y desapareció de su vista. Así acabó la visión. Cuando volvió en sí, dio gracias a Dios por el buen carnaval que le había otorgado.

Capítulo 12

Cómo celebraba el mes de mayo

Comenzaba usualmente la noche de la víspera del primero de mayo. Plantaba un

mayo⁹⁸ espiritual y lo honraba un buen rato cada día. Entre todos los bellos ramajes que jamás hayan crecido, nunca pudo encontrar nada más parecido al bello mayo que la rama espléndida de la Santa Cruz que florece con más gracia y virtudes y bellos ornamentos que mayo alguno. Al pie de este mayo hacía seis postraciones y en cada una meditaba acerca de un deseo para ornar el mayo espiritual con las cosas más bellas que el verano pueda ofrecer. Y recitaba y cantaba interiormente ante el mayo el himno *Salve crux sancta*, es decir:

Salve, mayo celeste de la eterna Sabiduría en el que creció el fruto de la eterna beatitud.

I Como ornamento eterno, en lugar de rosas rojas, te ofrezco hoy el amor de mi corazón.

II En lugar de pequeñas violetas, una humilde reverencia.

III En lugar de tiernos lirios, un abrazo puro.

IV En lugar de todas las flores ya en pleno color y brillo que en este bello mes de mayo se hayan abierto, se abran o se vayan a abrir jamás en ninguna campiña o campo, bosque o pasto, árbol o pradera, mi corazón te ofrece un beso espiritual.

V En lugar del canto de las graciosas avecillas que hayan cantado nunca alegremente sobre la rama de un mayo, mi alma te ofrece insondable alabanza.

VI En lugar de todos los ornamentos que hayan ornado jamás un mayo de este mundo, mi corazón te exulta hoy con un canto espiritual y te ruega, mayo bendito, que me ayudes a alabarte en este mundo efímero de tal forma que te saboree eternamente a ti, fruto viviente.

Así celebraba la entrada del mes de mayo.

Capítulo 13

Del doloroso camino de la cruz que recorría con Cristo cuando le conducían a la muerte

Al principio Dios le había mimado largo tiempo con consolaciones celestes, y se había aficionado tanto a ellas que todo lo que tenía que ver con la Deidad le resultaba agradable; pero cuando debía meditar sobre la pasión de Nuestro Señor y decidirse a imitarlo en esto, le resultaba penoso y amargo. Por ello en una ocasión Dios le reprendió severamente y le habló así en su interior: «¿No sabes que yo soy la puerta por la que han de atravesar todos los verdaderos amigos de Dios⁹⁹ que han de acceder a la verdadera beatitud? Debes traspasar mi humanidad sufriente, si has de llegar verdaderamente a mi Deidad desnuda». El Servidor se horrorizó y estas palabras le resultaron muy duras. Sin embargo, empezó a prestarles atención, por muy desagradables que le resultaran, y empezó a aprender lo que antes no podía, y se dispuso a ello con abandono.

Para empezar, todas las noches después de maitines, en su lugar habitual –es decir, la sala capitular¹⁰⁰–, se abría a una compasión cristiforme¹⁰¹ por todo cuanto Cristo, su Señor y su Dios, había padecido en otro tiempo. Se levantaba e iba de un rincón a otro,

para sacudirse toda desidia y para permanecer vivo y despierto en la experiencia de estos sufrimientos. Empezaba con la Última Cena y sufría con él, estación tras estación, hasta que lo habían llevado ante Pilatos. Al final, condenado por el tribunal, lo tomaba y lo acompañaba en su doloroso camino de la cruz, desde el pretorio hasta el calvario.

El camino de la cruz lo hacía así: cuando llegaba al umbral de la sala capitular, se arrodillaba y besaba las primeras huellas de los pasos que él dio cuando, después de la condena, se volvió y quiso encaminarse a la muerte. Entonces entonaba el salmo de la pasión de Nuestro Señor: *Deus, Deus meus, respice etc.*¹⁰², e iba con él por la puerta que salía al claustro¹⁰³. Allí había cuatro calles por las que le acompañaba.

Por la primera calle le acompañaba hacia la muerte en el deseo de dejar amigos y bienes efímeros y sufrir en su alabanza el exilio sin consuelo y la pobreza voluntaria.

En la segunda calle tomaba la determinación de renunciar a la honra y dignidad efímeras, para ser despreciado voluntariamente por todo el mundo, meditando cómo también él [Cristo] había sido un gusano y el desecho de todo el mundo.

Al principio de la tercera calle, se arrodillaba de nuevo y besaba la tierra renunciando libremente a todo confort innecesario, a todo delicado cuidado del cuerpo, a causa del tierno cuerpo [de Cristo]. Y se representaba, tal como está escrito, cómo sus fuerzas se secaron y su naturaleza encontró la muerte¹⁰⁴. Y cuando le empujaban hacia delante tan penosamente, él pensaba cuán justo hubiera sido que todos los ojos se inundasen de lágrimas y todos los corazones suspirasen.

Cuando llegaba a la cuarta calle, se arrodillaba en medio del camino, como si se arrodillara ante la puerta por la que [Jesús] había de salir por su causa, cayendo a sus pies besaba el suelo y le invocaba y le rogaba que no fuera a la muerte sin él, que le permitiera acompañarlo, puesto que era justo que fuera con él. Todo esto se lo imaginaba interiormente con tanta precisión como podía, y recitaba la oración: *Ave rex noster, fili David etc.*¹⁰⁵ Y entonces le dejaba proseguir su camino.

Seguidamente se arrodillaba de nuevo volviéndose hacia la puerta y recibía la cruz con este verso: *O crux, ave, spes unica etc.*¹⁰⁶, y también la dejaba pasar. Entonces se arrodillaba de nuevo ante la tierna Madre, que en su inconmensurable dolor era conducida pasando por delante de él. Y observaba su avanzar lastimoso, sus lágrimas ardientes, sus penosos suspiros, su triste ademán. Le dirigía un *Salve Regina* y besaba sus huellas.

Después se alzaba rápidamente y se apresuraba tras su Señor hasta alcanzar a colocarse a su lado. Y su imagen le era por momentos tan presente que era como si caminase físicamente a su lado, y pensaba en cómo, cuando el rey David fue expulsado de su reino, los mejores caballeros caminaban a su lado y le servían amigablemente¹⁰⁷. Aquí renunciaba a su voluntad: lo que Dios hiciera con él, lo aceptaría por su causa. Finalmente entonaba la epístola del profeta Isaías que se lee en Semana Santa, que reza: *Domine, quis credidit auditui nostro etc.*¹⁰⁸, en la que se describe exactamente cómo Jesús sería conducido a la muerte. Y con él se dirigía a la puerta del

coro y subía por los escalones hasta el púlpito. Cuando llegaba a los pies de la cruz, allí donde un día le habían sido dadas las cien meditaciones de la Pasión¹⁰⁹, caía de rodillas contemplando cómo su Señor era despojado de sus ropas y cruelmente clavado en la cruz. Entonces tomaba una disciplina¹¹⁰ y, en el deseo de su corazón, se clavaba en la cruz junto a su Señor rogándole que ni la vida ni la muerte, ni el placer ni el sufrimiento, separasen de él a su Servidor.

Tenía también otro camino de la cruz interior, y era así: cuando se cantaba en completas el *Salve Regina*, veía en su corazón en meditación como si la pura Madre estuviera aún en ese mismo momento junto a la tumba de su querido Hijo, llena de maternal tristeza por su Hijo enterrado, y fuera ya hora de conducirla de regreso a casa y él hubiera de conducirla. Entonces hacía en su corazón tres postraciones con las que la conducía de regreso en meditación:

La primera ante la tumba, cuando se comenzaba con la salutación *Salve Regina*; su alma se inclinaba así ante ella, la tomaba espiritualmente entre sus brazos, y compadecía su tierno corazón, que en aquellos instantes se hallaba tan colmado de amargura, oprobio y mortal tristeza. Y la confortaba diciéndole que por esta causa ella era ahora reina de majestad, esperanza nuestra y dulzura nuestra, tal como reza el canto.

Cuando la llevaba hacia la puerta de Jerusalén, caminaba delante de ella y se volvía para mirar cómo avanzaba penosamente salpicada de las gotas de sangre ardiente que habían caído sobre ella al manar de las heridas abiertas de su Hijo tan querido, y cómo se la veía abandonada y privada de todo consuelo. Entonces la recibía de nuevo, mediante una postración interior de su corazón, con estas palabras: *Eya ergo advocata Nostra etc.*, y pensaba que debía recobrar el ánimo pues ella era ahora muy digna abogada de todos nosotros, y le rogaba que en el amor de su triste semblante volviese hacia él sus ojos misericordiosos y le mostrase después de este destierro a su querido Hijo, tal como expresa la invocación de esta plegaria.

Pero la tercera postración interior la hacía ante la puerta de la casa de santa Ana, su madre, adonde la conducía en su dolor. Le daba las gracias y se encomendaba a su clemencia y a su dulzura maternal con las devotas palabras: *O clemens, o pia, o dulcis Maria*, y le rogaba que recibiera su pobre alma en su último viaje y la condujera, protegiéndola de los espíritus malignos, a través de las puertas del cielo, a la eterna beatitud.

Capítulo 14

De la útil virtud llamada silencio

El Servidor sentía en su interior el deseo de llegar a la verdadera paz de su corazón y

pensaba que el silencio le sería útil. Para ello custodió su boca de tal forma que durante treinta años no rompió nunca el silencio en las comidas, excepto una vez que regresaba de un capítulo junto con muchos hermanos y comía con ellos en un barco. Esa vez se apartó [del silencio].

A fin de sujetar mejor su lengua en cualquier situación y no prorrumpir en charlas en demasía, escogió tres maestros en su meditación sin cuyo especial permiso no quería hablar, y eran estos tres santos queridos: nuestro padre santo Domingo, san Arsenio y san Bernardo¹¹¹. Cuando quería hablar iba de uno al otro en su meditación y les pedía autorización diciendo: *Jube domine benedicere!*¹¹² Y cuando sus palabras debían ser pronunciadas en el momento y lugar apropiado recibía la autorización del primer maestro; cuando sus palabras no presentaban ningún apego exterior tenía la del segundo; y cuando no presentaban dificultades interiores, le parecía que tenía el permiso de los tres, y entonces hablaba. Cuando no era así, le parecía que debía callar.

Si le llamaban a la portería, se aplicaba a cumplir con estas cuatro cosas: la primera, acoger a todo el mundo con bondad; la segunda, tratar la cuestión con brevedad; la tercera, despedirse reconfortando; y la cuarta, regresar sin apegos.

Capítulo 15

De la mortificación del cuerpo¹¹³

Tenía en su juventud una naturaleza muy viva. Cuando esta se le hizo evidente y comprendió que le abrumaba, le resultó amargo y gravoso. Buscó todo tipo de remedios y grandes penitencias con las que someter el cuerpo al espíritu. Llevó durante no sé cuánto tiempo una camisa de crin y una cadena de hierro, hasta que la sangre empezó a manar y tuvo que quitársela. Se hizo hacer en secreto una ropa interior de crin con correas guarnecidas con ciento cincuenta clavos de latón afilados como una lima y con las puntas giradas hacia la carne. Esta ropa se la hizo bien ajustada y ceñida por delante para que se adaptara mejor al cuerpo y las puntas se clavarán en la carne, y se la hizo del largo suficiente para que llegara hasta el ombligo; con ella dormía por la noche. En verano, cuando hacía mucho calor y se sentía fatigado y débil por los viajes a pie, o cuando le habían practicado una sangría y yacía presa de sus miserias y atormentado por bichos, permanecía entonces estirado, se retorció y se encogía sobre sí mismo y, empujado por la necesidad, daba vueltas de un lado para otro como hace un gusano cuando se le pincha con una aguja. A menudo era tal el acoso de estos bichos que le parecía que yacía sobre un hormiguero. Cuando intentaba dormir o ya se había dormido le picaban y mordían a cual más y a porfía. A veces se dirigía a Dios de todo corazón:

«¡Oh, tierno Dios, qué muerte es esta! Si un asesino o una fiera matan, la cosa acaba pronto, pero yo yazgo aquí bajo estos gusanos repugnantes y muero y no puedo morir». Pero por largas que fueran las noches en invierno o calurosas que fueran las del verano, no cejó en su práctica. Y para no tener alivio alguno en este martirio, se le ocurrió otra cosa: ató a su cuello un trozo del cinturón y le adaptó hábilmente dos anillas de cuero; pasaba las manos y cerraba los brazos con dos candados, y la llave la dejaba en una tabla delante de la cama hasta que se levantaba para ir a maitines y él mismo se desataba. En estos grilletes sus brazos estaban estirados hacia arriba y tan pegados al cuello y las ataduras eran tan fuertes que, si la celda hubiera ardido en llamas a su alrededor, no habría podido socorrerse. Y siguió con ello hasta que sus manos y brazos le temblaron por la tensión. Entonces ideó otra cosa.

Se hizo confeccionar un par de guantes de cuero como los que los trabajadores suelen llevar para arrancar zarzas espinosas, y se hizo poner por un hojalatero por aquí y por allá unas puntas de latón muy puntiagudas, y se los ponía por las noches. Lo hacía para que, si mientras dormía quería quitarse el cilicio de crines o buscar alivio de cualquier otra manera al tormento que le causaban los bichos, las puntas se le clavasen en el cuerpo. Y así sucedía. Cuando durmiendo quería ayudarse con las manos, se arañaba el pecho con aquellas afiladas púas y se hacía unas heridas tan horribles como si un oso le hubiera desgarrado con la punta de sus garras. La carne de sus brazos y la del pecho empezaban entonces a ulcerarse; y cuando después de muchas semanas se le curaban, aún era peor y se hacía nuevas heridas. Este ejercicio martirizante lo practicó durante unos dieciséis años. Después, cuando la sangre de sus venas se había enfriado y su naturaleza había quedado devastada, se le apareció en una visión un día de Pentecostés un mensajero celeste y le anunció que Dios ya no quería esto de él. Lo dejó al instante y lo tiró todo a un curso de agua.

Capítulo 16

De la cruz de clavos que llevó en sus espaldas

Por encima de todos los demás ejercicios le atrajo la idea y el deseo de llevar en su cuerpo algún signo sensible de su compasión por los terribles sufrimientos de su Señor crucificado. Para ello se hizo él mismo una cruz de madera de la altura de un hombre y del ancho correspondiente. Fijó en ella treinta clavos en recuerdo especial de todas sus heridas y de sus cinco signos de amor¹¹⁴. Ajustó esta cruz a su espalda desnuda entre los hombros, en contacto con la carne, y la llevó constantemente, noche y día, durante ocho años en alabanza del Señor crucificado. Además, el último año clavó también siete agujas de modo que las puntas sobresalían a uno y otro lado de la cruz quedando bien fijas, y cortó el trozo que sobresalía por detrás. Llevó las heridas causadas por estas afiladas

agujas en alabanza de los profundos pesares que traspasaron el corazón y el alma de la purísima Madre de Dios en la hora de la desgarradora muerte [de su Hijo].

Cuando por primera vez ajustó esta cruz a su espalda desnuda, su naturaleza humana se horrorizó y pensó que no sería capaz de soportarlo. Se la quitó y despuntó un poco los afilados clavos con una piedra. Pero pronto se arrepintió de esta cobardía tan poco viril y afiló de nuevo los clavos bien puntiagudos con una lima y volvió a colocársela encima. Le rasgó la espalda a la altura de los huesos, hiriéndole y haciéndole sangrar. Se sentara o permaneciera de pie, le parecía llevar sobre sí la piel de un erizo; si alguien le tocaba por descuido o le daba un golpe, le producía una herida. Para que esta penosa cruz le fuera más soportable, grabó en el dorso de la cruz el querido nombre IHC. Durante mucho tiempo, se aplicaba con la cruz puesta dos disciplinas al día de la siguiente manera: se golpeaba con el puño en la espalda sobre la cruz de modo que los clavos penetraban en la carne y quedaban clavados de tal manera que tenía que arrancarlos junto con la ropa. Los golpes sobre la cruz los daba en secreto para que nadie pudiera darse cuenta. La primera disciplina se la aplicaba cuando llegaba en su meditación a la columna en la que el Señor, tan bello, era horriblemente flagelado, y le rogaba que sanara con sus heridas las propias. Se aplicaba la otra disciplina cuando bajo el peso de la cruz [el Señor] llegaba al lugar de la crucifixión y era clavado en ella, y se clavaba con él para no separarse nunca de él. La tercera disciplina no era diaria; se la aplicaba solo si se había permitido demasiada debilidad o un placer inconveniente en el beber, el comer o cosas semejantes.

Una vez, en un descuido, tomó entre sus manos, sin ninguna mala intención, las de dos jóvenes muchachas que estaban sentadas junto a él en público en una reunión. Se arrepintió al instante de este descuido y pensó que este placer inconveniente debía ser castigado. Cuando dejó a las muchachas, y ya en su capilla, se retiró a su rincón secreto y a causa de esta mala acción golpeó de tal forma la cruz que los afilados clavos se hundieron en su espalda. Y también a causa de esta mala acción se prohibió a sí mismo acudir después de maitines a su habitual lugar de oración en la sala capitular, donde la purísima corte celestial se le presentaba en su meditación. Después de algún tiempo, queriendo expiar por completo esta falta, osó tímidamente caer a los pies del Juez, se aplicó ante él una disciplina con la cruz, fue de un lado a otro pasando ante los diversos santos y se aplicó treinta disciplinas, de modo que la sangre resbalaba por su espalda. Así expió amargamente el placer inconveniente que se había tomado.

Después del canto de maitines, se dirigía a su lugar secreto en la sala capitular y hacía cien postraciones y cien genuflexiones, y cada postración la acompañaba con una meditación particular. Esto le causaba gran dolor por culpa de la cruz, pues se la había ajustado tan estrechamente y tan pegada al cuerpo como cuando un tonelero dispone los anillos alrededor de un tonel. Cuando caía de bruces al suelo haciendo las cien postraciones, los clavos, con la caída, se le hundían, y cuando se volvía a levantar se le desclavaban, pero en la siguiente postración se hundían abriendo nuevos agujeros que le

causaban gran tormento; cuando permanecían clavados en el mismo sitio era más soportable.

Con anterioridad a esta práctica tenía otra. Se había hecho él mismo un flagelo con una correa; la guarneció de finas puntas de latón, afiladas como estiletes, y ambas puntas sobresalían por los dos lados de la correa cada una en forma de triángulo, de modo que doquiera que tocaran su cuerpo le causaban heridas. Con este látigo se levantaba antes de maitines, iba al coro ante el Santísimo y se aplicaba fuertes disciplinas. Hizo esto durante algún tiempo, hasta que los demás hermanos se dieron cuenta. Entonces lo dejó.

Una vez, en el día de San Clemente¹¹⁵, al principio del invierno, hizo una confesión general. Y cuando estuvo en privado, se encerró en la celda y se desnudó conservando solo el cilicio de crin. Tomó su flagelo de púas afiladas y se azotó el cuerpo y los brazos y las piernas de modo que la sangre corría como si le hubieran despellejado. El flagelo tenía en particular una púa con forma de gancho que cuando se clavaba en la carne la arrancaba. Con este flagelo se azotó tan fuerte que lo hizo saltar en tres pedazos, uno se le quedó en la mano y las púas fueron a dar contra las paredes. Cuando se contempló allí, de pie, todo ensangrentado, vio que tenía el más lamentable aspecto: en cierto modo se asemejaba al de Cristo bienamado cuando fue cruelmente flagelado¹¹⁶. Por la piedad que sentía de sí mismo empezó a llorar desde el fondo de su corazón. Y tal como estaba, desnudo y ensangrentado, se arrodilló en aquel frío glacial y rogó a Dios que borrara de su dulce mirada todos sus pecados.

El día del carnaval de los curas¹¹⁷ se dirigió de nuevo a su celda durante la comida del convento, se desnudó y se azotó tan horriblemente que la sangre corría por el cuerpo. Cuando quería azotarse aún más fuerte vino un hermano que había oído un ruido, y tuvo que parar. Tomó vinagre y sal y frotó las heridas para que sus dolores fueran mayores.

El día de San Benito¹¹⁸, en el que él había nacido a este mundo de exilio, se retiró a su capilla durante el almuerzo; allí se encerró y se desvistió nuevamente. Tomó su flagelo y empezó a azotarse. Un golpe en el brazo izquierdo alcanzó no sé cómo el vaso sanguíneo llamado vena mediana, o quizá otro cercano. El golpe fue tan fuerte que la sangre brotó a borbotones y chorreó hasta sus pies y a través de sus dedos empapó el suelo formando un charco. El brazo se inflamó rápidamente y se amorató. Se espantó y no se atrevió a golpearse más. En ese mismo momento, y a la hora exacta en que él se golpeaba, una santa doncella, que se llamaba Ana, se encontraba en oración en un castillo en otro lugar. Y tuvo una visión en la que fue conducida al lugar en el que él se aplicaba la disciplina. Cuando vio los duros azotes, sintió tanta piedad que se acercó a él, y en el momento en que levantó el brazo y quería azotarse, ella paró el golpe, según le pareció en la visión, y lo recibió en su propio brazo. Cuando volvió en sí encontró la marca del golpe con sangre oscura y seca sobre su brazo, como si el flagelo le hubiera alcanzado. Llevó durante mucho tiempo estos signos visibles y muy dolorosos¹¹⁹.

Capítulo 17

De su lecho

Por esa misma época llegó a sus manos una vieja puerta desechada; la llevó a su celda y la puso sobre la cama y se acostaba en ella sin cubierta que le tapara. Como alivio, él mismo se había tejido una finísima estera de cáñamo que puso sobre la puerta y que le llegaba hasta las rodillas. Bajo su cabeza, a modo de almohada, puso un saquito relleno de vainas de guisante, y encima de este, un pequeñísimo cojín. No teniendo ropa de cama, se acostaba por la noche tal como circulaba de día, excepto que se quitaba el calzado y se envolvía en un grueso manto. Consiguió así tener un lecho miserable, pues las duras vainas de guisante del saquito formaban bolas bajo la cabeza; la cruz con los clavos puntiagudos se le hundía en la espalda; tenía los brazos firmemente atados con correas y el cilicio de crin alrededor de las caderas; el manto era pesado y la puerta dura. Así yacía tan miserablemente que no podía moverse, como un tronco: si quería girarse lo hacía con dolor, y si, dormido, caía de espaldas sobre la cruz, los clavos penetraban hasta los huesos y dejaba escapar muchos suspiros hacia Dios. En invierno, el frío le hacía sufrir mucho, pues cuando en sueños quería estirar los pies como se acostumbra, quedaban al descubierto sobre la puerta y se le helaban; si los retiraba hacia sí encogiéndolos, la sangre palpitaba en las piernas y le causaba dolor. Los pies enfermaron, las piernas se inflaron como si fuera un hidrópico, las rodillas estaban ensangrentadas y desolladas, las caderas llenas de cardenales causados por el cilicio de crin, la espalda herida por la cruz, el cuerpo exhausto por los excesos, la boca seca por la sed, las manos le temblaban de debilidad. Y en este martirio vivía noche y día.

Después abandonó esta práctica de la puerta, se trasladó a una pequeña celda e hizo de la silla en la que se sentaba su cama; era tan estrecha y tan baja que no podía estirarse. En este agujero, o sobre la mencionada puerta, durmió con las ataduras acostumbradas durante unos buenos ocho años. En invierno, después de completas, cuando se encontraba en el convento, tenía por costumbre no entrar nunca en una estancia caliente ni acercarse al horno del convento a calentarse, esto durante veinticinco años, por mucho frío que hiciese, a menos que tuviera otro motivo para ir. Por esos mismos años se abstuvo también de todo tipo de baño, fuera de agua o de vapor, para mortificar su delicado cuerpo. Durante mucho tiempo, tanto en verano como en invierno, no comía más que una vez al día y no solo se abstenía de carne sino también de pescado y huevos. También por mucho tiempo practicó una pobreza tal que no quería recibir ni tocar una sola moneda, ni con permiso ni sin permiso¹²⁰. Durante mucho tiempo observó una pureza tal que evitaba rascarse o tocarse el cuerpo, excepto las manos y los pies.

Capítulo 18

De la privación de la bebida

Empezó un día el penoso ejercicio de no permitirse más que una cantidad muy pequeña de bebida; y para no equivocarse en la medida, dentro o fuera del convento, se fabricó él mismo un vasito de esa misma medida y adonde fuera lo llevaba consigo. En los momentos en que tenía mucha sed, refrescaba su boca seca como se hace para calmar a una persona enferma con mucha fiebre. Durante mucho tiempo no bebió vino en absoluto, excepto el día de Pascua; lo hacía para honrar tan alto día. A veces cuando tenía mucha sed, y, por ser estricto, no quería apagar esta sed ni con agua ni con vino, alzaba sus ojos a Dios lamentándose. Una vez recibió de Dios interiormente esta respuesta: «¡Mira cuán sediento estaba yo en angustia de muerte con solo un poco de vinagre y hiel, y todas las frescas fuentes del reino de la tierra me pertenecían!».

Sucedió que algo antes de Navidad¹²¹, habiendo renunciado a todas las comodidades corporales, añadió tres nuevos ejercicios a aquellos que practicaba desde hacía tiempo. El primero era permanecer después de maitines en pie frente al altar mayor sobre las piedras desnudas hasta la llegada del día; y era cuando las noches son más largas y se llama muy pronto a maitines. El segundo era no ir ni de día ni de noche a ningún lugar caldeado, ni calentarse las manos en el brasero del altar; las manos se le hincharon mucho, pues era la época más fría; después de completas se iba a dormir helado a su silla; después de maitines permanecía en pie frente al altar sobre la piedra desnuda hasta la llegada del día. El tercer ejercicio consistía en privarse por completo de bebida durante todo el día, por grande que fuera su sed, excepto por la mañana en el almuerzo, y entonces no tenía sed. Pero al llegar el atardecer empezaba a tener tanta sed que toda su naturaleza ardía en deseos de beber, pero se reprimía con múltiples y amargas penas. La boca se le secaba por dentro y por fuera como la de alguien que padece fiebre. Su lengua se agrietó de modo que después tardó más de un año en poder curarse. Cuando, sediento, estaba en pie durante el rezo de completas y, según la costumbre, se asperjaba con agua, él abría anhelante la seca boca y la tendía hacia el aspersor con la esperanza de que una gotita de agua pudiera caer sobre su lengua seca y refrescarla un poco. Después, en la colación¹²² o en la cena, sediento, apartaba de sí el vino, y a veces alzaba los ojos diciendo: «¡Oh, Padre del cielo!, acepta en ofrenda de la savia de mi corazón esta fresca bebida y calma con ella la sed que padeció tu hijo en angustia de muerte en la cruz». A veces, cuando tenía mucha sed, se acercaba a la fuente y veía el agua cantarina que caía en la pila de estaño y alzaba los ojos a Dios con un suspiro del corazón. A veces, cuando ya no lo podía soportar, decía así desde lo más profundo de sí: «¡Oh, eterno bien, cuán ocultos son tus juicios!¹²³ ¡El vasto lago de Constanza está tan cerca de mí y el agua pura del Rin fluye a mi alrededor, mientras un solo sorbo de agua me es tan caro! ¡Qué penoso me resulta!».

Continuó así hasta el día en que se lee en el Evangelio cómo Nuestro Señor convirtió el agua en vino¹²⁴. Ese mismo domingo, por la noche, se sentó tristemente a la mesa,

pues comer con esta gran sed no le era agradable. Cuando se hubo recitado la acción de gracias se apresuró de inmediato a su capilla, pues dominado por su sufrimiento no se pudo contener por más tiempo y rompió a llorar con amargas lágrimas diciendo: «¡Oh, Dios, solo tú conoces el sufrimiento y la miseria de los corazones; cuán miserable he nacido a este mundo, que teniendo en suficiencia he de padecer tanta abstinencia!». Mientras gemía así, le pareció como si en su interior algo le dijera a su alma: «¡Ten coraje! ¡Dios te regocijará y te consolará bien pronto! ¡No llores más, bravo caballero, mantente firme!». Estas palabras reconfortaron un poco su corazón, de manera que paró de llorar y le hubiera gustado no llorar en absoluto, pero a causa del dolor no podía serenarse del todo. Mientras aún le resbalaban las lágrimas, algo en su interior le empujaba a reír a causa de una divina aventura que Dios le había de deparar en breve. Se fue pues a completas. Su boca cantaba y su corazón temblaba, y sentía que todos sus sufrimientos iban a ser pronto recompensados y así ocurrió al cabo de poco tiempo. Comenzó en parte esa misma noche: en una visión le pareció que Nuestra Señora venía con su querido niño Jesús con el aspecto que tenía en la tierra a la edad de siete años. Traía en la mano una pequeña jarra con agua fresca; la jarra brillaba y era un poco mayor que las copas usadas en el convento. Entonces Nuestra Señora tomó la pequeña jarra en la mano y se la ofreció para que bebiera. La tomó y bebió con gran ansiedad y sació su sed según su deseo.

Un día que caminaba por el campo por un estrecho sendero, vino hacia él una pobre honrada mujer. Cuando la mujer estuvo más cerca, él se apartó del camino seco y se hizo a un lado, y metiéndose en lo mojado, la dejó pasar. La mujer se giró y habló así: «Buen señor, ¿en qué estáis pensando? Vos, un honorable señor y sacerdote, os habéis apartado humildemente ante una pobre mujer, cuando lo justo hubiera sido que me apartara yo». Él contestó: «¡Ay, buena mujer, es mi costumbre rendir a todas las mujeres respeto y honor por amor a la tierna Madre de Dios en el cielo!». Alzó ella sus ojos y sus manos al cielo y dijo así: «Ruego entonces a esta misma venerable mujer para que no dejéis este mundo sin haber recibido alguna gracia especial de ella, vos que la honráis en todas nosotras, las mujeres». Él contestó: «¡Que así me lo otorgue la purísima Señora del cielo!».

Sucedió poco después que, según su costumbre, aun teniendo a su disposición bebidas de todo tipo en abundancia, se levantó de la mesa con la boca seca. Por la noche, después de acostarse, se presentó ante él, en una visión, la imagen celeste de una mujer y le habló así: «Soy yo, la Madre, la que te dio de beber de la pequeña jarra la noche anterior, y quiero, puesto que padeces tanta sed, darte de beber de nuevo por misericordia». Él le respondió con timidez: «¡Ah, purísima Señora, no tienes, sin embargo, nada en la mano para darme de beber!». Ella le respondió diciendo: «Te quiero dar de beber de la bebida saludable que mana de mi corazón». Él se espantó tanto que no podía responder, pues se sentía indigno de ello. Pero ella le dijo con mucha bondad: «Puesto que Jesús, el Tesoro celeste, ha penetrado tan dulcemente en tu corazón, y tu

boca sedienta ha sufrido tan duras pruebas, has de obtener de mí este especial consuelo». Y prosiguió: «No es una bebida corporal, es una saludable bebida espiritual de verdadera pureza». Entonces él le dejó hacer y se dijo para sus adentros: «Ahora has de beber lo suficiente para saciar tu enorme sed de forma plena». Cuando hubo bebido este brebaje celeste le quedó algo en la boca, como una pequeña bolita blanda, blanca, hecha como el pan del cielo¹²⁵; la retuvo mucho tiempo en su boca como verdadera prueba. Después rompió a llorar con todo su corazón y agradeció a Dios y a su querida Madre el gran don que había recibido.

Esa misma noche se le apareció Nuestra Señora a una santa mujer que vivía en otra ciudad, y le mostró de qué forma le había saciado, y le habló así: «Ve y dile al Servidor de mi Hijo lo que se encuentra en los escritos del excelso maestro llamado Juan Crisóstomo, boca de oro: siendo aún un escolar, y hallándose arrodillado ante un altar, la Madre del cielo, en forma de una imagen de madera, amamantaba al niño sentado sobre su regazo. La estatua maternal le pidió a su Hijo que parara un instante y dejó que el mencionado escolar bebiera también de su corazón. Esta misma gracia le he acordado a él en una visión, y como prueba de la verdad de esto advertirás que las enseñanzas salidas de su boca sonarán ahora mucho más fervientes y deleitosas que antes»¹²⁶.

Cuando él oyó esto, alzó las manos, el corazón y los ojos, y dijo: «¡Alabada sea la vena fluyente de la Deidad! ¡Y por este don celeste, seas tú aún más alabada, dulce Madre de todas las gracias, por mí, pobre ser humano indigno de este don celeste!». Un hecho semejante se encuentra en la primera parte del libro que se llama *Speculum Vicentii*¹²⁷.

Esta santa mujer empezó de nuevo a hablar y le dijo: «Una cosa más debo deciros. Habéis de saber que hoy por la noche se me ha aparecido en una visión Nuestra Señora con su querido niño y en la mano tenía Nuestra Señora un bello vaso lleno de agua. El niño y su Madre hablaban muy amablemente de vos. Entonces ella le tendió el vaso con agua a su Hijo y le pidió que lo bendijera. Él bendijo el agua y al instante el agua se convirtió en vino¹²⁸. Y dijo así: “Ya es suficiente, no quiero que este fraile siga con el ejercicio de privarse de vino; a partir de ahora debe beber vino a causa de su naturaleza debilitada”». Y habiendo recibido así el permiso de Dios, bebió vino a partir de entonces como había hecho también antes.

Por entonces se encontraba gravemente debilitado por la sobrecarga de los mencionados ejercicios practicados durante tanto tiempo. Nuestro Señor se le apareció a una santa amiga de Dios con un cofrecillo en la mano. Ella le habló así: «Ah, Señor, ¿por qué esta cajita?». Dijo él: «Quiero curar con ella a mi Servidor, que está enfermo»¹²⁹. Entonces se dirigió al Servidor con el cofrecillo, lo abrió, y el cofrecillo contenía sangre fresca. Tomó de esta sangre y frotó el corazón del Servidor, que quedó cubierto de sangre. Frotó también sus manos, sus pies y todos sus miembros. Ella le preguntó: «Ah, mi Señor y mi Dios, ¿por qué lo marcas así? ¿Quieres imprimir en él quizá tus cinco heridas?». Él contestó: «Sí, quiero marcar amorosamente su corazón y toda su

naturaleza con el sufrimiento; entonces lo curaré y sanaré. Quiero hacer de él un hombre a la medida de mi corazón»¹³⁰.

El Servidor, después de haber llevado semejante vida, ejercitada según el hombre exterior –tal como aquí se ha descrito en parte– desde los dieciocho años hasta los cuarenta, y de que toda su naturaleza fuera devastada al punto de que su única elección era morir o abandonar semejantes ejercicios, los abandonó; y Dios le hizo saber que todo el rigor y todas esas prácticas juntas no habían sido más que un buen comienzo para romper su hombre aún no quebrado. Y quería decir con ello que debía ser probado aún de otra manera, si las cosas tenían que irle según convenía.

Capítulo 19

Cómo fue introducido en la escuela espiritual¹³¹ en el arte del verdadero abandono

Una vez, después de maitines, el Servidor estaba sentado en su silla y, absorto en profunda reflexión, se le embebecieron sus sentidos¹³² y le pareció en visión interior que un gallardo joven venía de lo alto y, de pie frente a él, le hablaba así: «Has permanecido por suficiente tiempo en la escuela inferior; has practicado allí lo bastante y estás maduro. ¡Vamos, ven conmigo! Te quiero conducir a la más alta escuela¹³³ que hay sobre esta tierra, allí has de aprender con diligencia el arte supremo que te ha de emplazar en la paz divina y ha de llevar tus santos comienzos hasta un fin bienaventurado». Se alegró de ello y se puso en pie. El joven le tomó de la mano y le condujo, así le pareció, a una tierra espiritual¹³⁴ en la que había una bella casa que parecía como la vivienda de gente espiritual. Allí vivían los que se aplicaban a ese arte. Cuando entró fue muy bien recibido y amablemente saludado. Se apresuraron al encuentro del supremo maestro y le dijeron que había llegado alguien que quería ser su discípulo y aprender su arte¹³⁵. Él replicó: «Quiero ver primero con mis propios ojos qué me parece». Cuando lo hubo visto, le sonrió con mucha bondad y dijo: «Sabadlo, soy yo quien os lo dice, este huésped puede convertirse muy bien en un buen maestro de este arte supremo si quiere someterse con paciencia a las estrechas constricciones en las que tiene que ser probado». El Servidor, sin embargo, no entendió estas secretas palabras; se volvió hacia el joven que le había conducido hasta allí y le preguntó: «Ay, mi querido compañero, dime qué es esta alta escuela y su arte de los que me has hablado». El joven le contestó: «La alta escuela y el arte que ahí se enseña no es otra cosa que el completo y perfecto abandono de sí mismo, de modo que la persona llega a tal aniquilamiento que, no importa cómo Dios se le manifieste, por sí mismo o bien por las criaturas, en el amor o bien en el sufrimiento, él se aplica a permanecer en todo momento igual, en una salida de sí, en la medida en que ello le es posible a la fragilidad humana, y considerando

únicamente la alabanza y honra de Dios, a la manera como Cristo amado se mostró ante su Padre celestial». Cuando el Servidor oyó esto, le agradó mucho y pensó que quería vivir según este arte y que nada podía ser tan difícil como para disuadirle de ello, quería quedarse allí y trabajar con mucho celo. Pero el joven se lo impidió y dijo así: «Este arte requiere una perfecta quietud: cuanto menos se hace aquí, más se ha hecho en realidad». Con ello se refería a un hacer en el que el hombre se halla en el centro y no considera solo la pura alabanza de Dios.

Tras estas palabras el Servidor volvió súbitamente en sí y permaneció sentado en silencio. Empezó a reflexionar en profundidad sobre estas palabras y se dio cuenta de que eran la pura verdad, la que el propio Cristo había enseñado. Empezó a hablar interiormente consigo mismo y se dijo: «Mira con celo dentro de ti y en realidad te encontrarás a ti mismo y verás que, a pesar de todos esos ejercicios exteriores que has llevado a cabo para contigo, desde tu propio fondo no estás lo suficientemente abandonado para aceptar las adversidades que te lleguen del prójimo. Eres aún como un atemorizado lebrato que permanece escondido tras un arbusto y se espanta a cada hoja que vuela. Así te sucede a ti: te espantas cada día de las aflicciones que acaecen de improviso; empalideces a la vista de tus adversarios; cuando deberías permanecer firme, sales huyendo; cuando deberías ofrecerte al descubierto, te escondes; si te alaban, sonríes; y si te critican, te afliges. Es bien cierto que necesitas una escuela más alta». Y con un suspiro interior alzó la mirada a Dios y dijo: «¡Ay, Dios, cuán desnudamente se me ha dicho la verdad! ¡Ay, cuándo llegaré a ser un hombre verdaderamente abandonado!».

Capítulo 20

De algunas penosas sumisiones

Cuando Dios le prohibió al Servidor los ejercicios exteriores que habían amenazado su vida, su exhausta naturaleza se sintió tan aliviada que lloraba de alegría. Cuando pensaba en las crueles correas y, en general, en lo que había sufrido y luchado, se decía para sus adentros: «Y bien, Señor querido, de ahora en adelante quiero llevar una vida tranquila y libre, y me trataré bien. Quiero calmar por completo mi sed con vino y agua, quiero dormir sin ataduras sobre mi saco de paja, yo que tan a menudo he deseado ardientemente que estas comodidades me fueran acordadas por Dios antes de mi muerte. Me he castigado a mí mismo por largo tiempo, ha llegado el momento de que me repose». Tales ideas y pensamientos temerarios rondaban su espíritu. ¡Ah, no sabía lo que le deparaba Dios!

Cuando hubo pasado varias semanas en la satisfacción de estos agradables pensamientos, sucedió un día que, sentado en la silla como de costumbre, empezó a

meditar sobre las palabras llenas de verdad que había pronunciado Job en su sufrimiento: *militia est etc.*, «la vida del hombre en la tierra no es sino caballería»¹³⁶. Pero en esta meditación se embebecieron sus sentidos y le pareció que venía hacia él un joven bello de aspecto viril que traía un par de hermosas botas de caballero y otros ropajes que los caballeros acostumbran usar. Se acercó al Servidor, le puso estas ropas y le dijo: «¡Sé caballero! Hasta ahora has sido escudero y Dios quiere que ahora seas caballero». Se contempló a sí mismo con el calzado de caballero y habló con el corazón maravillado: «¡Ayuda, Dios! ¿Qué me ha sucedido? ¿Qué va a ser de mí? ¿He de ser a partir de ahora caballero? Prefiero en mucho mi confort». Y le dijo al joven: «Si Dios quiere que sea caballero, sería más loable llegar a serlo en un combate caballeresco, lo preferiría». El joven se giró un poco, sonrió, y entonces le dijo: «¡No te preocupes, has de tener combates suficientes! Quien quiere seguir intrépidamente la caballería espiritual de Dios ha de encontrar muchas y mayores batallas que las jamás soportadas por los héroes célebres de los tiempos antiguos, cuyas hazañas caballerescas el mundo se complace en cantar y relatar¹³⁷. Te imaginabas que Dios te había liberado del yugo y te había quitado las ataduras, y que ahora podías vivir cómodamente: todavía no es así, Dios no quiere quitarte tus ataduras, solo las quiere cambiar y hacerlas mucho más difíciles de lo que nunca han sido». A esto, el Servidor se espantó terriblemente y dijo: «¡Ay, Dios! ¿Qué vas a emprender conmigo? Creía que esto tenía un pronto final, pero no ha hecho más que empezar, me parece que es solo ahora cuando llega mi desgracia. ¡Ah, Dios del cielo! ¿Qué piensas hacer conmigo? ¿Soy solo yo pecador y es humanamente justo que solo uses tu verga contra el pobre de mí y se la ahorres a tantos otros? Así me has tratado desde los días de mi infancia en que crucificaste mi joven naturaleza con enfermedades largas y penosas; yo pensaba que ya era suficiente». Él dijo: «No, no es suficiente, tienes que ser probado a fondo en todo si ha de ser de ti lo que conviene». El Servidor contestó: «Señor, muéstrame cuántos sufrimientos me quedan por delante». Le respondió diciendo: «Mira arriba, al cielo. Si puedes contar la innumerable multitud de estrellas, podrás contar también tus sufrimientos venideros; y así como las estrellas brillan pequeñas pero son grandes, así también tus sufrimientos parecerán pequeños a los ojos inexpertos de los hombres, pero a ti, que los experimentarás, te parecerán difíciles de sobrellevar». El Servidor dijo: «¡Ah, Señor Dios, muéstrame antes estos sufrimientos para que los conozca!». Él contestó: «No, es mejor que no los conozcas, para que no desfallezcas anticipadamente. Pero entre los incontables sufrimientos que te esperan, mencionaré solo tres:

»El primero es este: hasta ahora te mortificabas con tus propias manos y cesabas cuando querías y tenías piedad de ti mismo. Ahora quiero arrancarte de tus manos y entregarte indefenso a merced de manos extrañas. Tendrás que someterte a la destrucción pública de tu buena reputación por parte de hombres ciegos. Esta pena te será más cruel que la cruz de agudas puntas sobre tu espalda herida. Pues tus anteriores ejercicios te

han procurado una gran estima entre la gente, pero ahora serás humillado por los golpes y serás tenido por nada.

»El segundo sufrimiento es este: por mucho que te hayas infligido amargas y mortales agonías a ti mismo, por determinación de Dios has conservado una naturaleza tierna y amante; y sucederá que en los lugares en los que busques especial amor y lealtad, encontrarás deslealtad, gran sufrimiento y adversidad. Los sufrimientos serán tantos que las personas que te son especialmente fieles tendrán que sufrir contigo de piedad.

»El tercer sufrimiento es este: has sido hasta ahora como un niño de pecho mimado y malcriado, y has nadado en las dulzuras divinas como pez en el mar. Quiero ahora privarte de esto, quiero dejarte en la indigencia y la sequedad. Has de verte abandonado por Dios y por el mundo, y perseguido públicamente por amigos y enemigos. En resumen: cuanto empieces para tu amor o consuelo fracasará, y cuanto te resulta doloroso o repulsivo prosperará».

El Servidor sintió tal horror ante esto que toda su naturaleza se echó a temblar. Se alzó presuroso y cayó al suelo con los brazos en cruz. Invocó a Dios con corazón gimiente y voz quejumbrosa, y le rogó que, por dulce y paternal bondad, si era posible, apartara de él esta gran desgracia, pero si no lo era, que la voluntad del cielo y su orden eterno se cumplieran en él¹³⁸. Tras permanecer un buen tiempo en este estado, algo en su interior habló así: «¡Ten coraje! Yo mismo estaré contigo y te ayudaré a sobrellevar por la gracia este prodigio [de sufrimiento]». Entonces se levantó y se puso en manos de Dios.

Cuando hubo amanecido, después de misa, se encontraba sentado en su celda, triste, pensando en todas estas cosas y helándose de frío, pues era invierno. Algo habló entonces en su interior: «¡Abre la ventana de la celda, mira y aprende!». Abrió y miró: vio allí un perro que corría por medio del claustro y llevaba en la boca un trapo raído¹³⁹. Tenía un extraño modo de jugar con el trapo: lo lanzaba al aire, lo arrastraba por tierra y lo rasgaba agujereándolo. Entonces alzó la mirada, suspiró profundamente, y se le dijo en su interior: «Exactamente esto es lo que será de ti en la boca de tus hermanos». Pensó para sí mismo: «Puesto que no puede ser de otra manera, resígnate y mira precisamente cómo el trapo se deja maltratar en silencio. Haz tú lo mismo». Bajó, cogió aquel trapo y lo guardó por muchos años como su más preciado tesoro; y si iba a estallar de impaciencia, se lo ponía delante para reconocerse en él y guardar ante todos tranquilo silencio.

Si alguna vez por desdén había apartado un poco su rostro ante alguno de los que le ofendían, era reprendido interiormente y una voz le decía: «Piensa que yo, tu Señor, no aparté mi bello rostro de aquellos que me escupían»¹⁴⁰. Se arrepentía entonces y se volvía de nuevo hacia ellos con mucha bondad.

Primero, cuando le sobrevenía algún sufrimiento pensaba así: «Oh, Dios, ¿cuándo acabará este sufrimiento y seré liberado?». Entonces se le apareció el niño Jesús en una visión el día de la fiesta de la Virgen de la Candelaria y le reprendió diciendo: «Aún no

has aprendido a sufrir, te voy a enseñar: mira, cuando padezcas algún sufrimiento no debes estar con la mirada puesta en el final del sufrimiento actual, asumiendo que entonces hallarás reposo. Mientras persista un sufrimiento debes prepararte a recibir pacientemente otro. Esto es lo adecuado. Te has de comportar como una doncella que coge rosas: cuando arranca una del rosal no le basta con esta y se propone interiormente coger más. Haz tú lo mismo: prepárate de antemano, cuando un sufrimiento llegue a su fin encontrarás inmediatamente otro».

Entre los amigos de Dios que le anunciaron sus futuros sufrimientos vino a él una excelente y santa mujer y le dijo que en la fiesta de los Ángeles¹⁴¹, después de maitines, había rogado a Dios por él con fervor; le pareció entonces, en una visión, que era conducida al lugar en que se encontraba el Servidor y veía cómo por encima de él florecía un hermoso rosal grande y frondoso; tenía una forma deliciosamente bella y estaba lleno de hermosas rosas rojas. Miró hacia el cielo y le pareció que el sol se levantaba ya con gran resplandor y sin nube alguna. En el resplandor del sol había un hermoso niño con los brazos en cruz. Entonces vio que un rayo salía del sol y se dirigía al corazón del Servidor, con tal fuerza que todas sus venas y todos sus miembros se inflamaron. El rosal se inclinaba interponiéndose como si quisiera impedir con sus gruesas ramas que el rayo de sol alcanzara su corazón, mas no lo conseguía, pues los rayos que despedía eran tan fuertes que atravesaban todas las ramas e iluminaban hasta el interior del corazón. Después vio que el niño salía del sol. Ella le preguntó: «¡Ah!, querido niño, ¿qué quieres?», y él dijo: «Quiero ir junto a mi amado Servidor». Y ella: «¡Ah!, tierno niño, ¿qué significa el resplandor del sol en el corazón de tu amado?». Él dijo: «He iluminado de tal claridad su corazón amante para que el reflejo del resplandor salga de su corazón y atraiga amablemente hacia mí los corazones humanos; y este frondoso rosal, que designa sus numerosos sufrimientos futuros, no puede impedir que esto se cumpla noblemente en él»¹⁴².

Porque el retiro es muy útil para los que comienzan, resolvió permanecer en su convento durante más de diez años separado de todo el mundo. Cuando se levantaba de la mesa, se encerraba en su capilla y se quedaba allí. No quería prolongar conversaciones de ningún tipo con mujeres u hombres, en la portería o en cualquier otro sitio, ni incluso mirarlos. Había asignado a sus ojos un breve espacio más allá del cual no debía mirar, y este espacio era de cinco pies. Permanecía siempre en casa, no quería ir ni a la ciudad ni al campo, solo permanecer en su solitud. Toda esta vigilancia no le sirvió de nada, pues por esos mismos años cayeron sobre él muchos sufrimientos bien manifestos, que le oprimieron de tal manera que era digno de piedad para sí y para los demás.

Para hacer más ligera su reclusión, cuando se encerró diez años en la capilla por su propia voluntad y sin cadenas, encargó a un pintor que bocetara para él a los antiguos santos Padres y sus dichos y algunas otras materias devocionales que animaran a un hombre sufriente a ser paciente en la adversidad¹⁴³. Pero Dios no quiso que encontrara en esto satisfacción, y cuando el pintor hubo esbozado al carbón en la capilla los antiguos

Padres, enfermó de los ojos y ya no pudo ver lo suficiente para pintar. Así que se despidió diciendo que la obra tenía que quedarse así hasta que sanara. [El Servidor] se volvió hacia el pintor y le preguntó cuánto tiempo tardaría en sanar. Este le respondió: «Doce semanas». El Servidor le pidió que volviera a colocar la escalera, que ya había retirado, ante los esbozos de los Padres; subió a la escalera, pasó sus manos por las imágenes y luego frotó con ellas los doloridos ojos del pintor diciendo: «Por la potencia de Dios y la santidad de estos antiguos Padres os ordeno, maestro, que mañana volváis aquí con los ojos totalmente curados». Al día siguiente por la mañana temprano regresó alegre y sano dando las gracias a Dios y al Servidor por haberle sanado. Pero el Servidor atribuía esto a los antiguos Padres, sobre cuya imagen había pasado las manos.

Por esta misma época Dios hizo como si permitiera a los malos espíritus y a todo el mundo que le atormentasen. Sufrió de incommensurable manera con los malos espíritus que le infligían muchos tormentos y penas, tomando formas horribles con una audacia salvaje. Esto sucedía tanto de día como de noche, en la vigilia o en el sueño, y le causaba enorme desazón.

Una vez le asaltó la tentación de permitirse el placer de comer carne, pues había pasado muchos años sin comerla. Cuando hubo comido carne y satisfecho su apetito, de pie ante él apareció en una visión un monstruoso personaje del infierno que recitó el verso: *Adhuc escae eorum erant etc.*¹⁴⁴, y con una voz que era como un gáñido dijo a cuantos se encontraban allí: «Este monje se ha hecho reo de muerte y se la voy a infligir». Como los asistentes no se lo querían permitir, mostró un horrible taladro y le dijo: «Puesto que no puedo hacer otra cosa voy a atormentar tu cuerpo con este taladro y te agujerearé la boca y tu dolor será tan grande como el placer que has obtenido de la carne». Y, acercándose, le metió el taladro en la boca. Al momento sus mandíbulas y sus encías se hincharon y la boca se hinchó tanto que no pudo abrirla durante tres días, ni comer carne o cualquier otra cosa, excepto succionar entre los dientes.

Capítulo 21

De los sufrimientos interiores

Entre todos los sufrimientos, tres sufrimientos interiores le fueron muy penosos. Uno de ellos eran sugerencias contra la fe. Se le ocurría pensar: «¿Cómo pudo Dios hacerse hombre?». Y otras cosas semejantes. Cuanto más se resistía a ellas, más se enredaba en ellas. En esta tentación le dejó Dios durante unos buenos nueve años, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón doliente, pidiendo ayuda a Dios y a todos los santos. Al final, en algún momento, cuando le pareció a Dios, le liberó por completo de todo esto y le concedió una gran firmeza e iluminación en la fe.

El segundo sufrimiento interior fue la tristeza inmoderada¹⁴⁵. Se hallaba

constantemente con el ánimo tan deprimido que le parecía como si una montaña pesara sobre su corazón. La razón, en parte, era esta: su brusco apartamiento del mundo había sido tan radical que para su naturaleza llena de vida resultó de una gran opresión. Y estas tribulaciones duraron unos ocho años.

Pero el tercer sufrimiento interior fue la tentación de pensar que no había esperanza de salvación para su alma y que sería condenado para siempre, por bien que lo hiciera y por mucho que se ejercitara en la penitencia. Nada de esto le ayudaría a ser uno de los elegidos; todo estaba perdido de antemano. Con esto atormentaba a su espíritu día y noche. Cuando tenía que ir al coro o cuando quería hacer alguna otra cosa buena, le sobrevenía la tentación y decía con voz quejumbrosa: «¿Para qué te sirve servir a Dios? Estás maldito, no hay esperanza para ti. Déjalo estar, estás perdido, hagas lo que hagas». Y entonces pensaba: «Ay, pobre de mí, ¿adónde he de dirigirme? Si abandono la Orden, me espera el infierno; si permanezco en ella, no habrá de todos modos esperanza. ¡Ah, señor Dios! ¿Hubo nunca alguien tan desgraciado como yo?». Permanecía a veces sumergido en sus pensamientos, profiriendo hondos suspiros y derramando un torrente de lágrimas. Se golpeaba el pecho diciendo: «¡Oh, Dios!, ¿no habrá nunca esperanza para mí? ¡Qué cosa tan triste! ¿He de permanecer aquí como allá en la necesidad? ¡Dolor a mí, que nací del seno de mi madre!».

Esta tentación había caído sobre él a causa de un infundado temor: se le había dicho que había sido acogido en la Orden gracias a una transacción de bienes temporales. De esto viene el pecado que se llama simonía: cuando se compra algo espiritual por medio de un bien material¹⁴⁶. Y esto lo llevaba clavado en su corazón hasta que al fin superó ese sufrimiento. Después de que ese cruel padecimiento hubiera durado unos buenos diez años, en los que se consideró siempre como alguien condenado, acudió al santo Maestro Eckhart doliéndose de sus penas¹⁴⁷. Este le ayudó a liberarse y se salvó así del infierno en el que había permanecido tanto tiempo.

Capítulo 22

De cómo salió para ayudar a la salvación del prójimo

Después de haberse aplicado durante muchos años a su vida interior, fue impelido por Dios, a través de muchas revelaciones sobre la salvación de su prójimo, a ocuparse también de ella. Los sufrimientos que cayeron sobre él por causa de esta buena obra fueron sin número ni medida, pero ayudó también a innumerables almas. Esto se lo mostró Dios un día a una escogida amiga de Dios; se llamaba Ana y era una de sus hijas espirituales. Una vez fue arrebatada en medio de sus devociones y vio al Servidor diciendo misa sobre una alta montaña. Prendidos en él y a él vio una innumerable

multitud [de seres], y cada uno era distinto del otro. Cuanto más poseía cada uno de ellos a Dios, más lugar tenía en el Servidor, y cuanto más interior era su lugar en él, más se le acercaba también Dios. Vio que [el Servidor] rezaba con fervor por todos ellos al eterno Dios que sostenía entre sus manos sacerdotales¹⁴⁸. Ella le rogó a Dios que le explicara lo que esta visión significaba. Y Dios le contestó así: «El inconmensurable número de criaturas que están prendidas en él son todas las personas que a él se confiesan o siguen sus enseñanzas, o también aquellas que le tienen especial confianza. Él las ha conducido a mí para que dirija sus vidas hacia un buen final y para que no se vean nunca privadas de mi alegre semblante. Cuantas penas tenga que sufrir por ello le serán compensadas por mí generosamente».

Antes de que esta noble criatura, ya mencionada, conociera al Servidor de la eterna Sabiduría, recibió de Dios el impulso interior de verle. Y sucedió una vez que fue arrebatada y le fue dicho en visión que fuera donde estaba el Servidor, a verlo. Ella dijo: «No lo reconoceré entre tantos hermanos». Y le fue dicho: «Es bien fácil reconocerlo entre los demás: tiene alrededor de su cabeza un círculo verde adornado por todas partes con rosas rojas y blancas entremezcladas como en una corona de rosas¹⁴⁹; las rosas blancas significan su pureza, las rojas su paciencia en los múltiples sufrimientos que debe sobrellevar. E igual que el círculo de oro que se dibuja alrededor de la cabeza de los santos significa la eterna beatitud que ahora poseen en Dios, el círculo de rosas significa los múltiples sufrimientos que deben soportar los queridos amigos de Dios mientras aún sirven a Dios aquí en la tierra mediante el ejercicio de la caballería». Después de esto el ángel la condujo en la visión hasta donde estaba él y lo reconoció enseguida por la corona de rosas que llevaba alrededor de su cabeza.

Durante esta etapa de sufrimiento, su mayor sostén interior fue la ayuda asidua de los ángeles del cielo. Una vez, habiendo dejado atrás los sentidos externos¹⁵⁰, le pareció en una visión que era conducido a un lugar en el que había una gran asamblea de la comunidad angélica, y uno que estaba más cerca de él que los otros le dijo: «¡Extiende tu mano y mira!». Él extendió la mano y miró, vio entonces que en medio de la mano brotaba una hermosa rosa roja con sus pequeñas hojas verdes. La rosa era tan grande que cubría su mano hasta los dedos, y era tan bella y luminosa que causaba gran regocijo a los ojos. Él giraba sus manos hacia dentro y hacia fuera y por los dos lados era un espectáculo maravilloso. Habló entonces con gran asombro en su corazón: «¡Ay, compañero amado! ¿Qué significa esta visión?». El joven contestó: «Significa sufrimiento y más sufrimiento y aún más sufrimiento y otra vez y siempre más sufrimiento que Dios quiere darte. Estas son las cuatro rosas rojas en tus dos manos y en tus dos pies». El Servidor suspiró y dijo: «Ah, tierno Señor, el sufrimiento causa a las personas gran dolor, y sin embargo las hace tan bellas espiritualmente que ciertamente es una maravillosa disposición de Dios»¹⁵¹.

Capítulo 23

De los múltiples sufrimientos

Una vez estaba llegando a pie a una pequeña ciudad, y cerca ya de la ciudad había una imagen de madera de Cristo crucificado al abrigo de una pequeña capilla, como se acostumbra hacer en muchos lugares. La gente creía que allí acontecían muchos milagros. Por ello traían muchas imágenes de cera y muchos cirios y los colgaban allí en alabanza a Dios¹⁵². Llegado junto al crucifijo, entró y se arrodilló ante él. Después de haber rezado un rato, se alzó y se dirigió con su compañero al albergue¹⁵³. Una muchacha, una niña de siete años, le había visto arrodillarse y rezar ante la imagen. Por la noche llegaron unos ladrones al lugar de la imagen, rompieron la puerta y robaron toda la cera que allí encontraron. Al hacerse de día la noticia se extendió por la ciudad y llegó al ciudadano que tenía la custodia de la imagen. Este empezó a preguntar cosas para averiguar quién había cometido ese terrible crimen. Entonces la mencionada niña dijo que ella sabía quién lo había hecho. Y cuando se le insistió para que confesara y señalara al malhechor, habló así: «No hay otro culpable del crimen que el fraile –se refería al Servidor–, pues –dijo– lo vi ayer al anochecer arrodillado ante la imagen y luego irse a la ciudad». El relato de la niña lo tomó el ciudadano por verídico, y lo fue difundiendo por todas partes, de modo que el rumor sobre el fraile se propagó por toda la ciudad y le fue imputada esta vil acción. Circularon acerca de él muchas opiniones malvadas sobre cómo se le debía castigar y, como a una persona malvada, despacharlo de este mundo. Cuando oyó estas nuevas se espantó terriblemente, por muy inocente que se supiera, y con un profundo suspiro le dijo a Dios: «¡Ah, Señor!, ya que he de sufrir y debo hacerlo, envíame sufrimientos comunes, que no me causen deshonor, y los querré sufrir con gusto; pero ahora me alcanzas en el corazón arruinando mi reputación con lo peor que podía sucederme». Se quedó en la pequeña ciudad hasta que no se habló más de ello.

Sucedió que en otra ciudad se armó también un gran alboroto en torno a él, al punto de que toda la ciudad y toda la región hablaban de ello. En un convento de esa ciudad había una imagen de piedra, un crucifijo, de la que se decía que tenía las medidas exactas que había tenido Cristo. Un día durante la Cuaresma encontraron en la imagen sangre fresca por debajo del estigma de la herida del costado. El Servidor llegó corriendo con todos los demás a ver el milagro. Cuando vio la sangre, se acercó y la tocó con el dedo, viéndolo cuantos estaban allí. La afluencia de gente de toda la ciudad se había hecho enorme y le forzaron a ponerse en pie públicamente ante todos y a decir lo que había visto y tocado. Así lo hizo y habló, pero poniendo cuidado en no emitir ningún juicio sobre si era obra de Dios o de hombre; eso lo dejó para otros.

La nueva se difundió por todo el territorio, y cada uno añadía lo que quería. Hubo quien dijo que se había pinchado el dedo y había pintado con la sangre el crucifijo para que la gente creyera que la imagen había sangrado por sí misma, y que había provocado

él mismo la afluencia de gente, para sacarles sus bienes. Difamaciones similares corrían también por otras ciudades y en otros lugares. Cuando los burgueses de la ciudad se convencieron del fraude, tuvo que escapar de allí por la noche; fueron a buscarle y, si no se hubiera escapado, le habrían matado. Ofrecieron una gran suma de dinero a quien lo trajera vivo o muerto. Esta y otras difamaciones semejantes eran frecuentes, allí donde se escuchaban se las tenía por ciertas y su nombre era objeto de muchas imprecaciones y maldiciones. Se emitieron contra él un montón de juicios temerarios. También algunas personas prudentes reconocían y afirmaban que era inocente. Pero se las contradecía con tal ira que tuvieron que callarse y abandonarle a su destino. Una honrada mujer de esa misma ciudad que oyó hablar de todas esas extrañas y terribles cosas que el pobre hombre tenía que sufrir a pesar de su inocencia, llevada por la piedad, vino a él en su desgracia y le aconsejó que, para ir a todas partes, obtuviera de la ciudad una carta notarial sellada de su inocencia, pues muchos en la ciudad sabían bien que era inocente. Él dijo: «Ay, querida señora, si fuera este el único sufrimiento que Dios quisiera infligirme y ningún otro, me procuraría esa carta. Pero son tantos los sufrimientos como este que caen cada día sobre mí, que debo encomendarme a Dios y no hacer nada».

Una vez descendió a los Países Bajos para acudir a un capítulo¹⁵⁴. Allí le esperaban muchos sufrimientos, pues dos importantes personajes hicieron campaña contra él y se esforzaron mucho en causarle una gran aflicción. Con el corazón temblando, fue llevado ante el tribunal y le acusaron de muchas cosas, entre las cuales esta: dijeron que hacía libros que contenían falsa doctrina que mancillaba al país entero con la impureza herética¹⁵⁵. Por eso le trataron muy mal, dirigiéndole palabras muy duras y amenazándole con procurarle grandes males, a pesar de que Dios y el mundo lo supieran inocente. Con esta grave aflicción no se dio Dios por satisfecho y añadió muchas otras: en el camino de vuelta le envió días de enfermedad con altas fiebres; además le salió un absceso preocupante cerca del corazón. Y así, a causa a la vez de la profunda aflicción interior y de los males exteriores, estuvo tan al borde de la muerte que nadie pensaba que sobreviviría. Su compañero lo contemplaba a menudo como si el alma se le estuviera yendo.

Mientras yacía así miserablemente en la cama de un convento extraño y por la noche no podía dormir a causa de la terrible enfermedad, empezó a pasar cuentas con Dios y dijo: «¡Ah, Dios justo, a qué punto has sobrecargado mi naturaleza enfermiza con amargos sufrimientos y has herido mi corazón atravesándolo con la gran deshonra y el desprecio que se me infligen, envuelto en amarga penuria por fuera y por dentro! ¿Cuándo me escucharás, Padre de dulzura, o cuándo te parecerá que ya ha sido suficiente?». Y asumió en su interior la angustia mortal que Cristo padeció en la montaña¹⁵⁶. Estando en esta meditación, se arrastró de la cama a la silla que estaba delante de la cama y se sentó en ella, pues a causa del absceso no podía estar estirado. Mientras estaba lastimosamente sentado, le pareció, en una visión, que un gran tropel de la comunidad del cielo venía a su habitación para consolarle. Y la multitud del cielo

empezó a cantar un rondó celeste cuyos sonidos eran tan dulces a sus oídos que toda su naturaleza se transformó. Y como ellos cantaban tan alegremente y el Servidor enfermo se hallaba allí sentado tan triste, se acercó a él un joven y le dijo muy amablemente: «¿Por qué callas? ¿Por qué no cantas también tú con nosotros? Conoces muy bien la música del cielo». Entonces el Servidor, con la embriaguez de su triste corazón, le contestó y le dijo: «¡Ah! ¿No ves en qué estado me encuentro? ¿De qué habría de alegrarse alguien que se está muriendo? ¿He de cantar? Cantaré ahora entonces el lamento del que sufre. Si he cantado alguna vez con alegría, eso ahora se ha acabado, pues espero la hora de mi muerte». Entonces el joven le dijo alegremente: «*Viriliter agite!* ¡Ten coraje, alégrate, nada te va a pasar! Has de cantar aún en tus días un canto tal que alabará a Dios en su eternidad y consolará a muchos de los que sufren». A esto, los ojos se le llenaron de lágrimas y el pecho de llanto; e inmediatamente, en ese mismo momento, el absceso reventó y drenó, y sanó allí mismo.

Después, cuando regresó a casa, vino a su encuentro un piadoso amigo de Dios y le habló así: «Querido señor, aun cuando a lo largo de este viaje estabais a más de cien millas de mí, vuestro sufrimiento, sin embargo, me era presente. Un día vi con mis ojos interiores al Juez divino sentado en su trono, y con su permiso dos malos espíritus fueron enviados para perseguiros a través de los dos importantes personajes que os causaron sufrimiento. Entonces invoqué a Dios y dije: “¡Ah, dulce Dios!, ¿cómo puedes tolerar este sufrimiento tan grande y amargo de un amigo tuyo?”. Me respondió y dijo: “Lo he elegido para mí, de modo que a través de sufrimientos de este tipo se conforme a imagen de mi Hijo unigénito. Y, sin embargo, mi justicia ha de vengar la gran injusticia que se le ha hecho, con la muerte inesperada de los dos que le han atormentado”». Y poco después sucedió realmente eso, de manera que la cosa fue notoria para muchos.

Capítulo 24

Del gran sufrimiento que le causó su propia hermana de sangre

El Servidor tenía una hermana carnal que estaba bajo la obediencia de la vida espiritual¹⁵⁷. Sucedió que, mientras su hermano estaba viviendo en otro lugar, empezó a salir y a frecuentar malas compañías. Una vez que había salido con esa gente, no se guardó y cayó en pecado; y por el sufrimiento y aflicción que se abatieron sobre ella dejó su comunidad y huyó, él no sabía adónde.

Cuando él regresó a casa, se murmuraba sobre este desgraciado asunto. Alguien vino a él y le contó lo que había pasado. Quedó petrificado de dolor y agonizó, de tal modo que caminaba como una persona que ha perdido el sentido. Preguntó que dónde estaba ella y adónde había ido; nadie pudo decirle dónde. Pensó así: «Nuevos sufrimientos, de

acuerdo, ¡pero esto! Mas no te acobardes, mira si puedes ayudar en algo a esta pobre alma perdida y sacrifica tu reputación terrenal al dulce Dios, deja a un lado todo sentido de la vergüenza humana y salta al profundo lodazal y rescátala».

Cuando los hermanos estaban en el coro, atravesaba el coro y empalidecía y le parecía que se le erizaba el vello. No se atrevía a acercarse a nadie, porque todos se avergonzaban de él y los que eran antes sus compañeros ahora le rehuían. Cuando buscaba consejo entre sus amigos, le volvían la cara con desprecio. Entonces pensó en el pobre Job y dijo: «Ahora es preciso que el Dios de misericordia me consuele, puesto que todo el mundo me abandona»¹⁵⁸.

Preguntaba por doquier dónde debía ir para correr tras el alma perdida. Al final le indicaron un lugar, y se dirigió allí. Era el día de la querida santa Inés¹⁵⁹, y hacía frío. Durante la noche habían caído torrentes de agua y los arroyos habían crecido. Cuando intentaba saltar un arroyo, cayó en él por falta de fuerzas. Se levantó como pudo, mas su dolor interior era tanto que apenas atendía al exterior. Cuando llegó al lugar, le indicaron una pequeña casucha cercana. Dirigió a ella sus tristes pasos, entró y la encontró allí. Cuando la vio se desplomó sobre el banco en que ella estaba sentada y perdió por dos veces sucesivas el conocimiento. Cada vez que volvía en sí empezaba a gritar a viva voz y a llorar y a alzar las manos entrechocándolas sobre la cabeza diciendo: «Oh, Dios mío, por qué me has abandonado»¹⁶⁰. Luego sus ojos se le nublaron, la boca se le quedó abierta y las manos se le crisparon, y permaneció así un rato ausente, sin fuerzas. Pero cuando volvió en sí tomó a su hermana entre sus brazos y dijo: «¡Oh, mi niña! ¡Oh, hermana mía! ¡Lo que he tenido que pasar por ti!». Y también: «¡Oh, tierna virgen santa Inés, cuán amargo me ha sido tu día!». Entonces se desplomó otra vez y perdió el sentido.

Su hermana enferma se levantó, cayó a sus pies derramando amargas y abundantes lágrimas y, gimiendo, le habló así: «¡Ah, señor y padre y mío, aciago fue el día que me trajo al mundo, pues he perdido a Dios y os he causado tan grandes sufrimientos! ¡[Sufrá] por ello dolor, vergüenza y suspiros por siempre jamás mi afligido corazón! ¡Ah, leal rescatador y redentor de mi alma perdida!, aunque no sea digna de vuestras palabras ni de vuestra mirada, aceptadme en vuestro fiel corazón y pensad que no podéis mostrar mayor fidelidad a Dios, ni obrar más acorde a él, que a través de una infame pecadora y de un corazón vejado. Dios os ha hecho misericordioso para con todas las cosas dignas de misericordia. ¿Cómo, pues, podríais negarme a mí, una pobre reprobada pecadora, la misericordia, en esta hora en la que he llegado a ser objeto de piedad ante Dios y ante el mundo y mi grave culpa, de forma tan rápida y sin darme yo cuenta, me ha hecho aborrecible a los ojos de todos los hombres? Lo que todos rechazan y abominan, vos lo buscáis, mientras todos se avergüenzan de mí con razón, vos fijáis la vista en mí, que soy vuestro oprobio, y me buscáis. Señor, os ruego con el corazón infinitamente apesadumbrado, postrada y tendida a vuestros pies, que honréis a Dios en mí, esta pobre pecadora caída, y me perdonéis puramente este crimen y este mal que os he hecho a vos

y a mi pobre alma. Y pensad que si he comprometido vuestro honor en este mundo y he truncado vuestra vida y quebrado vuestro cuerpo, pensad que recibiréis por ello especial honor y eterno consuelo. Tened misericordia, pues soy una pobre desgraciada que ha caído en la red y que debe llevar esto consigo en herencia en el tiempo y en la eternidad, en el corazón y en el alma, y ser una carga para mí misma y para los demás. Dejadme ser vuestra pobre pordiosera aquí y en el más allá. Ahora y siempre, mi corazón no aspirará a tener el derecho de llamarse o de ser vuestra hermana; pero dejadme, por misericordia, ser vuestra hermana perdida y, en justicia, vuestra pordiosera, hallada y rescatada. Y esto es tan verdad desde el fondo de mi corazón que si alguien me llamara vuestra hermana o alguien quisiera presentarme así, sentiría especial amargura. Siento piedad por vos, que estáis aquí, que me veis cara a cara y habéis de sufrir por ello, pues sé que vos no podéis protegeros a vos mismo de todo aquello de lo que un corazón ha de avergonzarse por naturaleza. En adelante no tendré ni quiero tener otra relación con vos excepto la de que vuestros ojos y oídos hayan de avergonzarse y espantarse de mí. Estas cosas quiero sufrir permanentemente y ofrecérselas a Dios por mi ultrajante pecado, para que obtengáis de Dios dulce misericordia y fiel expiación para mí, pobre pecadora, y podáis ayudar a mi pobre alma a recuperar la gracia».

Cuando se hubo rehecho, el hermano respondió así a estos lamentos: «¡Oh, ardientes lágrimas, brotad de un corazón desbordado que no puede contenerse de dolor! ¡Oh, mi niña! ¡Oh, única alegría de mi corazón y de mi alma durante los días de mi infancia, en la que creía vivir en la alegría y el consuelo, ven y deja que te estreche contra el corazón sin vida de tu infeliz hermano! ¡Deja que riegue el rostro de mi hermana con las amargas lágrimas de mis ojos! ¡Déjame gritar y llorar sobre mi niña muerta! ¡Oh, mil muertes del cuerpo, [qué] dolor [tan] pequeño! ¡Oh, la muerte del alma y el honor, [qué] gran dolor! ¡Oh, sufrimiento y dolor de mi infeliz corazón! ¡Ah, Dios, oh, Dios misericordioso, lo que he pasado! ¡Oh, niña mía, ven aquí junto a mí! Ahora que te he encontrado quiero dejar mis lamentos y mis lágrimas y quiero acogerte hoy en la gracia y la misericordia, tal como ruego que me acoja Dios misericordioso a mí, hombre pecador, el día de mi última partida. Con gusto quiero olvidar por completo los inconmensurables sufrimientos y penas que he padecido por ti y habré de padecer hasta el final, y ayudarte con todas mis fuerzas a hacer penitencia y a expiar tu pecado ante Dios y ante el mundo». Esto apiadó a cuantos vieron y oyeron el lamento de ambos, tanto que nadie pudo contenerse de llorar. Y así, con exhortaciones y bondadoso consuelo, enterneció de tal modo a su hermana que de buena voluntad se dispuso a regresar cuanto antes a la obediencia.

Después, cuando con vergüenza indescriptible, y con gran energía y esfuerzo, hubo llevado en sus brazos la oveja extraviada al dulce Dios, Dios misericordioso quiso que ella fuera acogida en un lugar mucho más confiable que aquel donde se hallaba antes. Y su celo para con Dios fue tan grande y su modo de vida santo tan constante en las virtudes hasta el día de su muerte, que a los ojos de Dios y del mundo él se vio compensado ampliamente por todos los sufrimientos y penas que había padecido a causa

de ella. Cuando el fiel hermano vio que su sufrimiento había tenido tan buenos resultados, le causó alegría y regocijo y pensó en los designios secretos de Dios y en cómo las cosas paran en bien para los buenos. Y alzó los ojos a Dios agradecido y su corazón se deshizo en divina alabanza.

Capítulo 25

De los duros sufrimientos que se abatieron sobre él en una ocasión a causa de uno de sus compañeros

Una vez que quería salir de viaje, le dieron por compañero un hermano lego que no estaba del todo en su sano juicio. Lo aceptó de mala gana porque recordaba cuántos disgustos había padecido ya con compañeros de viaje. Pero lo tomó consigo y se fue con él.

Sucedió que llegaron a un pueblo antes del desayuno. Era justo el día del mercado anual y llegaba a él todo tipo de gente. El compañero estaba mojado por la lluvia, entró en una casa, [a sentarse] junto al fuego, y le dijo [al Servidor] que no quería ir a ningún lado, que hiciera lo que tuviera que hacer sin él y que él quería esperarle allí. En cuanto el Servidor hubo salido de la casa, el compañero se levantó y se sentó a la mesa de malas compañías y de traficantes, que también habían venido al mercado. Cuando vieron que el vino se le subía a la cabeza, que se había levantado y estaba de pie en el umbral de la puerta y miraba boquiabierto a su alrededor, lo cogieron y le dijeron que les había robado un queso. Mientras estas malas gentes lo estaban maltratando llegaron allí cuatro o cinco malvados hombres de armas, y, cayendo también ellos sobre él, dijeron que el mal monje llevaba veneno consigo, pues por aquella misma época circulaban rumores sobre emponzoñamientos [de aguas]¹⁶¹. Lo prendieron y montaron tal alboroto que acudía gente de todas partes. Cuando vio el cariz que tomaba la cosa y que estaba preso, queriendo ayudarse a sí mismo, se volvió hacia la gente y les habló así: «Parad un momento, estad callados y dejadme hablar; lo voy a explicar y os voy a decir cómo ha sucedido todo, pues desgraciadamente ha sucedido algo malo». Callaron y todos le escucharon. Él empezó a hablar y dijo así: «Mirad, podéis ver en mí que soy un hombre loco y estúpido, y nadie me presta atención. Pero mi compañero es un hombre instruido y sabio. La Orden le ha confiado pequeños sacos de veneno que debe sumergir en los pozos, aquí y allá, hasta llegar a Alsacia. Ahí se dirige ahora, y quiere emponzoñarlo todo a su paso con el terrible veneno. Mirad de prenderlo pronto o cometerá crímenes para los que no habrá sanación. Y ahora mismo ha sacado un saquito y lo ha vertido en la fuente del pueblo, de manera que todos los que hayan venido al mercado y beban de la fuente habrán de morir. Por eso me he quedado aquí y no he querido ir con él, porque me daba pena. Y como prueba de que estoy diciendo la verdad, habéis de saber que lleva un gran

saco de libros repleto de pequeños sacos de veneno y de piezas de oro que él y la Orden han recibido de los judíos para cometer este crimen». Cuando el grupo de malhechores y todos los que le rodeaban y que se habían acercado a él oyeron estas palabras, se enfurecieron y gritaron a grandes voces: «¡Rápido, tras el asesino y que no se nos escape!». Uno tomó una pica, otro un hacha, cada uno lo que pudo, y corrieron con salvaje alboroto irrumpiendo en las casas y cercados donde creían poder encontrarlo. Clavaban las espadas desenvainadas en los lechos y en la paja, hasta que el entero mercado acudió. Llegaron también unos honorables forasteros que conocían bien al Servidor, y al oír su nombre se adelantaron y les dijeron a todos que se equivocaban con él, que era un hombre muy piadoso, incapaz de querer cometer un crimen así. Como no lo encontraban desistieron, y condujeron al compañero cautivo ante el baile del pueblo, que lo encerró en un calabozo.

Esto duró hasta bien entrada la mañana. De este asunto nada sabía el Servidor, y cuando pensó que era hora de un frugal almuerzo y que su compañero ya se habría secado suficientemente junto al fuego, se dirigió [a la casa] con la intención de comer. Cuando entró en el albergue empezaron a contarle la triste historia tal como había ido. Aterrorizado, corrió rápidamente a la casa donde estaban su compañero y el baile, y rogó que dejaran ir a su compañero. Entonces dijo el baile que eso era imposible, que quería encerrarlo en una torre a causa de su fechoría. Esto le resultaba penoso e insoportable y corrió de aquí para allá buscando ayuda. Pero no encontró a nadie que quisiera ayudarlo. Después de haberse esforzado así con gran vergüenza y amargura, logró finalmente que dejaran ir a su compañero a cambio de una gran suma.

Creyó entonces que su sufrimiento había acabado, pero solo había empezado. Pues cuando se hubo visto libre, con mucho padecer y a un alto coste, de las autoridades locales, entonces se encontró con que era su vida la que corría peligro. En cuanto dejó la casa del baile, hacia la hora de vísperas, se había difundido el rumor entre la población y entre la canallesca de que era un emponzoñador. Le gritaban como a un asesino, de modo que no se atrevió a abandonar el pueblo. Lo señalaban diciendo: «¡Miradlo todos, es el emponzoñador! ¡Se nos ha estado escapando todo el día, hay que matarlo! ¡El dinero no le servirá de nada con nosotros, no como con el baile!». Cuando quiso huir y refugiarse en el pueblo, gritaron aún más fuerte contra él. Unos decían: «Hemos de ahogarlo en el Rin», pues el río corría junto al pueblo; otros gritaban: «¡No!, el asesino impuro infectaría toda el agua. ¡Hemos de quemarlo!». Un campesino de fiero aspecto vestido con una chupa ennegrecida tomó una pica y, abriéndose paso entre la gente, gritó: «¡Escuchad todo el mundo! ¡A este hereje malvado no podemos infligirle muerte más infame que si lo atravieso por la mitad con esta pica como se hace con un sapo venenoso, empalándolo! Dejadme pues que empale desnudo a este emponzoñador con esta pica, lo levantaré por la espalda, lo clavaré con fuerza contra esta sólida valla y lo ataré para que no se caiga. Dejemos que el cadáver infecto se seque al viento, para que todo el mundo que pase por delante, venga de donde venga, vea al asesino y lo maldiga

tras su infame muerte, para que sea así más maldito en este y en el otro mundo, pues este perverso criminal se lo ha ganado».

El desgraciado Servidor oía estas palabras con cruel espanto y hondos suspiros; y a causa del miedo le resbalaban por el rostro gruesas lágrimas. Todos cuantos estaban a su alrededor y le veían lloraban amargamente; algunos, apiadados, se golpeaban el pecho, alzaban las manos entrechocándolas sobre la cabeza, pero nadie se atrevió a decir palabra ante la muchedumbre enfurecida por miedo a ser atacado también. Ya empezaba a anochecer y él iba de un lado a otro pidiendo con ojos llorosos si alguien por el amor de Dios quería apiadarse de él y albergarlo, pero lo rechazaron rudamente. Algunas mujeres de buen corazón le hubieran dado cobijo, mas no se atrevían.

Estando pues el muy desgraciado en peligro de muerte y sin poder contar con ayuda humana alguna, solo esperaba que lo cogieran y lo mataran; presa de dolor y de miedo a la muerte cayó cerca de una valla, alzó sus pobres ojos hinchados hacia el Padre celestial y dijo así: «Oh, Padre de toda misericordia, ¿cuándo querrás hoy venir en mi ayuda en mi gran necesidad? ¡Oh, corazón lleno de dulzura, cómo has olvidado tu dulzura para conmigo! ¡Oh, Padre! ¡Oh, Padre fiel y generoso, ayúdame, pobre de mí, en esta gran necesidad! En mi corazón ya casi muerto no acierto a adivinar qué será peor, si morir ahogado, o quemado, o ensartado en una pica, pero habré de sufrir una de estas muertes. Te encomiendo hoy mi desolado espíritu; apiádate de mi deplorable muerte, porque están cerca de mí los que planean matarme». Estas quejas lastimeras fueron oídas por un sacerdote, que se precipitó hacia él y lo arrancó de allí cogiéndolo por las manos y lo condujo a su casa. Lo retuvo aquella noche para que nada le sucediera. Por la mañana temprano le ayudó a escapar de su adversidad.

Capítulo 26

Del asesino

En una ocasión regresaba el Servidor de los Países Bajos remontando a pie el Rin. Tenía un compañero joven al que le gustaba caminar deprisa. Y un día, que no pudo seguirle porque se hallaba cansado y enfermo, el compañero se le adelantó más de media milla. Miró hacia atrás por si veía a alguien con quien atravesar el bosque, cerca del cual estaba llegando, y ya atardecía el día. El bosque era extenso e inquietante, pues muchas personas habían sido asesinadas allí. Se paró a la entrada del bosque y esperó que llegara alguien. Entonces se acercaron a paso rápido dos personas. Una era una joven y bella mujer y otra un hombre muy alto y fiero, armado con una pica y un cuchillo largo, que llevaba puesta una chupa negra. Se espantó del aspecto horrible del hombre y miró a su alrededor para ver si veía venir a alguien más. Pero no vio a nadie. Pensó: «¡Oh, Dios,

qué gentes son estas! ¿Cómo voy a atravesar hoy el bosque? ¿Qué me ocurrirá?». Hizo el signo de la cruz sobre su pecho y se aventuró.

Cuando habían penetrado un largo trecho en el bosque, se le acercó la mujer y le preguntó quién era y cómo se llamaba. Se lo dijo. Entonces ella le dijo: «Amable señor, vuestro nombre me es conocido, os ruego que me escuchéis en confesión». Empezó a confesarse y dijo así: «Oh, virtuoso señor, lloro ante vos la desgracia que me ha acontecido. ¿Veis el hombre que nos sigue? Es un verdadero asesino y asesina gente en este bosque y en otros sitios, les roba el dinero y la ropa y no perdona la vida a nadie. A mí me ha engañado, me ha separado de mi honorable parentela y ahora tengo que ser su mujer». Estas palabras le espantaron tanto que casi se desmayó, y miró a su alrededor muy atemorizado por si veía u oía a alguien o si podía escapar por algún lado, pero no vio ni oyó a nadie en aquel bosque oscuro mas que al asesino que le seguía. Pensó para sí: «Si tratas de huir ahora, cansado como estás, te alcanzará pronto y te matará; si gritas, nadie te oirá en esta soledad y también serás hombre muerto». Miró hacia arriba apesadumbrado y dijo: «¡Ah, Dios! ¿Qué me ocurrirá? ¡Oh, muerte, muerte, qué cerca te siento!». Cuando la mujer se hubo confesado retrocedió hasta donde estaba el asesino y le rogó en secreto diciendo: «¡Ah, querido compañero, ve y confíesate tú también! Entre nosotros, en mi tierra, goza de mucho crédito: a quien se confiesa con él, por pecador que sea, Dios no lo abandonará nunca. Así que hazlo, quizá gracias a él Dios venga en tu ayuda en tu último suspiro». Cuando les vio cuchicheando entre ellos, el Servidor se espantó totalmente y pensó: «¡Te ha traicionado!». El asesino guardó silencio y se acercó a él. Cuando el pobre hermano vio que el asesino se le acercaba con la pica, se echó a temblar y toda su naturaleza se estremeció de miedo, y pensó: «¡Ay, estás perdido!», pues no sabía lo que habían hablado. Sucedió entonces que allí, donde se encontraban, el Rin corría por el lindero del bosque; el camino era estrecho y seguía la orilla; el asesino se las arregló para que el hermano fuera por el lado del río y él por el lado del bosque. Mientras él caminaba con el corazón temblando, el asesino empezó a confesarse y repasó todos los golpes mortales y todos los crímenes que había cometido. Especialmente le habló de un asesinato tan horrible que se le detuvo el corazón: «Una vez había venido yo a este bosque con voluntad asesina, como ahora he hecho, cuando se me acercó un venerable sacerdote con el que me confesé. Caminaba aquí, a mi lado, como vos lo hacéis ahora, y cuando me hube confesado saqué el cuchillo que traigo conmigo y lo traspasé, lo empujé por encima de la orilla y cayó al Rin».

Ante estas palabras y gestos del asesino empalideció el Servidor, y sintió un pánico de muerte al punto que un sudor frío le resbaló por el rostro y por el pecho; rígido y mudo, parecía privado de los sentidos; una y otra vez miraba a su lado a ver cuándo le iba a clavar el cuchillo también a él y echarle al río. A punto de derrumbarse por la angustia y sin poder seguir adelante, miró suplicante hacia atrás como hombre que quiere escapar a la muerte. La mujer vio su rostro suplicante, corrió hacia él y lo recibió en sus brazos en el momento en que caía; lo alzó y le dijo: «Buen señor, no temáis. No os va a matar». El

asesino dijo: «He oído contar muy buenas cosas de vos y hoy os beneficiaréis de ello; os voy a dejar vivir. Rogad a Dios para que a la hora de mi muerte me ayude, pobre asesino, por vuestra causa».

Entretanto, habían salido ya del bosque. El compañero estaba sentado allí junto al bosque bajo un árbol y le esperaba. El asesino y su amiga siguieron adelante. El Servidor se arrastró hasta su compañero y cayó al suelo; le temblaba todo el cuerpo como alguien sacudido por la fiebre, y permaneció silencioso no sé cuánto tiempo. Cuando se hubo rehecho se levantó y siguió su camino, rogando a Dios con fervor y profundos suspiros por el asesino para que Dios le tuviera en cuenta la buena fe que había tenido con él y para que en la hora de su muerte no dejara que se condenase. Dios le dio a entender, de forma especial, que no debía dudar de que había de ser un elegido y que nunca más se separaría de Dios.

Capítulo 27

Del peligro en las aguas

En una ocasión había ido a Estrasburgo, como hacía a menudo. Cuando quería regresar a su tierra, cayó en un peligroso brazo del Rin, y con él su nuevo librito que el maligno detestaba¹⁶². Cuando en peligro de muerte era arrastrado sin amparo por la corriente, quiso el fiel Dios que en ese momento de peligro pasara por ahí un joven, un nuevo caballero de Prusia¹⁶³, que osó arrojarse a las aguas turbulentas e impetuosas y le ayudó a él y a su compañero a escapar de una muerte terrible.

Una vez emprendió viaje en carro, por obediencia, pues hacía mucho frío. Y habiendo viajado en el carro todo el día hasta el atardecer, sin comer, con viento bien frío y un tiempo glacial, llegaron a unas aguas turbulentas que habían crecido con la lluvia y bajaban rápidas y profundas. El mozo que conducía el carro se distrajo en cierto momento, no se dio cuenta de que se había acercado demasiado a la orilla y volcó. El hermano salió despedido del carro y cayó al agua quedando tendido sobre la espalda. El carro le siguió, cayéndole justo encima, de modo que no podía girarse ni en un sentido ni en otro, ni ayudarse a sí mismo. Carro y hombre fueron arrastrados corriente abajo hasta un molino sin que se pudiera hacer nada. El cochero y otra gente corrieron en esa dirección y saltaron al agua con la intención de sacarlo. Querían ayudarle, pero el pesado carro le aplastaba y le hundía. Cuando con gran esfuerzo le sacaron el carro de encima, lo llevaron a tierra chorreando. Y una vez fuera se le congeló rápidamente la ropa por el gélido frío. Tenía escalofríos y sus dientes castañeaban, permaneció callado un rato en un estado lamentable. Luego, alzando los ojos hacia Dios, dijo: «¡Ayuda, Dios! ¿Qué tengo que hacer y por dónde empiezo? Pronto será de noche, no hay ni ciudad ni pueblo en las proximidades donde pueda entrar en calor o rehacerme. ¿He de morir así aquí? ¡Qué

muerte tan miserable!». Miró a uno y otro lado hasta que vio en la lejanía, arriba de una montaña, un pequeño caserío, y se arrastró hasta allí mojado y helado mientras caía la noche. Fue de casa en casa pidiendo hospitalidad por el amor de Dios. Todos le cerraron la puerta de sus casas, pues nadie quiso apiadarse de él. Entonces le invadieron el frío y la fatiga y empezó a temer por su vida. Alzando la voz, clamó a Dios: «¡Señor, Señor!, podías haber dejado que me ahogase y todo habría pasado, habría sido mejor que morirme congelado en medio de este camino». Un campesino que pasaba por allí oyó estos lamentos y se apiadó de él, lo tomó en brazos y lo condujo hasta su casa. Y así pasó la noche, fatigado y dolorido.

Capítulo 28

De un breve descanso que Dios le dio

Dios le había acostumbrado así: tras un sufrimiento le aguardaba inmediatamente otro. Así jugaba Dios con él sin interrupción, hasta que en una ocasión le dejó descansar, aunque no por mucho tiempo.

Un día, durante esa época de respiro, llegó a un convento de mujeres y sus hijas espirituales le preguntaron cómo le iba. Él contestó: «Me temo que mal, por un motivo: hace ya unas buenas cuatro semanas que nadie me ha atacado ni en mi cuerpo ni en mi honra como me solía suceder. Temo que Dios me haya olvidado». Tras permanecer un rato muy breve con ellas, sentado junto a la ventana del locutorio¹⁶⁴, llegó un hermano de la Orden, le llamó afuera y le dijo: «Hace poco he estado en un castillo y el señor nos preguntó con acritud por vos, dónde estabais. Levantó la mano y juró ante todos los presentes que allí donde os encontrase os atravesaría con la espada. Lo mismo hicieron algunos de sus vanidosos guerreros, sus más próximos, que ya os han estado buscando por algunos conventos de los alrededores para perpetrar su nefasto propósito. Por ello, si apreciáis vuestra vida, llevad cuidado y sed precavido». Se espantó ante estas palabras y le dijo al hermano: «Me gustaría saber por qué motivo merezco la muerte». Este contestó: «Le han dicho al señor que vos habíais desviado a su hija y a otras muchas personas a un extraño modo de vida, llamado el espíritu, y los que viven de esta manera se llaman hombres del espíritu y mujeres del espíritu¹⁶⁵, y le han contado que son las gentes más pervertidas que viven sobre la tierra. Y aún más: otro hombre terrible que estaba allá habló así de vos, dijo: “A mí me ha arrebatado [el amor de] una mujer muy querida. Se ha puesto ahora un velo y ya no quiere ni mirarme. Solo quiere mirar a su interior; ¿esto me lo ha de pagar!”». Cuando oyó estas noticias, habló así: «¡Alabado sea Dios!». Corrió de vuelta a la ventana del locutorio y les dijo a sus hijas: «¡Ay, mis niñas, regocijaos! ¡Dios ha pensado en mí y aún no me ha olvidado!». Y les contó la dura noticia de cómo querían pagarle con mal el bien que había hecho.

Capítulo 29

De unas cuentas que un día pasó con Dios

En esa misma época de sufrimientos y en los mismos lugares donde entonces vivía, el Servidor acudía a veces a la enfermería para procurar un reposo a su débil cuerpo. Estando sentado a la mesa, silencioso como de costumbre, le asediaron con burlas e insultos, que al principio le dolieron mucho; y se compadecía tanto de sí mismo que a menudo las lágrimas ardientes resbalaban por sus mejillas, de modo que se mezclaban en la boca con la comida y la bebida. Alzó silencioso la mirada a Dios, suspirando interiormente y dijo: «Ah, Dios, ¿no te basta con las penas que sufro noche y día? ¿También mi comida ha de mezclarse con el gran infortunio?». Esto ocurría con mucha frecuencia.

Una vez, al levantarse de la mesa, no pudo contenerse por más tiempo, se dirigió a su lugar secreto y habló así a Dios: «¡Ay, Dios querido y único señor del mundo! Sé dulce y bueno conmigo, pobre hombre, pues hoy tengo que pasar cuentas contigo, no puede ser de otra manera. Y aunque tú, en tu majestad, no debes nada a nadie ni estás obligado a nada, conviene, sin embargo, a tu inmensa bondad que dejes refrescarse contigo por tu gracia a un corazón saturado que no tiene nadie más con quien lamentarse o de quien recibir consuelo. Señor, te tomo por testigo, tú que sabes todas las cosas, de que he tenido desde que salí del cuerpo de mi madre un corazón gentil todos los días de mi vida. Nunca vi a una persona en la tristeza o la aflicción sin sentir por ella una gran compasión; y nunca he oído con gusto algo que pudiera herir a una persona, fuera en su presencia o a sus espaldas. Todos cuantos me conocen habrán de admitir que raramente habrán oído de mí malas palabras para con ninguno de mis hermanos o con cualquier otra persona, en presencia de los superiores o en cualquier otro sitio, pues más bien he intentado mejorar la situación de todo el mundo hasta donde he podido. Y cuando no he podido, he callado o me he alejado para no oír nada. Me he acercado a la intimidad de quienes habían sido heridos en su honor, movido por la piedad y para que lo recuperaran cuanto antes. He sido llamado “fiel padre de los pobres”, siendo amigo especial de los amigos de Dios. Cuantas personas han venido a mí tristes o afligidas han encontrado siempre ayuda y han partido alegres y consoladas, pues he llorado con las que lloraban, me he afligido con las que estaban en la aflicción, hasta reconfortarlas como una madre¹⁶⁶. Nadie me ha causado nunca un sufrimiento interior que no haya desaparecido por completo, en nombre de Dios, como si nada hubiera pasado, tan pronto me han sonreído con bondad. Señor, no hablemos de los humanos, dejándolos aparte a ellos: el sufrimiento o la tristeza de los animales y avecillas y de cualquier criatura de Dios, al verlo u oírlo, me ha llegado al corazón, y si no podía ayudarlos, he suspirado y rogado al dulce Dios que los ayudase. Todo cuanto vive sobre la tierra ha encontrado en mí gracia y dulzura. Ah, y tú, dulce Señor, tú permites a ciertos de los que el amado Pablo dice que son, y les llama,

falsos hermanos¹⁶⁷ que, ¡ah, Señor, este es mi lamento!, muestren para conmigo gran crueldad, como muy bien sabes, Señor, y es sobradamente manifiesto. ¡Ah, dulce Señor, mira y desagrávame de ello por ti mismo!».

Cuando hubo apaciguado su corazón con Dios un buen rato, entró, no sé cómo, en una calma silenciosa y Dios lo iluminó así: «Esas infantiles cuentas que me has presentado vienen de que no prestas atención constante a las palabras y modos del Cristo sufriente. Has de saber que Dios no se contenta con el buen corazón que posees, quiere más de ti, quiere también esto: cuando seas maltratado de palabra u obra por alguien, no solo debes sufrirlo pacientemente, tienes que rebajarte tanto a ti mismo que no te vayas a dormir hasta haber acudido al encuentro de tus adversarios y haber calmado, tanto como te sea posible, su airado corazón con tus palabras y actos, suaves y humildes; pues con esta suave humildad les quitarás la espada y el cuchillo de las manos y los harás impotentes en su maldad. Mira, ese es el antiguo camino de la perfección, que el amado Cristo enseñó a sus discípulos cuando dijo: “Mirad, os envío como corderos entre los lobos”¹⁶⁸». Cuando el Servidor volvió en sí, le pareció que este consejo de perfección era muy penoso y que le resultaba muy difícil meditarlo y aún más difícil seguirlo. Pero, sin embargo, se puso a ello y empezó a aprenderlo.

Sucedió una vez, algo después, que un hermano lego, que era zapatero, le habló con mucha arrogancia y le trató en público con insolencia. Calló él muy pacientemente y pensó que así era bastante, pero luego percibió interiormente que debía hacer algo más. Por la noche, cuando el mismo hermano estaba en la enfermería cenando, el Servidor esperó de pie a la puerta de la enfermería a que el converso saliera. Y en el momento que salió cayó a sus pies y habló con suplicante humildad: «¡Ay, padre amado y virtuoso, honrad a Dios en mi pobre persona y, si os he ofendido, perdonadme completamente por el amor de Dios!». El hermano permaneció quieto, alzó los ojos maravillado y luego habló con voz sollozante: «¡Cielos! ¿Qué extraña maravilla hacéis? No me habéis causado daño alguno, ni a mí ni a otros; soy yo quien os ha ofendido con mis malas palabras, os pido que me perdonéis». Y así se calmó y se apaciguó su corazón.

En otra ocasión en que estaba sentado a la mesa en una posada, un hermano lo trató de forma impropia con palabras maliciosas. Se volvió hacia él muy bondadosamente y le sonrió, como si el otro le hubiera dado algo especialmente valioso. El hermano se sintió alcanzado interiormente y, callando, le devolvió una mirada también bondadosa. Tras la comida, el hermano habló de ello en la ciudad diciendo: «Hoy durante la comida he pasado tanta vergüenza como jamás antes. Cuando estaba tratando con inconveniencia al Servidor, volvió hacia mí la cara tan dulcemente que enrojecí de vergüenza. Y esta imagen ha de serme útil por siempre jamás».

Capítulo 30

De cómo una vez estuvo al borde de la muerte a causa del sufrimiento

Sucedió una vez que, durante no sé cuántas noches, se despertaba sobresaltado y algo en él entonaba el salmo de la pasión: *Deus, Deus meus, respice in me*¹⁶⁹; este salmo es el que Cristo recitó en su angustia, cuando fue abandonado en la necesidad por el Padre del cielo y por todos sobre el monte de la cruz. Se espantaba de esta continua salmodia interior que le venía en cuanto se despertaba y sentía gran temor. Llorando amargamente, invocaba a Cristo en la cruz y le decía: «Oh, mi Señor y mi Dios, si he de sufrir contigo una nueva crucifixión, si debo hacerlo, honra entonces tu muerte pura e inocente a través de mí, pobre hombre, y acompáñame y ayúdame a superar todos mis sufrimientos». Cuando llegó la cruz, como había presentido, empezó a padecer terribles sufrimientos, de los que aquí nada se dirá; crecieron rápidamente, se multiplicaron de día en día y al final eran tan grandes y agotaron a tal punto a este hombre debilitado que lo llevaron a las puertas de la muerte. Cuando una noche fuera del convento se había retirado a su cama a descansar, le invadió tal sentimiento de debilidad que pensó que desfallecía y que todo se había acabado. Yacía tan quieto que ninguna vena de su cuerpo tenía pulso. Cuando la persona que le cuidaba, leal y de buen corazón, se apercibió de esto –una persona a la que él había encaminado con muchos esfuerzos hacia Dios–, corrió a él con pena y amargura y puso la mano sobre su corazón para ver si aún había vida. Pero allí estirado su corazón se movía tan poco como el de un hombre muerto. Entonces [el amigo] cayó de rodillas lleno de dolor, y derramando lágrimas y con lamentos lastimeros empezó a decir así: «¡Oh, Dios, que este noble corazón que te ha llevado, Dios de amor, tan amorosamente y por tanto tiempo dentro, que ha hablado de ti con entusiasmo, consolando con palabras y con sus escritos por todas partes a tantas personas extraviadas, haya dejado esta noche de latir! Y lo que es mayor desgracia: ¡que tenga este noble corazón que corromperse y no pueda vivir por más tiempo para alabar a Dios y consolar a los hombres!». Y con estos lamentos llenos de piedad y con los ojos llorosos se inclinaba sobre él palpándole el corazón, la boca y los brazos por ver si aún vivía o estaba muerto. No había movimiento alguno. Su rostro estaba pálido, su boca ennegrecida y toda señal de vida había desaparecido de su cuerpo, tal como del de un hombre muerto que ha sido puesto sobre el catafalco. Este estado duró tanto tiempo como el que se emplea en caminar una milla.

Mientras yacía así, ido, el objeto de su espíritu no era otro que Dios y la Deidad, lo verdadero y la verdad según la eterna e inmanente unidad. A decir verdad esto había comenzado ya antes de que se desvaneciese y saliera de sí. De alguna forma empezó a hablar en su interior en un coloquio con Dios y dijo así: «Ah, eterna verdad, cuyo abismo profundo permanece oculto a todas las criaturas, yo, tu pobre servidor, percibo que ha llegado mi fin, como pone de manifiesto el desfallecer de mis fuerzas. Te hablo pues en la

hora de mi último viaje, poderoso Señor, a quien nadie puede mentir ni engañar, porque todo es manifiesto para ti; solo tú sabes cómo están las cosas entre tú y yo. Por ello, fiel Padre del cielo, busco tu gracia, y si alguna vez me he alejado desviándome hacia alguna semejanza¹⁷⁰ de la perfecta verdad, ¡ah, Dios!, lo siento y me arrepiento de todo corazón, y te pido que lo borres con tu preciosa sangre por tu gracia y mi necesidad. Acuérdate de que todos los días de mi vida he ensalzado la sangre inocente y pura con alabanzas y gloria cuanto he podido, y esto ha de lavar todos mis pecados al emprender mi último viaje. ¡Ay, santos todos, y especialmente mi gracioso señor san Nicolás¹⁷¹, os ruego que os arrodilléis, elevéis vuestras manos y me ayudéis a rogar al Señor por un buen final! ¡Ah, pura, tierna, dulce Madre María!, dame hoy tu mano, tu graciosa mano, y en esta mi última hora acoge graciosamente mi alma en tu protección, pues tú sola eres la alegría y el consuelo de mi corazón. ¡Ah, Señora y Madre mía!, *in manus tuas commendo spiritum meum*¹⁷², en tus manos, en tus graciosas manos, encomiendo esta noche mi espíritu. ¡Ay, ángeles queridos, recordad que mi corazón ha reído todos los días de mi vida con solo oírlos nombrar, y que a menudo en mi destierro me habéis procurado regocijo celestial y me habéis protegido del enemigo! ¡Ay, espíritus gentiles, ahora me acerco a mi última y extrema necesidad y he menester vuestra ayuda! ¡Ah, socorredme y protegedme de la espantosa visión de mis enemigos, los malos espíritus! ¡Ah, Señor del cielo, alabado seas, pues me has concedido a la hora de mi muerte un final con tan clara consciencia y conocimiento! Emprendo mi viaje con toda mi fe cristiana, sin dudas y sin miedo. Perdono a todos los que me han causado algún daño, como tú perdonaste en la cruz a los que te daban muerte¹⁷³. ¡Señor, Señor!, tu divino cuerpo que hoy he recibido en la misa, por débil que estuviera, ha de ser mi protector y mi guía hacia tu rostro divino. Y mi última oración, que elevo en el momento de mi muerte, tierno Señor del cielo, la ofrezco por mis queridos hijos e hijas espirituales, que con especial fidelidad o en confesión se han acercado amigablemente a mí en este exilio. ¡Ah, Cristo misericordioso!, tal como en la hora de tu supremo viaje encomendaste fielmente al Padre a tus queridos apóstoles, con ese mismo amor te los encomiendo yo para que les concedas también a ellos un final bueno y santo¹⁷⁴. Y ahora, dando la espalda a todas las criaturas, me vuelvo hacia la desnuda Deidad en el primer origen de la eterna beatitud».

Después de decirse a sí mismo esto y otras muchas cosas semejantes, perdió el sentido y le sobrevino el desvanecimiento del que se ha hablado. Y cuando tanto él como otras personas pensaban que debía de haber fallecido, volvió, no sé cómo, en sí; el corazón muerto empezó de nuevo a latir y sus débiles miembros se reanimaron. Sanó y pronto estuvo tan vivo como antes.

Capítulo 31

Cómo una persona ha de retornar sus sufrimientos a Dios en forma de alabanza

Una vez, cuando el sufriente Servidor reflexionaba interiormente en profunda meditación sobre este duro combate, vio también en ello las maravillas secretas de Dios, entonces se volvió hacia Dios con un suspiro interior y habló así: «Ah, tierno Señor, los sufrimientos antes descritos contemplados desde fuera parecen aceradas espinas que atraviesan la carne y el hueso; por ello, tierno Señor, deja que de las espinas aceradas del sufrimiento salga algún dulce fruto de buena doctrina para que nosotros, tan trabajados, suframos con más paciencia y podamos ofrecer mejor nuestros sufrimientos en alabanza a Dios».

Tras haber estado rogando esto a Dios con fervor, no sé cuánto tiempo, sucedió una vez que fue, no sé cómo, arrebatado dentro de sí mismo y sobre sí mismo¹⁷⁵ y, en un embebecimiento de sus sentidos, fue dicho suavemente en su interior: «Hoy quiero mostrarte la alta nobleza de mi sufrimiento y cómo debe una persona sufriente retornar su sufrimiento en forma de alabanza al amable Dios». Pronunciadas en él estas dulces palabras, se disolvió su alma en su cuerpo y, dejados atrás los sentidos, de la plenitud sin fondo de su corazón se extendieron, no sé cómo, los brazos de su alma hasta los vastos límites del mundo en el cielo y sobre la tierra. Dando gracias y alabando a Dios con un deseo insondable del corazón, habló así: «Señor, hasta ahora te he alabado en mis escritos por cuanto hay de gracioso o amable en todas las criaturas; pero, ay, ahora debo prorrumpir en un nuevo cántico y en una insólita alabanza que hasta hoy no conocía, pero que se me ha hecho familiar en el sufrimiento. Helo aquí: desde el abismo sin fondo de mi corazón deseo que todo el dolor y los sufrimientos que haya padecido yo alguna vez, y con ellos también la dolorosa aflicción de todos los corazones, el dolor de todas las heridas, los gemidos de todos los enfermos, los suspiros de todos los corazones tristes, las lágrimas de todos los ojos en llanto, el desprecio de todos los oprimidos, las privaciones de todas las viudas y huérfanos pobres y necesitados, la árida penuria de los sedientos y de los hambrientos, la sangre derramada por todos los mártires, las renunciaciones de todos los que están en la alegre flor de la juventud, las penosas prácticas de todos los amigos de Dios y todos los dolores y sufrimientos, visibles u ocultos, que yo mismo o cualquier otra persona sufriente y probada haya padecido en su cuerpo, en sus bienes, o en su reputación, respecto a sus amigos o por su propia congoja, o todo cuanto alguien aún haya de sufrir hasta el día del juicio final, sea todo para ti, Padre celestial, una eterna alabanza y un eterno honor para tu unigénito y sufriente Hijo por los siglos de los siglos. Y yo, tu pobre Servidor, deseo ser hoy el fiel sustituto de todos cuantos sufren y que tal vez no saben cómo llevar correctamente sus sufrimientos con paciente y agradecida alabanza a Dios; lo deseo para presentarte hoy, en su lugar, sus sufrimientos, cualesquiera que sean, en tu alabanza. Y te los ofrezco en su lugar como si solo yo los

hubiera sufrido todos, según el deseo de mi corazón, en mi cuerpo y en mi corazón, y se los ofrezco hoy en su lugar a tu unigénito y sufriente Hijo para que sea alabado eternamente y para consuelo de los que sufren, se hallen aún en este valle de lágrimas o en el otro mundo en tu poder.

»Oh, los que sufrís conmigo, miradme y escuchad lo que os digo: nosotros, pobres miembros, hemos de consolarnos y alegrarnos en nuestra noble cabeza, esto es, el amado Hijo unigénito que nos precedió en el sufrimiento y no tuvo un día de respiro sobre la tierra. Ved, si en una familia pobre hubiera un solo hombre rico y respetable, la entera familia se regocijaría. ¡Ah, noble cabeza de todos nuestros miembros, sé indulgente, y la verdadera paciencia que nos falta por debilidad humana en las adversidades, cólmala tú ante tu amado Padre celestial! Acuérdate de que una vez acudiste en ayuda de uno de tus servidores, cuando en su sufrimiento iba a desesperar, tú le dijiste: “¡Ten coraje y mírame! Yo era noble y pobre, tierno y miserable, nacido de todas las gracias y, sin embargo, lleno de sufrimiento”. ¡Por ello nosotros, devotos caballeros del imperial Señor, no nos acobardemos; nosotros, nobles seguidores de este insigne predecesor, cobremos coraje y no suframos a disgusto! Pues incluso cuando no hubiera otro objetivo u otro bien en el sufrimiento que el de asemejarnos mucho más a nuestro claro y bello espejo, Cristo, ya estaría bien. Una cosa me parece cierta: aunque Dios quisiera premiar por igual después de esta vida a los que han sufrido y a los que no, deberíamos, sin embargo, escoger el sufrimiento solo por esta semejanza, pues el amigo se asemeja y se rinde a la amiga en todo lo que puede.

»Ay, ¿con qué osadía nos atrevemos a pensar que podemos devenir semejantes a ti en nuestros sufrimientos, noble Señor? ¡Oh, Señor, sufrimiento y sufrimiento, cuán distinto uno de otro! ¡Señor, Señor, tú eres el único sufriente cuyo sufrir no tiene origen en la culpa! ¿Quién es aquel que podría jactarse de no haber causado nunca sus sufrimientos? Pues si está libre de falta en un determinado sufrimiento, ha cometido otras que merecen penitencia. Por ello, todos nosotros, quiero decir aquellos que sufren o han sufrido jamás, sentémonos alrededor de un amplio círculo; y tú, tierno, fiel e inocente Amigo, siéntate entre nosotros en medio de este círculo de sufrientes. Y abramos de par en par nuestras venas sedientas que suspiran en el profundo deseo de ti, fuente susurrante de toda gracia. ¡Mirad qué maravilla! La tierra que está más agrietada por la sequía es la que más absorbe la lluvia torrencial que la empapa; y cuanto más culpables nos hemos hecho ante ti, frágiles humanos, más te encerramos en nosotros abriéndote nuestro corazón y queremos, como ha dicho tu propia boca divina, unos en el gozo y otros en el sufrimiento, lavarnos en tus heridas sangrantes y dolorosas y hacernos inocentes de toda culpa. En esto tú recibirás nuestra eterna alabanza y honor, y nosotros recibiremos tu gracia, pues en tu poder omnipotente se suprime toda desemejanza».

Después de que el Servidor permaneciera sentado muy quieto un buen tiempo hasta que todas estas cosas se hubieron revelado con gran intensidad en la más íntima interioridad de su alma, se levantó alegre y dio gracias a Dios por sus favores.

Capítulo 32

Cómo Dios compensa en este mundo por su sufrimiento a una persona que sufre

Una vez, en la alegre fiesta de la Pascua, el Servidor se hallaba con ánimo contento y sentado, según su costumbre, en su lugar de descanso. Entonces le pidió a Dios que le diera a entender qué compensación han de recibir de Dios en este mundo los que han sufrido por su causa múltiples pruebas. Y en un embebecimiento le iluminó Dios de esta manera: «Regocijaos de todo corazón, gente abandonada y sufriente, pues vuestra paciencia ha de ser magníficamente alabada. Y así como [los que han sufrido] han sido compadecidos por muchos aquí en la tierra, así también se regocijarán muchos de ellos por siempre en Dios en insigne alabanza y eterno honor. Han muerto conmigo y han de resucitar gozosamente conmigo. Les he de acordar tres dones particulares, tan excelsos que nadie puede apreciar su valor. El primero: les quiero dar el poder del deseo en el cielo y en la tierra, y todo lo que deseen sucederá. El segundo: les quiero dar mi divina paz, que ni ángel ni demonio, ni ser humano ni otra criatura, les podrá arrebatarse. El tercero: quiero besarles tan íntimamente y estrecharles tan amorosamente que yo sea ellos y ellos yo, y hayamos de permanecer en un único uno por siempre jamás eternamente¹⁷⁶. Y como una larga espera hace sufrir a los corazones inquietos en esta hora presente, este amor no ha de faltar ni un solo instante, sino que ha de empezar ahora y durará eternamente, tanto como la mortal humanidad sea capaz de aguantar, según las posibilidades de cada uno».

Estas alegres noticias alegraron al Servidor. Cuando volvió en sí, se alzó con prontitud y rio interiormente de tal forma que [la risa] resonaba en toda la capilla donde se encontraba, y se dijo a sí mismo: «¡El que ha sufrido que dé un paso al frente y reclame! Dios sabe que yo mismo me equivoco, me parece que no he padecido sufrimientos en esta tierra; no sé lo que es sufrir, pero sé bien lo que es el gozo y la alegría: el poder del deseo me es dado, del que han de carecer muchos corazones extraviados. ¿Qué más quiero?».

Después volvió su entendimiento hacia la verdad eterna y dijo así: «Ah, eterna verdad, instrúyeme ahora sobre este oculto secreto en la medida en que lo permitan las palabras; esta verdad es completamente desconocida para muchos hombres ciegos». Y fue instruido en su interior de esta manera: «Mira, aquellas personas –y no son muchas– que han atravesado rectamente la brecha que cada uno ha de traspasar, muriendo a sí mismo y a todas las cosas, tienen sus sentidos y espíritu tan perdidos en Dios que en cierta forma ya no saben nada de sí mismas, sino que se perciben a sí mismas y perciben todas las cosas en su primer origen¹⁷⁷. Y por ello sienten tanto agrado y complacencia en cada una de las cosas que Dios hace, como si Dios permaneciera desocupado y ocioso y les dejara actuar según su propio sentir. Y de esta manera adquieren el poder de deseo en

ellas mismas, pues el cielo y la tierra les sirven, y les obedecen todas las criaturas haciendo cada una lo que hace o dejando de hacer lo que deja de hacer. Quienes son así no sienten pesar en su corazón en relación con nada, pues llamo sufrimiento y pesar del corazón a aquello de lo que la voluntad, con atenta consideración, querría verse libre. Hablando externamente, estas personas sienten gozo y dolor como la demás gente, y a veces, dada su tierna delicadeza, lo sienten aún más profundamente. Pero por dentro no hay lugar donde esto pueda permanecer, y por fuera se mantienen firmes ante la tribulación. A causa de su desapego, están, en la medida en que ello es posible, por encima de todo, de forma que su gozo es entero y constante en todas las cosas, pues en la esencia divina, en la que se han perdido sus corazones, si se han desapegado por completo, no tienen lugar el sufrimiento y la aflicción sino solo la paz y la alegría. Pero en la medida en que tu propia fragilidad te empuja a cometer pecado, lo que provoca en justicia el sufrimiento y la tribulación de todo hombre que lo comete, en esa misma medida te alejas de la beatitud; en la medida, en cambio, en que evitas el pecado y sales de ti mismo y te pierdes en aquel en el que no puedes tener ni sufrimiento ni pesar, pues el sufrimiento no es para ti sufrimiento y el sufrir no es para ti sufrir, sino que todas las cosas están en verdadera paz, entonces verdaderamente estás en el camino correcto. Y todo esto acontece en la pérdida de la propia voluntad. Pues se es empujado a salir de uno mismo por una terrible sed de la voluntad de Dios y su justicia. Y la voluntad de Dios tiene para esa gente un gusto tan deleitable y alcanzan tal gloria que todo cuanto Dios suspende sobre ellos les resulta tan agradable que no quieren ni desean nada más. No se ha de entender con ello que las personas hayan de renunciar a rogar u orar a Dios, pues es voluntad de Dios que se le rece. Se ha de entender en cambio como una salida ordenada de sí en la voluntad de la alta Divinidad, como se ha dicho¹⁷⁸.

»Pero yace aquí oculto un obstáculo contra el que choca mucha gente, y es este: “¿Quién sabe –dicen– si es la voluntad de Dios?”. Mira, Dios es algo supraesencial, más íntimo y presente a cada cosa de lo que lo es la propia cosa para sí misma. Y nada puede acontecer o subsistir un solo instante en contra de su voluntad. Por ello han de dolerse los que actúan en todo momento contra la voluntad de Dios y siguen con gusto, cuando pueden, su propia voluntad. Tienen una paz como la del infierno, pues se encuentran en todo momento en la aflicción y la tristeza. Pero lo contrario sucede con un corazón despojado: Dios y la paz responden en todo momento en la adversidad y en la prosperidad, pues él está verdaderamente ahí, él que todo lo ha hecho, él que es todo. ¿Cómo puede resultarles difícil la perspectiva del sufrimiento a quienes ven en él a Dios, encuentran a Dios, participan de la voluntad de Dios y nada saben de su propia voluntad? Quiero dejar en silencio todo el consuelo resplandeciente y la alegría celestial con los que de un modo secreto Dios sostiene a menudo a sus amigos que sufren. Esa gente está de algún modo como en el cielo. Lo que les sucede o deja de suceder, lo que Dios obra o deja de obrar en sus criaturas, todo es para su mayor bien¹⁷⁹. Y así, el hombre que sabe

sufrir será compensado en parte aquí en el tiempo, cuando gane paz y gozo en todas las cosas, y tras su muerte seguirá para él la vida eterna. Amén».

Segunda parte

Aquí empieza la segunda parte de este primer libro¹⁸⁰

Capítulo 33

De la hija espiritual del Servidor¹⁸¹

*Confide filia*¹⁸². Por ese mismo tiempo en que vivía el Servidor del que se ha hablado, una hija espiritual de la Orden de los Predicadores estaba en un convento cerrado en Töss¹⁸³. Se llamaba Elsbet Stigel, y poseía en lo exterior una vida muy santa y en lo interior un espíritu angélico. La noble conversión de corazón y alma que hizo a Dios era tan intensa que se desprendió de todas las cosas vanas, que alejan a tantas personas de su beatitud eterna. Todos sus esfuerzos se concentraban en la enseñanza espiritual con la que quería ser instruida en una vida santa perfecta; a ese fin tendía todo su deseo. Ponía por escrito cuanto le parecía agradable y que podía ayudarle a ella y a otras personas en la práctica de las divinas virtudes. Hacía como las industriosas abejas que recogen de múltiples flores la dulce miel.

En el convento en el que vivía entre las hermanas, como un espejo de todas las virtudes, completó, a pesar de su débil salud, un libro excelente¹⁸⁴; trata este, entre otras cosas, de las santas hermanas difuntas, de cuán benditamente vivieron y de las maravillas que Dios obró a través de ellas, lo cual estimula a la devoción a las personas de buen corazón. Esta bendita hija llegó a saber del Servidor de la eterna Sabiduría. A conocer su vida y enseñanza fue movida por Dios con gran devoción. Consiguió de él que le contara en secreto cómo había sido su travesía hacia Dios y lo puso por escrito, tal como se explica más arriba y en las páginas que siguen¹⁸⁵.

En sus primeros comienzos, alguien le transmitió asuntos elevados y espirituales que eran muy sublimes: de la desnuda Deidad, de la nonada de todas las cosas, del abandono de sí mismo en la nada, del despojamiento de toda imagen¹⁸⁶, y otros asuntos semejantes que eran expresados con bellas palabras y que procuraban gran placer a la gente. Sin embargo, había allí un oculto peligro para las personas simples o que están en los comienzos, pues les faltaba por completo el necesario discernimiento, de modo que las palabras se podían tomar en un sentido o en otro, venir del espíritu o de la naturaleza, según la disposición de cada cual. Esta enseñanza era buena en sí misma, pero podía no convenirle. Escribió al Servidor para que viniera a asistirle en estas cosas y le indicara el recto camino. Sin embargo, había hallado placer en estas mismas enseñanzas, y por ello

pensó que él podía dejar de lado la instrucción más burda y escribirle algo acerca de aquellos elevados asuntos.

El Servidor le escribió respondiéndole así: «Buena hija, si me preguntas por estas cosas elevadas por admiración, para que te sean familiares y puedas hablar del espíritu bellamente, en pocas palabras puedo instruirte, pero no te has de alegrar mucho, pues puedes entrar por ahí en un peligroso camino falso. La verdadera beatitud no reside en las bellas palabras, reside en las buenas obras. Pero si preguntas por estas cosas para vivirlas, entonces deja de lado por ahora las preguntas elevadas y plantéate interrogantes a tu medida. Me pareces aún una hermana joven e inexperta, por ello te será más útil a ti y a las tuyas saber algo acerca del primer comienzo, de cómo se debe empezar, y de las prácticas de vida y de las imágenes buenas y santas; de cómo este y aquel amigo de Dios, que también tuvieron un comienzo bienaventurado, se ejercitaron primero en vivir y sufrir con Cristo; de cómo sufrieron del mismo modo y de cómo se comportaron interior y exteriormente, los atrajera Dios mediante la suavidad o el rigor, y de cuándo y cómo las imágenes se retiraron de ellos. Es así como una persona que comienza es urgida e instruida para continuar hacia lo más alto. Es bien cierto que Dios puede dar todo esto a una persona en un instante, pero no acostumbra hacerlo; se ha de alcanzar generalmente con lucha y esfuerzo».

La hija, en respuesta, le escribió así: «Mi deseo no es de palabras sagaces, es de vida santa, y tengo la determinación de alcanzarla recta y convenientemente por mucho dolor que ello me cause; sean las privaciones, los sufrimientos o la muerte, o no importa lo que sea aquello que pueda llevarme a lo más alto, he de perseverar en ello. Y no temáis a causa de mi frágil naturaleza. Lo que hayáis de ordenarme de entre lo que la naturaleza se duele, habré yo de llevarlo a término con la ayuda de la fuerza divina. Empezad primero por lo más bajo y conducidme adelante, tal como se instruye al principio a un escolar jovencito con lo que es propio de la infancia, llevándolo adelante paso a paso hasta que llega a ser él mismo un maestro en el arte. Un solo ruego os hago, me lo debéis conceder por Dios, para que no solo sea instruida por vos sino también fortificada contra toda adversidad que pueda salirme al encuentro». Él preguntó qué ruego era ese. Ella dijo: «Señor, he oído decir que el pelicano es de una naturaleza tal que se hiere con su propio pico y alimenta a sus pequeños en el nido por paternal amor con su propia sangre¹⁸⁷. ¡Ah, señor!, yo pienso que de ese mismo modo habéis de conducirme a mí, vuestra sedienta hija, con el alimento espiritual de vuestra buena enseñanza, y no la busquéis lejos de aquí, sino tomadla de muy cerca, en vos mismo. Pues cuanto más cercana os sea, por haberla vivido, más accesible será a los deseos de mi alma».

El Servidor escribió respondiéndole así: «Hace poco me hablabas de ciertos pensamientos sublimes que tú misma has entresacado de las dulces enseñanzas del santo Maestro Eckhart, que has tratado, como es justo, con gran ternura; y me maravilla enormemente que, tras la bebida tan noble del gran maestro, te muestres sedienta de la rústica bebida del pequeño Servidor. Pero, si miro bien, descubro en ti con gran alegría

una gran prudencia en este asunto, pues preguntas con persistencia cómo han de ser los comienzos de una alta vida segura, o con qué prácticas se llega antes a ella».

Capítulo 34

Del primer comienzo de un principiante

«El comienzo de una vida santa, hija, puede variar: para uno es de una manera, para otro de otra. Pero yo quiero hablarte del comienzo por el que tú me preguntas. Sé de un hombre en Cristo que, cuando comenzó, limpió en primer lugar su conciencia mediante una confesión completa. Centró todo su esfuerzo en hacer bien la confesión, exponiendo todas sus faltas a un confesor con buen discernimiento, para después partir puro y sin tacha de la presencia de aquel que ocupaba el lugar de Dios, con todos sus pecados perdonados, tal como le sucedió a María Magdalena cuando, con corazón arrepentido y ojos en llanto, lavó los divinos pies de Cristo, y Dios le perdonó todos sus pecados¹⁸⁸. Estos fueron los primeros comienzos de ese hombre hacia Dios.»

Esta imagen la acogió la hija con gran cuidado en su corazón y quiso hacer rápidamente lo mismo. Animada de un gran deseo, pensó que el propio Servidor era el más adecuado para escuchar su confesión; pensó además que confesándose con él se convertiría en su hija espiritual y estaría más segura en su lealtad a Dios. Pero las circunstancias eran tales que la confesión no podía tener lugar oralmente. Repasó entonces toda su vida, que, en verdad, era pura y sin tacha, y todas aquellas faltas de las que en su opinión se había hecho culpable las escribió en una tablilla de cera grande y se la envió sellada pidiéndole que pronunciara sobre ella la absolución de sus pecados. Cuando el Servidor terminó de leer la tablilla de cera, encontró al final estas palabras: «Mi gracioso señor, yo, pecadora, caigo ahora a vuestros pies y os ruego que con vuestro corazón, rico en amor, me traigáis de vuelta al corazón de Dios y que sea llamada vuestra hija en el tiempo y en la eternidad». Profundamente conmovido por la devoción llena de confianza de la hija, se volvió a Dios y le habló así: «Dios misericordioso, ¿qué he de decir yo, tu servidor, a esto? ¿Debo rechazarla? Señor, no haría eso ni con un perrito; Señor, si lo hiciera, probablemente obraría mal ante ti, mi Señor. Ella busca la abundancia del Señor en su siervo. Ay, mi tierno Señor, caigo yo pues con ella a tus nobles pies, dulce Dios, y te ruego que la escuches. Déjala gozar de su recta fe, su profunda confianza, pues clama tras nosotros. ¿Cómo trataste tú a la mujer pagana?¹⁸⁹ ¡Ah, noble corazón!, mira, tu insondable dulzura nos ha sido tan cordialmente ensalzada que, aunque fuera por mucho más, habrías de perdonarla. ¡Ay, dulce clemencia!, vuelve a ella tus ojos de bondad, dile una sola pequeña palabra, dile: “*Confide filia, fides tua te salvam fecit*, tu buena fe te ha salvado”¹⁹⁰; haz esto en mi lugar, pues yo he hecho mi parte y le he deseado a ella la remisión completa de todos sus pecados».

Le escribió de nuevo a través del mismo mensajero: «Lo que deseabas recibir de Dios a través del Servidor se ha cumplido, y has de saber que todo ello se lo había mostrado previamente Dios. La misma mañana temprano, después del rezo, se había sentado en tranquilo reposo, y dejados atrás los sentidos externos, se halló en presencia de muchos misterios divinos. Entre otras cosas fue iluminado de alguna manera acerca de cómo Dios separó la naturaleza angélica según su modo [de ser] formal y de cómo le ha dado a cada uno su propia particularidad de acuerdo con una distinción ordenada, que no se puede poner en palabras. Después de un buen rato de recreación celestial con los jóvenes espíritus angélicos, con el ánimo lleno de alegría por la desbordante maravilla que su alma había experimentado, le pareció, en la misma visión, como si llegaras y te presentaras ante él, en el lugar en el que se hallaba sentado entre la hueste angélica. Con gran fervor te arrodillaste ante él e inclinaste tu rostro justo sobre su corazón¹⁹¹, y permaneciste así de rodillas con tu rostro inclinado sobre su corazón un buen rato: los ángeles que allí estaban lo vieron. El hermano se maravilló de tu atrevimiento y, sin embargo, era tan santamente apropiada tu devoción que te lo permitió con bondad. Las gracias que, inclinada sobre este miserable corazón, te hizo el Padre celestial las conoces muy bien y se pudieron ver en ti; pues después de un buen rato te enderezaste y tu rostro estaba a tal punto lleno de alegría y resplandeciente de gracia que claramente se podía comprobar que Dios te había acordado ciertas gracias particulares; y quiere hacerlo aún, por medio de ese mismo corazón, para que con ello Dios sea alabado y tú consolada».

Algo semejante le sucedió también a una persona santa, una noble doncella que vivía en un castillo y se llamaba Ana. Su entera vida fue también de puro sufrimiento. En ella obró Dios grandes maravillas desde su juventud hasta su muerte. Una vez, antes de conocer al Servidor o de haber oído de él, arrebatada en [el curso de] su devoción, vio cómo en la corte celestial los santos contemplaban y alababan a Dios. Deseó entonces que su amado señor y mensajero san Juan, por el que tenía especial devoción, escuchara su confesión. Con gran bondad, él le habló así: «Quiero darte en mi lugar un buen confesor al que Dios le ha dado todo poder sobre ti, y él podrá consolarte muy bien en tus muchos sufrimientos». Ella le preguntó quién era este, o dónde estaba, o cómo se llamaba. De todo fue informada por él. Dio las gracias a Dios y, levantándose de buena mañana, se dirigió al convento que Dios le había indicado y preguntó por él. Él [el Servidor] vino a su encuentro a la puerta y le preguntó qué quería. Ella empezó a hablar y a confesarse con él, y cuando él oyó el mensaje divino, se sometió a él y la tomó bajo su dirección.

Esta misma santa hija le dijo que una vez había visto en espíritu un hermoso rosal cubierto de rosas rojas y sobre el rosal aparecía el niño Jesús con una corona de rosas rojas. Bajo el rosal veía al Servidor sentado. El niño arrancaba muchas rosas y las echaba sobre el Servidor, de manera que quedó cubierto por las rosas rojas. Cuando le preguntó al niño qué significaban las rosas, este le dijo: «Las numerosas rosas son los

múltiples sufrimientos que Dios quiere enviarle, y que él debe acoger alegremente y soportar con paciencia».

Capítulo 35

De las primeras imágenes y enseñanzas del que comienza y cómo sus prácticas deben hacerse con discreción

Cuando el Servidor hubo comenzado y se hubo purificado lo bastante con la confesión, trazó entonces en su pensamiento tres círculos, en el interior de los cuales se encerró a modo de protección espiritual. El primer círculo era su celda, su capilla y el coro; cuando se hallaba dentro de este círculo le parecía que estaba bien seguro. El segundo círculo era todo el convento con la sola excepción de la puerta. El tercero y más externo era la puerta, y aquí debía guardarse bien. Cuando salía de estos tres círculos le parecía que era como un animalillo salvaje que, fuera de su guarida y rodeado por una jauría, necesita de buen ingenio para protegerse.

También en sus comienzos se había buscado un lugar secreto, una capilla, donde poder satisfacer su devoción por medio de imágenes. Entre otras cosas, en su juventud se había hecho pintar sobre un pergamino a la eterna Sabiduría, que tiene el cielo y la tierra en su poder y sobrepasa en su amable belleza y agradable forma la belleza de todas las criaturas; por ello en la flor de su juventud él la escogió como amante. Llevó consigo esta amable imagen cuando partió a la escuela y la puso ante sí sobre [el alféizar] de la ventana de su celda, y la contemplaba tiernamente con el corazón lleno de deseo. De regreso la trajo consigo y la instaló en la capilla con amorosa intención¹⁹².

Qué otras imágenes tenía como objetos de devoción, apropiados para él como para cualquier otro principiante, puede saberse por las imágenes pintadas y buenas máximas de los antiguos Padres, una parte de las cuales se transcribe aquí tal como estaban plasmadas en la capilla y que en alemán decían así¹⁹³:

El antiguo Padre san Arsenio preguntó al ángel qué tenía que hacer para salvarse. Entonces el ángel dijo: «Has de huir, has de callar y sentarte en quietud»¹⁹⁴.

Después, en una visión, el ángel le leyó al Servidor del *Libro de los antiguos Padres* [lo siguiente]: «El origen de toda beatitud es mantenerse en la quietud y en la unidad».

Teodoro: El mantenerse puro otorga más sabiduría que el mucho estudiar.

Abba Moisés: Siéntate en tu celda, te enseñará todas las cosas. Mantén tu hombre exterior en silencio y el

interior en pureza.

Abba Juan: El pez fuera del agua y el monje fuera del monasterio.

Antonio: El castigo corporal, la devoción del corazón y huir de la gente engendran la castidad. No has de llevar vestido alguno que denote vanidad. El primer paso de un principiante es resistirse valerosamente a la glotonería.

Pastor: No debes encolerizarte con nadie aunque quiera arrancarte tu ojo derecho.

Isidoro: Un hombre colérico desagrade a Dios, por grandes milagros que haga.

Ipericio: Es menor pecado comer carne cuando no se puede que despotricar contra el prójimo.

Pior: Es cosa pésima poner en evidencia las faltas de otro y echarse a la espalda las propias faltas.

Zacarías: Es necesario que padezca gran desprecio quien ha de alcanzar algún bien.

Néstor: Te has de convertir primero en un asno, si has de poseer la sabiduría divina.

*Senex*¹⁹⁵: Has de permanecer impasible en la alegría y la pena, tal como hacen los huesos de los muertos.

Elías: Color pálido, cuerpo macilento y actitud humilde se adecuan bien a una persona espiritual.

Hilarión: Hay que quitarle comida a un caballo demasiado indómito y a un cuerpo incontinente.

Senex: Un Padre dijo: «Pon lejos de mí el vino, pues la muerte del alma se halla escondida en él».

Pastor: Nunca fue espiritual quien aún se queja y no puede deshacerse de la cólera, la impaciencia y la charlatanería.

Casiano: Nuestra conducta ha de conformarse a la imagen que Cristo muriendo mostró en la cruz.

Antonio le dijo a uno de los hermanos: «Hombre, ayúdame a ti mismo, de lo contrario ni yo ni Dios te ayudaremos nunca».

Arsenio: Una mujer le pidió a un antiguo Padre que se acordara de ella ante Dios. Dijo entonces él: «Ruego a Dios que arranque tu imagen de mi corazón».

Macario: Trato mi cuerpo con mucho rigor, pues de él me vienen muchas tentaciones.

Juan: Un Padre dijo: «No he afirmado nunca mi voluntad, ni he enseñado con palabras lo que no he cumplido yo mismo con obras».

Senex: Muchas palabras bellas sin obras son tan vanas como un árbol con muchas hojas sin fruto.

Nilo: Quien ha de vivir mucho en el mundo ha de recibir muchas heridas.

Senex: Si no puedes hacer otra cosa, permanece en tu celda por Dios.

Ipericio: El que se guarda en castidad será honrado aquí abajo y coronado por Dios [en el cielo].

Apolonio: Has de resistir al principio y apuntar a la cabeza de la serpiente.

Agatón: Un Padre dijo: «Tres años he llevado una piedra en mi boca a fin de aprender a guardar silencio».

Arsenio: A menudo me he arrepentido de hablar, pero jamás me arrepentí de guardar silencio.

Senex: Un joven preguntó a un antiguo Padre por cuánto tiempo debía guardar silencio; le respondió: «Hasta que se te pregunte».

Santa Sinclética: Si enfermas, alégrate, pues Dios ha pensado en ti; si estás débil no lo atribuyas a tus ayunos, pues los que no ayunan también enferman; si eres probado por las tentaciones de la carne, alégrate, pues podrías llegar a ser un nuevo Pablo¹⁹⁶.

Nestorio: Un buen hermano dijo: «El sol nunca me ha visto comer».

Juan: Otro dijo: «Ni a mí encolerizarme».

Antonio: La mayor virtud es guardar la medida en todas las cosas.

Pafnucio: De nada sirve comenzar bien, si no se lleva la cosa a buen fin.

Abba Moisés: Lo que pueda privarte de la pureza de espíritu debes evitarlo, por bueno que te parezca.

Casiano: Toda perfección se cumple cuando el alma con todas sus potencias es absorbida en el único Uno, que es Dios.

El Servidor envió estas imágenes y enseñanzas de los antiguos Padres a su hija espiritual, y ella las hizo suyas y las interpretó en el sentido de que él pensaba que también ella, a la manera severa de los antiguos Padres, debía ejercitar su cuerpo con grandes mortificaciones, y empezó a someterse y atormentarse a sí misma con cilicios de

crin, sogas y horribles ataduras con afilados clavos de hierro y otras muchas cosas semejantes.

Cuando el Servidor se enteró, le envió este mensaje: «Querida hija, si quieres dirigir tu vida espiritual de acuerdo con mis enseñanzas, tal como me lo has solicitado, deja entonces de lado estos rigores excesivos, pues no son apropiados a tu debilidad femenina y a tu bien ordenada naturaleza. Pues el amado Cristo no dijo: “Tomad mi cruz sobre vosotros”; dijo: “Que cada cual tome sobre sí su cruz”¹⁹⁷. No debes querer imitar el rigor de los antiguos Padres, ni las duras prácticas de tu padre espiritual, debes solo tomar una parte de todo ello, la que puedas llevar a cabo con éxito con tu frágil cuerpo, para que los defectos mueran en ti pero tú vivas por mucho tiempo en tu cuerpo. Es un ejercicio prolongado, y para ti el mejor».

Quiso ella saber de él por qué había seguido él mismo prácticas tan severas y en cambio no se las quería aconsejar ni a ella ni a otras personas. Él la remitió a las santas Escrituras¹⁹⁸ diciendo: «Se halla escrito que antaño entre los antiguos Padres algunos llevaron una vida de un rigor inhumano e increíble. En los tiempos modernos, alguna gente blanda encuentra horrible incluso oír hablar de ello; no se dan cuenta de lo que el ardiente fervor puede llegar a hacer y a padecer por Dios con la ayuda divina. Para una persona así de fervorosa, todas las cosas imposibles se vuelven posibles en Dios¹⁹⁹, como decía David, que quería con la ayuda de Dios atravesar toda una muralla²⁰⁰. También está escrito en el libro de los antiguos Padres que algunos de ellos no llevaron a cabo grandes austeridades de este tipo, y, sin embargo, los unos y los otros tenían un mismo objetivo. San Pedro y san Juan fueron llamados de distinta forma. ¿Quién puede explicar entonces esta maravilla sino porque el Señor, que obra maravillas en sus amigos²⁰¹, quiere ser alabado en su gran majestad de modos diversos? Además, nosotros somos también diversos: lo que es bueno para uno no es bueno para otro. Por ello, no debe suponerse que si una persona no ha emprendido estas austeridades está incapacitada para alcanzar la cima. Mas los más frágiles no deben reprobar en los otros semejantes prácticas severas o juzgarlas con despecho. Mire cada uno solo en sí mismo y vea lo que Dios espera de él, que eso le baste y deje estar toda otra cosa. Hablando en general, es mucho mejor practicar austeridades moderadas que inmoderadas. Pero cuando el camino medio es difícil de encontrar, conviene más permanecer un poco por debajo que aventurarse demasiado alto, pues a menudo sucede que cuando desordenadamente se priva demasiado a la naturaleza, después también hay que devolverle desordenadamente mucho; aun si más de un gran santo pasó esto por alto a causa de su ardiente fervor. Una vida de tal rigor y las imágenes en cuestión pueden ser útiles a las personas que son demasiado tiernas consigo mismas y usan temerariamente de su obstinada naturaleza para su eterna perdición, pero no es este tu caso ni el de las que son como tú. Dios tiene muchas cruces distintas con las que prueba a sus amigos. Estoy seguro de que Dios quiere poner sobre tus espaldas otro tipo de cruz que te será

aún más penosa que cualquiera de estas mortificaciones; acoge esa cruz con paciencia, cuando llegue».

No mucho tiempo después, probó Dios a la hija espiritual con una larga enfermedad de la que su cuerpo languideció hasta su muerte. Ella le envió el mensaje diciendo que había sucedido lo que él había predicho. Él le escribió de vuelta así: «Querida hija, Dios no te ha probado a ti sola con esto, en ti me ha alcanzado también a mí; pues ahora ya no tengo a nadie que me ayude con tal aplicación y fidelidad divina a acabar mis libritos como tú hacías cuando gozabas de buena salud. Por ello el Servidor rogó fielmente a Dios por ti para que, si podía ser su voluntad, te devolviera la salud. Y como Dios no le quiso escuchar enseguida, se indignó con Dios en amistoso enfado y pensó que no quería escribir más libros acerca del amable Dios y que, en su descontento, quería abandonar también su acostumbrado saludo matutino si no te devolvía la salud. Cuando, con el corazón agitado, se hallaba sentado en la capilla según su costumbre, sus sentidos le fueron de alguna forma embebecidos, y le pareció que una hueste angélica llegaba ante él en la capilla; cantaron para consolarle un canto celestial, pues sabían que en esos momentos padecía una especial aflicción, y le preguntaron por qué estaba tan triste y no cantaba con ellos. Entonces él admitió su conducta desordenada y errónea para con el buen Dios por no haberle escuchado en sus ruegos acerca de tu salud. Le dijeron que debía dejarlo y no obrar así, pues Dios te había impuesto esta enfermedad para tu mayor bien y esta había de ser tu cruz en este mundo para que puedas adquirir aquí abajo grandes gracias y abundante recompensa en el cielo. Por ello, sé paciente, hija mía, y tómala únicamente como un don de amistad del amable Dios».

Capítulo 36

De la devoción infantil de un joven principiante

La hija espiritual, estando enferma, le pidió al Servidor, una vez que este había venido porque quería visitarla a causa de su enfermedad, que le hablase un poco de cosas divinas que, no siendo de una gran seriedad, fueran sin embargo agradables de oír para un corazón vuelto hacia Dios. Y él le habló de su devoción infantil y dijo así: «Cuando el Servidor tenía en su juventud un espíritu vivo, tuvo por mucho tiempo cierto hábito: cuando le practicaban una sangría se volvía inmediatamente hacia el Señor amado y a los pies de la cruz le ofrecía su brazo herido diciéndole con profundos suspiros: “¡Ah!, amigo de mi corazón, piensa que es costumbre que el amante acuda a quien ama después de ser sangrado para [tener] buena sangre. Ahora sabes, amado Señor, que no tengo otro amor más que tú solo; por ello acudo a ti, para que bendigas mi herida y generes buena sangre para mí”.

»Por la misma época de su juventud, cuando a veces se afeitaba, y entonces su rostro

tenía un hermoso y fresco color, acudía a su hermoso Señor y le decía: “Ah, tierno Señor, si mi aspecto y mi boca fueran de un rojo tan brillante como el brillo de todas las rosas rojas, tu Servidor querría guardarlo para ti y no dárselo a nadie más, y aunque solo miras el corazón y te fijas poco en lo exterior, amado Señor, mi corazón te ofrece esta prenda de amor volviéndome a ti y a ningún otro”.

»Cuando vestía un nuevo hábito o capucha, iba entonces inmediatamente a su lugar acostumbrado y rogaba al Señor del cielo que le había procurado esta ropa que le desease buena suerte y salud al llevarla y le ayudara a llevarla cumpliendo su amabilísima voluntad.

»Antes de esto, en su niñez, tenía una costumbre: cuando llegaba el bello verano y las tiernas florecillas apenas comenzaban a brotar, se contenía a sí mismo para no cogerlas ni tocarlas hasta el momento en que saludaba por primera vez con sus primeras flores a su amiga espiritual, la gentil doncella floreciente de rosado rubor, la Madre de Dios. Cuando le parecía el momento, cogía las flores con muchos amorosos pensamientos, las llevaba a su celda y trenzaba una corona. Se dirigía entonces al coro o a la capilla de Nuestra Señora, se arrodillaba humildemente ante la amada Dama y colocaba sobre su imagen la corona de amor pensando que, siendo ella la más bella de todas las flores y la alegría del verano de su joven corazón, no desdeñaría estas primeras flores de su Servidor.

»En una ocasión en que la había coronado así, le pareció en una visión que se abrían los cielos y vio claramente cómo subían y bajaban los ángeles resplandecientes en espléndidos ropajes²⁰². Entonces oyó cantar a la alegre compañía en la corte celestial los más bellos cánticos jamás oídos. Cantaban en particular un canto sobre Nuestra Señora, con voz tan melodiosa que su alma se derretió de placer. Se parecía al que se canta sobre ella el día de Todos los Santos en la secuencia: *Illic regina virginum, transcendens culmen ordinum etc.*²⁰³, y el significado de la canción es que tú, Reina de pureza, te elevas en honor y dignidad por encima de las huestes celestiales. Y entonó, también él, la melodía y cantó con la corte celestial. En su alma permaneció un vivo sabor del cielo y un gran anhelo de Dios.

»En otra ocasión, a principios de mayo, según su costumbre, le había colocado con gran devoción una corona de rosas a la amada Señora del cielo. Habiendo regresado de algún lugar y hallándose fatigado, a la mañana siguiente quiso satisfacer su sueño y no saludar a la Virgen a aquella hora. Cuando llegó el momento en el que habitualmente se levantaba, le pareció como si estuviera en un coro celestial y se cantara el *Magnificat* en alabanza de la Madre de Dios. Cuando hubo acabado, la Virgen se avanzó y le pidió al fraile que entonara el verso *O vernalis rosula*, que significa: “Oh, tu delicada rosa del verano”. Se preguntó qué pretendía con ello, pero como quería obedecerla, comenzó con ánimo alegre: *O vernalis rosula*. Inmediatamente tres o cuatro jóvenes de aquel séquito del cielo, que se encontraban en el coro, empezaron a cantar con él, y después los demás, todos a la vez, a cual mejor. Cantaban el cántico con tanto sentimiento y

resonaba con tanta dulzura como si todas las cuerdas [del mundo] vibraran a la vez. Su naturaleza mortal no pudo soportar por más tiempo este sonido sublime y volvió en sí.

»El día siguiente de la fiesta de la Asunción, le fue de nuevo mostrado un gran júbilo en la corte celestial, y no se quería dejar entrar a nadie que fuese indigno de ello. El Servidor habría entrado con gusto. Pero entonces vino a él un joven, lo tomó por la mano y le dijo: “Compañero, no perteneces a los de aquí por el momento; quédate ahí fuera, estás en falta y antes de que puedas escuchar los cánticos celestes debes expiar tu culpa”. Y lo condujo por cierto sendero tortuoso a un agujero subterráneo oscuro, solitario y desolado. No podía moverse ni hacia un lado ni hacia otro, como uno que, sufriendo cautiverio, no puede ver ni el sol ni la luna. Esto le dolió, y empezó a suspirar y a sentirse miserable a causa de su prisión. Poco después vino el joven y le preguntó cómo se encontraba. Él respondió: “¡Mal, mal!”. Entonces el joven dijo así: “Has de saber que la suprema Princesa del reino de los cielos está airada contra ti por tu falta, y es por ello que estás aquí prisionero”. El Servidor se llenó de espanto y dijo: “¡Oh, desgraciado de mí! ¿Qué le he hecho?”. Respondió él: “Está enojada contigo porque predicas con desgana sobre ella en sus fiestas; y ayer, en el día de su gran fiesta, te negaste ante tu superior a predicar sobre ella”. Dijo él: “Oh, mi compañero y señor, mira, me parece que ella es digna de tanto honor que me creo demasiado pequeño para esa tarea y la dejo para los más ancianos y dignos, pues pienso que pueden predicar sobre ella más dignamente que yo, un pobre hombre”. Entonces dijo el joven: “Has de saber que a ella le complace que lo hagas, y que le resulta un agradable servicio de tu parte. ¡Por ello, no vuelvas a abstenerte!”. El Servidor se puso a llorar y le dijo al joven: “Ah, querido joven, reconcíliame con la Madre pura, te prometo por mi fe que no me volverá a suceder”. El joven sonrió y lo consoló con bondad, le condujo de nuevo de la prisión a la casa y le dijo: “He reconocido en el rostro lleno de bondad de la Princesa del cielo y en las palabras que ha tenido para contigo que te perdona, y ha depuesto su ira contra ti y quiere mantener contigo una maternal fidelidad”.

»Tenía él por costumbre, cuando salía de su celda o regresaba a ella, pasar por el coro por delante del Sacramento. Pensaba para sí: “Quien tiene un amigo querido que vive en su misma calle, con gusto alarga un poco su camino para tener una agradable conversación”.

»Una persona deseaba obtener de Dios un carnaval, pues no quería tenerlo de criatura alguna. Y en un éxtasis de sus sentidos²⁰⁴ le pareció que el amado Cristo venía hacia él bajo la forma que tenía a los treinta años, y pensó que quería responder a su deseo y acordarle un carnaval celeste. Tomó en la mano una copa de vino y se la ofreció a las tres mujeres que estaban también sentadas a la mesa, a una tras otra. La primera cayó falta de fuerzas, la segunda también se sintió algo debilitada, pero la tercera no le prestó atención²⁰⁵. Y [el Servidor] le explicó la diferencia entre una persona que comienza, una que progresa y la que es perfecta, y cómo se comportan de distinta manera en la dulzura divina».

Con estas y otras historias piadosas similares, la conversación llegó a su fin. Ella puso todo esto por escrito secretamente y lo envió a cierto lugar para guardarlo escondido en un cofre cerrado. En una ocasión una buena hermana vino a la que lo guardaba y le dijo así: «¡Ay, querida hermana! ¿Qué clase de maravilla divina has escondido en tu cofre? Mira, esta noche pasada he visto en sueños que un niño celestial estaba sobre tu cofre, tenía en sus manos un instrumento de dulce sonido, que llaman rebec²⁰⁶, y tocaba con él melodías espirituales tan deliciosamente que inspiraba a muchos placer y alegría espiritual. Te lo ruego, saca lo que tienes encerrado dentro para que también las demás podamos leerlo». Ella calló y no quiso decirle nada al respecto, porque se le había prohibido hacerlo.

Capítulo 37

Cómo atrajo hacia Dios a personas frívolas y consoló a las que sufrían

Una vez el Servidor pasó un largo tiempo sin enviar noticia alguna a su hija espiritual. Entonces ella le escribió una carta diciéndole que necesitaba que le enviara algo con que aliviar su corazón sufriente. Decía así: «Una persona desgraciada experimenta cierto consuelo cuando ve que hay otras personas más desgraciadas que ella; una persona que sufre cobra cierto coraje cuando oye que otro de sus vecinos se ha hallado en una necesidad mayor y Dios le ha ayudado a salir de ella».

Y él le escribió así: «Para que seas más paciente en tu sufrir, quiero contarte, en alabanza a Dios, algo acerca del sufrimiento. Sé de alguien a quien, por disposición divina, le llegaron muchos sufrimientos en lo tocante a su honra y buen nombre en el mundo. El honesto deseo de este hombre residía en amar a Dios en todo momento desde lo más hondo de su corazón, y en hacer que todas las personas quisieran amar con ese mismo amor amable, y apartarlos de cualquier otro amor frívolo. Y así sucedió con muchas personas, tanto hombres como mujeres. Y como le arrancaba lo suyo al demonio y se lo devolvía a Dios, esto turbó sobremanera al espíritu malvado, que se le apareció al buen hombre y le amenazó con vengarse de él.

»En particular, una vez que llegó a un monasterio de una Orden en la que los religiosos tenían sus habitaciones y las religiosas también las suyas²⁰⁷. En aquel monasterio vivían en religión dos importantes personajes, un hombre y una mujer, que se encontraban atados el uno al otro por un gran amor y una destructiva intimidación. El diablo había cegado los corazones de ambos de manera que consideraban esta inmoralidad como si en ella no hubiera ni falta ni pecado y les fuera permitida por Dios. El Servidor, preguntado

en secreto si esto podía, en verdad, ser acorde a la voluntad de Dios, les dijo: “¡No, de ninguna manera!”, y les explicó que esa visión era falsa y contraria a la enseñanza cristiana, y logró que lo dejaran y se mantuvieran en adelante puros.

»Mientras él estaba en esto, una persona santa, llamada Ana, que practicaba sus devociones, fue arrebatada en espíritu y vio que por encima del Servidor, en los aires, se reunía una gran muchedumbre de espíritus demoniacos y gritaban todos a la vez: “¡Muerte, muerte al malvado monje!”. Le insultaban y le maldecían porque los había sacado por sus buenos consejos de su confortable estado y juraban todos a una con horribles gestos que querían perseguirle por siempre para vengarse de él; y si no podían dañarle en su cuerpo o en sus bienes, en todo caso querían dañar severamente su honor y su reputación ante el mundo. Buscaban atribuirle acciones deshonorosas y, por mucho que intentara evitar celosamente toda ocasión, querían conseguirlo con falsas mañas, como sucedió. La santa mujer se espantó terriblemente y rogó a Nuestra Señora que acudiera en su ayuda en las necesidades que se avecinaban. Entonces la dulce Madre le respondió con bondad: “No pueden hacerle nada sin el consentimiento de mi querido niño; y lo que pende ahora sobre él es y ha de ser para él lo más noble y lo mejor. ¡Por ello, exhortale a que tenga buen ánimo!”.

»Cuando le contó esto al fraile, él comenzó a tener mucho miedo de la hostil asamblea de los malos espíritus y, tal como acostumbraba hacer en sus tribulaciones, subió a un monte en el que había una capilla consagrada en honor de los santos ángeles. Según su costumbre, rodeó nueve veces la capilla rezando en honor de los nueve coros de las compañías celestiales²⁰⁸, y les rogó encarecidamente que le ayudaran contra todos sus enemigos. Al amanecer fue conducido en una visión espiritual a un bello campo. Allí se vio rodeado de una gran corte de jóvenes donceles angelicales que querían ayudarle. Lo consolaban y le hablaban así: “Dios está contigo y no te abandonará en ninguna de tus aflicciones. ¡Así pues, no dejes de atraer los corazones mundanos al amor divino!”.

»A partir de entonces se sintió reconfortado y siguió con empeño llevando de nuevo a Dios a mansos y rebeldes. Había cautivado con sus buenas palabras a cierto hombre renegado que había estado dieciocho años sin confesarse. Se lo ganó con la gracia de Dios y se confesó a él con tal arrepentimiento que ambos rompieron a llorar. Poco después murió este hombre y tuvo un santo final. Una vez apartó a doce pecadoras públicas de su vida pecaminosa. Hubo de sufrir por ello lo indecible. Solo dos de ellas, sin embargo, perseveraron hasta el final.

»Había aquí y allá en la región un buen número de personas de sexo femenino, tanto laicas como religiosas, que por la debilidad de su naturaleza habían caído públicamente en el pecado. Estas pobres hijas, por vergüenza, no tenían a nadie a quien confiar el doloroso sufrimiento de su corazón, de manera que en su angustia estaban tentadas de quitarse la vida. Cuando estas mujeres supieron que el Servidor poseía un corazón dulce para con todas las personas que sufren, cobraron coraje para acudir a él, cada una en el momento en que se hallaba en apuros, y se lamentaron ante él de la angustia y la pena

que las tenía presas. Cuando él vio a estos pobres corazones en tan lamentable aflicción, lloró con ellas y las consoló con bondad. Las socorrió y puso en grave riesgo su reputación por ayudarlas a recuperar sus almas y el honor, y dejó hablar a las malas lenguas tanto como quisieran.

»Entre otras, acudió a él una que era de alta cuna y le dijo en confesión que, sintiendo gran arrepentimiento porque había caído, se le apareció Nuestra Señora y le habló así: “Ve a mi capellán, él te ayudará”. Ella le dijo: “¡Oh, Señora, no le conozco!”. La Madre de Misericordia dijo: “Mira bajo mi manto, lo tengo bajo mi protección, contempla con atención su rostro para que puedas reconocerlo. Es socorro de los necesitados y consuelo de los que sufren, él te ha de consolar”²⁰⁹. Ella acudió a él en un país extranjero y reconoció su rostro tal como lo había visto en espíritu, le rogó que le fuera propicio y le contó lo que había pasado. Él la acogió con dulzura y la ayudó nuevamente con todas sus facultades, tal como le había pedido la Madre de Misericordia».

Capítulo 38

De un sufrimiento muy deplorable que le sobrevino

De esta manera acudió en ayuda de muchas personas en su sufrimiento. Pero esta obra virtuosa y buena tuvo que pagarla muy cara con el martirio y los sufrimientos que cayeron sobre él. Dios le mostró previamente estos sufrimientos futuros en una visión, de este modo:

Un anochecer llegó a un albergue y, cuando ya era de día, fue conducido en una visión a un lugar donde se iba a cantar misa. Él mismo tenía que cantar misa, pues le había tocado en suerte. Los cantores entonaron la misa de los mártires: *Multae tribulationes justorum etc.*²¹⁰, que habla de los muchos sufrimientos de los amigos de Dios. Lo oyó contrariado y habría preferido cambiar el [oficio]. Dijo: «¡Cielos! ¿A qué tanto revuelo con los mártires? ¿Por qué cantáis hoy sobre los mártires si hoy no es la fiesta de ningún mártir?». Le miraron y, señalándole con el dedo, dijeron: «Dios encontrará también hoy su mártir, como los ha encontrado siempre. ¡Prepárate ahora y canta por ti mismo!». Pasó las hojas del misal que tenía ante sí, hacia atrás y hacia delante, y le habría gustado cantar la misa de los confesores o cualquier otra mejor que la de los sufrientes mártires, pero por más hojas que pasaba todo estaba lleno de mártires. Cuando vio que no podía ser de otra manera, cantó con ellos y su canto sonaba bien triste. Al cabo de poco insistió, diciendo: «Es cosa extraña; deberíamos cantar mejor *Gaudeamus*, y cantar cosas alegres y no tristes por los mártires». Ellos respondieron: «Buen compañero, no has comprendido aún. Este himno de los mártires va primero, después, un día u otro, cuando sea el momento, vendrá el cántico de alegría *Gaudeamus!*».

Cuando volvió en sí, su corazón temblaba a causa de esta visión, y dijo: «¡Oh, Dios! ¿Tengo que padecer martirio?». Como en el camino de regreso se mostraba triste, su compañero le dijo: «¡Ah, padre! ¿Qué os pasa que se os ve tan triste?». Él respondió: «Ah, compañero querido, tengo que cantar la misa de los mártires». Quería decir con ello que Dios le había anunciado que debía padecer martirio. El compañero no lo entendió. Calló entonces y se lo guardó para sí²¹¹.

Cuando llegó a la ciudad –era la época de los días oscuros, antes de la Navidad–, fue probado como de costumbre con amargos sufrimientos, tan severos que pensó, en un modo de hablar humano, que el corazón le iba a estallar en el cuerpo, si es que esto le ha ocurrido alguna vez a alguien que sufre; pues los sufrimientos le habían asediado de tal manera que no tenía más respuesta que la ineluctable y deplorable ausencia de todo apoyo que pueda reconfortar a una persona aquí en la tierra, ya sea en forma de alivio, consuelo u honor. La amarga aflicción sucedió así:

Entre las personas que él hubiera querido convertir a Dios, vino a él una mujer que era falsa y astuta y tenía un corazón de lobo bajo una apariencia de bondad. Y lo escondía tan bien que durante mucho tiempo el fraile no pudo darse cuenta. Anteriormente había caído en gran pecado y vicio con un hombre, y acrecentó su fechoría atribuyendo el hijo a otro que al culpable, el cual se declaró totalmente inocente en este asunto. El Servidor no tuvo en cuenta la mala acción de la hija y la escuchó en confesión. Ella le era de ayuda, más que otras personas, con servicios necesarios y honorables según la costumbre de los religiosos de la región, que llaman terminarios²¹². Había pasado ya bastante tiempo, cuando él y otras personas veraces se enteraron de que continuaba cometiendo a escondidas los mismos actos execrables que había ya cometido antes. Él guardó tranquilo silencio al respecto y no quiso descubrirla, pero se apartó de ella y de sus servicios. Cuando ella se dio cuenta le hizo saber que no debía hacer eso y que, si le retiraba la ayuda que le había prestado, habría de pagárselo: le atribuiría un hijo que había concebido de un hombre laico; lo haría padre del niño y por este niño le cubriría de vergüenza, de forma que se hablaría mal de él por todas partes.

Se espantó de estas palabras y enmudeció. Suspiró profundamente y se dijo para sus adentros: «La angustia y la aflicción me rodean por todas partes y no sé hacia dónde volverme; si hago esto, ¡ay de mí!; si no lo hago, ¡ay de mí también!²¹³ Estoy rodeado por todas partes de la desgracia y la aflicción y estoy a punto de hundirme». Con el corazón lleno de espanto, esperó a ver qué permitiría Dios que el diablo hiciera con él. Deliberó con Dios y consigo mismo resolviendo que entre los dos lamentables partidos a tomar era mejor para él, para su cuerpo y para su alma, apartarse de esta mala persona, no importa lo que hubiera de suceder con su reputación. Y eso hizo.

A causa de ello, ella se enfureció de tal modo con él en su perverso corazón que corrió de aquí para allá, a clérigos y laicos, y quiso, en su inhumana maldad, deshonorarse a sí misma con tal de causar problemas al pobre hombre; les dijo a todos que había dado a

luz un hijo y que era del propio fraile, causando con ello un gran escándalo entre las personas que creyeron sus palabras; y el escándalo fue tanto mayor cuanto que se había extendido ampliamente su reputación de santo. Esto le traspasó hasta lo más profundo su corazón y su alma. Andaba ensimismado, rodeado de la desgracia y la aflicción, los días se le hacían largos y las noches penosas, y los breves momentos de reposo se entremezclaban con sobresaltos de terror. Alzó clamoroso los ojos a Dios y con profundos suspiros habló así: «¡Oh, Dios, ha llegado mi hora de lamento! ¿Cómo deberé o cómo podré soportar la desoladora desgracia de mi corazón? ¡Oh, Dios, ojalá estuviera muerto para no tener que ver ni oír esta desgracia! Señor, Señor, todos los días de mi vida he honrado tu digno nombre, a lo largo y ancho de estas tierras he hecho que muchas personas lo amaran y honraran, ¿y tú quieres lanzar el mío a una gran deshonra? Pero he aquí mi gran queja: ¡mira, la respetada Orden de los Predicadores se verá así rebajada en mi persona! ¡He de clamar por ello hoy y siempre! ¡Oh, dolor de mi corazón! Todas las buenas gentes que me honraban antes como a hombre santo, lo que suponía para mí un buen estímulo, me miran ahora, ¡ay de mí!, como al peor embustero del mundo. ¡Esto hiere y traspasa mi corazón y mi alma!».

Tras pasar el desgraciado no sé cuánto tiempo lamentándose y consumiendo sus fuerzas y su vida, vino a él una persona de sexo femenino y le dijo así: «¡Ay, buen señor! ¿Qué es lo que os está echando a perder tan lamentablemente? ¡Tened coraje! Os voy a dar ayuda y consejo: si lo seguís, nada le sucederá a vuestra honra. ¡Sed, pues, valiente!». Él alzó los ojos y dijo: «Ah, ¿cómo vas a lograrlo?». Ella contestó: «Me llevaré al niño en secreto bajo mi manto y lo enterraré vivo durante la noche o le clavaré una aguja en el cerebro y morirá, y cuando el niño haya desaparecido, las malas lenguas cesarán por completo y vuestro honor quedará intacto». Con voz enfurecida dijo él: «¡Oh, malvada asesina de corazón sanguinario! ¡Quieres matar así al inocente niño! ¿Qué culpa tiene de que su madre sea una mala mujer? ¡Quieres enterrarlo vivo! No, no, no quiera Dios que ese crimen se lleve nunca a cabo por mi causa. Mira, lo peor que me podría pasar es que me arrebatasen mi honra en el mundo, pero incluso si el honor de todo un país dependiera de mí, se lo ofrecería hoy al adorable Dios antes que dejar que corriera sangre inocente». Ella replicó: «Al fin y al cabo no es vuestro hijo ¿Qué tenéis que ver con él?». Y sacando un afilado y puntiagudo cuchillo, insistió: «Dejad que me lo lleve lejos de vuestra vista, lo degollaré o le hundiré el cuchillo en su corazoncito, así morirá rápido y recuperaréis la paz». Dijo él: «¡Calla, impuro y maldito demonio! De quien quiera que sea en la tierra, es una criatura conformada a imagen de Dios y redimida amargamente por la preciosa e inocente sangre de Cristo; por ello no quiero que se derrame así su joven sangre». Ella replicó impaciente: «Si no consentís en que muera, dejadme por lo menos que lo lleve una madrugada secretamente a la iglesia para que le suceda como a otros niños expósitos, de lo contrario tendréis muchos gastos y preocupaciones hasta que crezca». Dijo él: «Confío en el todopoderoso Dios del cielo,

que ha sido hasta hoy mi único consejo. Él me ha de aconsejar de nuevo». Y le dijo a la mujer: «Ve y tráeme el niño a escondidas, para que lo vea».

Cuando puso al niño en su regazo y le miró, este le sonrió. Entonces exhaló un profundo suspiro y dijo: «¿Habría de dar muerte a un bello niño que me sonríe? ¡No, nunca! Prefiero sufrir cualquier cosa por su causa». Y dirigiéndose tiernamente al niño, le dijo estas palabras: «¡Oh, pobre niño abandonado, qué huerfanito tan desgraciado! Tu propio padre infiel ha renegado de ti y tu madre asesina quería abandonarte como a un perrillo molesto que se le saca a empujones. Ahora el designio de Dios te ha entregado a mí para que sea tu padre, debo serlo y quiero serlo, quiero tenerte de Dios y de nadie más, <y porque le amo tú serás mi querido niño>²¹⁴. ¡Ah, niño de mi corazón!, te tengo sentado en mi triste regazo y me miras con bondad sin poderme hablar. Y yo te miro a ti con el corazón herido, mis ojos lloran, mi boca te besa y riego tu rostro de niño con el torrente de mis ardientes lágrimas». Como las grandes lágrimas del hombre que lloraba caían sobre los ojitos del hermoso niño, este rompió también a llorar a todo pulmón y ambos lloraban al unísono. Al ver llorar al niño, lo estrechó cariñosamente contra su pecho diciendo: «¡Calla, mi alegría! Querido niño, ¿he de darte muerte solo porque no eres hijo mío y por lo que habré de pagar amargamente por ti? ¡Ah!, precioso, tierno y querido niño mío, mira, no puedo causarte daño alguno pues has de ser hijo mío y de Dios. ¡Mientras Dios provea para mi boca, lo compartiré contigo para alabanza del amable Dios y sufriré pacientemente cuanto me ocurra por ello, tierno niño mío!».

Cuando la mujer de corazón cruel, que antes quería matar al niño, vio y oyó este tierno llanto, se sintió movida a la piedad tan de corazón que rompió a llorar y a dar alaridos de tal manera que tuvo que calmarla, pues temió que llegase alguien y se enterara de todo. Cuando hubo parado de llorar, le devolvió el niño, le bendijo y dijo: «¡Que el amable Dios te bendiga ahora y los santos ángeles te guarden de todo mal! Y le mandó que, a su cargo, proveyera al niño de todo lo necesario».

Algo después de esto volvió la mala mujer, la madre del niño, y si antes ya había calumniado al fraile vilmente, ahora continuó haciéndolo allí donde más pudiera dañarle, al punto que muchos corazones puros y virtuosos se compadecían de él y a menudo deseaban que el justo Dios se la llevara a ella de este mundo. Sucedió un día que uno de sus parientes vino a él y le dijo: «¡Oh, señor, qué gran crimen ha cometido esta malvada mujer contra vos! Sabe Dios que he de vengaros en ella como es debido: me esconderé en ese gran puente que atraviesa el río y cuando pase por él empujaré a la blasfema y se habrá de ahogar para que pague por su gran crimen». Él le contestó: «No, no, amigo mío, Dios no quiere que alguien muera por mi causa. Dios, que conoce todas las cosas ocultas, sabe que ella ha cometido una injusticia conmigo en lo que atañe al niño; por tanto, dejo el asunto en sus manos para que, según su voluntad, la haga morir pronto o la deje vivir, y te digo que, aunque no tuviese en cuenta el peligro que para mi alma [supondría] su muerte, yo querría seguir honrando en ella el nombre de todas las mujeres puras y la dejaría vivir». El hombre replicó maliciosamente: «Si por mí fuera, mataría

igual a una mujer que a un hombre que me hubiera injuriado así». El Servidor respondió: «No, sería una brutalidad sin sentido y una barbaridad indigna. Renuncia a ello y deja que las cosas sigan su curso y que vengan sobre mí los sufrimientos que Dios quiera que padezca».

Y como el sufrimiento fue creciendo rápidamente, en una ocasión se derrumbó su frágil ánimo. Su desamparo era tan grande que habría querido buscar, en su padecimiento, alguna ayuda y respiro. Y salió en busca de consuelo, especialmente del de dos amigos que, mientras él estuvo sentado en la cúspide de la rueda de la fortuna, se habían mostrado como fieles compañeros y amigos; y allí quiso buscar consuelo para su corazón sufriente. ¡Ah, a través de ambos le dejó comprender Dios que no existe la perfección de las criaturas! Pues se vio despreciado por ellos y por otros que estaban en su compañía más de lo que jamás lo había sido antes entre la gente común. Uno de estos compañeros recibió al afligido fraile muy duramente, volviéndole el rostro desdeñosamente y avergonzándole mucho con sus cortantes palabras. Entre otras palabras hirientes que profirió contra él, le dijo que no quería por más tiempo su amistad porque se avergonzaba de su compañía. ¡Ah, esto le atravesó el corazón!, y le respondió con desolación: «Oh, compañero querido, si por designio de Dios hubieras caído en un sucio charco como me ha sucedido a mí, en verdad yo habría saltado detrás de ti y te habría ayudado amigablemente a salir. ¡Y ahora a ti, oh dolor, no te basta que me encuentre delante, hundido profundamente en el fango, sino que querías aún pisotearme! ¡Me quejo ante el desolado corazón de Jesucristo!». El compañero le hizo callar y le dijo con mucho desprecio: «Después de esto, estáis acabado. No solo vuestros sermones sino también vuestros libros, que vos mismo habéis escrito, serán reprobados». El Servidor respondió muy bondadosamente, y alzando los ojos al cielo dijo así: «Confío en que el buen Dios del cielo hará que, a su debido tiempo, mis libros sean más valorados y amados de lo que nunca han sido». Este fue el lamentable consuelo que recibió de sus mejores amigos.

En esa misma ciudad y por ese mismo tiempo, algunas personas de buen corazón le habían procurado generosamente lo necesario para vivir. Pero, cuando les vinieron con esos falsos rumores, los que creyeron en lo que esos calumniadores decían contra él le retiraron su ayuda y amistad, hasta que, exhortados por la verdad divina, volvieron reconocidamente a él.

En una ocasión, hallándose sentado en tranquila quietud, la actividad de sus sentidos se retiró, no sé cómo, de él y le pareció como si fuera conducido a una tierra espiritual. Entonces, algo en lo profundo de su alma habló así: «Escucha, escucha una palabra de consuelo que te quiero leer». Él se dispuso a ello y escuchó atentamente. Entonces la voz empezó a leer las palabras en latín del capítulo de nonas de la santa vigilia de Navidad, *Non vocaberis ultra derelicta etc.*, que significa: «En adelante no te llamarás la abandonada por Dios y tu tierra ya no se llamará la tierra devastada, te llamarás: la voluntad de Dios es en ella, y tu tierra será cultivada, pues el Padre celestial se ha

complacido en ti»²¹⁵. Acabadas de leer estas palabras, [la voz] empezó de nuevo, leyéndolas una y otra vez, hasta por cuatro veces. Maravillado, dijo: «Amigo, ¿qué quieres decir al repetirme tantas veces estas palabras?». Respondió [la voz]: «Lo hago para reafirmar tu confianza en Dios, que quiere proveer a la tierra de sus amigos, es decir su cuerpo mortal, de lo necesario; y, de cuanto necesitan, lo que les falta por un lado se lo agregará por otro. Así quiere obrar también Dios paternalmente contigo». Esto pasó después realmente, y de forma tan clara que muchos de aquellos cuyos ojos habían llorado antes de compasión rieron de alegría y alabaron a Dios.

Mas por entonces le sucedió al pobre hombre lo que a un animalillo muerto, despellejado y destrozado por las fieras y que aún exhala algo de olor, que finalmente se abaten sobre él en bandada los hambrientos insectos y descarnan lo que queda de los roídos huesos y, lo que han chupado, se lo llevan por los aires. Así fue también él lastimosamente despedazado y llevado en despojos a tierras lejanas por personas de apariencia bondadosa; y esto lo hicieron usando bellos discursos y consideradas palabras de condolencia, mostrando una amistad que no era sincera. En medio de todo esto, a veces le asaltaba un mal pensamiento, como por ejemplo: «Ah, Dios querido, quien ha sufrido únicamente por causa de judíos, paganos o pecadores públicos, todavía puede de algún modo soportarlo; pero estos que me han infligido tanto daño parecen buenos amigos, y por ello es mucho más doloroso». Pero apenas volvía en sí y veía las cosas con el correcto discernimiento, no los culpaba, pues Dios había obrado por medio de ellos y él debía sufrirlo. A menudo, Dios prepara a sus amigos a través de sus amigos, por su bien.

De forma especial, una vez, en respuesta a los reproches de su ánimo sufriente le fue dicho: «Piensa que Cristo no quiso tener entre los suyos solo a su amado discípulo Juan y a su fiel san Pedro, sino que quiso sufrir también la compañía del malvado Judas. ¿Tú deseas seguir a Cristo y solo a disgusto soportas tu Judas?». Inmediatamente otro pensamiento cruzó veloz por su mente, replicando: «Oh, Señor, si un amigo de Dios no hubiera de sufrir más que un Judas, aún sería soportable, pero en estos tiempos en cada rincón hay un Judas y cuando uno se va llegan cuatro o cinco más». A estas palabras se le respondió en su interior: «Para una persona que es recta, ningún Judas ha de considerarse un Judas sino un colaborador de Dios, alguien por el que ha de ser probado por su mayor bien. Cuando Judas traicionó a Cristo con un beso, Cristo le llamó amigo suyo diciendo: “Amigo mío, etc.”»²¹⁶.

Tras haber sufrido tan miserablemente por no sé cuánto tiempo, este pobre hombre se aferraba con todo a un pequeñísimo consuelo como a su único sostén: la carga que le aplastaba no había llegado aún a [oídos de] los jueces y prelados de la Orden. Pero Dios le privó pronto también de este pequeño consuelo, pues el maestro general de toda la Orden y el provincial de Alemania vinieron juntos a la ciudad en la que aquella mala mujer había calumniado al hombre honrado²¹⁷. Cuando el pobre hombre, que vivía en otro lugar, se enteró de esto, en su interior le dio un vuelco el corazón y pensó: «Si los

superiores prestan oídos a lo que la mala mujer dice de ti, eres hombre muerto; te impondrán una penitencia tan dura que sería preferible la muerte del cuerpo». Esta opresión cruel duró doce días y doce noches consecutivas, a la espera de cuándo había de llegar el martirio de la penitencia.

Un día, en un momento de debilidad humana, estalló de modo indecoroso y descompuesto, a causa de la angustia en la que vivía. Y en este deplorable estado del hombre interior y exterior se fue, lejos de la gente, a un lugar secreto donde nadie pudiera verle ni oírle, y allí de tanto en tanto dejaba escapar profundos y repetidos suspiros. A veces se le llenaban los ojos de lágrimas que luego resbalaban por sus mejillas. A causa de su angustioso desamparo no podía permanecer en calma: a veces se sentaba bruscamente, y luego se levantaba de un salto y andaba por la habitación de acá para allá, como un hombre que lucha contra el miedo y la desgracia. Luego un pensamiento atravesaba el corazón y con voz temblorosa, hablando para sí mismo, decía: «¡Oh, Dios! ¿Qué pretendes hacer conmigo?». Entretanto, mientras aún se encontraba en esa lamentable situación, algo que venía de Dios habló así en su interior: «¿Dónde está ahora tu abandono? ¿Dónde la indiferencia a la alegría y al sufrimiento que a menudo has hecho amar a los otros alegremente, diciéndoles cómo había que abandonarse por completo a Dios y no apegarse a nada?». A esto, contestó él entre lágrimas: «¿Me preguntas dónde está mi abandono? ¡Ay, dime tú dónde está la insondable misericordia de Dios para con sus amigos! Aquí estoy esperando, destrozado interiormente, como un hombre condenado a perder vida, bienes y honor. Yo pensaba que Dios era bondadoso, pensaba que era un gracioso y noble Señor para con todos los que confiaban en abandonarse a él. ¡Oh, dolor! ¡Dios ha renunciado a mí! ¡Oh, tú, generosa vena fluyente, tú, inagotable fuente de misericordia, te has agotado para este desdichado! ¡Oh, el corazón bondadoso, cuya bondad proclama el mundo entero, a mí me ha abandonado lamentablemente! Ha apartado de mí sus bellos ojos y su gracioso rostro. ¡Oh, tú, rostro de bondad! ¡Oh, tú, corazón benevolente, jamás te habría creído capaz de rechazarme así! ¡Oh, abismo insondable, ven en mi ayuda o estoy perdido de antemano! Tú sabes que todo mi consuelo y mi esperanza están puestos en ti y en nadie más sobre la tierra. ¡Ay, corazones sufrientes, escuchadme hoy, por Dios! Mirad, nadie debe tomar mal ejemplo de mi inapropiada conducta, pues mientras el abandono no estaba sino en la boca, para hablar y discurrir sobre él, me resultó dulce hablar de él. Pero, ¡ay!, ahora todo esto ha traspasado por completo mi corazón y ha penetrado en lo más hondo de mis entrañas, de mis venas y de mi cerebro, de modo que no queda un solo miembro de mi cuerpo que no haya sido martirizado y herido. ¿Cómo puedo pues vivir abandonado?».

Tras haber transcurrido más de medio día en esta agitación y habiendo devastado su cerebro, finalmente se sentó en silencio; dejándose a sí mismo, se volvió hacia Dios y se entregó a su voluntad diciendo: «Si no puede ser de otra manera, *fiat voluntas tua!*»²¹⁸. Mientras estaba sentado así, en un raptó de sus sentidos, le pareció, en una visión, que

una de sus santas hijas espirituales llegaba ante él; una que, cuando aún vivía, le había dicho a menudo que habría de sufrir mucho, pero que Dios le ayudaría en ello. Esta mujer apareció ante él y le consoló bondadosamente. Pero él la tuvo en bien poco y puso en duda la veracidad de sus palabras. Entonces ella sonrió, se acercó, le tendió su santa mano y dijo así: «Tomad, os doy, en nombre de Dios, mi palabra de cristiana: Dios no os abandonará, él quiere ayudaros a superar este y todos vuestros sufrimientos». Él respondió: «Mira, hija, mi aflicción es tan grande que no puedo creerte si no me das una buena prueba». Ella siguió: «Dios manifestará vuestra inocencia en todos los corazones puros y buenos; los corazones malvados juzgan las cosas de acuerdo con su propia maldad, y esto para un sabio amigo de Dios no es digno de atención. Y la Orden de los Predicadores, por la que os preocupáis, ha de ser por vuestra causa tanto más grata a Dios y a las gentes discretas. Como prueba de esta verdad, recibid este signo: mirad, Dios os va a vengar pronto y pondrá su mano airada sobre aquel corazón malvado que tanto os ha acongojado, y quiere que la muerte acabe con su vida. Además, todos los que le han ayudado en el asunto con pérfidas calumnias también habrán de ser pronto castigados, ¡dadlo por seguro!». El fraile se sintió con esto muy consolado y aguardó ansiosamente a ver qué fin daba Dios a todo ello.

No había pasado mucho tiempo cuando todo ocurrió realmente como aquella mujer había predicho. Pues la desalmada que le había causado tanto daño murió; y murió por causa desconocida. No sé cuántos otros de los que le habían difamado también murieron, una parte de ellos sin causa aparente, y algunos abandonaron el mundo sin confesión ni eucaristía. Uno de ellos que había sido prelado y le había hecho sufrir mucho, se le apareció después de su muerte en una visión y le notificó que Dios había acabado con su vida y con su dignidad por lo que había hecho, y que tendría que hacer penitencia por mucho tiempo en tórrida expiación.

Viendo la inusual venganza e incluso las muertes que Dios había enviado súbitamente a sus adversarios, muchas personas, a las que esto les había sido anunciado y que se inclinaban a favor del Siervo, alabaron a Dios diciendo: «En verdad Dios está con este buen hombre, bien se ve que ha sido tratado injustamente; y en justicia, ante nuestros ojos y los de toda la gente prudente ha de ser a partir de ahora más respetado por su santidad espiritual que si Dios no le hubiera infligido este sufrimiento».

Después de esto, el buen Dios le ayudó de forma que, por su gracia, la tempestad terrible del sufrimiento se apaciguó y se disipó, justo como la santa hija le había dicho al consolarle en la visión. Él pensaba a menudo: «Ah, Señor, cuán verdadero es lo que se dice de ti: “A quien Dios quiere bien, nadie puede causarle daño”».

También a su compañero, aquel que se había portado de forma tan poco amigable en el asunto, se lo llevó Dios poco después de este mundo. Tras su muerte, y tras haberse derribado todo obstáculo que le impidiera la contemplación desnuda de Dios, se le apareció en ropajes brillantes de oro. Abrazó al servidor afectuosamente y, estrechando su rostro contra su mejilla con bondad, le pidió que le perdonara por haberse equivocado

con él y le rogó que una fiel amistad celestial permaneciera entre ellos eternamente. El Servidor lo acogió con gran alegría y lo abrazó a su vez cariñosamente. Entonces desapareció de su presencia y regresó al gozo divino.

Tiempo después, cuando a Dios le pareció el momento, el que había sufrido fue compensado por todos los sufrimientos que había padecido con paz interior de corazón, calma sosegada y radiante gracia. Alababa a Dios interiormente por todos los amables sufrimientos y decía que no cambiaría por nada del mundo el sufrimiento padecido. Dios le dejó entender claramente que por este rebajamiento había sido más noblemente apartado de sí y ensalzado en Dios que por cualquiera de los diversos sufrimientos que había soportado desde su juventud hasta ese momento²¹⁹.

Capítulo 39

Del sufrimiento interior

Cuando la hija espiritual leyó los lamentables sufrimientos antes relatados, derramó abundantes lágrimas de compasión. Le pidió entonces que le explicara cómo era el sufrimiento interior. Él respondió:

Acerca del sufrimiento interior te quiero decir dos cosas. Hubo una vez en una Orden un hombre eminente al que Dios había infligido un sufrimiento interior. A causa de este sufrimiento, el ánimo y el corazón de este fraile se hallaban a tal punto abatidos que se pasaba noche y día llorando y gimiendo y se comportaba mal. Aquel fraile acudió al Servidor de la Sabiduría con gran devoción y le contó su desgracia y le pidió que rogara a Dios por él para que le ayudara. Una mañana temprano, cuando el Servidor rezaba por él sentado en su capilla, le pareció en una visión que el propio espíritu diabólico venía y se plantaba ante él. Había asumido la forma como de un moro deforme con ojos de fuego. Tenía un aspecto infernal y terrorífico y en la mano llevaba un arco. El Servidor le habló así: «Te conjuro por el Dios vivo a que me digas quién eres y qué quieres». Él respondió diabólicamente: «Soy yo, el *spiritus blasphemiae*, y sabes muy bien lo que quiero»²²⁰.

El Servidor se volvió hacia la puerta del coro y vio acercarse a ella al fraile afligido, que quería entrar al coro para la misa. Entonces el mal espíritu tendió su arco y disparó una flecha de fuego al corazón del fraile, que casi cayó hacia atrás y no pudo entrar en el coro. Esto enfadó al Servidor, que reprendió al diablo duramente por ello. Encolerizado contra él, el arrogante demonio tensó su arco como antes con una flecha de fuego, queriendo dispararla también contra su corazón. Pero el Servidor se volvió veloz hacia

Nuestra Señora en busca de ayuda y dijo: *Nos cum prole pia benedicat virgo Maria*²²¹, y el demonio perdió su fuerza y desapareció de su presencia. A la mañana siguiente, se lo contó al fraile sufriente, le consoló y le explicó el remedio para este mal, que no es otro que lo que él había escrito en uno de sus sermones, que empieza: *Lectulus noster floridus*²²².

Entre las muchas otras personas que sufren interiormente, acudió a él una vez un laico procedente de una región extranjera y le dijo así: «Señor, llevo en mi interior el mayor de los sufrimientos que un hombre haya podido padecer y nadie puede ayudarme. Hace poco desesperé de Dios y era tal mi desaliento que quería destruirme, quería darme muerte, matando mi cuerpo y [condenando] mi alma. Cuando, en mi angustia, estaba a punto de saltar a una fuerte corriente de agua y tomaba impulso para ahogarme voluntariamente en ella, oí una voz sobre mí que decía: “¡Detente, detente! ¡No te des muerte tan ignominiosa! ¡Busca un predicador!”. Y la voz mencionó por su propio nombre al Servidor, nombre que él jamás había oído antes, y le dijo: “En él encontrarás la ayuda para rectificar”». Se alegró, desistió de suicidarse y empezó a buscar al predicador preguntando por él tal como se le había dicho. Cuando el Servidor vio la lamentable condición en que se hallaba este hombre, se volvió bondadosamente hacia el desgraciado y lo confortó. Aligeró su corazón y le dijo lo que tenía que hacer, de modo que, con la ayuda de Dios, no volvió a caer nunca en semejante tentación.

Capítulo 40

Qué sufrimientos son más útiles al ser humano y más agradables a Dios

La hija espiritual preguntó: «Me gustaría saber cuáles, entre todos los sufrimientos, son más útiles al ser humano y más agradables a Dios». Él le respondió así: «Has de saber que se encuentran diversos tipos de sufrimiento que preparan a la persona y la llevan por el buen camino hacia su bienaventuranza, si los usa correctamente.

»A veces Dios hace que le sobrevengan a una persona duros sufrimientos sin que esta se haya hecho merecedora de ellos. A través de las aflicciones, Dios quiere unas veces probar su firmeza o lo que tiene en sí misma, tal como se lee en muchos ejemplos del Antiguo Testamento, o bien otras veces pretende simplemente con ello su gloria y alabanza, como narra el Evangelio del ciego de nacimiento del que Cristo dijo que era inocente e hizo que viera²²³.

»Algunos sufrimientos son también merecidos, como el sufrimiento del ladrón crucificado con Cristo y a quien Cristo concedió la bienaventuranza por la conversión sincera experimentada en su sufrimiento²²⁴.

»Otros sufrimientos no son el resultado de una culpa directamente relacionada con el

sufrimiento que padece actualmente una persona; pero como no está libre de otras culpas, Dios hace que le sobrevenga el sufrimiento. Y sucede a menudo que Dios rebaja la soberbia excesiva y muestra a la persona su lugar a través de una terrible humillación de su orgullo, con algo de lo que quizás es totalmente inocente.

»Otros sufrimientos son enviados por Dios en su bondad a la gente para que gracias a ellos eviten sufrimientos aún mayores. Es el caso de aquellos a quienes Dios hace sufrir aquí su purgatorio mediante enfermedades, la pobreza o cosas semejantes, a fin de evitarles sufrimientos ulteriores; o bien permite que caigan en manos de gentes diabólicas para ahorrarles a la hora de su muerte el rostro del diablo.

»Algunas personas sufren a causa de su ardiente amor, como los mártires, que a través de las múltiples muertes de su cuerpo o de su espíritu muestran su amor a su amado Dios.

»Se encuentra también en este mundo mucho sufrimiento vano y sin consuelo, como les pasa a aquellos que viven totalmente para el mundo a través de cosas mundanas. Estos han de ganarse el infierno con amargo esfuerzo, mientras que la persona que sufre por Dios se puede ayudar a sí misma con su sufrimiento.

»También hay algunas personas a las que Dios apremia a menudo interiormente para que se conviertan a él, pues querría tenerlas en su intimidad, pero se resisten por negligencia. A estos los atrae a veces Dios mediante el sufrimiento. A donde se vuelven para escapar de Dios, allí está Dios con una desgracia temporal de este mundo agarrándolos por los cabellos para que no puedan escapar.

»También se encuentran personas que no padecen más sufrimientos que los que se fabrican ellos mismos, dándole una gran importancia a lo que no la tiene. Como en una ocasión en que un hombre, agobiado por el sufrimiento, pasó ante una casa en la que oyó cómo una mujer se lamentaba. Pensó: “Ve y consuela a esta persona en su sufrimiento”. Entró y le dijo: “Oh, buena mujer, ¿qué os sucede para que gimáis así?”. Ella contestó: “Se me ha caído una aguja y no la puedo encontrar”. Dando media vuelta, salió de allí pensando: “¡Oh, mujer necia, si tuvieras que cargar con uno de mis fardos no llorarías por una aguja!”. Así, algunas personas débiles sufren por muchas cosas que no comportan sufrimiento alguno.

»Pero el más noble y el mejor de los sufrimientos es el sufrimiento cristiforme²²⁵, quiero decir: el sufrimiento que el Padre celestial envió a su Hijo unigénito y envía aún hoy a sus amigos más queridos. Y no hay que entender con esto que exista nadie completamente exento de culpa, salvo Cristo que jamás pecó, sino más bien que así como Cristo se mostró paciente y se comportó en su sufrimiento como un dulce cordero entre los lobos, así envía a veces también grandes sufrimientos a algunos de sus más queridos amigos, para que nosotros, tan poco capaces de sufrir, aprendamos de las personas santas a ser pacientes y, con un corazón lleno de dulzura, a vencer en todo momento el mal con el bien.

»Has de tomar en consideración todas estas cosas, hija mía, y no sufrir de mala gana,

pues de doquiera que venga el sufrimiento puede ser útil a la persona si sabe acogerlo siempre como venido de Dios, remitirlo a Dios y con Dios sobreponerse a él».

La hija dijo: «El más noble sufrimiento, del que habéis hablado en último lugar, el que se sufre sin culpa, solo pocas personas lo conocen. Me gustaría oír cómo una persona culpable y frágil puede sobreponerse a su sufrimiento con la ayuda de Dios, pues una persona así sufre doblemente: ha ofendido a Dios y es atormentada exteriormente».

Él dijo: «Te lo voy a decir. Conocí a una persona que tenía la siguiente costumbre: cuando por debilidad humana había cometido alguna falta que merecía penitencia, hacía lo que una buena lavandera con su colada, que, ya frotada y dejada en remojo, la aclara en agua limpia y al enjuagarla deja limpio y puro todo lo que antes estaba sucio. Así también esta persona no cejaba hasta recibir la sangre inocente que mana de Cristo y que él vertió con indecible amor para socorro y consuelo de todos los pecadores, y hasta que esa sangre hubiera manado espiritualmente en abundancia sobre ella. Y en esa sangre ardiente se lavaba y lavaba sus manchas, bañándose en el saludable baño de sangre como se baña a un niño en un baño de agua caliente. Y hacía esto con devoción de corazón y plena y confiada fe cristiana en que la sangre había de lavar, y realmente lavaría, todos sus pecados y lo purificaría de toda culpa con su fuerza omnipotente. Y así, fuera como fuere, tanto si era inocente como culpable, todo acababa siempre de la misma forma en el buen Dios».

Capítulo 41

Cómo condujo a ciertos corazones amantes del amor temporal al amor de Dios

En la época en que el Servidor se aplicaba con celo a atraer a la gente del amor temporal al de Dios, se enteró de que en ciertos conventos había personas que, bajo una apariencia espiritual, ocultaban un corazón mundano.

Entre ellas había una mujer que había entregado totalmente su corazón al amor efímero, que es llamado amorío y que es un veneno para la perfección espiritual. Él le dijo que si quería alcanzar una sosegada vida divina debía renunciar a esto y tomar como su amada, en lugar de un amante, a la eterna Sabiduría. Esto le resultaba muy difícil de hacer, porque era joven y lozana, y se hallaba envuelta en una relación así. Él consiguió de alguna manera inculcarle la buena intención de hacerlo y, cuando por influencia de sus amigos desistió de esta buena intención, le habló así: «¡Hija, déjalo! Te aseguro que si no lo haces de buen grado lo harás a la fuerza». Y como ella no quería rendirse a estas bienintencionadas palabras, rogó a Dios por ella con fervor para que la sacara de ahí por las buenas o por las malas. Un día subió al púlpito, bajo su crucifijo de siempre, y se aplicó en sus hombros desnudos una disciplina tan dura que corría la sangre, y rogó a

Dios por ella para que la sometiera. Y así sucedió, de la siguiente manera: habiendo regresado ella al convento, le creció rápidamente en la espalda una horrible joroba, que le dio un aspecto espantoso y tuvo que dejar por necesidad lo que no había querido dejar por Dios.

En este mismo convento sin clausura había una mujer joven, bella y bien nacida que, en las redes del mismísimo diablo, había malgastado durante muchos años su corazón y su tiempo con todo tipo de compañías. Estaba tan ciega que huía siempre del Servidor de la Sabiduría como de una bestia salvaje, pues temía que la apartara de su modo de vivir. La hermana carnal de esta muchacha rogó al Servidor que probara suerte con ella e intentara alejarla de esta mala vida y conducirla a Dios. Esto le pareció a él un ruego imposible, pues decía que le parecía más fácil que el cielo cayera a que ella dejara este tipo de vida. Haría falta que la propia muerte se la arrebatara. Ella se lo suplicó, y le dijo que estaba segura de que cualquier cosa que él le pidiera a Dios con fervor, Dios no se la rehusaría. Con estas palabras le convenció y prometió hacerlo.

Como ella huía de él constantemente y no podía hablarle, un día, cerca de la fiesta de Santa Margarita, se enteró de que había salido al campo con las otras hermanas jóvenes a recoger el lino. Se acercó a hurtadillas, dando la vuelta al campo para acercarse a ella de forma prudente. Cuando ella se dio cuenta de que se le acercaba, le dio la espalda airada y con el rostro encendido por la cólera le gritó furiosa: «¡Señor monje! ¿Qué queréis de mí? ¡Alejaos de mí y seguid vuestro camino, os lo aconsejo! Mirad, antes que confesarme con vos me dejaría cortar la cabeza; y antes que haceros caso y abandonar mis amoríos, preferiría que me enterraran viva. Así que seguid vuestro camino, porque no conseguiréis nada de mí». La compañera que tenía más cerca la calmó, la reprendió y le dijo que él solo estaba haciendo esto por su bien. Ella alzó la cabeza con rabia y dijo: «Mira, no quiero engañarle, quiero mostrarle con palabras y obras lo que hay en mi corazón». El Servidor se asustó de estas obstinadas palabras y del comportamiento indecoroso, enrojeció de vergüenza y permaneció callado, pues no podía articular palabra. Las otras hermanas, que habían oído los gritos contra él, lo sintieron mucho y la reprendieron. Él se marchó inmediatamente, apartándose de ella, alzó los ojos, suspiró profundamente y hubiera deseado dejarlo estar, pero permanecía en él cierto impulso interior que venía de Dios y que le decía: «Quien quiere hacer algo por Dios o por el mundo no debe renunciar tan pronto». Esto sucedía después del mediodía.

Ya atardecía cuando, después de la cena, las hermanas se dispusieron a salir juntas a la era para rastrillar el lino recogido, e iba con ellas también la joven. Tenían que pasar por delante de la hospedería en la que se alojaba el Servidor. Entonces él le pidió a una de las compañeras que hiciera venir a la joven con alguna estratagema y luego se fuera. Lo que logró con dificultad.

Cuando ella llegó allí y se hubo sentado en la ventana junto a él, empezó él a decirle entre profundos suspiros de todo corazón: «¡Ay, hermosa y tierna doncella escogida por Dios! ¿Hasta cuándo vais a dejar al malvado demonio vuestro bello y amable cuerpo y

vuestro tierno y amoroso corazón? Dios ha moldeado tan graciosamente vuestra figura en todo vuestro ser que sería una desgracia que una persona tan angelical, gentil y noble compartiera su amor con alguien que no fuera el más noble entre todos los amantes. ¿Quién ha de cortar con más derecho la bella y delicada rosa sino aquel al que esta pertenece? No, querida y amable doncella, abrid vuestros claros ojos de halcón y pensad en el bello amor que empieza aquí y dura por siempre jamás. Considerad también cuánta tristeza, cuánta infidelidad, cuánta pena y cuánto sufrimiento en cuerpo, bienes, alma y honor han de padecer, lo quieran o no, aquellos que andan en estas cosas, pues cegados por el veneno delicioso olvidan temporalmente los grandes males que han de seguirse en esta vida y en la eternidad. ¡Ay! Por ello tú, angélica imagen, tú, noble y amable corazón, vuélvete por tu nobleza natural a la nobleza divina, y deja el resto. Te prometo que, a fe mía, Dios quiere tomarte por amiga y ofrecerte toda fidelidad y verdadero amor aquí y en el más allá».

¡En buena hora! Estas ardientes palabras alcanzaron tan profundamente su corazón y la ablandaron de tal manera que alzó de inmediato los ojos, dejó ir un profundo suspiro y le habló así desde lo más hondo de su ser con palabras de resuelta decisión: «¡Ah, mi señor y padre! Me entrego hoy a Dios y a vos. En esta hora quiero decir adiós a mi vida frívola y vana y, con vuestro consejo y ayuda, quiero entregarme en pertenencia al amable Dios y quiero servirle solo a él hasta mi muerte». Él respondió: «¡Es esta una hora feliz! ¡Alabado sea el dulce Señor que acoge con alegría a los que retornan a él!».

Mientras ambos estaban así hablando entre ellos íntimamente de Dios, las compañeras a las que había dejado se encontraban fuera frente a la puerta, contrariadas por la larga conversación, pues temían que repudiara su frívola compañía. Le gritaron que acabara ya. Ella, totalmente transformada en otra, se puso en pie y saliendo con él les habló así: «Compañeras mías, Dios os bendiga, quiero daros mi adiós, a vosotras y también a todos nuestros compañeros con los que por desgracia he perdido frívolamente mi tiempo. Ahora quiero tener solo a Dios y dejar todo lo demás».

La hija empezó a evitar todas las malas compañías y a vivir en el abandono. Y por mucho que después intentaran hacerla volver a su antigua vida, nada consiguieron. Perseveró firme y constante con loable honor y divinas virtudes, permaneciendo con Dios hasta su muerte.

Algún tiempo después, el Servidor emprendió una vez viaje para visitar a su nueva hija, fortalecerla en su loable vida y, si padecía algún sufrimiento, consolarla con bondad. Le resultaba muy penoso el viajar a causa del estado de debilidad en que se encontraba. Mientras caminaba por el barro y trepaba a las altas montañas, alzaba a menudo sus ojos a Dios diciendo: «¡Dios misericordioso, acuérdate del penoso camino que recorriste a pie por la salvación de la humanidad y guárdame a mi niña!». Su compañero, sobre el que se apoyaba, le dijo apiadado: «Conviene a la bondad de Dios que muchas almas se salven a través de vos».

Habiendo avanzado hasta que simplemente no podía más y estaba exhausto, su

compañero dijo: «Ah, padre, Dios debería ver vuestra debilidad y enviaros un pequeño caballo para que cabalgarais a lomos de él hasta que llegáramos a lugar habitado». Él respondió: «Puesto que los dos nos hemos encomendado a Dios, confío en que Dios me otorgará el beneficio de tu virtud y así sucederá». Miró entonces a su alrededor y vio por su derecha salir de un bosque un hermoso caballito bien embridado y ensillado, sin jinete. El compañero gritó de alegría: «¡Ah, querido padre, mirad, Dios no quiere abandonaros!». Él dijo: «Hijo, mira por los alrededores de estos campos a ver si viene con él alguien a quien pudiera pertenecer». Miró lejos y cerca, y no vio a nadie sino solo al caballito que se acercaba al paso, y dijo: «Padre, en verdad nos lo ha enviado Dios; ¡montad y cabalgad!». Respondió él: «Mira, compañero, si el caballito se para al llegar junto a nosotros estaré seguro de que Dios lo ha enviado en nuestro auxilio». El caballo llegó mansamente y se detuvo tranquilo ante ellos. El [Servidor] exclamó: «¡Bienvenido en nombre de Dios!», y el compañero le ayudó a subir y le dejó cabalgar, e hizo el camino así un buen trecho hasta que hubo descansado. Cuando llegaron a las cercanías del pueblo, el Servidor bajó del caballo, le soltó las riendas y lo hizo irse por donde había venido. De dónde venía y a quién pertenecía, no pudo averiguarlo nunca.

Cuando el Servidor llegó allí donde se dirigía, sucedió que un atardecer se quedó sentado con sus hijas espirituales, disuadiéndolas del amor efímero y urgiéndolas a amar el amor eterno. Pero apenas se hubieron ido, su corazón, no sé cómo, se inflamó con su ardiente sermón sobre el amor de Dios, pues le parecía que su amado, aquel en el que pensaba y que quería hacer amar a otras personas, era en verdad mucho mejor que todo el amor de este mundo. Y cuando, en el curso de su meditación, se embebecieron no sé cómo sus sentidos, le pareció en una visión que era conducido a un bello y verde prado. Un soberbio y celestial joven caminaba junto a él y le conducía de la mano. Entonces el joven entonó un canto en el alma del fraile, y resonó tan gozosamente que todos sus sentidos alzaron el vuelo por la potencia sublime de la dulce melodía, y le pareció que su corazón rebosaba a tal punto de amor ferviente y de deseo de Dios que se agitaba desenfrenadamente en el pecho como si fuera a estallar de exceso. Tuvo que poner su mano derecha sobre el corazón para ayudarse a sí mismo, y sus ojos se colmaron de lágrimas de tal forma que resbalaron por su rostro. Cuando hubo acabado el canto, le fue presentada una imagen con la que querían enseñarle ese canto para que no pudiera olvidarlo. La miró y vio a Nuestra Señora que había recostado sobre su corazón maternal a su niño, la eterna Sabiduría. Y el comienzo del canto estaba escrito sobre la cabeza del niño en bellos caracteres iluminados, pero la escritura era tan secreta que no muchos podían leerla; solo las personas que podían descifrarla con una sensibilidad ejercitada la leían bien. Y la inscripción decía: *HERZENTRUT, amigo fiel del corazón*²²⁶. El Servidor leyó la inscripción de inmediato, alzó los ojos, miró afectuosamente [al niño] y sintió hasta qué punto era cierto que solo él era el tierno «amigo del corazón» en el que se tiene gozo sin pena. Grabó [esta imagen] en lo más profundo de su corazón y comenzó de nuevo la canción y la cantó con el joven de principio a fin. Y en el ardiente amor de su

corazón volvió en sí y halló su mano derecha reposando sobre su corazón tal como él la había puesto para ayudarse en la violenta agitación²²⁷.

Una vez, tras una larga caminata y estando muy fatigado, llegó al atardecer a un beguinato²²⁸ en una ciudad distante, donde querían pasar la noche. No había vino ni en el pueblo ni en la casa de las beguinas. Llegó una de las buenas hijas y dijo que ella tenía una botellita muy pequeña de vino, como de una media medida, pero –decía– ¿qué es media medida para tanta gente? Pues estaban allí como veinte personas, contando con las buenas gentes que habían venido porque deseaban escuchar la palabra de Dios de su boca. Él dijo que trajeran la botellita a la mesa y le rogaron que la bendijera. Así lo hizo en virtud del alto poder del amable nombre de Jesús, y empezó a beber, porque estaba sediento después del camino. La ofreció a los demás y todos bebieron. La botellita estaba puesta de forma patente ahí encima, todos la podían ver, sin que nadie echara en ella ni agua ni vino, pues allí no había más vino. Bebieron una y otra vez de la misma botella y estaban tan ansiosos de oír la palabra de Dios que nadie prestó atención al divino milagro. Al final, no sé cuándo, volvieron en sí y reconocieron el gran poder de Dios en la multiplicación del vino, como claramente se veía, y empezaron a alabar a Dios y querían atribuir lo sucedido a la santidad del Servidor. Pero él no quiso permitirlo por nada del mundo y dijo: «Esto, hijos, no es obra mía. Dios ha permitido a esta pura congregación gozar de su fe y les ha dado bebida material y espiritual»²²⁹.

Capítulo 42

De algunas personas sufrientes, unidas al Servidor con particular fidelidad

En cierta ciudad vivían dos mujeres de destacada santidad que le eran muy cercanas. El camino espiritual de estas dos amigas de Dios era muy diferente. Una gozaba de renombre entre las gentes y estaba dotada de una dulzura divina; la otra era desconocida y Dios la probaba constantemente con sufrimientos. Cuando ambas murieron, el Servidor quiso saber de Dios cuán diversa había sido su recompensa en el otro mundo, habiendo llevado dos modos de vida tan disímiles. Una mañana temprano, se le apareció una de ellas, la que gozaba de renombre, y le dijo que estaba aún en el purgatorio; cuando él le preguntó cómo podía ser esto, ella le dijo que su única culpa había sido que, a causa de su renombre, cierta arrogancia espiritual se había introducido en ella y no la había rechazado con suficiente rapidez; sin embargo, su sufrimiento tendría pronto un final. La otra, que había vivido en la opresión y había sufrido mucho, fue directamente a Dios.

También la madre carnal del Servidor sufrió mucho a lo largo de toda su vida. Y ello a causa de la encontrada semejanza que había entre ella y su marido: ella estaba llena de

Dios y habría querido vivir según el modo divino. Él estaba lleno del mundo y se oponía con dureza y rigor. De aquí sobrevinieron muchos sufrimientos.

Ella tenía por costumbre verter todos sus sufrimientos en el amargo sufrimiento de Cristo y sobreponerse así a los suyos propios. Antes de morir le confesó [a su hijo] que durante treinta años no había asistido a una sola misa sin llorar amargamente, a causa de la cordial compasión que sentía por la pasión de Nuestro Señor y su fiel Madre. Y le dijo también que a causa de su desmesurado amor por Dios, en una ocasión enfermó de amor y yació en cama unas doce semanas, doliéndose y languideciendo por Dios, al punto que los médicos se dieron cuenta y tomaron buen ejemplo de ello.

En una ocasión, al comienzo de la Cuaresma, fue a la catedral, donde hay un descendimiento hecho de imágenes talladas sobre un altar, y ante estas imágenes, no sé cómo, se vio embargada de modo sensible por el gran dolor que la tierna madre sintió a los pies de la cruz. Y a causa de ello, experimentó esta buena mujer tal dolor por compasión que, no sé cómo, su corazón estalló dentro de su cuerpo, cayó en tierra sin fuerzas y perdió la vista y el habla. La llevaron a casa; yació enferma hasta la hora nona del Viernes Santo, y entonces murió, en el momento que se leía la Pasión²³⁰.

Por esa misma época su hijo, el Servidor, estaba en Colonia en la escuela y ella se le apareció en una visión y le dijo con gran alegría: «Ah, hijo mío, ama a Dios y confía por completo en él, no te abandonará nunca en ninguna adversidad. Mira, he partido de este mundo pero no estoy muerta, pues he de vivir eternamente en Dios». Le besó maternalmente en la boca, le bendijo fielmente y desapareció. Él empezó a llorar y a llamarla: «¡Oh, mi fiel y santa madre, seme fiel ante Dios!». Y de este modo, entre lloros y suspiros, volvió en sí.

En los días de su juventud, cuando estaba aún en la escuela, Dios le dio un día un querido compañero espiritual. Una vez en que habían estado conversando por largo tiempo sobre Dios en intimidad, su compañero le pidió, en nombre de su estrecha amistad, que le mostrara y le dejara ver el amable nombre de Jesús dibujado sobre su corazón. No le gustaba hacerlo pero, cuando vio su gran devoción, cedió al ruego y, apartando su ropa en el lugar del corazón, le dejó ver la joya del corazón según su deseo. Pero esto no le bastó al compañero. Cuando la vio bien visible en su cuerpo en medio de su corazón, la tocó con su mano y con su rostro, acariciándola, y apoyó en ella su boca²³¹. Lloró de profunda devoción, de modo que las lágrimas caían rodando sobre el corazón. El Servidor escondió desde entonces el nombre y no quiso volver a mostrárselo a nadie, salvo a un amigo escogido de Dios al que Dios se lo permitió; y también este lo contempló con la misma devoción que el primero.

Cuando los dos queridos compañeros, después de pasar no sé cuántos años juntos en espiritual intimidad, tuvieron que separarse, se dieron afectuosamente la bendición el uno al otro y convinieron entre ellos que, no importaba cuál de los dos muriera primero, el otro le mantendría fiel amistad tras su muerte y diría por él todas las semanas durante un año dos misas, una de réquiem los lunes y una de la pasión del Señor los viernes.

Después de años, murió primero el compañero del Servidor, y este se olvidó de la mencionada promesa de las misas, si bien pensaba con afecto en el difunto. Una mañana, cuando estaba retirado en su capilla, se presentó ante él el compañero en una visión y le habló quejumbroso: «¡Ay, compañero, qué gran infidelidad! ¡Cómo me has olvidado!». Él le dijo: «Pero yo te recuerdo todos los días en mi misa». El amigo respondió: «No es suficiente, mantén tu promesa de las misas para que la sangre inocente descienda sobre mí y extinga el terrible fuego; así me veré libre pronto del purgatorio». Y así lo hizo con cordial fidelidad y enorme pesar a causa de su olvido. Y el amigo recibió pronta ayuda.

Capítulo 43

Cómo Cristo se le apareció bajo la imagen de un serafín y le enseñó a sufrir

Una vez en que el Siervo se había vuelto hacia Dios con gran fervor rogándole que le enseñara a sufrir, se le apareció en una visión espiritual una imagen de Cristo crucificado bajo la forma de un serafín, y este angélico serafín tenía seis alas: con dos alas cubría la cabeza, con dos alas los pies y con dos volaba²³². Y en las dos alas inferiores estaba escrito: «Acoge voluntariamente el sufrimiento»; en las dos alas de en medio ponía: «Lleva el sufrimiento con paciencia»; y en las superiores ponía: «Aprende el sufrimiento cristiforme»²³³.

Le contó esta amable visión a una santa amiga, persona de gran santidad. Ella le respondió: «Tened por cierto que Dios os prepara nuevos sufrimientos, que deberéis padecer». Él preguntó de qué tipo de sufrimientos se trataba. Ella le dijo: «Ahora habéis de ser elevado a la dignidad de prelado²³⁴ para que os puedan atacar mejor aquellos que os son desfavorables, haciéndoos caer a lo más bajo. Por ello, disponeos a la paciencia como se os ha mostrado en el serafín». Él suspiró y atendió la venida de una nueva tempestad. Y esta llegó realmente, tal como le había dicho la santa mujer.

Ocurrió que por aquel tiempo sobrevinieron años de carestía²³⁵, y el convento en el que vivía no recibía ni pan ni vino y había acumulado grandes deudas. Los hermanos decidieron de común acuerdo designar como prior al Servidor durante la gran carestía, por mucho que a él le pesara o contrariara, pues comprendía el nuevo sufrimiento que se avecinaba con ello.

El primer día hizo llamar a capítulo y exhortó a todos a invocar a santo Domingo, porque había prometido a sus frailes que si lo invocaban en la necesidad vendría en su ayuda. En el capítulo, dos hermanos estaban sentados juntos y uno le cuchicheó al otro en son de burla: «¡Mira tú, vaya tonto este prior que nos invita a dirigirnos a Dios en la necesidad! ¿Se imagina que Dios abrirá el cielo para dejar caer sobre nosotros bebida y comida?». El otro le respondió: «No es él el único tonto. Todos somos unos tontos por

haberlo escogido como prior, aunque antes ya sabíamos muy bien que no entiende nada de las cosas de este mundo y solo sabe mirar boquiabierto al cielo».Y así se siguieron muchas opiniones sarcásticas sobre él.A la mañana siguiente mandó cantar la misa de santo Domingo, para que cuidara de ellos. Mientras estaba en el coro sumergido en sus pensamientos, llegó el portero y le dijo que saliera [a recibir] a un rico canónigo que era especialmente amigo suyo. El canónigo le dijo: «Querido señor, no sois entendido en cosas de este mundo y he sido advertido esta noche interiormente por Dios para que os ayude en su lugar. Os traigo aquí para empezar veinte libras de Constanza. Confíad en Dios, no os ha de abandonar». Se alegró y, tomando el dinero, mandó comprar vino y grano.Y recibió la ayuda de Dios y de santo Domingo durante todo el tiempo en que fue prior, de modo que siempre hubo recursos. Pagó todo y no quedó ninguna deuda.

Cuando ese mismo canónigo del que se ha hecho mención estaba en su lecho de muerte, hizo muchas donaciones por la salvación de su alma a diversos lugares a los que quería agradecer. Después envió en busca del Servidor, que por entonces era prior, y le entregó no sé cuántos florines para que los repartiera, en otro lugar, entre los amigos de Dios pobres que habían agotado sus fuerzas en severas prácticas. Él no quería aceptarlos de buena gana, pues temía los sufrimientos subsiguientes, como así aconteció.Al final le convenció; los tomó y partió hacia aquella región y repartió el dinero tal como había prometido, por diversos lugares, allí donde confiaba en que sería de mayor utilidad para el alma [del donante]. E hizo esto contando con buenos testigos y rindiendo cuentas a sus superiores. A causa de este asunto tuvo que sufrir mucho.

Aquel canónigo tenía un hijo ilegítimo, un depravado que había disipado todo lo que este le había dado y que en su locura emprendió cosas que le fueron mal. Le habría gustado hacerse con todo aquel dinero y, como no podía, se puso en contra del Servidor y le envió un mensaje diciendo que había prestado juramento de matarlo donde lo encontrase. Nadie pudo calmar este inquietante odio por mucho que lo intentaron, solo quería matarlo. El pobre hombre permaneció atemorizado y angustiado durante mucho tiempo y no se atrevía a ir o venir de ningún lugar por miedo a ser asesinado por aquel loco.A menudo alzaba los ojos a Dios y le decía entre profundos suspiros: «¡Ah, Dios, qué triste muerte quieres depararme!». Su angustia era aún mayor porque poco antes, en otra ciudad, un venerable hermano había sido deplorablemente asesinado por motivos semejantes. El pobre fraile no encontraba a nadie que ante este sufrimiento quisiera u osara protegerlo de la violenta hostilidad de aquel salvaje. Entonces acudió a su supremo Señor, que le libró de él cortando de raíz su joven y robusta vida, y murió.

A este sufrimiento vino a unírsele también otro muy amargo. Había una comunidad a la que el canónigo había legado muchos bienes. Pero no les bastó, y con gran descontento arremetieron contra el Servidor porque no les había dado todo el dinero.Y por esta causa le persiguieron miserablemente y le llevaron ante [las autoridades] civiles y eclesiásticas. Lo difamaron y difundieron su culpa por todo el país, y fue deshonrado ante la gente por algo de lo que era inocente a los ojos de Dios.Y tan pronto como se

dejaba de hablar un tiempo sobre este lamentable asunto, lo sacaban de nuevo a la luz una y otra vez. Y así se arrastró el asunto durante años hasta que el pobre hombre estuvo bien cribado²³⁶.

Por esta misma época se le apareció en una visión el difunto canónigo ataviado con hermosas prendas de color verde plagadas de rosas rojas. Y le dijo que las cosas le habían ido bien en el otro mundo, y le rogó al Servidor que sufriera con paciencia la gran injusticia que se le hacía, pues Dios quería resarcirlo con creces de todo ello. Él le preguntó qué significaba aquel bello ropaje. Le respondió: «Las rosas rojas sobre el campo verde significan vuestros pacientes sufrimientos, con los que vos me habéis revestido, y por ello Dios quiere revestiros a vos eternamente de sí mismo»²³⁷.

Capítulo 44

Con cuánta firmeza debe combatir quien ha de obtener la recompensa espiritual

En sus primeros días como principiante²³⁸ el Servidor guardaba la intención de ser agradable de todo corazón a los ojos del amable Dios de una manera especial, pero sin sufrimiento ni esfuerzo. Sucedió una vez que salió con el propósito de predicar por la región. Y cuando llegó a una barca del común en el lago de Constanza, allí, entre los demás pasajeros, estaba sentado un magnífico doncel vestido con ropas cortesas. Fue a su encuentro y le preguntó quién era. Él respondió: «Soy uno que va a la aventura²³⁹ y reúno señores en fiestas cortesas, y allí justan, toman parte en los torneos y sirven a bellas mujeres. Y a aquel que mejor lo hace se le colma de honor y es recompensado». Él preguntó: «¿Cuál es la recompensa?». El joven le contestó: «La mujer más bella entre las presentes le pone un anillo de oro en la mano». Pero él siguió preguntando: «Dime, querido amigo, ¿qué es lo que hay que hacer para obtener el honor y el anillo?». Respondió: «El que soporta más golpes y acometidas sin desfallecer, comportándose con valentía y virilidad, el que manteniéndose firme deja que lluevan los golpes sobre él, ese recibe la recompensa». «Ah, dime –pregunto él aún–, si alguien se muestra valiente en el primer choque, ¿es ya suficiente?». Dijo [el doncel]: «No, ha de mantenerse firme durante todo el torneo, y aunque le golpearan hasta que le salieran chispas por los ojos y la sangre brotara a chorros por la boca y la nariz, habría de soportarlo para poder ganar la recompensa». De nuevo preguntó: «Ay, querido amigo, ¿le está permitido llorar o mostrar su aflicción mientras es tan duramente golpeado?». Respondió: «No, aunque su corazón se le paralizara en el cuerpo, como les sucede a muchos, no debe hacer nada que lo demuestre; ha de comportarse con alegría y arrojo, de lo contrario se burlarían de él y perdería el honor y el anillo».

El Servidor quedó interiormente muy afectado por esta conversación y, suspirando

desde el fondo de su corazón, dijo: «¡Ah, digno Señor, si los caballeros de este mundo han de soportar tales sufrimientos por recompensa tan nimia, que en sí misma es nada, cuán justo es pues, Dios mío, que se tengan que sufrir aún muchas más penas por la recompensa eterna! ¡Oh, tierno Señor, ojalá fuera digno de ser tu caballero espiritual! ¡Ay, hermosa, amable eterna Sabiduría, cuya gracia no tiene igual en toda la tierra, si mi alma pudiera obtener de ti un anillo, ah, estaría dispuesto a sufrir lo que quisieras!». Y dominado por la emoción, empezó a llorar.

Cuando llegó al lugar al que se dirigía, Dios le envió tantos sufrimientos, y tan grandes y manifiestos, que el pobre hombre casi desesperó de Dios y muchos ojos se llenaron de lágrimas de piedad por su causa. Entonces, olvidó toda audaz caballería y las promesas que en sus propósitos había hecho a Dios en relación con la caballería espiritual. Y estaba triste y enojado con Dios, [preguntándose] de qué le acusaba y por qué le enviaba tales sufrimientos. Al día siguiente, cuando amanecía, se hizo silencio en su alma y, dejados atrás los sentidos, algo en su interior habló así: «¿Dónde está ahora la distinguida caballería? ¿Qué es este caballero de paja, este hombre de trapo? Temeridad en las alegrías y desánimo en las penas: no es así como se gana el anillo eterno que deseas». Él contestó diciendo: «Oh, Señor, los torneos que hay que padecer por ti duran ya demasiado». Se le respondió de vuelta: «Pero también la gloria, el honor y el anillo de los caballeros que yo premio son constantes y eternos». Entonces el Servidor, sacudido en su interior, respondió con gran humildad: «Señor, estaba equivocado, permíteme tan solo llorar mis penas cuando mi corazón desborda». Dijo él: «¡Ay de ti! ¿Quieres llorar como una mujer? ¡Te deshonoras a ti mismo ante la corte celeste! Seca tus ojos y muéstrate alegre, para que ni Dios ni los hombres noten que has llorado a causa de tus sufrimientos». Entonces empezó a reír y mientras las lágrimas le caían aún por las mejillas, le prometió a Dios que no volvería a llorar para así obtener de él el anillo espiritual²⁴⁰.

En una ocasión en que el Servidor estaba en Colonia predicando con gran fervor, una mujer que comenzaba, habiéndose convertido a Dios hacía poco, se sentó a escuchar el sermón. Entonces miró con atención al hombre que sufría y vio con sus ojos interiores que su rostro empezaba a transformarse en una maravillosa claridad. Tres veces se hizo tan resplandeciente como el sol en su máximo esplendor, y su rostro era tan límpido que ella pudo verse a sí misma en él. Y esta visión la reconfortó mucho en sus sufrimientos y la confirmó en su santa vida²⁴¹.

Capítulo 45

Del amable nombre de Jesús

El Servidor de la eterna Sabiduría partió un día desde el Oberland hacia Aquisgrán a

[visitar] a Nuestra Señora²⁴². Y cuando hubo regresado, Nuestra Señora se le apareció a una persona muy santa y le dijo así: «Mira, ha venido el Servidor de mi Hijo y ha llevado con gran celo su dulce nombre, Jesús, por todas partes, tal como lo hicieron un día sus discípulos; y al igual que estos deseaban dar a conocer ese nombre a todos los hombres mediante la fe, también él ha puesto todo su empeño en volver a encender en todos los corazones fríos el mismo nombre, Jesús, con renovado amor. Por ello, habrá de recibir con ellos, después de su muerte, eterna recompensa». Después, la santa mujer, mirando a Nuestra Señora, vio que tenía en la mano una hermosa vela. Ardía tan bellamente que alumbraba el mundo entero, y alrededor de la vela estaba escrito el nombre: JESÚS. Entonces Nuestra Señora habló así a la mujer: «Mira, esta vela encendida significa el nombre de Jesús, pues él ilumina verdaderamente todos los corazones que acogen su nombre con devoción, lo honran y lo llevan consigo ardiendo en deseo. Y mi Hijo ha escogido a su Servidor para que, a través de él, su nombre se encienda con el deseo en muchos corazones y sean conducidos a la eterna bienaventuranza».

Cuando la mencionada hija espiritual²⁴³ advirtió, de múltiples maneras, que su padre espiritual tenía tan grande devoción y tan firme fe en el amable nombre de Jesús que lo llevaba sobre su corazón, concibió un amor especial por ese nombre y con gran devoción bordó este mismo nombre de Jesús con seda roja bajo esta forma: IHC, sobre un pequeño trozo de tela que ella misma quería llevar consigo en secreto. E hizo de este mismo nombre incontables nombres iguales y logró que el Servidor pusiese todos estos nombres sobre su corazón desnudo y ella los envió con la bendición divina a diversos lugares a sus hijos e hijas espirituales. Y le fue revelado por Dios que quien llevara consigo el nombre y rezara en su honor diariamente un padrenuestro, Dios le trataría con bondad y le acordaría su gracia el día de su último viaje²⁴⁴.

Con tales severas prácticas y con las divinas imágenes de Jesucristo y de su querido amigo fue formada esta santa hija en sus comienzos²⁴⁵.

Capítulo 46

El buen discernimiento entre el verdadero y el falso entendimiento en ciertas personas

*Sicut aquila provocans ad volandum pullos suos etc.*²⁴⁶

Después de que esta santa hija, a través de las buenas enseñanzas de su padre espiritual, alcanzara todos los elementos de una santidad rica en imágenes propia del hombre exterior –como la cera reblandecida al fuego es capaz de recibir la forma del sello²⁴⁷– y después de haber llevado metódicamente y por largo tiempo una vida

especular [a imagen de la] de Cristo²⁴⁸, que es el camino más seguro, su padre espiritual le escribió lo siguiente:

Feliz hija, ya es hora de que vayas más allá y de que alces el vuelo fuera del nido de las imágenes consoladoras propias del que comienza. Haz como un joven aguilucho ya maduro: elévate desplegando tus alas ya crecidas –quiero decir, las potencias superiores de tu alma– a las alturas de la nobleza contemplativa de una vida bienaventurada y perfecta.

¿No sabes que Cristo les dijo a sus discípulos, que estaban demasiado apegados a la imagen de su presencia: «Os conviene que yo me vaya, si habéis de recibir el Espíritu»? ²⁴⁹ Tus anteriores prácticas han sido una buena preparación para avanzar a través del desierto de una vida carnal de ignorancia hacia la tierra prometida de un corazón puro y tranquilo, en la que la beatitud comienza aquí abajo y permanece eternamente en el otro mundo. Y para que te sea más familiar este alto camino espiritual quiero iluminarte con la luz del buen discernimiento, a fin de que habiendo comprendido bien cómo discernir no puedas extraviarte por muy alto que vuelas con tus pensamientos. Presta pues atención:

Se pueden encontrar dos tipos de personas entre aquellas que parecen buenas: unas, las que llevan un modo de vida razonable y otras, las que lo llevan no razonable. Las primeras son las que dirigen su intelecto de manera que todo su entender, hacer u omitir sea conforme a la verdadera discreción según el pensar de la santa cristiandad, para alabanza de Dios y tranquila paz de los demás. Estas velan atentas sus palabras y sus actos para que los demás no encuentren en ellos motivo de escándalo, salvo que, como sucede a menudo, alguno se escandalice a causa de su propia naturaleza pecadora. La naturaleza y la definición misma de la inteligencia acreditan esta conducta prudente y este modo de vida virtuoso. Y es este un intelecto loable y deiforme, pues resplandece en sí mismo en su verdad oculta, como hace el cielo en sus brillantes estrellas. Pero las personas que parecen buenas conduciéndose de modo no razonable son aquellas que apuntan hacia su propia imagen, con su naturaleza inquebrantada, y examinan las cosas contemplándolas solo con su intelecto, para poder hablar con presunción ante los ignorantes, sin prestar atención al escándalo que pueden suscitar con sus actos y sus palabras. La luz de su intelecto irradia hacia el exterior y no hacia el interior. Como un tronco podrido que en la noche parece algo y, sin embargo, no es nada, así también la luz interior de estas personas y su comportamiento exterior se revelan en todo desemejantes a aquello a lo que deberían asemejarse.

Se reconoce bastante bien a estas personas por las máximas libres y despreocupadas que profesan²⁵⁰; tomemos una sola de estas máximas, por la que se pueden apreciar todas las otras. Una de ellas dice en un escrito: «El justo no ha de temer ningún obstáculo»²⁵¹. Esta máxima y otras semejantes parecen buenas a ojos de ciertas personas poco lúcidas, pero no son loables para las que ven claro y comprenden bien lo

que contienen. Y esto se ve precisamente en la máxima anterior, que dice que el justo no ha de evitar ningún obstáculo. ¿Qué es el justo o qué es el obstáculo? El justo, según la acepción común de esta palabra, es una persona justa de acuerdo con su naturaleza creada: pues «justo» no existe en sí, tiene que referirse a algo, en este caso a la persona justa. Y ¿qué es obstáculo? Es el pecado que separa al hombre de Dios. Así pues, ¿un hombre justo no ha de evitar ni temer ningún obstáculo, es decir, ningún pecado? Esto es puramente falso y contrario a toda razón. Bien es verdad que en tanto que el hombre justo y todas las cosas, desde el punto de vista de su ser eterno y no devenido en el intelecto supraesencial de Dios, son una sola y misma cosa sin distinción formal, desde este punto de vista, podría admitirse la proposición. Pero ahí, en ese fondo simple y supraesencial, el hombre justo no es el hombre corporal, pues no hay ninguna corporeidad en la Deidad, ni tampoco ningún obstáculo. Pero aquí abajo, cada cual experimenta que, fuera de ese mismo fondo, él es tal o cual persona, pues aquí es mortal y allí no; y que aquí en su existencia falible necesita evitar todo obstáculo perjudicial. Si yo quisiera ahora reducirme a nada en mi entendimiento y nada saber de mí mismo según ese modo²⁵², y quisiera llevar a cabo todas mis obras corporales sin distinción alguna entre yo mismo y Dios, como si las llevara a cabo el ser increado, eso sería una falta por encima de todas las faltas.

Y así puede comprobarse que tales máximas en realidad no contienen en su interior una razón recta. Con ello no ha de entenderse que hay que rechazar las enseñanzas espirituales o las sentencias o escritos intelectualmente bien meditados que pulen la rudeza de las personas y las conducen de forma ordenada a la verdad intelectual, aun si no son muchos los que las comprenden²⁵³. Pues es bien sabido que a la burda ceguera y a la animalidad ignorante nadie les puede hablar con suficiente exactitud.

La hija dijo: ¡Dios sea alabado por el buen discernimiento! Ahora me gustaría oír hablar de la distinción entre una inteligencia justa y una inteligencia presuntuosa, y entre el falso y el verdadero abandono.

El Servidor respondió:

Capítulo 47

Distinción entre la inteligencia ordenada y la presuntuosa

Tras las primeras luchas, habidas para someter la carne y la sangre, el ser humano llega a un torbellino profundo en el que muchos se hunden. Es la inteligencia presuntuosa. ¿Cómo hay que entender esto? Llamo inteligencia presuntuosa a lo

siguiente: una vez que el ser humano se ha librado de la rudeza del pecado y se ha deshecho de las imágenes adheridas y alza el vuelo libremente más allá del tiempo y del espacio, donde aún estaba encerrado sin poder hacer uso de su nobleza natural, el ojo del intelecto empieza a abrirse, y la persona aspira a un goce distinto y superior que consiste en el conocimiento de la verdad, en el goce de la divina beatitud, en la contemplación del presente «ahora» de la eternidad y cosas semejantes, y cuando la inteligencia creada empieza a comprender en parte la inteligencia eterna e increada en sí misma y en todas las cosas, al ser humano le sale al encuentro entonces un no sé qué de asombroso, viéndose a sí mismo en primer lugar, sabiendo lo que era antes y lo que es ahora. Descubre que antes era un pobre indigente vacío de Dios, completamente ciego, y Dios estaba lejos. Pero ahora le parece que está lleno de Dios y que no hay nada que no sea Dios, más aún: Dios y todas las cosas son un único uno. Entonces, comprendiendo las cosas precipitadamente y de forma prematura, su espíritu se espuma como un mosto en fermentación que aún no ha reposado. Se precipita sobre lo que comprende o sobre aquello que le es expuesto sin discernimiento por alguien semejante a él, escuchando solo a este y a nadie más y queriendo interpretar todas las cosas de acuerdo con su propio parecer; [pero] las cosas consideradas en su propia naturaleza se le escapan, se trate del infierno o del cielo, de demonios o de ángeles. <Gentes así desprecian incluso la humanidad sufriente de Cristo.²⁵⁴> Por doquier no perciben sino a Dios, pues aún no han comprendido el fondo de las cosas con discernimiento, según su permanencia o transitoriedad. A estas gentes les pasa como a las abejas que hacen miel: cuando les llega el tiempo en que empiezan a zumbiar fuera de sus colmenas, vuelan errantes de acá para allá sin saber adónde; algunas se extravían en el vuelo y se pierden; pero otras encuentran su orden y regresan. Así también les sucede a estas personas: cuando con su inestable intelecto contemplan a Dios como todo en todo, quieren según su imperfecto intelecto dejar esto o aquello²⁵⁵, pero no saben cómo. Es cierto que hay que dejarlo todo para marchar bien; pero ellos no entienden aún cómo debe realizarse este despojamiento, abandonan inapropiadamente esto o aquello, consideran que ellos y todas las cosas son Dios y obran en consecuencia sin discernimiento. Esta imperfección proviene, sea de una simplicidad ignorante, sea de una ilusión aún no desvanecida. Más de uno cree haberlo comprendido todo desde el momento en que ha logrado salir de sí mismo y abandonarse; pero no es así, pues no ha hecho más que deslizarse a través de los primeros fosos de una fortaleza inexpugnada, saltando el muro que le sirve ahora de abrigo para esconderse secretamente, y no puede aún dejarse por completo según un orden más profundo de su espíritu que culmine en una verdadera pobreza en la que todo objeto extraño de alguna forma desaparece y en la que la Deidad, eterna y simple, responde ella misma en la quietud sin obstáculo del ser humano²⁵⁶; tal como se explicará aquí después con buen discernimiento²⁵⁷.

Mira, este es el punto en el que algunas personas quedan suspendidas misteriosamente

durante años, sin poder entrar ni salir. Pero a ti he de mostrarte el camino del discernimiento, para que tú no puedas extraviarte.

Capítulo 48

El buen discernimiento y el verdadero y el falso abandono

Hay que saber que se pueden encontrar tres tipos de muerte²⁵⁸. La primera es una aniquilación total, es decir, cuando una cosa se retira en sí misma y desaparece hasta el punto de que ya no es nada, como se retira una sombra y se hace nada. No es así como se retira nuestro espíritu al partir, ese espíritu al que llamamos alma intelectual. A causa de la nobleza intelectual de sus potencias deiformes, el alma permanece eternamente, pues Dios es intelecto supraesencial a cuya imagen ella ha sido formada inteligente. Y por ello es imposible que se convierta en nada, como hace el cuerpo mortal cuando regresa a la nada.

La segunda muerte es llamada un semianiquilamiento, pues requiere su tiempo y su hora, como les sucede a quienes son arrebatados en la contemplación de la Deidad desnuda, como Pablo²⁵⁹, o también sin esto, cuando una persona muere a sí misma y en un modo despojado de toda imagen sucumbe por completo²⁶⁰. Pero este estado no es permanente. Cuando Pablo volvió en sí, encontró al mismo Pablo, un hombre como siempre antes.

Se habla de muerte en préstamo cuando, renunciando a su libre voluntad, el ser humano se abandona a Dios en todo instante, allí donde se encuentra, como si nada supiera de sí mismo y solo Dios fuera el señor. Y este aniquilamiento no puede ser del todo permanente mientras el cuerpo y el alma están unidos. Pues cuando el ser humano se ha abandonado y cree que se ha dejado atrás en Dios según su propio ser para no retornar a sí mismo nunca más, de pronto, en un abrir y cerrar de ojos, él y su pícara [naturaleza] están de regreso. Vuelve a ser el que era antes y ha de abandonarse una y otra vez. Quien quisiera obrar según este frágil abandono se equivocaría absolutamente. Bien es verdad que cuanto más extraño se hace el ser humano a sí mismo y cuanto más llega a ser absorbido en el aniquilamiento, tanto más se establece en la justa verdad.

Además, es necesario saber que se pueden encontrar dos tipos de abandono: uno se llama el abandono antecedente, el otro el abandono subsiguiente. Y esto lo puedes percibir bien con un ejemplo: un ladrón siente el impulso de robar a causa de la maldad de su naturaleza; contra este impulso habla su prudencia: «No debes hacerlo, está mal». Si el ladrón se negase a sí mismo y obedeciera a su prudencia, se trataría de un abandono antecedente, el más noble, porque permanecería en su inocencia. Pero si no quiere negarse a sí mismo en este asunto, sino que quiere satisfacer su maldad, y después es

hecho prisionero y ve que lo van a colgar, viene entonces el abandono subsiguiente, que hace que vaya a la muerte con resignación, puesto que no puede ser de otra manera. Este abandono también es bueno y aporta la salvación, pero el anterior era incomparablemente más noble y mejor.

He aquí por qué no se debe correr el riesgo de abandonarse a la falta, como pretenden algunas personas necias diciendo que hay que chapotear en todos los pecados si se quiere alcanzar el perfecto abandono. Esto es falso, pues es un necio quien se arroja deliberadamente a una charca sucia para ser después más bello. Por ello, los amigos de Dios más piadosos se esfuerzan interiormente por abandonarse a fondo y permanecer firmes en el abandono antecedente sin retractarse, en la medida en que la fragilidad humana lo permite, y cuando no es así, se arrepienten. Aventajan sin duda a los demás en que ellos pueden desembarazarse del obstáculo²⁶¹ más fácilmente, pues del propio arrepentimiento brota un abandono subsiguiente que rápidamente restituye a las personas a su lugar; y esto sucede cuando el ser humano se siente humano y soporta [su condición] en alabanza de Dios. Y a veces este abandono subsiguiente es útil para el conocimiento de uno mismo, entonces el arrepentimiento desaparece en tanto que arrepentimiento y se renace simplemente a aquello que se era, tornado a ser como antes.

Pero si sucediera que alguien todavía imperfecto quisiera en esto salir de apuros furtivamente diciéndose a sí mismo: «Que el hombre se retroceda de forma accidental y cometa alguna falta exteriormente, ¿en qué puede esto perjudicarle si su esencia permanece la misma, sin haber retrocedido del todo?». A esto respondo que este no se entiende a sí mismo y no sabe lo que dice. Todos los maestros eruditos lo saben, en la medida en que entienden lo que significa la palabra accidente. Se llama accidente a lo que puede ser añadido o restado al ser sustancial sin alterar su sustancia, como el color a una tabla de madera²⁶². Pero este no es el caso aquí, pues el cuerpo y el alma, que en su ignorancia ellos llaman accidentes, son dos partes esenciales que confieren al ser humano su esencia y que no se encuentran en él de manera accidental. Por ello cualquier persona tiene la facultad, por muy bien que entienda cómo abandonarse y retomarse, de practicar la virtud y de cometer pecado. Pues el anonadamiento espiritual, la muerte de uno mismo en la simple Deidad, y toda la nobleza y la perfección, no han de ser comprendidos como una transformación de su propia naturaleza creada, de modo que aquello que él mismo es sea Dios –solo que el ser humano no puede reconocerlo a causa de su rudeza–, o que llegue a ser Dios y su propia esencia se haga nada²⁶³. Se trata más bien de un dejamiento y olvido de sí mismo en modo contemplativo. Y así, en el rapto el espíritu se retira ordenadamente y solo aquí le sucede lo apropiado, pues Dios ha devenido todas las cosas para él y todas las cosas han devenido para él de alguna forma Dios. Pues todas las cosas le responden según el modo en el que son en Dios y, sin embargo, cada cosa permanece en lo que ella es en su esencia natural. Esto es lo que no puede o no quiere admitir una ignorante ceguera o un entendimiento no ejercitado según el verdadero discernimiento, en razón de su confusa manera de percibir.

A partir de este correcto discernimiento puedes ahora continuar adelante en el aprendizaje de las sentencias espirituales y de las enseñanzas que apartan a la persona de su rudeza y la conducen a su suprema beatitud.

Capítulo 49

Una introducción razonable del ser exterior en su interioridad

Lleva una vida interior y no te disipes ni en palabras ni en actos.

Sé simplemente fiel a la verdad y, en todo lo que suceda, no te ayudes a ti mismo, pues a quien se ayuda demasiado a sí mismo la verdad no le ayudará.

Cuando te encuentres entre la gente, deja estar todas las cosas que ves u oyes y atente solo a aquel que se te ha revelado.

Vela para que, en tus actos, tu razón tenga el primer lugar, pues todo mal proviene de que el impulso sensible es demasiado rápido.

No hay que buscar el gozo según los sentidos, hay que buscarlo según la verdad.

Dios no nos quiere privar del gozo, quiere darnos el gozo en su totalidad.

En el más intenso abajamiento está la más alta elevación.

Quien quiere hallarse en lo más interior debe deshacerse de toda multiplicidad, pues ha de instalarse en la renuncia de todo aquello que no sea unidad.

Donde la naturaleza opera según la sensualidad, allí hay labor, sufrimiento y razón obnubilada.

¿Qué gozo hay mayor que encontrar [en mí] el uno y el todo que he de ser?

El ser humano se ha de mantener en la ausencia de imágenes y de ataduras, en ello reside el mayor gozo.

¿Cuáles son las prácticas de un ser bien abandonado? Consisten en un dejar de ser²⁶⁴.

Cuando se ama una imagen o una persona, el accidente ama el accidente: no es lo correcto. Debo, sin embargo, soportarlo mientras dura. Dentro hay en ello un no sé qué de simple donde se ama algo más que la presencia de la imagen; ahí el ser humano y todas las cosas son uno, y esto es Dios.

El que renuncia al ansioso impulso de los sentidos ha de hacerlo a través de la abnegación de sí mismo; si no, se refuerzan los sentidos.

Lleva interiormente la alegría y la aflicción, pues una persona que sufre en su interior progresa más en un año que la que se entrega al exterior en tres.

Si quieres ser útil a todas las criaturas, da entonces la espalda a todas las criaturas.

Si alguien no puede comprender las cosas, que pare, las cosas le comprenderán a él.

Vela para que no se produzca ningún impulso exterior que sea disímil al modelo²⁶⁵.

Hay que vigilar las inclinaciones que se ofrecen en todas las cosas como instrumentos en contra de la simple verdad.

Si no quieres sufrirte en la simplicidad, te sufrirás en la multiplicidad.

Vive como si no hubiera otra criatura sobre la tierra más que tú. Di: «Lo que tú eres para mí, no puedo serlo yo para ti». La naturaleza ama a la naturaleza y piensa solo en sí misma.

La naturaleza de algunas personas es demasiado indómita, y en ellas el ser exterior permanece en el exterior.

El poder de abstenerse [de las cosas] da a la persona más poder que poseer las cosas.

Un desorden trae los otros.

Vela para que tu naturaleza esté descargada y el ser exterior sea conforme al ser interior.

Presta atención a tu ser interior: de él dependen la vida exterior y la vida interior.

Es propio del más alto abandono mantener en todo momento a la naturaleza

embridada.

Un hombre ha de estar siempre atento a sí mismo, para que su naturaleza no se le extravíe.

Te quejas de ser aún demasiado activo, falto de abandono e impaciente; pero no desesperes: cuanto más cerca, mejor.

El amor efímero es raíz de todo vicio y forma de ocultamiento de toda verdad.

El crepúsculo de los sentidos es el alba de la verdad.

Cuando las potencias se desactivan y los elementos se purifican, las potencias están de alguna forma como en su sentido eterno, al que han tendido siempre con todas sus fuerzas. Todas las potencias tienen un sentido y una obra: satisfacer a la verdad eterna.

Nada hay gozoso que no sea conforme al fondo más íntimo de la naturaleza divina.

Existen algunas personas que han recibido un toque interior, pero no lo han seguido; su interior y su exterior están lejos el uno del otro, y esto hace daño a muchos.

Tal es ahora la riqueza de la naturaleza: cuanto más exteriorizada, más lejos; cuanto más interiorizada, más próxima.

Aquel que ha alcanzado su riqueza [interior] ejecuta tanto mejor todas las obras sensibles.

Aquel que orienta la naturaleza, mientras se mantenga pura, conforme a la verdad, se conducirá de modo que realizará mejor las cosas exteriores. De lo contrario, se perderá en el tiempo y no podrá realizar correctamente ninguna cosa.

Pureza, inteligencia y virtud enriquecen la naturaleza. Pero en la opresión sucede a veces que las personas se rebajan ante toda criatura. Cuando esto se produce adecuadamente, se es conducido más cerca [de la meta].

¿Qué es lo que empuja a la gente en pos de malas acciones? Es la búsqueda de satisfacción; pero esta no se encuentra más que en el abandono, no en las malas acciones.

Si ciertas personas caen tan a menudo en una congoja culpable se debe a que no se observan en todo momento a sí mismas con más atención, para así guardarse puntillosamente de cosas reprensibles.

Para los amigos de Dios, no obtener victoria es haber ganado.

Permanece en ti mismo; ocuparse de otras cosas parece una necesidad, pero es un pretexto.

Es malo empezar muchas cosas y no acabar ninguna. Hay que mantenerse firme hasta saber si es [cosa de] Dios o [de] la naturaleza.

Vela para que la naturaleza lleve a cabo sus obras según su propio fondo, sin causa.

Una persona verdaderamente abandonada debe cuidarse de estas cuatro cosas: I. Debe tener una conducta tan íntegra que las cosas fluyan de ella sin ella²⁶⁶. II. Íntegra y sosegada en sus sentidos, no ha de ir maquinando de acá para allá, pues esto atrae muchas imágenes y supone una divagación ociosa para los sentidos interiores. III. No apegarse; ha de estar atenta a que nada entremezclado se interponga. IV. No buscar querella, sino ser amable con aquellos por medio de los que Dios quiere probarla.

Permanece bien firme en ti mismo, hasta que seas sacado de ti sin ti.

Observa si la intimidad con gente de bien procede del agasajo o de la simplicidad; la primera cosa está de más.

No te ofrezcas demasiado a nadie: ofrecerse demasiado a veces es lo que menos gusta. Lo que te conviene es una actitud humilde y reservada. Cuando se actúa en contra de la propia esencia, eso no es adecuado para uno.

Bienaventurado aquel que no se prodiga en obras ni en palabras; cuantas más obras y palabras, más [abunda] lo accidental.

Permanece en ti mismo y muéstrate semejante a la nada. De otro modo, sufrirás.

Algunas personas obran según sus sentimientos en la salud y en el dolor, pero no es a sí propio a quien hay que tomar en consideración en esto.

En el crepúsculo todo llega a su cumplimiento. Cuando Cristo dijo: *In manus tuas*²⁶⁷,

le siguió de inmediato: *Consummatum est*²⁶⁸.

Dios y el diablo están en el ser humano. Quien quiere conducirse a sí mismo o renunciar a sí mismo constata la diferencia.

Aquel que en todo tiempo quisiera tener quietud ha de guardarse también de esto tanto como de las otras cosas.

Cuando la interioridad es mantenida hasta en la exterioridad, es una interioridad más interior que cuando la interioridad es mantenida en la sola interioridad.

Es bueno que el ser humano no se conduzca a sí mismo en nada; y obra rectamente aquel en quien las cosas se corresponden con la imagen a un nivel superior.

Hay mucha más gente razonable que simple. Se llaman razonables aquellos sobre los que gobierna la razón; pero el simple, a causa de su quietud, suprime la multiplicidad de las cosas tomadas en sí propio²⁶⁹ y no tiene pues la misma visión [que aquellos], pues la simplicidad en cierto modo ha devenido su esencia y es un instrumento [de Dios] y un niño.

Quien quiere tener todas las cosas ha de devenir nada en sí mismo y en todas las cosas.

¡Ah! ¡Feliz el hombre que permanece estable frente a la multiplicidad! ¡Cuántas entradas secretas experimenta!²⁷⁰

La buena opinión [sobre uno mismo] impide a menudo la verdadera unión [divina].

El ojo no debe mirar hacia fuera sino para expulsar las imágenes.

Hay que aceptar tan gustosamente la parte de Adán como la que nos trae la bienaventuranza.

Un ser abandonado no fragua en su interior ninguna infelicidad.

Que el hombre aún se queje y sufra procede totalmente del pecado; hay que expulsarlo.

Quienes se conducen con falsa libertad apuntan solo hacia su propia imagen.

Querer verse libre de una carga justa es la libertad más peligrosa que pueda haber.

Un ser abandonado ha de desprenderse de su imagen de criatura, conformar su imagen a Cristo y transformarla en la Deidad²⁷¹.

Para quien se establece en Cristo, todo está en su lugar.

Cuando el ser humano se ha hecho humano en Cristo y se ha anulado a sí mismo, ha hecho lo justo.

Cuando alguien quiere llegar a la verdad a través de un recogimiento interior, se aclara en su interior de qué manera escapa a sí mismo y percibe aún en él la misma criatura de la que se había despedido. Se sufre entonces a sí mismo, pues percibe que aún no ha sucumbido. Ese sufrirse le hace ahora volverse simple. El escapar engendra fatiga; en la aversión esto se disipa²⁷².

¿Cuál es el objetivo de una persona verdaderamente abandonada? Despojarse de sí misma, y, con ella, desaparecen en ella todas las cosas.

¿Cuál es el obstáculo menor? Un pensamiento. ¿Cuál es el mayor obstáculo? Que el alma permanezca bajo el dominio de su propia voluntad.

Una persona abandonada no debe pasar una sola hora sin atención.

Una persona abandonada no ha de estar constantemente mirando a ver qué necesita sino mirando a ver de qué podría prescindir.

Cuando una persona abandonada quiere alcanzar la verdad, debe: I. Ocuparse de hacer irrumpir en su interior sus sentidos, pues Dios es espíritu. II. Ha de observar si se ha puesto algún obstáculo. III. Si se conduce dejando alguna iniciativa al sí propio. IV. Y ha de percibir entonces en la luz la presencia en ella del Ser divino y que ella misma es solo un instrumento.

Cuanto más se aparta uno de sí mismo y de todas las cosas creadas, tanto más se une a Dios y es bienaventurado.

¿Quieres ser una persona abandonada? Aplícate, esté Dios contigo por él mismo o a través de sus criaturas, en la alegría o en la aflicción, a permanecer siempre igual en una [constante] salida de ti propio.

Cierra tus sentidos a todas las formas presentes.

Libérate de todo lo que escoge el entendimiento que concierne a lo exterior, atrapa tu voluntad y causa placer a la memoria.

En nada permanezcas que no sea Dios.

Si, estando tú allí, alguien comete una falta o injusticia, no participes ni lo apruebes.

Quien habita en todo momento dentro de sí adquiere abundante poder.

Una persona abandonada, al disfrutar de la naturaleza, debe contentarse con lo necesario, llevando a cabo obras puras que le otorguen una libre aversión.

Según el ser humano tenga un mayor o menor abandono, se verá más o menos perturbado por las cosas atrayentes. Así le sucedió a una persona a medias abandonada: estando demasiado apegada a sí misma con respecto a sus sentimientos, le fue dicho [interiormente]: «Deberías estar tan ocupado en mí y tan desatento a ti mismo que, sabiéndome contento, no habría de inquietarte el cómo te va a ti».

Cuando una persona abandonada, recogiendo sus sentidos, se repliega en su morada interior²⁷³, cuanto menor es el apoyo interior que encuentra, más sufre desde dentro y más rápidamente muere; tanto más presto habrá traspasado la meta.

Dejar vagar lejos los sentidos arrebató a la persona su interioridad. Vigila no ocuparte de cosas que te llevan hacia fuera. Cuando las cosas te buscan, no te dejes encontrar. Entra velozmente en ti mismo.

La vida natural se manifiesta en movimiento y sensualidad; quien renuncia a sí mismo y se deja, empieza, en la quietud, la vida sobrenatural.

Algunas personas se elevan sin obstáculo, pero no tienen durable permanencia.

Establécete en un desnudo abandono, pues un deseo desmedido, si es demasiado grande, podría convertirse aquí en un oculto impedimento.

Una persona abandonada debería embridar todas las potencias de su alma de tal modo que, si mirase en sí misma, fuera el Todo lo que se revelara.

Una persona abandonada permanece tan ociosa con relación a sí misma como si no supiera nada de sí misma; pues, por el hecho de que Dios está en ella, todas las cosas están gloriosamente ordenadas en ella.

Vela también sobre tu ser exterior para que, con la sujeción de todos los placeres sensuales, se una al ser interior.

Una conversión abandonada es a menudo más agradable a Dios que una perseverancia autocomplaciente.

Recoge tu alma de los sentidos exteriores cuando se ha dispersado en la multiplicidad de las cosas exteriores.

Entra de nuevo en ti, regresa una y otra vez a tu unidad interior y goza de Dios.

Persevera firmemente y no te des por satisfecho hasta que alcances en el tiempo el presente «ahora» de la eternidad, en la medida en que ello es posible a la fragilidad humana.

Capítulo 50

De las elevadas preguntas que la bien ejercitada hija hizo a su padre espiritual

Tras esta razonable introducción del ser exterior en el interior, se suscitaron en el espíritu de la hija elevados pensamientos y pidió si podía atreverse a preguntar aún acerca de estas elevadas cuestiones. Él dijo: «Sí, puesto que has sido entrenada metódicamente a través de los medios apropiados, le está ahora permitido a tu entendimiento espiritual preguntar por cosas elevadas. Pregunta lo que quieras». La hija dijo: «Dime qué es Dios, dónde está Dios y cómo es Dios. Es decir, cómo puede ser simple y sin embargo trino».

Él respondió: «Sabe Dios que estas son preguntas elevadas. Respecto a la primera pregunta, ¿qué es Dios?, has de saber que todos los maestros jamás habidos no han logrado dar una respuesta, pues está por encima de todos los sentidos y del intelecto. Y sin embargo, alguien diligente, que busque con aplicación, puede obtener cierto conocimiento de Dios aunque de un modo remoto. Y en esto consiste la suprema beatitud del ser humano. De este modo lo buscaron algunos virtuosos maestros paganos, especialmente el sabio Aristóteles, que scrutó el curso de la naturaleza para saber quién

era su Señor. Buscó con fervor y halló. Dedujo del curso ordenado de la naturaleza que necesariamente debía de haber un único Príncipe y Señor de todas las criaturas, y a esto llamamos nosotros Dios²⁷⁴.

»De este Dios y Señor nosotros tenemos conocimiento suficiente [para decir] que es un ser sustancial y que es eterno, sin antes ni después, simple, inmutable, un espíritu incorpóreo, esencial, cuyo ser es vida y operación²⁷⁵, cuya inteligencia subsistente conoce todas las cosas en y por sí mismas²⁷⁶, cuya esencia es insondable deleite y alegría en sí misma, y que es, para sí mismo y para todos cuantos han de gozar de él en la visión, beatitud sobrenatural, inefable y generadora de delicias».

La hija alzó los ojos y dijo: «¡Ay, cuánto bien hace escuchar esto!, pues estas cosas tocan el corazón, elevan el espíritu *sursum*, muy por encima de sí mismo. Decidme pues, padre querido, más cosas sobre ello».

Él dijo: «Fíjate, el ser divino del que hablamos es una sustancia intelectual tal que el ojo mortal no puede verla en sí misma²⁷⁷; pero se la puede ver bien en sus obras, de la misma manera que se puede reconocer la huella de un buen maestro en sus obras, pues, como dijo Pablo: “Las criaturas son como un espejo en el que Dios se refleja”²⁷⁸. Y este modo de conocer se llama especular²⁷⁹.

»¡Ahora, detengámonos un momento aquí y especulemos [sobre] el sublime y digno Maestro en sus obras! Observa por encima de ti y a tu alrededor, en dirección a las cuatro extremidades del mundo, cuán vasto, cuán alto es el hermoso cielo en su curso veloz y con cuánta nobleza su Maestro lo ha ornado con los siete planetas²⁸⁰, cada uno de los cuales, a excepción de la Luna, es mucho mayor que toda la Tierra; y [observa] cómo es ensalzado por la incontable multitud de las brillantes estrellas. ¡Ah, cuando el bello sol sin nubes resplandece en verano, cuántos frutos y cuánto bien aporta a la tierra! ¡Cómo reverdecen bellamente los prados, cómo brotan y crecen las hojas y la hierba, cómo ríen las hermosas flores, cómo resuena en el bosque, en la campiña y la pradera, el dulce canto del ruiseñor y de las avecillas! ¡Y todos los animales que se habían refugiado de la crudeza del invierno salen afuera, se regocijan y se acoplan!, ¡y entre los humanos, jóvenes y viejos se muestran alegres de una alegría deliciosa! ¡Ah, tierno Dios, si eres tan amable en tus criaturas, oh, cuán bello y digno de amor has de ser entonces en ti mismo!

»Observa más allá, te lo ruego. Contempla los cuatro elementos: tierra, agua, aire y fuego, y todas las maravillas que se contienen en la enorme diversidad de seres humanos, animales, aves, peces y maravillas del mar. Cuanto hay en ellos exclama a una sola voz: ¡alabanza y honor a la insondable y maravillosa inmensidad que hay en ti! Señor, ¿quién conserva todo esto?, ¿quién alimenta todo esto? Tú provees a todos, a cada uno según su naturaleza, grandes o pequeños, ricos o pobres. ¡Tú, Dios, lo haces! ¡Tú, Dios, eres verdaderamente Dios!

»Y ahora, feliz hija, has encontrado a tu Dios, al que tu corazón ha buscado por largo tiempo. Mira ahora a lo alto con ojos espejeantes, rostro sonriente y corazón exultante. Míralo y abrázalo con los brazos infinitos de tu alma y de tu espíritu, y da gracias y

alabanzas al noble Príncipe de todas las criaturas. Mira cómo de este especular brota en la persona sensible un júbilo cordial. Pues el júbilo es una alegría que la lengua no puede poner en palabras y que, sin embargo, inunda poderosamente el corazón y el alma²⁸¹.

»¡Ah, fíjate! Me doy cuenta ahora de que, me guste o no, la boca cerrada de mi alma se ha abierto para ti y ha de contarte aún para alabanza de Dios uno de mis íntimos secretos que nunca he revelado a nadie. Mira: conocí a un predicador²⁸² a quien, estando en sus comienzos, durante unos buenos diez años, le fue otorgada por Dios, todos los días dos veces, por la mañana y por la tarde, la misma gracia interior, que duraba aproximadamente el tiempo de dos vigiliass²⁸³. Durante ese tiempo se perdía tan por completo en Dios, la eterna Sabiduría, que no podía hablar de ello. A veces se dirigía a Dios con diálogos llenos de amor, después con suspiros de tristeza, luego con lágrimas de deseo, a veces con un reír silencioso. A menudo le parecía como si flotara en el aire y nadara entre el tiempo y la eternidad en el profundo oleaje de las maravillas insondables de Dios²⁸⁴. A causa de ello su corazón estaba tan rebosante que a veces se llevaba la mano a su frenético palpar y decía: “¡Oh, corazón mío, qué será hoy de ti!”.

»Un día sintió como si el corazón paternal, de un modo espiritual, inefable, sin ninguna mediación, se inclinara tiernamente sobre su corazón y su corazón se abriera a su vez lleno de deseo al corazón del Padre. Y le pareció como si el corazón del Padre, la eterna Sabiduría, amorosamente y sin forma, hablara en su corazón. [Entonces] él, lleno de júbilo espiritual, empezó a hablar y dijo con alegría: “Ahora pues, mi amable amor, desnudo mi corazón, y en la simple desnudez de toda cosa creada abrazo tu Deidad sin imagen. ¡Oh, tú, amor que ultrapasa todo amor! El amor más grande de un amante terrenal por el amado sufre, sin embargo, de la distinción recíproca del amante y del amado. ¡Ah, pero tú, plenitud insondable de todo amor!, tú te derramas en el corazón del amado, te viertes, desnudo y entero, en la esencia del alma, de manera que ni la más mínima parte del amante queda fuera y sin ser unida amorosamente al amado”».

La hija dijo: «¡Ah, Dios! ¡Qué grande es esta gracia que absorbe al hombre de modo tan gozoso en Dios! Ahora quisiera saber si esto es lo más alto o no». Él respondió: «No, esto no es más que un seductor prelude para llegar a una absorción esencial». Ella preguntó: «¿A qué llamáis esencial y no esencial?». Él respondió diciendo: «Llamo esencial al ser humano que, por medio de buenos y constantes ejercicios, ha conquistado las virtudes, al punto de que estas se le han hecho, según su más alta nobleza, agradables y permanentes, como permanece el resplandor del sol en el sol. Y así, llamo no esencial a aquel en quien la luz de las virtudes brilla de manera prestada, inestable, imperfecta, como lo hace el resplandor de la luna²⁸⁵. El mencionado goce de la gracia deleita tanto al espíritu de un ser humano no esencial que este desearía en todo momento poseerlo, y así como su presencia suscita en él alegría, su privación engendra en él una tristeza desordenada, de modo que se entrega a disgusto a otros menesteres, tal como voy a mostrarte:

»Sucedió una vez que el Servidor entró en la sala capitular con el corazón lleno de jubilosa alegría divina. Entonces vino el portero a decirle que acudiera a la puerta porque una mujer quería confesarse. De mala gana interrumpió el íntimo deleite y recibió al portero con dureza, diciéndole que la enviara a otro pues él no quería escucharla en confesión en ese momento. Ella, que tenía el corazón oprimido por el peso de sus pecados, dijo que tenía una especial confianza en que él la consolaría y no quería confesarse con ningún otro. Como él no quería acudir, ella rompió a llorar con el corazón afligido y se fue, desvalida, a sentarse en un rincón donde lloraba a mares. Mientras tanto, Dios le retiró súbitamente [al Servidor] esa gracia deleitable y su corazón se endureció como un guijarro. Y como quería saber qué significaba esto, Dios le habló así en su interior: «Mira, como tú has apartado de ti a esta mujer, sin consolar su corazón afligido, también yo te he retirado mi consuelo divino». Él suspiró profundamente, se golpeó el pecho y corrió rápidamente a la puerta. Al no encontrar a la mujer, se sintió mal. El portero corrió a buscarla por todas partes; cuando la encontró ahí sentada llorando, le hizo regresar a la puerta; el Servidor la acogió entonces con bondad y consoló graciosamente su corazón arrepentido. Dejándola, volvió a la sala capitular, y allí, súbitamente, en un abrir y cerrar de ojos, regresó el dulce Señor con su divino consuelo, tal como antes».

La hija dijo: «Es fácil soportar el sufrimiento para aquel al que Dios da tal alegría y júbilo». Él replicó: «¡Ah, fue necesario ganarlo todo a costa de grandes sufrimientos! Pero al final, cuando todo hubo pasado, y cuando a Dios le pareció el momento, esa misma gracia del júbilo le fue dada de nuevo y permanecía de alguna forma siempre en él; estuviera en la casa o fuera, entre la gente o solo, a menudo durante el baño o en la mesa le era acordada la misma gracia, pero sucedía de un modo que penetraba en el interior, sin irrumpir hacia el exterior».

Capítulo 51

Indicaciones acerca de dónde está Dios y cómo es Dios²⁸⁶

La buena hija dijo: «Señor, ahora que he entendido bien que Dios es, me gustaría saber dónde está Dios». Él respondió: «Has de oírlo.

»Los maestros dicen que Dios no tiene un dónde, porque es todo en todo²⁸⁷. Ahora, abre bien los oídos interiores de tu alma y escucha atentamente. Estos mismos maestros dicen también que, según el arte de la lógica, se puede llegar a veces al conocimiento de una cosa a través de su nombre. Un maestro dice que el nombre *Ser* es el primer nombre de Dios. Vuelve tus ojos al ser en su pura simplicidad y deja de lado tal o cual ser

participado. Toma en consideración solamente al ser en sí mismo, el ser sin mezcla de no-ser. Pues así como el no-ser niega todo ser, así también el ser niega todo no-ser. Una cosa que ha de llegar a ser o que ya ha sido no es en una actualidad de esencia. Ahora bien, no se puede conocer bien al ser o al no-ser mezclado sino por referencia al ser total. Este no es un ser fragmentado en esta o aquella criatura, pues el ser participado está todo él mezclado de alteridad, de la posibilidad de recibir alguna cosa. Por ello, el divino ser sin nombre debe ser en sí mismo un ser total que con su presencia mantiene a todo ser participado. Es una extraña ceguera de la razón humana el que no pueda probar aquello sin lo que no puede conocer ni ver. Le sucede lo mismo que al ojo: cuando mira con atención la multiplicidad de los colores no repara en la luz por la que ve todo lo demás, o si ve la luz, de todas formas no repara en ella. Lo mismo sucede con el ojo de nuestro espíritu: cuando dirige la mirada a tal o a cual ser, no presta atención al ser que es absolutamente puro y simple, por cuyo poder percibe a los demás, y no repara en él. Por ello un sabio maestro²⁸⁸ dijo que el ojo de nuestro conocimiento, a causa de su debilidad, se comporta con respecto al ser que es en sí mismo lo conocible en grado sumo como el ojo de un murciélago ante la clara luz del sol. Pues los seres fragmentados dispersan y enceguecen el espíritu, de manera que este no puede ver la divina tiniebla, que es en sí misma la más luminosa claridad²⁸⁹.

»Abre ahora tus ojos interiores y mira, si puedes, el ser tomado en su simple pureza. Verás enseguida que no procede de nadie, que no tiene ni antes ni después, y que no está sujeto a cambio alguno, ni de dentro ni de fuera, sino que es simplemente ser. Te darás cuenta así de que es todo acto²⁹⁰, toda presencia, toda perfección, en el que no hay defecto ni alteridad, pues es un único uno en la simple desnudez²⁹¹. Y esta verdad es tan evidente para una inteligencia iluminada que no puede concebirlo de otra manera, pues una cosa prueba y comporta la otra. Y es por ello que siendo el ser simple, ha de ser también necesariamente el primero, no proceder de nadie y ser eterno; y siendo el primero, eterno y simple, ha de ser también acto puro, emplazado en la más alta perfección y simplicidad, a la que nada se le puede añadir ni quitar.

»Si has comprendido lo que acabo de decirte a propósito de la Deidad desnuda, habrás sido bien iniciada en la inconcebible luz de la oculta verdad divina²⁹². Este ser simple y puro es la primera causa suprema de todo ser causal, y con su presencia permanente abraza todo lo que deviene en el tiempo como comienzo y fin de todas las cosas. Él es todo dentro de todas las cosas y todo fuera de todas las cosas. Por esta razón, dijo un maestro: “Dios es como un anillo circular: el centro del anillo está en todas partes y su circunferencia en ninguna”.»²⁹³

La hija dijo: «¡Alabado sea Dios! He aprendido, hasta donde me es posible, que Dios es y dónde está Dios. Ahora me gustaría saber, dado que es así de simple, cómo puede ser entonces trino».

El Servidor recomenzó diciendo: «Cada ser, cuanto más simple es en sí mismo, tanto más múltiple es en su capacidad potencial. Lo que nada tiene, nada da; lo que tiene

mucho puede dar mucho. Se ha dicho antes que la bondad que fluye interiormente y mana exteriormente es Dios en sí mismo, cuya insondable bondad sobrenatural le empuja a no querer poseerla solo, sino que quiere también comunicarla liberalmente en sí y fuera de sí. Pero es preciso y necesario que el bien supremo tenga la más alta y suprema efusión de sí mismo, y esto no puede ser sino en una presencia intrínseca, sustancial, personal, natural, necesaria sin constreñimiento, infinita y perfecta. Todas las demás efusiones que tienen lugar en el tiempo o en las criaturas proceden del reflejo de la eterna efusión de la insondable bondad divina. Y dicen los maestros que en la procesión de la criatura que fluye fuera del primer origen hay una reflexión circular del final hacia el principio. Pues así como la procesión de las Personas fuera de Dios es una imagen formal del origen de la criatura, así también es preludio del reflujo de la criatura en Dios²⁹⁴.

»Advierte ahora la diferencia entre la efusión de la criatura y la de Dios. Como la criatura es un ser particular, su dar y su fluir son también parciales y limitados. El padre humano da a su hijo al nacer una parte de su ser, pero no enteramente lo que él es, pues él mismo es un bien participado. Pero como es evidente que la efusión divina es mucho más íntima y noble, en proporción a la grandeza del bien que Dios es, y que ultrapasa infinitamente cualquier otro bien, es preciso y necesario que también la efusión sea igual al ser, y esto no es posible sino por la efusión de su ser según sus atributos personales.

»Si ahora con un ojo purificado puedes mirar y contemplar la bondad pura del bien supremo, que es ahí, en su esencia, principio presente y operante, que se ama a sí mismo natural y voluntariamente, entonces ves la rebosante y sobrenatural efusión del Verbo saliendo del Padre: por este engendrar y decir, todas las cosas son dichas y dadas; y ves también que en el supremo bien y en su suprema efusión brota necesariamente la divina Trinidad: Padre, Hijo, Espíritu Santo. Y porque la suprema efusión sale de la suprema bondad esencial, es necesario que en la Trinidad expandida se dé la más alta y la más íntima consustancialidad, la más alta semejanza e identidad de esencia, que las Personas poseen en efluvio inmanente, según la sustancia indivisible y la omnipotencia indivisible de las tres Personas en la Deidad».

La hija dijo: «¡Cielos! ¡Floto en la Deidad como un águila en el aire!».

Él siguió: «Nadie puede poner en palabras de qué modo la Trinidad de las Personas divinas puede existir en una unidad de esencia. Y sin embargo, hasta donde se puede hablar de ello, san Agustín dice que el Padre es el origen de toda la divinidad del Hijo y del Espíritu, tanto según la persona como según la esencia²⁹⁵. Dionisio afirma que en el Padre hay un flujo o un manantial de divinidad y ese manantial se derrama naturalmente en el Verbo que germina²⁹⁶, que es su Hijo por naturaleza. Se derrama también según la dulzura amorosa de la voluntad, que es aquí el Espíritu Santo²⁹⁷.

»Estos sentidos ocultos nos los desvela y nos los muestra a la clara luz el bien amado santo Tomás, el maestro, diciendo: en la efusión del Verbo del corazón y del intelecto del Padre, es necesario que Dios se mire a sí mismo con su conocimiento luminoso a través

de una reflexión sobre su divina esencia. Pues si en el intelecto del Padre el objeto no fuera el ser divino, el Verbo concebido no podría ser Dios, sino criatura, lo cual sería falso²⁹⁸. Pero de este modo es ser divino por esencia. Y la mirada refleja de la esencia divina en el intelecto del Padre debe acontecer de modo que conforme una similitud natural, de otra manera el Verbo no sería Hijo. He aquí la unidad de esencia y la distinción de las Personas. Y para dar testimonio de esta distinción, el águila de alto vuelo, san Juan, dijo: “El Verbo estaba en el principio en Dios”²⁹⁹.

»Pero en lo que atañe a la efusión del Espíritu hay que saber que la sustancia del intelecto divino es un conocimiento, y este debe tener también, según la forma recibida en el intelecto, inclinación hacia su fin. Esta inclinación es la voluntad, cuyo deseo es la búsqueda gozosa de lo mejor. Advierte también ahora que el objeto amado no está en aquel que ama según la similitud de su forma natural, como lo está el objeto de la inteligencia en la luz del conocimiento. Y porque el Verbo fluye de la mirada del Padre según forma natural y como persona distinta, la efusión del Padre se llama nacimiento. Pero no siendo ese el modo de emanación de la voluntad y del amor, la tercera Persona, que por el flujo de amor procede a la vez del Padre y de la imagen expresada desde su más íntimo abismo, no puede llamarse ni “Hijo” ni “engendrada”. Y porque el amor está en la voluntad, inteligible o espiritualmente, como una inclinación o lazo interior de amor del que ama hacia aquello que ama, es apropiado que la tercera Persona, cuyo origen concuerda con el modo de amor de la voluntad, se llame Espíritu. Aquí el ser humano es transformado por la luz divina en el misterio que nadie puede comprender, salvo quien lo ha experimentado».

La hija dijo: «¡Ah, señor, cuán sublime es esta doctrina cristiana! Sin embargo, uno encuentra algunas personas espirituales que contestan todo cuanto aquí se ha dicho de Dios y son de la opinión de que, para quien quiere llegar a lo más alto, Dios es un obstáculo perjudicial: han de deshacerse de Dios y han de deshacerse también del espíritu y dar la espalda a toda visión, volviéndose solo hacia la iluminante verdad que son ellos mismos»³⁰⁰.

Él respondió: «Estas ideas son erróneas, según el sentido común. Por ello, guárdate de ellas y escucha lo que la verdad cristiana sostiene al respecto:

»Según el modo de hablar común, se considera a Dios como el soberano del mundo entero, que no deja pasar falta alguna sin castigo, ni buena obra sin recompensa. Por eso, para quien comete pecado, Dios es un Dios terrible, como decía el buen Job: “He temido siempre a Dios como los marineros el gran oleaje”³⁰¹. Y así también el que sirve a Dios con vistas a una gran recompensa encuentra en él un gran Dios que puede recompensarle grandemente. Sin embargo, una persona avanzada en la práctica [espiritual], que se ha desprendido a través de múltiples mortificaciones de las cosas incorrectas que Dios aborrece y que sirve a Dios en todo momento con un amor ferviente, no considera en su corazón que Dios sea Dios de la manera antes evocada; se ha deshecho realmente de ese

Dios; lo considera como el amable amor del corazón, pues el temor servil ha desaparecido, como dijo Pablo³⁰². Y así, para el ser humano deificado, Dios sigue siendo ciertamente Dios y Señor, y, sin embargo, se ha liberado de él según la burda interpretación, pues ha alcanzado una comprensión más elevada.

»Pero ¿en qué sentido el ser humano se ha de deshacer del espíritu? Escucha esta distinción. Cuando en sus comienzos una persona empieza a darse cuenta de que es una criatura hecha de cuerpo y alma y de que el cuerpo es mortal pero el alma es un espíritu eterno, dice adiós al cuerpo y a toda su animalidad y se aferra al espíritu, sometiendo el cuerpo al espíritu. Y toda su actividad interior en la meditación se orienta hacia el espíritu supraesencial, para encontrarlo, aprehenderlo, y unir su espíritu al Espíritu. A estas personas se las llama personas espirituales y santas. A aquel que ha avanzado rectamente en esto, después de haberse ejercitado por largo tiempo y después de que el Espíritu supraesencial se le haya representado constantemente sin que haya podido aprehenderlo, su espíritu creado empieza entonces a contemplar su propia impotencia y, mediante el hundimiento de su yo, a abandonarse a fondo a la eterna potencia divina, apartándose de sí mismo, en el desprecio de sí propio, para volverse hacia la inmensidad del Ser supremo. Y en la absorción el espíritu llega a una suerte de olvido y de pérdida de sí, como dijo Pablo: “Vivo, mas ya no yo”³⁰³, y Cristo dijo: “Bienaventurados los pobres de espíritu”³⁰⁴. Así pues, el espíritu permanece según su esencia, y se deshace de sí mismo en cuanto a la posesión propietaria de sí³⁰⁵.

»Quiero también explicarte la diferencia entre la pura verdad y las visiones dudosas en materia de conocimiento. Una contemplación inmediata de la Deidad desnuda es recta y pura verdad, sin duda alguna; y una visión es tanto más noble cuanto más intelectual, carente de imágenes y similar a esa misma contemplación desnuda³⁰⁶. Algunos profetas tuvieron visiones imaginativas, como Jeremías y los otros. Tales visiones imaginativas aún les son acordadas a menudo a los amigos íntimos de Dios, a veces en la vigilia, a veces en el sueño, en una tranquila quietud y en la suspensión de los sentidos externos. Un maestro dice que la presencia angélica se manifiesta a algunas personas más a menudo en el sueño que en la vigilia, porque en el sueño, más que en la vigilia, el ser humano reposa de la múltiple actividad externa.

»Pero ¿cuándo se le puede o debe dar el nombre de visión profética a una visión ocurrida en sueños, como, por ejemplo, cuando en el Antiguo Testamento el rey Faraón soñó las siete vacas gordas y las siete vacas magras³⁰⁷ y muchos otros sueños parecidos que narra la Sagrada Escritura? ¿De qué modo puede discernirse aquí la verdad? Pues comúnmente los sueños son engañosos, pero a veces también dicen indudablemente la verdad. Sobre esto, debes saber lo que san Agustín decía de su santa madre: ella le contaba que tenía un don de Dios; cuando Dios le mostraba algo mientras dormía o dormitaba, recibía al mismo tiempo el discernimiento interior, de modo que reconocía si se trataba solo de un sueño ordinario al que no había que prestar atención, o si era una visión imaginativa a la que había que hacer caso³⁰⁸. Aquel a quien Dios ha concedido este

mismo don puede juzgar esto mucho mejor. Nadie puede comunicárselo con palabras a otro, pues solo lo entiende quien lo ha experimentado».

Capítulo 52

Del supremo vuelo de un espíritu intelectualmente experimentado

La sabia hija dijo: «Nada me gustaría tanto saber a la luz de la Escritura como la cuestión sublime de dónde y cómo el entendimiento de una persona bien ejercitada ha de alcanzar su suprema meta en el más profundo e insondable abismo sin fondo, de modo que la experiencia vivida se avenga con lo expresado en la Escritura».

Para ello, el [Servidor] tomó de la Escritura una respuesta razonable, que se explica, según su sentido oculto, de este modo: «Una persona así de noble³⁰⁹ escucha con simple quietud la palabra llena de sentido que el Hijo eterno dijo en el Evangelio: “Donde yo estoy, allí estará también mi servidor”³¹⁰. Pues bien, quien no ha rehuido este “donde” que el Hijo tomó sobre sí en su humanidad muriendo en la cruz, quien no ha temido imitar este severo “donde”, es muy posible que, según su promesa, goce de un modo inteligible y lleno de alegría, en el tiempo y en la eternidad, del “donde” gozoso de su desnuda Deidad filial, en la medida de lo posible, más o menos.

»¡Ay!, ¿dónde está entonces este “donde” de la desnuda, divina filiación?³¹¹ Está en la luz sobrenatural de la unidad divina, que, según su nombre sin nombre, es una nada; según su introversión³¹², un silencio esencial; según su fluir inmanente, la naturaleza de la Trinidad; según su cualidad, luz de su mismidad; según su causalidad increada, lo que da el ser a todas las cosas. Y en esta tenebrosa ausencia de modo, toda multiplicidad desaparece y el espíritu pierde su sí propio, desaparece según su propia actividad³¹³. Y esta es la meta suprema, el “donde” infinito en el que acaba la espiritualidad de todo espíritu; perderse aquí por siempre es la eterna bienaventuranza.

»Y para que lo puedas captar mejor, se ha de saber que en la luz sobrenatural de la unidad divina se encuentra la fuente inmanente de la efusión de las Personas que proceden de la omnipotente y eterna Deidad; pues la Trinidad de las Personas está en la unidad de la naturaleza, y la unidad de su naturaleza está en la Trinidad de las Personas. La unidad tiene su actividad en la Trinidad y la Trinidad su potencia en la unidad, como dice san Agustín en el libro sobre la Trinidad³¹⁴. La Trinidad de las Personas encierra en ella la unidad como su esencia natural, por la que cada Persona es Dios y, conforme a la simplicidad de la naturaleza, es Deidad. Ahora bien, la unidad resplandece en la Trinidad según modos diferenciados, pero la Trinidad, según el reflujo inmanente, resplandece en la unidad de manera simple, tal como de manera simple la encierra en sí misma. El Padre es origen del Hijo; por lo que el Hijo es una emanación del Padre, fluyendo eternamente

según la persona y permaneciendo en él según la esencia. El Padre y el Hijo espiran su Espíritu. Y la unidad, que es la esencia del primer origen, es la esencia misma de sus tres Personas. Pero de qué forma la Trinidad es una, y es una conforme a la unidad de su naturaleza, y de qué forma la Trinidad procede, sin embargo, de la unidad, esto no puede ponerse en palabras por la simplicidad del profundo fondo.

»Por todas partes, en este suprainteligible “donde”, el espíritu se eleva espiritualizando. A veces, por su altura sin límites, vuela; a veces, por su profundidad sin fondo, nada entre las altas maravillas de la Deidad. Y a pesar de ello aquí el espíritu permanece como espíritu en el goce de las Personas igualmente eternas, igualmente poderosas, inmanentes y sin embargo procedentes, separado de toda perturbación y ajeteo de las cosas inferiores, fija la mirada en la maravilla divina. ¿Pues qué mayor maravilla que la unidad desnuda en la que la Trinidad de las Personas se sumerge en la simplicidad y en la que toda multiplicidad es despojada de lo propio? Y esto hay que entenderlo así: la efusión de las Personas procedentes retorna siempre a la unidad de la misma esencia. Y todas las criaturas según su efusión inmanente están eternamente en el Uno, según una existencia de vida en Dios, de conocimiento en Dios, de esencia en Dios, como dice el Evangelio: “*In principio*: todo devenir es en él eternamente la vida”³¹⁵.

»Esta unidad desnuda es un tenebroso silencio y una ociosa ociosidad que nadie puede entender, salvo aquel en quien la unidad brilla por sí misma. En esta silenciosa ociosidad resplandece la verdadera libertad sin mezcla de malicia, pues se engendra en un dejar de ser que es un renacer; ahí resplandece la oculta verdad, libre de falsedad, pues se engendra en el desnudamiento de lo velado. Pues aquí el espíritu es desvestido de la lóbrega luz que le había acompañado al modo humano tras la revelación de todas las cosas; aquí es despojado de esa luz, cuando se reconoce otro y más propiamente [él mismo] que el que antes se había conocido bajo el modo de la anterior luz. Como dijo Pablo: “Vivo, mas ya no yo”³¹⁶. Y así es desvestido y apartado de todo modo en la ausencia de modo de la simple esencia divina. Entonces todas las cosas se iluminan en simple silencio y la permanente distinción de las Personas tomadas en su particularidad ya no es percibida en este simple modo sin modo, pues como dice la Escritura: la sola Persona del Padre tomada por separado no da la bienaventuranza, ni la Persona del Hijo sola, ni la del Espíritu Santo sola, mas la reunión de las tres Personas en la unidad del ser es la bienaventuranza. Y esta es la esencia de las Personas por naturaleza que, por gracia, da el ser a todas las criaturas; y contiene en sí, simple y esencialmente, la imagen de todas las cosas en ella. Y puesto que esta luz sobrenatural se comporta como esencia, las cosas están en ella según su propia esencialidad y no según su conformación accidental. Y puesto que ilumina todas las cosas en sí misma, conserva lo propio de la luz. Y así todas las cosas resplandecen en el ser en un silencio interior, según la simplicidad del ser.

»Este mismo “donde” inteligible del que se ha hablado, en el que un servidor probado ha de cohabitar con el Hijo eterno, puede ser llamado la Nada esencial sin nombre. Y ahí el espíritu llega a la Nada de la unidad. Y la unidad se llama Nada porque el espíritu no

puede encontrar ningún modo temporal que le sea propio. Mas el espíritu siente que es sostenido por otro que él. Por ello lo que le sostiene es más propiamente algo que nada, pero para el espíritu es una Nada según su modo propio de ser.

»Si ahora el espíritu deviene propiamente habitante de esta resplandeciente oscuridad transfigurada en el desconocimiento de sí mismo, pierde entonces toda mediación y toda su propiedad, como dijo san Bernardo³¹⁷. Y esto sucede en mayor o menor grado según que el espíritu, en el cuerpo o fuera del cuerpo, haya salido de sí mismo dejándose atrás. Esta pérdida de su sí propio es de manera divina, pues de algún modo en él han llegado a ser todas las cosas, como dice la Escritura³¹⁸. En esta absorción el espíritu desaparece, mas no del todo; adquiere en verdad algunas cualidades de la Deidad, pero no deviene Dios por naturaleza. Lo que le sucede le sucede por gracia, pues es un algo creado de la nada que permanecerá eternamente. Pero hay que añadir que en este dejarse atrás del alma, tras la propia absorción, su asombro y su incertidumbre se desvanecen en la pérdida, pues ha sido arrebatada de su propio ser en el Ser, en el desconocimiento de sí misma. Para expresarlo de una manera común: el espíritu es transportado, por la fuerza del ser divino luminoso, por encima de sus facultades naturales, a la desnudez de esa Nada, que está vacía de los modos de todas las criaturas, mas tiene en sí misma su propio modo según su esencialidad. Este modo sin modo es la esencia de las Personas, que la poseen en sí mismas de una manera simple, según la perfecta comprensión de su naturaleza propia. Este conocimiento, como se ha dicho, arrebató el espíritu, y esto sucede en la Nada de la unidad según el conocimiento sin fondo de la Nada; [el espíritu] es privado de la percepción de sí mismo, pues se pierde ahí en la cesación de sí mismo y en el olvido de todas las cosas. Y esto le sucede cuando el espíritu en sí mismo se ha apartado de su propio devenir y del de todas las cosas, volviéndose hacia el simple no devenir de la Nada.

»En esta montaña salvaje del “donde” supradivino se encuentra un abismo que se preludia sensible a todos los espíritus puros, y ahí entran en la secreta inefabilidad y en la salvaje extrañeza. Este es el profundo abismo insondable para todas las criaturas y penetrable hasta el fondo solo por él mismo, oculto también para todo lo que no es él mismo, salvo para aquellos a los que quiere comunicarse. Estos deben buscarlo en el abandono y conocerlo de alguna manera por él mismo, como dice la Escritura: “Allí hemos de conocer, como somos conocidos aquí”³¹⁹. Este conocimiento, el espíritu no lo tiene de su sí propio, sino que la unidad lo atrae hacia sí en la Trinidad, es decir, hacia su verdadera morada sobrenatural, donde habita, por encima de sí mismo, en aquel que lo ha atraído. Allí muere el espíritu viviendo enteramente en las maravillas de la Deidad. Y esa muerte del espíritu consiste en que, en su dejarse atrás a sí mismo, no percibe ya la diferencia de su propia esencia. Mas al salir del raptó establece la distinción según la Trinidad de las Personas y reconoce a cada cosa su distinción, tal como el Servidor lo ha explicado por distinciones en el *Pequeño libro de la Verdad*³²⁰. Advierte aún una cuestión: en el precedente raptó una simple luz brilla desde la unidad, y esta luz sin modo

es alumbrada por las tres Personas en la pureza del espíritu. Por la mirada que ilumina, el espíritu se separa de sí mismo y de todo su sí propio, se separa también de la actividad de sus potencias; desactivado y deshecho de su espíritu³²¹. Y esto procede del rapto interior cuando, apartándose de su sí propio, lo deja atrás y se pierde en el Ser desconocido, en el silencio de la transfigurada resplandeciente oscuridad, en la Unidad simple y desnuda. Y en este “donde” sin modo reside la suprema bienaventuranza».

La hija dijo: «¡Ay! ¡Ay! ¡Oh, maravilla! ¿Cómo se puede llegar ahí?». Él contestó: «A esto dejo que responda el preclaro Dionisio, que dijo así a su discípulo: “Si deseas entrar en el oculto secreto, sube con paso audaz, deja caer tus sentidos exteriores e interiores y la obra propia de tu razón, y todo lo visible e invisible, y todo ser y no ser. Avanza hacia la simple unidad en la que has de penetrar desde el desconocimiento en el silencio que sobrepasa todo ser y toda la ciencia de los maestros, por el rapto del espíritu sin fondo, simple y puro, hasta el resplandor supraesencial de la tiniebla divina. Ahí, todas las ataduras han de desatarse, todas las cosas han de ser abandonadas, pues en la Trinidad supraesencial de la supradivina Deidad, en la secreta, supradesconocida, superradiante y más elevada cima, se escucha mediante un tranquilo silencio elocuente maravilla tras maravilla. Se experimentan maravillas nuevas, desasidas, inmutables, en esa tiniebla oscura transluminosa que es un fulgor luminoso que sobrepasa toda revelación, en el que todo reluce, y que colma el ennegado intelecto de luces desconocidas, invisibles y más que resplandecientes”»³²².

Capítulo 53

Para concluir, el sentido de este libro se resume en unas breves palabras simples

La hija dijo: «¡Ah, señor, habláis, tanto desde vuestro propio fondo como desde la Sagrada Escritura, de forma tan pertinente y cristiana acerca del misterio de la Deidad desnuda y del flujo y reflujo del espíritu! ¿Podrías explicarme por semejanzas, mediante imágenes, cómo entendéis vos los sentidos ocultos para que yo lo entienda mejor? Querría también que me resumierais, en un breve discurso a base de imágenes, todos esos altos pensamientos que antes se han tratado ampliamente, para que se fijen de manera durable en mi frágil espíritu».

Él respondió: «¿Cómo se puede dar forma en imágenes a lo que no tiene imagen, y dar modo a lo que no tiene modo y a lo que está más allá de todos los sentidos y la razón humana? Cuando se establece una semejanza, esta es siempre mil veces más disemejante que semejante. Sin embargo, para expulsar las imágenes mediante las imágenes, quiero mostrarte aquí, hablando en imágenes y, hasta donde es posible, a

través de semejanzas, cómo deben en verdad aprenderse estos pensamientos sin imágenes, y concluir así este largo discurso en breves palabras³²³.

»Escucha pues: un sabio maestro dijo que Dios, tomado según su Deidad, es como un inmenso anillo, cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna³²⁴. Representatelo ahora imaginando lo siguiente: si alguien lanza con fuerza una pesada piedra en medio de un agua tranquila, se forma un anillo en el agua, este anillo por su propia fuerza produce otro y este a su vez otro, y la amplitud y extensión de los círculos dependen del primer lanzamiento. La potencia del lanzamiento podría ser tan grande que cubriese toda la superficie del agua. Imagínate en el primer anillo la fuerza poderosa de la naturaleza divina en el Padre, que es sin fondo. Esta fuerza engendra un anillo semejante al primero según la Persona, y es el Hijo. Y de los dos procede un tercero que es el Espíritu de ambos, igualmente eterno, igualmente omnipotente. Esto es lo que designan los tres círculos: Padre, Hijo, Espíritu Santo. En este profundo abismo, la naturaleza divina está en el Padre, hablando y engendrando al Verbo que, saliendo de él según la persona y permaneciendo en él según la esencia, tomó naturaleza humana.

»Quien quiera imaginárselo que tome una forma humana, de lo más íntimo del corazón, de la cual brote una forma semejante, que vuelva todo el tiempo fijamente la mirada hacia su origen. Este nacimiento espiritual y supraesencial es la causa perfecta de todas las cosas y de todos los espíritus según su ser natural. El espíritu supremo supraesencial es el que ha ennoblecido al ser humano, iluminándolo de su eterna Deidad, y esta es la imagen de Dios en la profundidad del espíritu intelectual que es también eterno. Por ello, del gran círculo que significa la eterna Deidad fluyen a imagen y semejanza pequeños círculos que pueden designar también la alta nobleza de su intelectividad.

»Desgraciadamente, hay alguna gente que da la espalda a esta nobleza intelectual, encubren esta imagen luminosa y se vuelven a los placeres carnales de este mundo, mas cuando creen poseer la alegría, llega la cruel muerte y le pone fin. Pero una persona avezada, en virtud de la centella luminosa del alma³²⁵, se vuelve hacia lo alto, hacia lo que es eterno y de donde ha salido; se despide de todas las criaturas y se adhiere solo a la eterna verdad.

»Advierte ahora también por medio de imágenes cómo se opera el retorno del espíritu en su justo orden. La primera imagen es la de la libre aversión a los placeres de este mundo y a todas las faltas y pecados, para convertirse con ardor a Dios por medio de la oración asidua, el desasimiento y la práctica juiciosa de la virtud, para someter el cuerpo al espíritu. La segunda imagen es esta: ofrecerse voluntaria y pacientemente a sufrir la incontable multitud de adversidades que pueden sobrevenir de Dios o de las criaturas. La tercera imagen muestra cómo hay que reproducir en uno mismo la imagen del sufrimiento de Cristo crucificado, sus dulces enseñanzas, su suave conducta y la vida pura que llevó ante nosotros, para que le imitemos y así penetremos gracias a él más adentro; y después, habiendo escapado a toda ocupación exterior, hay que establecerse

en un silencio interior con un firme abandono, como si se hubiera muerto a uno mismo, sin ocuparse de sí mismo ni pensar en sí mismo, sino solo pensar en alabar y honrar a Cristo y a su Padre celestial, comportándose humilde y amigablemente con todos los seres humanos, amigos o enemigos.

»Después de esto, una persona ejercitada llega a una inactividad de sus sentidos exteriores que antes, en su extroversión, eran demasiado activos, y el espíritu llega, en el hundimiento de sus potencias superiores según naturaleza superficial, a una sensibilidad sobrenatural. Aquí el espíritu, perdiendo su condición de criatura que se apega, penetra más adentro a través del anillo que representa la Deidad eterna y alcanza la perfección espiritual. La más alta riqueza del espíritu en su forma propia reside en que, sin el peso de sus faltas, se abalanza con la fuerza divina en su luminosa inteligencia, donde recibe el continuo influjo de la consolación celestial. Puede ver las cosas en su misterio y juzgarlas sensatamente según su buen discernimiento, y se encuentra rectamente liberado por el Hijo en el Hijo. Pero se mantiene aún en la extroversión, según la contemplación de las cosas percibidas en su propia naturaleza. A esto se le puede llamar el supremo viaje del espíritu, pues se encuentra más allá del tiempo y del espacio, y ha transido en Dios en amorosa contemplación.

»Pero para quien pueda avanzar aún más lejos, y Dios quiera ayudarle de forma particular por medio de un raptó poderoso, como hizo con Pablo³²⁶ –y esto aún puede ocurrir, como dice san Bernardo³²⁷–, su espíritu creado será comprendido por el espíritu supraesencial allí donde no podría entrar por sus propias fuerzas. Este raptó interior le despoja de imagen y de forma y de toda multiplicidad, llegando a un desconocimiento y olvido de sí mismo y de todas las cosas, y con las tres Personas es precipitado de nuevo al abismo, según la simplicidad inmanente, donde goza de su beatitud según la más alta verdad. Aquí ya no hay ni lucha ni esfuerzo, pues comienzo y final, como se esboza aquí seguidamente en imágenes, se han hecho uno, y el espíritu deshecho de sí mismo se ha hecho uno con él. Pero de qué manera ese tránsito, que experimentan algunos en este mundo, se produce de un modo permanente o no permanente, o de qué manera la persona es más o menos comprendida por encima del tiempo, despojada de sí misma y transportada en el uno sin forma, todo esto ha sido descrito más arriba con buen discernimiento.

»Feliz hija, ten en cuenta ahora que todas estas imágenes esbozadas y todas estas palabras expuestas por figuraciones están tan lejos de la verdad sin imagen y son tan disímiles como el más negro moro al lado del bello sol. Y esto procede de la simplicidad sin forma y desconocida de la propia verdad».

La hija alzó los ojos devotamente y dijo: «Alabada seas, eterna Verdad, por haberme instruido tan bellamente con vuestras sabias y vivas palabras sobre los primeros pasos de aquel que empieza, sobre el orden adecuado de la renuncia, el sufrimiento y las prácticas

de quien progresa, y sobre el buen discernimiento en la secreta manera de la más alta y desnuda verdad. ¡Sea por ello Dios eternamente alabado!».

Después de que esta santa hija fuera noblemente instruida por su padre espiritual según la verdad cristiana con buen discernimiento en todos los caminos que llevan a la más alta bienaventuranza, y habiéndolo comprendido bien ella hasta donde es posible en esta vida, le escribió él en la última carta entre otras cosas esto: «Ahora, hija, despídete de las criaturas y en adelante deja estar tus preguntas. ¡Escucha tú misma lo que Dios dice en ti! Puedes alegrarte de que te haya acontecido lo que a muchos se les ha negado; por duro que te haya sido, con el tiempo todo ha pasado. No te queda nada por hacer sino gozar de la paz divina en una serena tranquilidad y esperar alegre la hora de tu partida de este mundo hacia la eterna y perfecta bienaventuranza».

Sucedió poco después. La santa hija murió y tuvo un santo final, como santa había sido toda su vida. Después de su muerte se apareció a su padre espiritual en una visión separada [de los sentidos]: resplandecía ataviada de blanco como la nieve, ornada de claridad luminosa y llena de gozos celestiales. Fue a su encuentro y le mostró cuán noblemente había transido en la Deidad desnuda. Él vio y oyó todo esto con delectación y alegría, y esta visión colmó su alma de divino consuelo. Cuando volvió en sí, suspiró profundamente y pensó: «¡Ah, Dios, cuán bienaventurado es aquel que va solo en pos de ti! ¡Bien puede sufrir aquel al que quieres compensar así su sufrimiento! ¡Dios nos ayude para que, disfrutando [del ejemplo] de esta santa hija y de todos sus queridos amigos, gocemos nosotros también eternamente de su rostro divino! Amén»³²⁸.

Ilustraciones

**1. BIBLIOTHÈQUE NATIONALE ET UNIVERSITAIRE DE STRASBOURG, Ms.
2929, fol. 1v**

Disú bild bewisent der ewigen wisheit mit der sele geischlich gemahelschaft

Estas imágenes muestran las bodas espirituales de la eterna Sabiduría con el alma.

David: Initium sapientie timor domini (Sal 110, 10; Eclo 1, 16)

Ein anvang der goetlichn wisheit ist got flisschich dienen in vorchtlicher behuotkeit

David: el comienzo de la sabiduría es el temor de Dios.

Un comienzo de la sabiduría divina es servir a Dios celosamente en temeroso cuidado.

Salomon: Der sunnen bild ist nit so fin, siu ubertriffet der sternen schin

Salomón: La imagen del sol no es tan bella; ella aventaja el resplandor de las estrellas.

Die ewige wisheit: fili, concupiscis sapienciam etc. (Eclo 1, 33)

Kind mins, begerst du der goetlichen wisheit, so behalt die tugent der gerehtikeit

La eterna Sabiduría: Hijo, si deseas la sabiduría, etc.

Hijo mío, si deseas la sabiduría divina preserva la virtud de la justicia.

Der diener der ewigen weisheit: hanc amavi etc.

*Diz han ich geminnet und usgesuochoet von minen jungen tagen und han mir si
userkorn ze einer gemahel*

El Servidor de la eterna Sabiduría. A esta la he amado, etc.

A esta la he amado y buscado desde los días de mi juventud y la he escogido como esposa.

Job: Sapientia non invenitur in terra suaviter viventium

*Wer sines libes mit zarheit wil pflegen, der endarf sich der ewigen wisheit minn niemer
angenenen. Der welt minne muoss er lan, der die ewigen wisheit ze einem lieb will
han*

Job: la Sabiduría no se encuentra en la tierra viviendo suavemente.

Quien quiera tratar con ternura su cuerpo no podrá adquirir nunca el amor de la eterna Sabiduría. Debe dejar el amor al mundo, quien quiera tener a la eterna Sabiduría como amante.

Aristotiles: Sapientis est ordinare (Metaph. I, 2 982)

Wer diser wisheit wil pflegen, der sol ordnen alles sin leben

Aristóteles: De sabio es poner orden.

Quien quiera servir a esta Sabiduría ha de poner en orden toda su vida.



**2. BIBLIOTHÈQUE NATIONALE ET UNIVERSITAIRE DE STRASBOURG, Ms.
2929, fol. 8v**

*Diz naged bilde bewiset eins wolanuahenden menschen raizzlich gesuoche nach
goetlichem troste*

Esta siguiente imagen muestra la búsqueda apremiante de consuelo divino de una persona
que comienza bien.

*Er hat mich und ich in minneklich umbuangen, dez stan ich aller creaturen ledig und
bin mit in umbehangen*

Me ha abrazado amorosamente y yo a él. Por ello estoy vacío de todas las criaturas y
desasido de ellas.

Der diener der ewigen wisheit El Servidor de la eterna Sabiduría.



**3. BIBLIOTHÈQUE NATIONALE ET UNIVERSITAIRE DE STRASBOURG, Ms.
2929, fol. 22r**

Diz nagent bild meinet eins wolzuonemenden menschen uebigen durpruch

Esta siguiente imagen significa la ejercitada brecha de una persona que progresa bien.

*Wer sin vichlichkeit mit strengen wirigen uebungen hat da hin geleit dem wird von got
erlobet sins libes pflegnús in ordenlicher messikeit*

Quien ha suprimido su sensualidad con ejercicios duros y constantes será premiado por

Dios gobernando su cuerpo con ordenada moderación. *Der diener*

El Servidor.



**4. BIBLIOTHÈQUE NATIONALE ET UNIVERSITAIRE DE STRASBOURG, Ms.
2929, fol. 28v**

*Dis nagende bilde mit dem roeselohtem ringe betütet mengerlei liden, in den ein warer
gotesfründ muoss beweret werden*

Esta siguiente imagen con la corona de rosas significa los diversos sufrimientos en los que
un verdadero amigo de Dios ha de ser probado. *Der diener*

El Servidor.

Anna

Ana.



**5. BIBLIOTHÈQUE NATIONALE ET UNIVERSITAIRE DE STRASBOURG, Ms.
2929, fol. 57r**

*Diz nagende erbermklich bilde zeoget den strengen undergang etlicher userwelter gotes
frúnden*

Esta siguiente imagen conmisericordiosa muestra las crueles aflicciones de ciertos escogidos
amigos de Dios.

*Liplichú uebung du tuot we, aber eines gelassen menschen voller undergang tusentstunt
me*

Los ejercicios corporales causan dolor, pero el total abajamiento de una persona
puramente abandonada, mil veces más.

*Wer in sinem bitern liden ane himelschen trost och muoss sin, daz ist grosse jamer vor
allem pin*

Quien en sus amargos sufrimientos ha de permanecer sin el consuelo del cielo, es este
[experimenta] un gran dolor por encima de todo tormento.

God von himel der hat mich gelassen, dez lid ich swarlich ane alle masse

Dios desde el cielo me ha abandonado, sufro por ello cruelmente mas allá de toda
medida.

Du bist worden ein affe und ein tore, und an den eren swerzer denn ein more

Te has vuelto un mono y un loco, y en la honra más negro que un moro.

*Ein boeser lieger und ein falscher trieger von billich liden sol, wan er hat es
verschuldet wol*

Un malvado mentiroso y un falso engañador ha de sufrir en justicia, pues se ha hecho
merecedor de ello.

Mit essich und mit gallen, wellen wir in trenken mit schallen

Con vinagre y con hiel queremos darle de beber en medio de los gritos.

Einen hingeworfenn schelmen sol nieman klagen, wan sol in dú untier lassen gnagen

De la carroña caída no hay que lamentarse, hay que dejar que la roan los monstruos.

*Ein fuostuoch sol man hin werfen den hunden uf den mist, wan es erelos und unsuber
ist; daz fuostuoch sol sich nit weren, es sol sich von billich lan mennlich zerzerren*

Hay que tirar un trapo a los perros sobre el estiércol, pues es vil y sucio. El trapo no ha
de defenderse, ha de dejarse desgarrar en justicia valientemente.

Frater eram leonum et socius strucionum

Job (Job 30, 29)

Fui hermano de los leones y compañero de los avestruces.

Job.

Min bruder waren mir grimm loewen und min gesellen ungehur strussen

Mis hermanos fueron para conmigo crueles leones y mis compañeros, horribles avestruces.



**6. BIBLIOTHÈQUE NATIONALE ET UNIVERSITAIRE DE STRASBOURG, Ms.
2929, fol. 62r**

*Disú vI bild gebend ze versten die trostlichen underlibi, die got sinen lidern
underwilent lat werden*

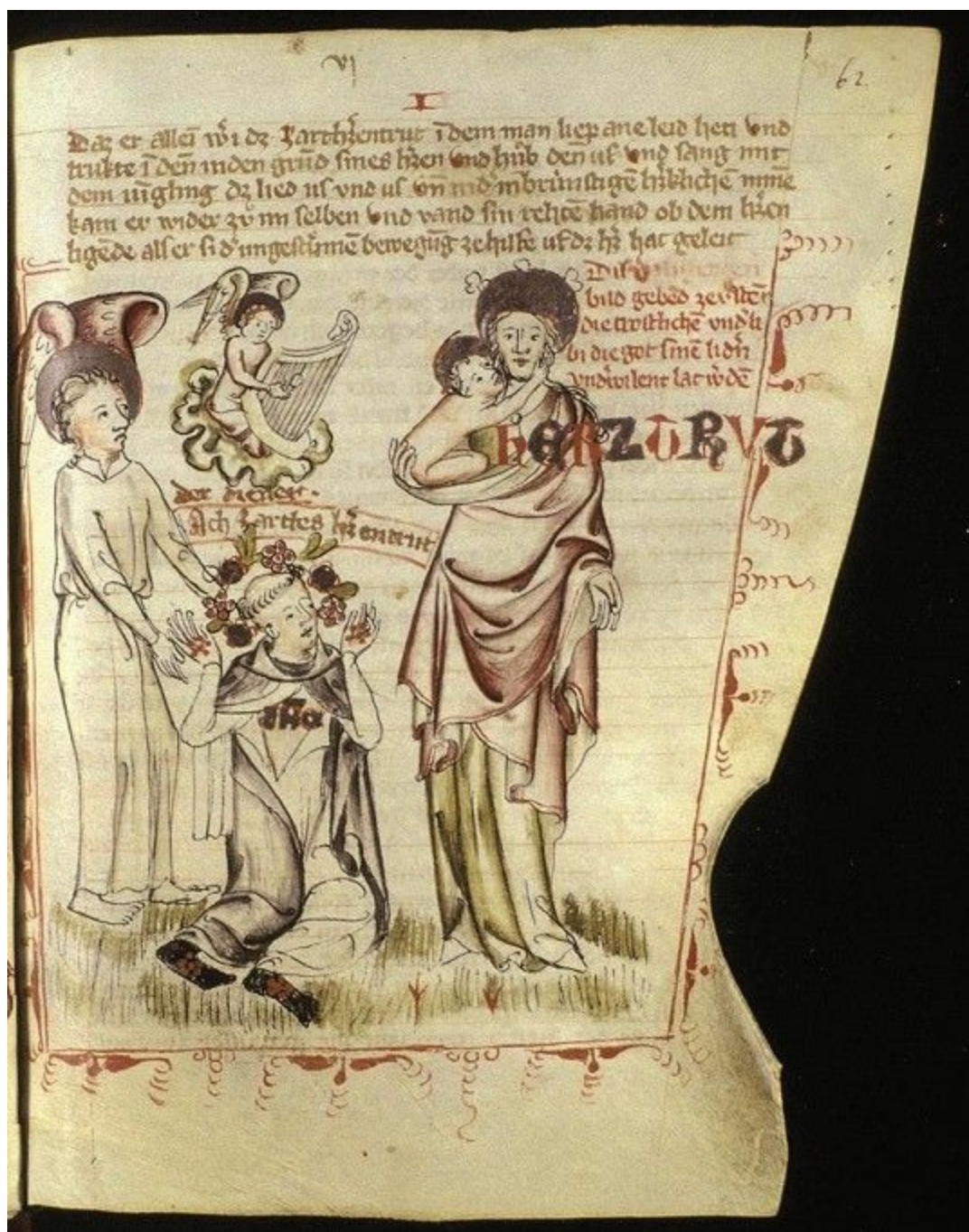
Esta sexta imagen da a entender las tranquilas consolaciones que Dios permite a veces a
los que sufren por él.

Der diener: Ach zarttes herzentrut

El Servidor: ¡Ah, tierno amigo fiel del corazón!

HERZTRUT

Amigo fiel del corazón.



**7. BIBLIOTHÈQUE NATIONALE ET UNIVERSITAIRE DE STRASBOURG, Ms.
2929, fol. 65v**

Diz nagent bild lert den menschen, wie er nuzzberlich sol liden

Esta siguiente imagen enseña a la persona cómo ha de sufrir provechosamente. *Lern
liden cristfoermlich*

Trag liden gedulteklich

Enpfah liden willeklich

Aprende el sufrimiento cristiformemente.

Lleva el sufrimiento pacientemente.

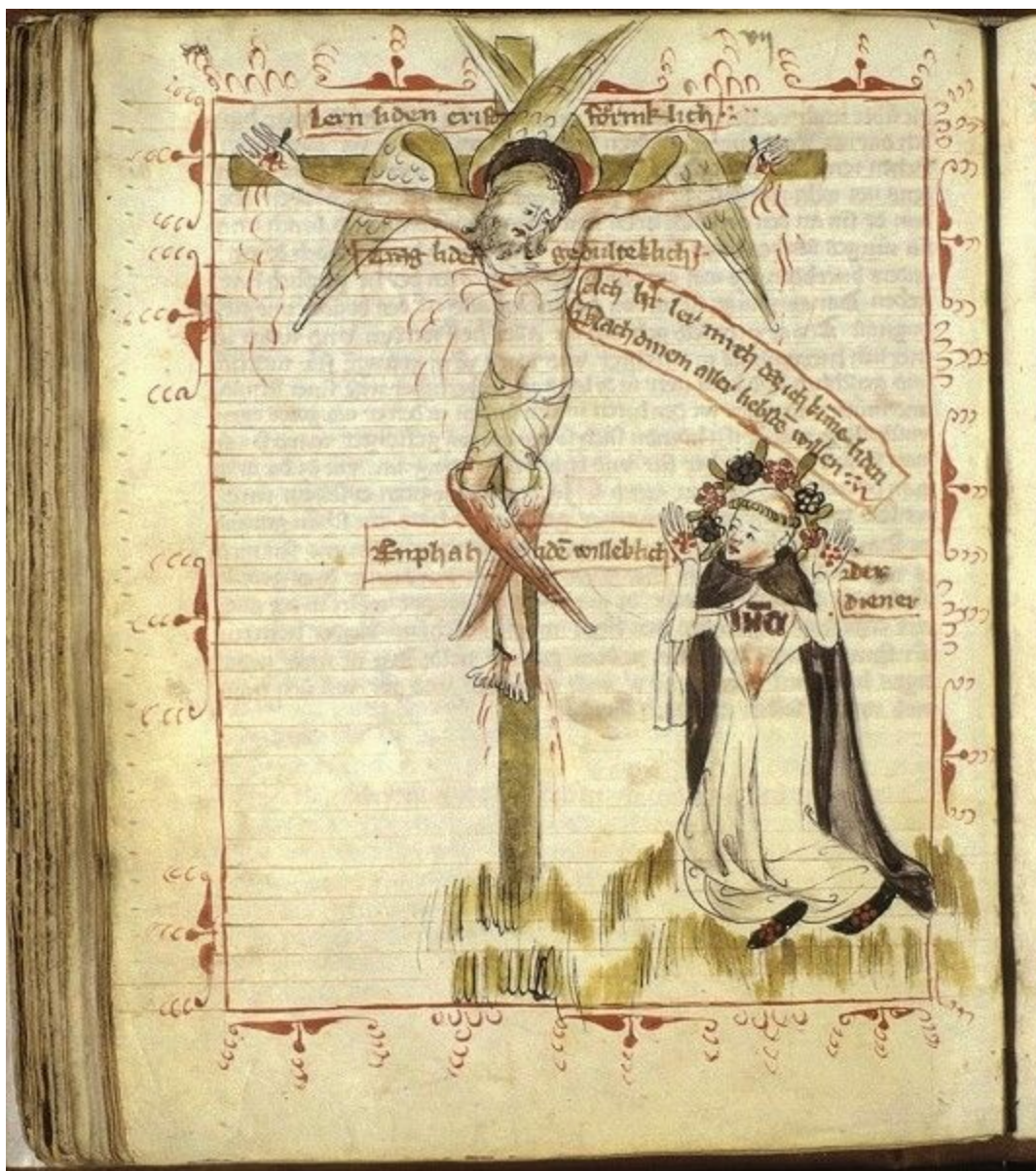
Acoge el sufrimiento voluntariamente.

Ach herr ler mich daz ich kunne liden

Nach dinem aller liebsten willen

Ah, Señor, enséñame a sufrir

Según tu más querida voluntad.



**8-9. BIBLIOTHÈQUE NATIONALE ET UNIVERSITAIRE
DE STRASBOURG, Ms. 2929, fol. 67r**

*Diz nagenden bild bewisent aller gotlidender menschen himelschen trost in zit und in
gross ere und loblich wirdekait, die sú son besizen in ewigkeit*

Las siguientes imágenes muestran, a todas las personas que sufren por Dios, el consuelo celeste en el tiempo y el gran honor y loable rango que poseerán en la eternidad.

*Der von der ewigen wisheit und von dem hailigen engel ist umbuangen, den mag
enkein schedlich ungelúk niemer erlagen*

A quien es abrazado por la eterna Sabiduría y por el santo ángel, no le puede alcanzar jamás ninguna desgracia dañina.

*Mit himelscher suozikeit goetlicher wisheit und engelschlicher zarheit ergezzet got sin
diner aller ire widerwertikeit*

Con dulzura celeste, sabiduría divina y ternura angélica, consuela Dios a sus servidores de todas sus adversidades.

Der diener

El Servidor.

*Ritterlichú klaid und ere son sú eweklich niessen die sich hie dur got lidens und
midens nit land verdriessen*

Honor y ropajes de caballero ha de gozar eternamente aquel que aquí por [amor a] Dios no se aflige a causa del sufrimiento y la pena.

*Wer sich goetlicher ritterschaft nimet an, der sol in allem liden eins mannes herz in
unverzagter wise han*

Quien acepta la caballería de Dios ha de soportar valientemente todos los sufrimientos de un corazón de hombre.

Der diener

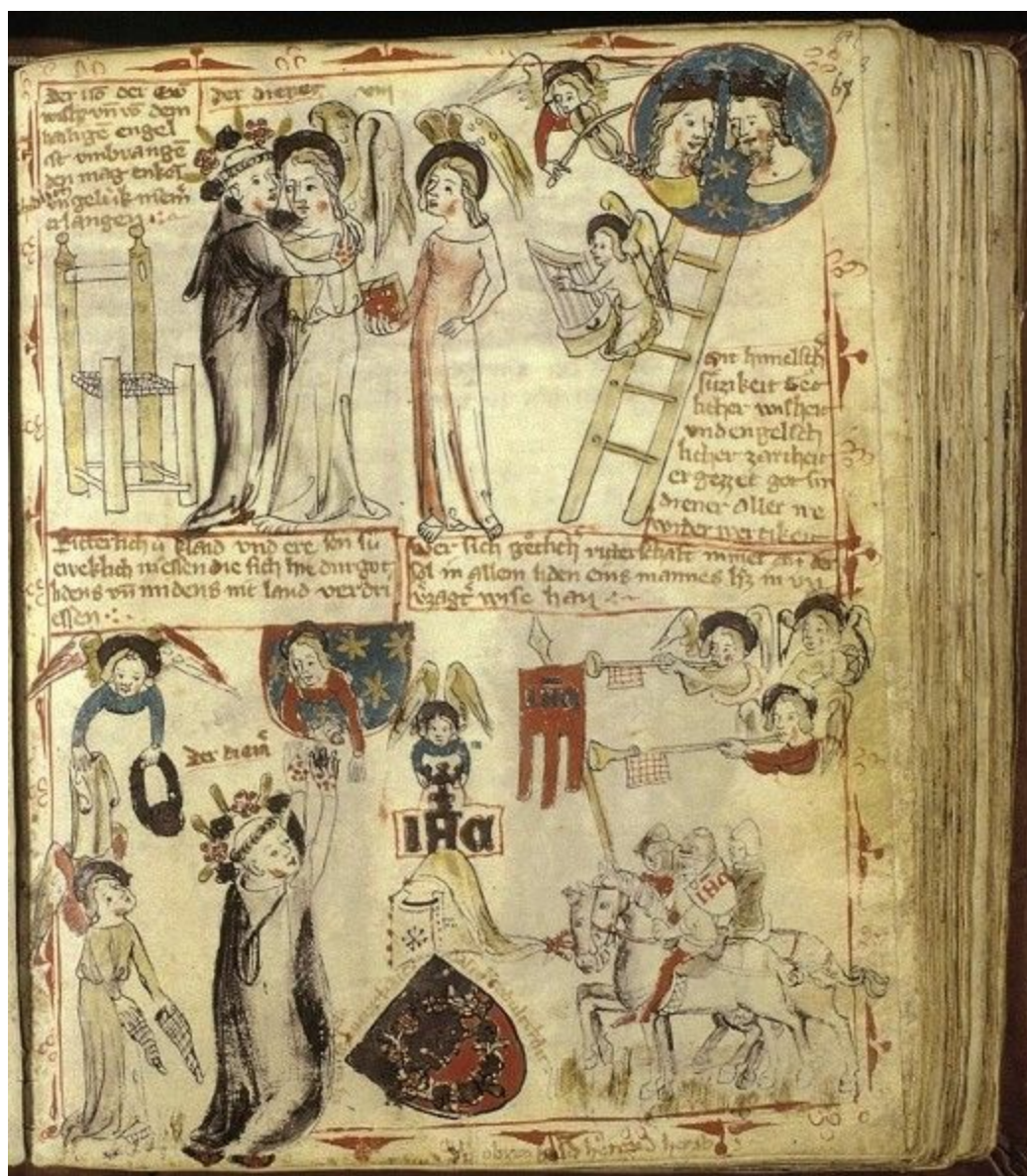
El Servidor.

Daz wiss feld betútet luterkait daz rot gedultekait

El campo blanco significa pureza, el rojo paciencia.

Dú obren bild hoerend herab

Las imágenes de arriba pertenecen a abajo.



**10. BIBLIOTHÈQUE NATIONALE ET UNIVERSITAIRE DE STRASBOURG, Ms.
2929, fol. 68v**

*Diz naged bild zoeiget wie ein úberuoller herz gotes das selb och gern gemainsameti
vil andren menschen*

Esta siguiente imagen muestra cuán gustosamente un corazón desbordante de Dios quiere compartirlo con muchas otras personas.

Die ewige wisheit

La eterna Sabiduría.

*In minen goetlichen schirm wil ich sú nehmen, die minen namen IHS in ir begird wen
tragen*

Bajo mi divino manto quiero acoger a aquellos que lleven mi nombre IHS en su deseo.

Elisabet

Elisabet. *Der diener* El Servidor.



**11. BIBLIOTHÈQUE NATIONALE ET UNIVERSITAIRE DE STRASBOURG, Ms.
2929, fol. 82r**

*Disú nagendu bild bezeichnet der blossen gotheit iewesentheit in persoenlicher
driheit und aller creaturen us und wideringeflossenheit und zoegent den ersten begin
eins anvanhenden menschen und sinen ordenlichen durpruch dez zuonemens und den
aller hoehesten úberswank úberweslicher volkommenheit*

Estas imágenes que siguen muestran la presencia de la Deidad desnuda en la Trinidad de las Personas y la efusión y retorno de todas las criaturas, y muestran el primer principio de una persona que comienza y su ordenada travesía cuando progresa y la suprema superabundancia de la perfección por encima de todo ser.

Diz ist der ewigen gotheit wisloses abgrunde daz weder annvang hat noch kein ende

Este es el abismo sin modo de la eterna Deidad que no tiene principio ni fin.

Diz ist der personen driheit / in wesentlicher einigkeit / von dem cristanr gelob seit

Esta es la Trinidad de las Personas en unidad de esencia que ensalza la fe cristiana.

Disú figur ist der ussfluzz engelschlicher natur

Esta figura es la efusión de la naturaleza angélica.

Diz ist menschlichú geschaffenheit / gebildet nach der gotheit

Esta es la criatura humana formada a imagen de la Deidad.

Diz ist der tot

Esta es la muerte.

Diz ist der welt minne dú nimt mit iamer ein ende

Este es del mundo el amor, que con lamento alcanza su fin.

Minen ker will ich zuo got nehmen, wan diz ist gar ein kurzes leben

Quiero emprender mi regreso a Dios, pues es esta una vida bien corta.

Ach luog wie ich muz sterben, und mit Cristus gecruzget werden

¡Ah! Mirad cómo debo morir y ser crucificada con Cristo.

Gelassenheit mich beruoben will, wa min ie wz ze vil

Abandono quiere despojarme, pues siempre ha tenido demasiado de lo mío.

Die sinne sind mir entwúrket, Die hohen kreft sint úberwurket

Los sentidos me son desactivados, las potencias superiores son sobreactivadas.

Hie ist der geist ingeswungen, und wirt in der driheit der personen funden

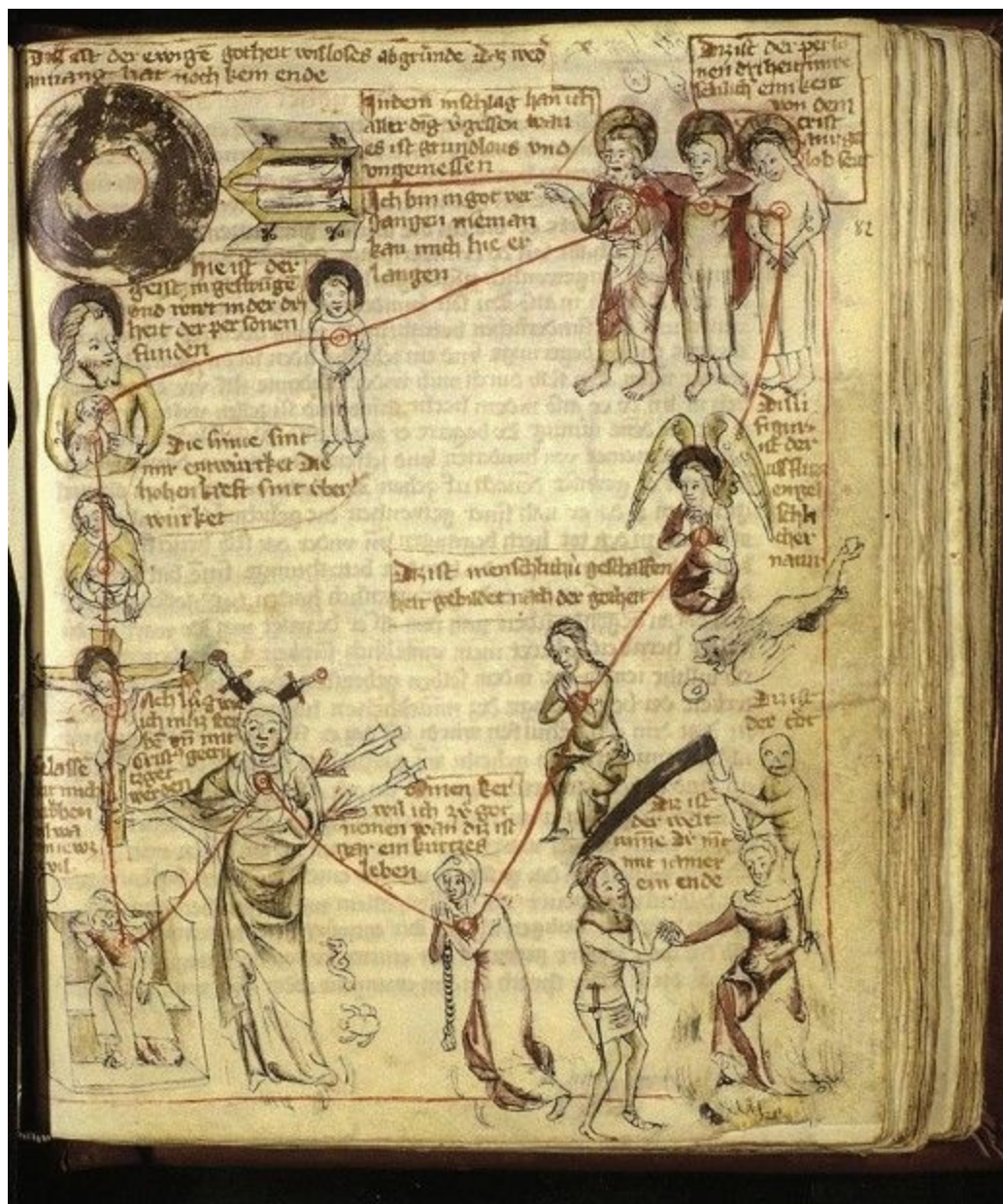
Aquí el espíritu es engullido y se encuentra en la Trinidad de las Personas.

Ich bin in got vergangen, nieman kann mich hie erlangen

He desaparecido en Dios, nadie puede alcanzarme aquí.

In dem inschlag han ich aller ding vergessen wan es ist grundlos und ungemessen

En el rapto he olvidado toda cosa, pues es sin fondo y sin medida.



**12. BIBLIOTHÈQUE NATIONALE ET UNIVERSITAIRE DE STRASBOURG, Ms.
2929, fol. 109v**

*Diz nagende bilde meinent ein seusses troesten mit himelschen worten aller trurigen
herzen*

Las siguientes imágenes expresan dulce consuelo con palabras celestes para todos los
corazones entristecidos.

Alles liden wenden tut / der Iesus treit in sinem muot

Hará cambiar todos los sufrimientos quien quiera que lleve a Jesús en su ánimo. *Der
diener*

El Servidor.

Rosen will ich brechen / und uf su liden trechen

Quiero arrancar rosas y colocar sufrimientos en ellas.

Jesus min herz verwundet hat / gezeichnet da min Jesus stat

Jesús ha herido mi corazón, marcando dónde está mi Jesús.

Wer sunder lieb von got will han / der sol in lait von billich stan

Quien quiera tener de Dios amor especial, ha de permanecer en justicia en el sufrimiento.

Lidens sol er tragen vil / der gottes freuntschaft haben will

Ha de sobrellevar muchos sufrimientos quien quiere tener la amistad de Dios.

Der diener

El Servidor.

Daz sind zwei lidendu menschen

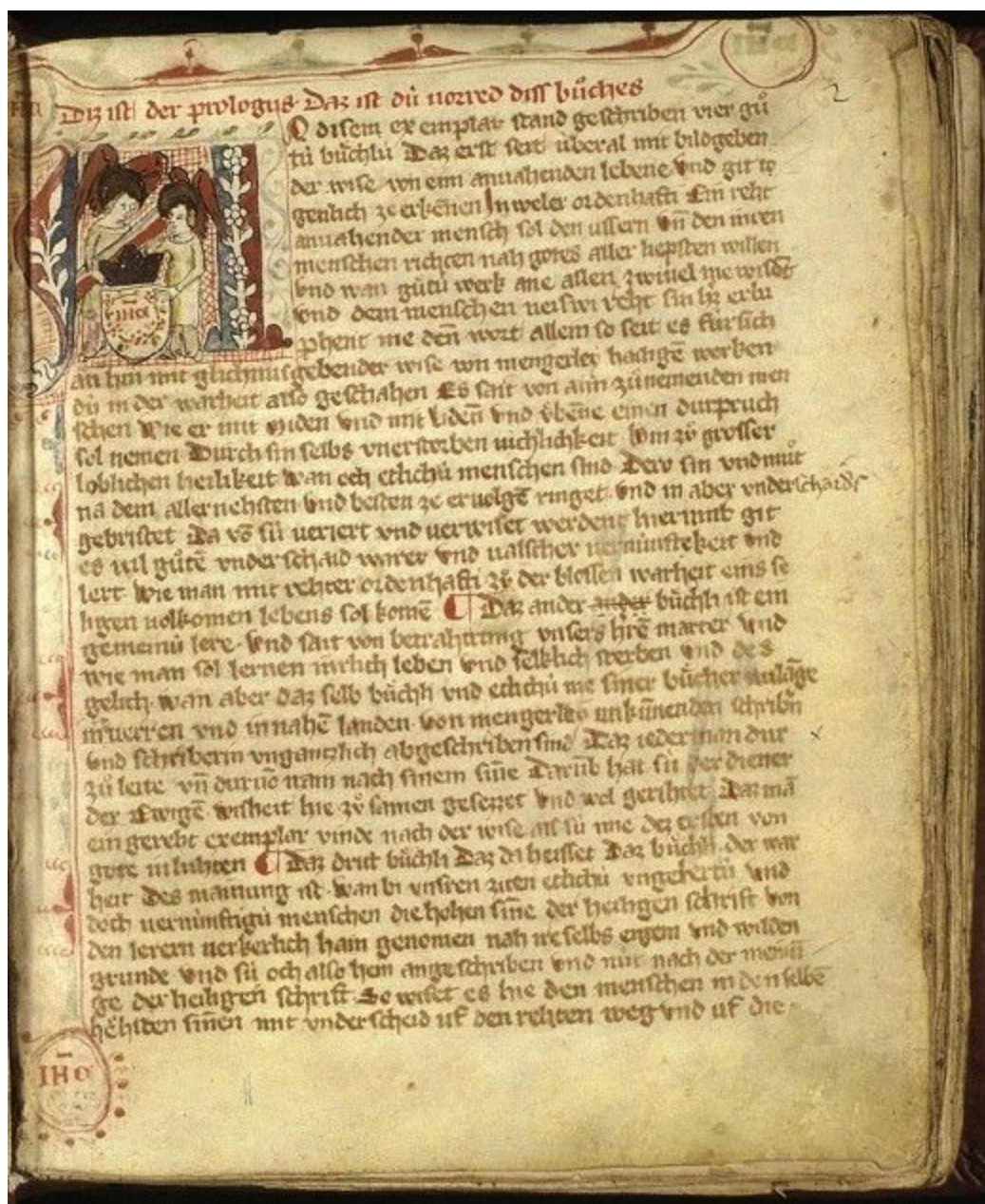
Esto son dos personas sufrientes.



***BIBLIOTHÈQUE NATIONALE ET UNIVERSITAIRE DE STRASBOURG, Prólogo
del Ejemplar, Ms. 2929, fol 2r***

**Diz ist der prologus, daz ist dú vorred diss buoches
In disem exemplar stand geschriben vier guotú buechlú**

Este es el prólogo, es decir el prefacio de este libro
En este ejemplar se encuentran escritos cuatro buenos libros.



***BIBLIOTHÈQUE NATIONALE ET UNIVERSITAIRE DE STRASBOURG, Prólogo
de la Vida, Ms. 2929, fol. 3r***

Hie vahet an daz erste tail dizz buoches, daz da haisset der Súse Es waz ein brediger
in tútschem lande, von geburt ein Swabe

Aquí empieza la primera parte de este libro que se llama *El Suso* Había en tierra
alemana un predicador, suabo de nacimiento.

Dancster Dancz war er über tütisches land in breiter orden gewil
 tige prelat vnd hieß Antster Bartholomus Dem entwarf er es de
 mütlich vnd er über las es mit eine ganzen wolgerallen seines hie
 vnd mende es wert alles lamenit als ein togenlicher stüzer kerne ul
 der heilige schrift allen wolgeschenden menschen Darnach do di
 gemain lere ward zu disem gesezet uf di da ie der mensch di sin hie
 fundi vnd erim di gemein och wile hangezet do zuchte der mündlich
 got disen edeln maister von human Do der diener nam den er red war
 do ward er gar lere beuübet wan er mit wiste was im durnire zein
 was Also kom er sin mit ul grossen ernst an die ewige wirtsch vnd
 bat si das si im inder sache der beiden bewilt Darna neilwen Do vord
 er erheret vñ der vorgehand maister der ericham im vor in amer
 lichlicher gesicht vnd tet im kund di es gotes güte wille wie di es für
 baz würdi gemainsamet allen güte bingen menschen di mit reht
 meining vnd iammig belangung sin hem ein begeren **S**wer nu
 gern ein güter selger mensch würdi vnd gotes sinder heitich
 gern hen **O**der den got mit swere liden gemeynet heri Aller gewo
 lich phlyget zein sinen sinderen sinderen Dem wert der buch gar
 ein tröstlich behulfsheit **E**s git och güterhange menschen ein lich
 trich wisinge ze getlicher warheit vnd uernimliche menschen eine
 richtigen weg zu der allerhöchsten selkeit **H**ie nahet an das erste
Als war ein brediger in tait diß büches das da
 tütischem lande wogebu hauffet der suse
 er ein swabe der nam ge schriben sie an dem lebende
 buch der hat begund das er wurde vnd hiesse ein die
 ner der ewigen wirtsch Er gewan bundsam eins
 heiligen erfahren menschen der ein ul erberse
 ligen liden der mensch was in diser welt Der mensch begert von
 im das er in erwas sein von liden vñ liden eygent enpfundunge dar
 abe in lidenes liden Ein kraft mecha nemen in di wile si ul liden
 mit ime **W**en er zu ir kom do zoh si im ul mit heitlichen sigen di
 wile seines anuanges liden sigen vñ edich ebunge vñ liden die
 er hat gehabt di für er in getlicher heitich Do si von den dinge
 tröst vñ wising beuand do schreib si es alles an ir selb vñ och andre

***BIBLIOTHÈQUE NATIONALE ET UNIVERSITAIRE DE STRASBOURG, cap. 33,
Ms. 2929, fol. 42r***

**Hie vahet an daz ander teil diss ersten buoches. Von dez dieners geischlichen tohter
*Confide filia!***

**Aquí empieza la segunda parte de este primer libro De la hija espiritual del
Servidor
¡Confía, hija!**

rich was in geschicht / ald nüt geschicht was got tüt in allen
siner creaturen. Ald nüt tüt daz künne in alles zu dem beste
und allus wirt dem menschen der wol liden kan. Sins liden
in der zit ein teil gelonet wan er gewinnet sit vnd sit
in allen dingen und na dem tod folget in dz ewig leben. Amen

Confite filia. Es was hie uahet an daz ander
inden selben ziten dez teil dill ersten buches von
diener von dem ge der dieners geistliche wirt
seit ist ein geschichtu tochter. Fredier ordens
in einem beschlossenen kloster. Ze ze. Du hieß
Elbet. Stagin und hate einen engelichlichen
geinit von innen der edle ker den si nam zu gotte mit hien
und sele was so krefzig daz ir enpfahlen alle upig sachen da
mit sich menger mensch sumet siner ewigen seligkeit. Alle ir
fliz was stellen nah geistlicher lere mit der si mechte gewi
set werden zu eine. Schigen uolkomene lebene. Darna allu
begurde rang. Si sprach an / wa ir ut lustliches werde mochte
daz si vnd endru menschen gefurdren mochte zu getlichen
tugenden. Si tet als du gewinbigu binli du dz siil hong all
den menigualagen blumen intragend. In dem kloster da si
wonete vnder den sweltran. Als ein spiegel aller tugenden. Da
brahte si zu mit nem kranken lide ein vil gut buch. Da stat
an vnder anderen dingen von den vergangen heilige sweltran
wie sellich die lepton und was grosses wunder got mit
ir wirtete. Daz vil verlich ist ze andacht gutbringen me
schen. Du sehig tocher gewan kintlam der dieners d
ewigen wisheit zu der leben vnd lere. Ward si von
gote mit grossem andacht geriben. Si zoh im uf uerbor
genlich die wise sines durpraches zu gotte und sprach es
an als es da uor end hien ist gescriben. In nem er
sten aneuang wurden ir in getragen von nativem bohe
und uernunftig sinne die vil uber syent waren von der
blossen gotheit von aller omgen mirtkeit von sin selbs mde

in heilige
wandel vo
ulman von
ein

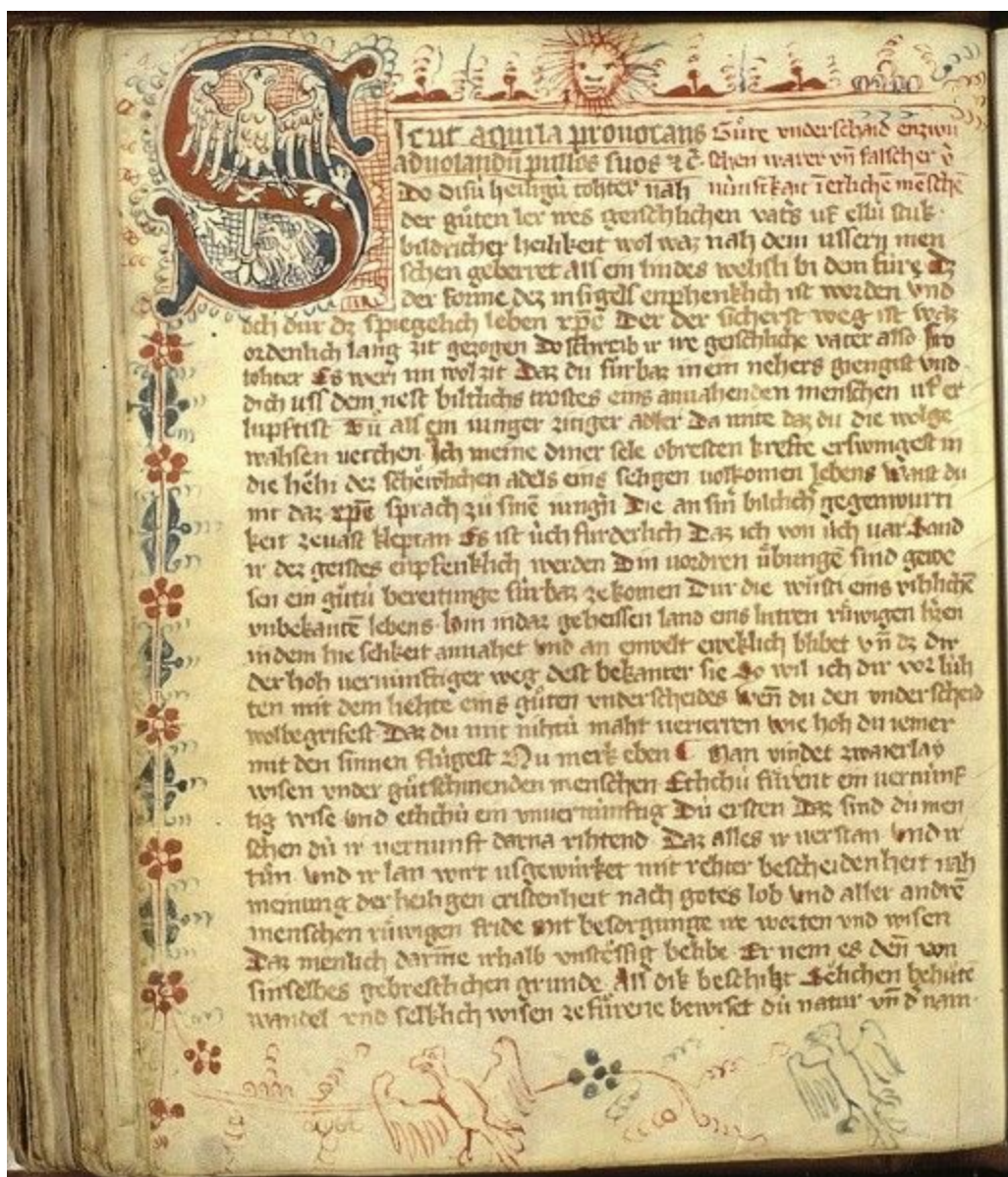
***BIBLIOTHÈQUE NATIONALE ET UNIVERSITAIRE DE STRASBOURG, cap. 46,
Ms. 2929, fol. 84v***

**Guote underschaid enzwúschen warer und falscher vernúnftkait in etlichen
menschen**

Sicut aquila provocans ad volandum pullos suos etc

**El buen discernimiento entre el verdadero y el falso entendimiento en ciertas
personas**

Tal como el águila incita a volar a sus aguiluchos etc.



BIBLIOTHÈQUE NATIONALE ET UNIVERSITAIRE DE STRASBOURG,
Pictograma, cap. 4, fol. 7r

gezeichnet Von den schaypfen sichten viel das blut uast uff dem fleische
und ran über den lip abe in den büßen. Das was im als nimmlich an
gezeichnet von der fürmēt minne. Das er der inneren mit ul ahrete do
er dis getet do gie er also uerferte und blutige uff der cell uff die
cancell vnder das crucifixus und kummet inder vnd sprach. Das hie minne
und nuns hien einigū minne. Du lüg an nuns hien gissen begunde. Vor
ich eiken noch emmag dich mit für das in mich gedruken. Eine hiech
bire dich das du es uolbringest. In das du dich in für das in den grund
nuns hien druckest. In dinen heiligen namen in mich also zeichnest
das du uff nuns hien mēner me geschiedest. Er gie also minnewort mit
zues vnz neustwen überlang do genas er vnd beleib der nam **IHC**
eben uff den hien stende auser begert harte vnd waren die buchtaben
vmb sich wol auf breet als du breet ons geschichteten halmes vnd als
lang als ein gehd der minsten ningers. Er trug den namen also uff
sinem hien mit an sinen tod vnd als die sich die hie bewegte auf die vnt
der nam bewegte. In der nunt was es got schinbar. Er trug in der hien
lich die in me kein menschlich gesah. Deine eine sin gesell dem geget
er es in gechder heilich. So in durnia ut widerwerdigs an gie so
sah er die nimmlich minnezeichen an so ward in die widerwerkeit des
hieser. Sin sel hat erren memem minckosen gesprochen. Vor lüg die
nimmer dieser welt die zeichent wir hep uff ir genant. Ach nune min
so han ich dich in der sünd blut nuns hienstafes gezeichnet. **E**ns
males namet do er nō sine gebet kom do gie er in sin cell vnd saß
also uff sine stul vnd nam der alueter buch vnder sin hebt zu einem
büßin in dem entank er sin selb vñ dacht in der neustwen heiles.
in drungt von sine hien vnd er lūgte das **IHC** da er sehen uff sine
hien ein guldin brin vñ dar in
waren uerwūket in er hab er
so ul edel stein vñ die lūhten
zumal schon also nam d' diener
sin kappen vnd schlūg si über
das hie vnd mende das er das uerbreitend dar heit genihen beder
da es memem mēha han gesehen do kumen die uerdringer glen auf vñ
necht. Die uant er sūbzog die es mit halt vñ ne frestige schonheit.

INSTRUMENTA

***BIBLIOTHÈQUE NATIONALE ET UNIVERSITAIRE DE STRASBOURG,
Pictograma, cap. 41, fol. 61v***

vntend er sprach lug- geselle ist da dar velli daher soll stat se
 es zu uns kumt so getrim ich got der hab es zeunter noturft her
 gestiget Daz velli kam sentlich und stund stille vor m. Er sprach
 wol her ingotes namen in der geselle hat im uf und holt in ruten
 und gieng er mit ime neiswiler. Inz er geruete in do si kame
 nahe zu einem dorfe Do lasset er abe und lere dem velli den zorn
 wider uf und hieß es sin stant gan Daman es komet ne. War es
 do kem. Also was er wert Daz kande er dar na me eruten. **C**do der
 diener kam hin da er hin wote Do gelthah ems abendes Daz er
 also gelast bi sinen gestlichen kunden und mon leidere zergemlich
 hep und inhepte daz ewig hep Do si von im gieng. do was sin hz
 neiswiler erhetet von siner begutliche rede in geidher mine. Wan in du
 te d. sin hep d. er moide und andre menschen gab ze minne all reht
 in besser we den elh heb diler wolt in do im ind beahunge die sine
 neiswiler erhetet do duhte in men gelist. Er wurd gelast uf em
 schen grimen heide und gie em stolzer himellicher umgung bi me
 und stur in an siner hand Also er hilt der selb iugling in der brud sel
 em hed in d. er schal all freid. Daz es in alle sin sine vlogte von
 uberkrast der stillen gedene in duhte in d. sin hz was all reht vol
 wurd inbründig. mine und amers na gete Daz d. bi was vund und
 wüende in dem lobe All ob es uo ubriger not zerbreche wolt. Und
 müste die rehte hand lege uf d. bi in selber zehilfe und sinu ogen
 wunden all vol Daz die lichen über ab rimen do d. lued in kom do wu
 in em bild sūrgeworfen in dem man inlere wote Daz selb hed daz
 er sin mit vgeßen mēne. Also lūgete er dar und sah inder sinne wie
 dū in kmd die. Ewigen wūheit genoger hate anre mūchdes he.
 Ru stand d. annang der hedes dem kmd ob sine lobre gestreben
 mit schene wolgeschriete buchtabe und was dū scrift all toge daz si
 mit menlich gelesen konde. Allein dū mēsthe dū es hate erbrieger mit
 übig. enpfundlichkeit. Dū lasen es wol und was dū scrift also
 der scrift las der diener behor. **H**ERZENORVO
 delich und sah den uf und blhte. **H**ERZENORVO
 inden heptich an und w3 in den neiswiler enpfundlich wie d. all reht war we

Bibliografía

Ediciones de las obras de Heinrich Seuse

Bihlmeyer, Karl ed. (1907), *Heinrich Seuse. Deutsche Schriften. Em Auftrag der Württembergischen Kommission für Landesgeschichte*, Stuttgart 1907 (reed., Minerva, Fráncfort del Meno 1961).

Künzle, Pius ed.(1977), *Heinrich Seuses Horologium sapientiae*, Universitätsverlag, Friburgo, 1977.

Sturlese, Loris y Rüdiger Blumrich eds. (1993), *Das Buch der Wahrheit. Daz buechli der warheit*, Mittelhochdeutsch-deutsch, Meiner, Hamburgo 1993.

Traducciones de las obras de Heinrich Seuse

Surio, Lorenzo (1615), *D. Herici Susonis viri sanctitate, eruditione et miraculis clarissimi opera nunc demum post annos ducentus et amplius, è Suevico idiomate Latine reddita à Reverend. Patr. Laurentio Surio Carthusiano*, Arnoldum Quentelium, Colonia.

Lavaud, Benoit O.P. (1946-1949) *L'Œuvre Mystique de Henri Suso*, 3 vols., Egloff, París.

Ancelet Hustache, Jeanne (1977), *Bienheureux Henri Suso. Œuvres complètes*, Éditions du Seuil, París.

Tobin, Frank (1989), *Henry Suso. The Exemplar with two german sermons*, Paulist Press, Mahwah, NJ.

Hofmann, Geog (1999), *Heinrich Seuse. Deutsche Mystische Schriften*, traducción de Georg Hofmann, presentación de Emmanuel Jungclaussen, introducción de Alois M. Haas, Benziger Verlag, Zürich y Düsseldorf.

Wackernagel, Wolfgang (2005), *Suso. Tel un aigle*, Payot/Rivages, París. Traducción de los ocho últimos capítulos.

Sandoval, Salvador (2008), *Beato Enrique Susón. Obras. Exemplar y cuatro sermones alemanes*, Editorial San Esteban, Salamanca. Traducción del texto latino de Lorenzo Surio, 1615.

Estudios

Altrock, Stephanie y Hans-Joachim Ziegeler (2001), «Vom diener der ewigen wisheit zum Autor Heinrich Seuse. Autorschaft und Medienwandel in den illustrierten Handschriften und Drucken von Heinrich Seuses *Exemplar*», en Ursula Peters (ed.), *Text und Kultur. Mittelalterliche Literatur 1150-1450*, Stuttgart, págs. 150-181.

Baruzi, Jean (1975), «Le mysticism de Henri Suso», en *Revue d'Histoire de la Spiritualité*, n.º 51, págs. 209-266.

Bizet, Jean A. (1957), *Mystiques Allemands du XIVème siècle. Eckhart, Suso, Tauler*, París.

Blank, Walter (1993), «Heinrich Seuses Vita: Literarisches Gestaltung und pastorale Funktion des Schriftens», en *Zeitschrift für deutsches Altertum und deutsche Literatur*, 122, págs. 285-311.

Blumrich, Rüdiger y Philipp Kaiser (eds.) (1994), *Heinrich Seuses Philosophia spiritualis. Quellen, Konzept, Formen uns Reception*, Dr. Ludwig Reicher Verlag, Wiesbaden.

Boesch, Bruno (1968), «Seuses religiöse Sprache», en *FG Friederich Maurer*, Düsseldorf, págs. 223-245.

Borst, Arno (1978), *Mönchen am Bodensee 610-152*, Sigmaringen, págs. 246-263.

Bühlmann, Josef (1942), *Christus Lehre uns Christismystik des Heinrich Seuse*, Verlag Joseph Stoker, Lucerna.

Bynum, Caroline W. (1987), *Holy Fest and Holy Fast. The Religious significance of Food to Medieval Women*, University of California Press, Berkeley, Los Ángeles, Londres.

Byrn, Richard F. M. (1983), «Heinrich Seuse und die Lehre von der Vier Letzten Dinge», en Haug Walter (ed.), *Zur deutschen Literatur und Sprache des 14. Jahrhunderts*, Heidelberg, págs. 65-75.

Cirlot, Victoria y Blanca Garí, *La mirada interior*, Madrid, Siruela 2008.

Colledge, Edmund (1980), «“If all the world were Paper”: Henry Suso’s use of a much-travelled commonplace», en *Archivum Fratrum Praedicatorum*, 50, págs. 113-116.

Colledge, Edmund y J. C. Marler (1984), «Mystical Pictures in the Suso Exemplar. Ms. Strasbourg 2929», en *Archivum Fratrum Praedicatorum*, 55, págs. 293-354.

Dieter, Breuer (1984), «Zur Druckgeschichte und Reception der Schriften Heirichs Seuses», en Breuer Dieter (ed.), *Frömmigkeit in der frühen Neuzeit. Studien zur religiösen Literatur des 17. Jahrhunderts in Deutschland*, Ámsterdam, págs. 29-49.

Diethelm, Anna Margaretha (1988), *Durch sein selbs unestorben virchlichkeit hin zu grosser loblichen heilikeit. Körperlichkeit in der Vita Heinrich Seuses*, Peter Lang, Berna.

Michael, Ederding (1997), *Die Metaphorik der spätmittelalterlichen Mystik*, 2

vols.), Ferdinand Schöningh, Paderborn.

Enders, Markus (2008), *Gelassenheit und Abgeschiedenheit. Studien zur Deutschen Mystik*, Hamburgo.

Filthaut, Ephrem M. (ed.) (1966), *Heinrich Seuse. Studien zum 600. Todestag 1366-1966*, Albertus Magnus Verlag, Colonia.

Follini, Christian (2007), *Katharinnental und Töss. Zwei mystischen Zentren in sozialgeschichtlicher Perspektive*, Zürich.

Follini, Christian y Alberto Palaia (2000), «Die Dominikanerinnenklöster Töss und St. Katharinnental. Sozialgeschichtliche Annäherungen», en Gabriela Signori (ed.), *Lesen, Schreiben, Sticken und Erinnern. Beiträge zur Kultur-und Sozialgeschichte mittelalterlicher Frauenklöster*, Bielefeld.

Garí, Blanca (2003), «Filosofía en vulgar y mistagogía en el “Miroir” de Margarita Porete», en Nadia Bray y Luis Sturlese (eds.), *Filosofía in volgare nel Medioevo, Fédération Internationale des Instituts d’Études Médiévales. Textes et Études du Moyen Âge*, 21, Lovaina, págs. 133-153.

Garí, Blanca (2012) «Margherite Porete y la Biblia. Imágenes de la kenosis en el Espejo de las almas libres», en *Crítica del Texto*, 15/1, págs. 217-236.

Gougaud, Louis (1925), *Dévotions et pratiques ascétiques du Moyen Âge*, París.

Gnädiger, Louise (1980), «Das Altväterzitat im Predigtwerk Johannes Taulers», en J. Brantschen y Pietro Selvatico (eds.), *Unterwegs zur Einheit. Festschrift für Heinrich Stirnimann*, Friburgo/Schweiz, págs. 253-267.

Gnädiger, Louise (1998), «Arsenius. Ein bevorzugter geistlicher Lehrmeister Heinrich Seuses», en Jakobus Kaffanke (ed.), *Heinrich Seuse. Diener der Ewigen Weisheit*, Friburgo de Brisgovia, págs. 87-159.

Greenspan, Kate (1996), «Autobiography and Medieval Women’s Spiritual Autobiography», en Jane Chance (ed.), *Gender and Text in the Later Middle Ages*, Gainesville, págs. 216-236.

Grubmüller, Klaus (1969), «Die Viten der Schwestern von Töss und Elsbeth Stägel», en *ZDA*, 9, págs. 171-204.

Haas, Alois M. (1971), «Thema und Funktion der Selbsterkenntnis im Werk Heinrich Seuses», en *Nim din selbes war. Studien zur Lehre von der Selbsterkenntnis bei Meister Eckhart, Johannes Tauler und Heinrich Seuse*, Universitätsverlag Freiburg, Friburgo, Schweiz, págs. 154-208.

Haas, Alois M. (1984), «Sprache und mystische Erfahrung nach Tauler und Seuse», en *Geistliches Mittelalter*, Universitätsverlag Freiburg, Friburgo, Schweiz, págs. 239-247.

Haas, Alois M. (1989), «Trage Leiden geduldig. Die Einstellung der deutschen Mystik zum Leiden», en Alois M. Haas, *Gottleiden Gottlieben. Zur volksprächlichen Mystik im Mittelalter von Alois Maria Haas*, Insel Verlag, Fráncfort del Meno, págs. 127-152.

Haas, Alois M. (1992), «Civitatis ruinae. Heinrich Seuse Kirchenkritik», en Johannes Janota (eds.), *Festschrift Walter Haug und Burghart Wachinger*, Niemeyer, Tübingen, vol. 2, págs. 389-406.

Haas, Alois M. (1995), *Kunst rechter Gelassenheit. Themen und Schwerpunkte von Heinrich Seuses Mystik*, Peter Lang, Berna.

Haas, Alois M. y Kurt Ruh (1992), «Seuse, Heinrich OP», en *Verfasserlexikon*, Berlín/Nueva York, 8, págs. 1.109-1.129.

Haferland, Harald (2007), «Die Peinigung des Körpers und seine Schrift. Zur Dynamik von Heiligkeit in der deutschen Mystik», *Mitteilungen des Deutschen Germanistenverbandes*, 54, págs. 165-200.

Heblin, Barbara, Magdalen Bless-Grabherr e Ines Buhofer (eds.) (2002), *Bettelorden, Bruderschaften und Beginnen in Zürich. Stadtkultur und Seelenheil im Mittelalter*, Zürich.

Hamburger, Jeffrey F. (1990), *The Rothschild Canticles. Art and Mysticism in Flanders and the Rhineland circa 1300*, New Haven y Londres.

Hamburger, Jeffrey F. (1992), «Biography, Hagiography and Legend in the interpretation of medieval Art: The Case of Heinrich Seuse», en *L'Art et les révolutions* (XXVII Congrès international d'histoire de l'Art 1989), Estrasburgo.

Hamburger, Jeffrey F. (1998/1), «The Use of Images in the Pastoral Care of Nuns: The Case of Henry Suso and the Dominicans», en *The Visual and the Visionary. Art and Female Spirituality in Late Middle Ages*, Zone Books, Nueva York, págs. 197-232.

Hamburger, Jeffrey F. (1998/2), «Medieval self-fashioning: Authorship, Authority, and Autobiography in Suso's Exemplar», en *The Visual and the Visionary. Art and Female Spirituality in Late Middle Ages*, Zone Books, Nueva York, págs. 233-278.

Hamburger, Jeffrey F. (2001), «Frauen und schriftlichkeit im Mittelalter», en Susanne Bieri y Walther Fuchs (eds.), *Bibliotheken bauen. Tradition und Vision-Building for Books. Traditions and Visions*, Basilea/Boston/ Berlín, págs. 71-121.

Hamburger, Jeffrey F. (2002), *St. John the Divine. The deified Evangelist in medieval Art and Theology*, Berkeley, University of California Press.

Hamburger, Jeffrey F. (2007), «Visible, yet secret. Images as Signs of Friendship in Seuse», en *Oxford German Studies*, 36, 2, págs. 141-162.

Hamburger, Jeffrey F. (2008), «Heinrich Seuse, "Das Exemplar"», en Norbert Ott (ed.), *Katalog der deutschsprachigen Handschriften des Mittelalters*, Múnich.

Hammerstein, Reinhold (1962) *Die Musik der Engel. Untersuchungen zur Musikschaung des Mittelalters*, Francke Verlag, Berna/Múnich.

Holestein-Hasler, Anna-Marie (1968), «Studien zur Vita Heinrichs Seuses», en *ZSKG*, 62, Zürich, págs. 185-332.

Imbach, Ruedi (1987), «Die deutsche Dominikanerschule: Drei Modelle einer

Theologia mystica», en Margot Schmidt ed., *Grundfragen christlicher Mystik*, Stuttgart/Bad Cannstatt, págs. 157-172.

Jochen Berns, Jörg (2003), *Gedächtnislehren und Gedächtniskünste in Antike und Frühmittelalter*, Tübingen.

Joeressen, Uta (1983), *Die Terminologie der Innerlichkeit in den deutschen Werken Heinrichs Seuses*, Peter Lang, Frankfurt/Berna/Nueva York.

Keller, Hildegard Elisabeth (2002), «Kolophon im Herzen. Von beschrifteten Mönchen an den Rändern der Paläographie», en Martin Schubert (ed.), *Der Schreiber im Mittelalter*, Berlin (*Das Mittelalter. Perspektiven mediävistischer Forschung* 7), págs. 157-182.

Keller, Hildegard Elisabeth (2003), «Rosen-Metamorphosen. Von unfesten Zeichen in spätmittelalterlichen Texten: Heinrich Seuses *Exemplar* und das Mirakel Marien Rosenkranz», en Urs-Beat Frei y Fredy Bühler (eds.), *Der Rosenkranz. Andacht - Geschichte - Kunst*, Berna, págs. 48-67.

Keller, Hildegard Elisabeth (2006), «Zorn - Prüfstein der Exemplarität? Eine Fallstudie zum *Exemplar* und seinen Paratexten», en Katharina Philipowski y Anne Prior (eds.), *Anima und sêle. Darstellungen und Systematisierungen von Seele im Mittelalter*, Berlin, págs. 221-247.

Keller, Hildegard Elisabeth (2011), *Die Stunde des Hundes. Nach Heinrich Seuses «Exemplar»*, con contribuciones de Jeffrey F. Hamburger, 2.^a ed. Zürich (Trilogie des Zeitlosen 1).

Kendrick, Laura (1999), *Animating the Letter. The Figurative Embodiment of Writing from Late Antiquity to the Renaissance*, Ohio State University, Columbus.

Kersting, Martin (1987), *Text und Bild im Werk Heinrich Seuses. Untersuchungen zu den illustrierten Handschrift des Exemplars*, Mainz.

Kieckfer, Richard (1984), *Unquiet Souls, Fourteenth-Century Saints and their religious Milieu*, Chicago.

Krüger, Klaus (1989), «Bildandacht und Bergeinsamkeit. Der Eremit als Rollenspiel in der städtischen Gesellschaft», en Hans Belting, Dieter Blume (eds.), *Malerei und Stadtkultur in der Dantzeit. Die Argumentation der Bilder*, München, págs 187-200.

Largier, Niklaus (1987), «Anima mea liquefacta est. Das Gespräch der Seele mit Gott bei Mechthild von Magdeburg und Heinrich Seuse», en *Internationale Katholische Zeitschrift*, 16, págs. 227-237.

Lavaud, Benoit (1968), «Principiantes, aprovechados y perfectos. Nota sobre las etapas de la vida espiritual según Enrique Suso», *Teología Espiritual*, 35, XII, págs. 254-267.

Lentes, Thomas (2004), «Der mediale Status des Bildes. Bildlichkeit bei Heinrich Seuse- statt einer Einleitung», en Thomas Lentes (ed.), *Kultbild. Visualität und Religion in der Vormoderne*, Berlin, págs. 12-73.

Lüers, Grete (1926), *Die Sprache der deutschen Mystik des Mittelalters im Werke*

der Mechthild von Magdeburg, Reinhard, Múnich.

McGinn, Bernard (2005), *The Harvest of Mysticism in Medieval Germany (1300-1500)*, Nueva York.

Michel, Paul (1980), «Seuse als Diener des göttlichen Wortes», en Alois M. Haas y Heinrich Stirnimann, *Das einig Ein. Studien zu Theorie und Sprache der deutschen Mystik*, Universitätsverlag Freiburg, Friburgo, Schweiz, págs. 281-367.

Misch, Georg (1967), *Geschichte der Autobiographie IV: Heinrich Seuse*, Fráncfort del Meno.

Nicklas, Anna (1914), *Die Terminologie des Mystikers Heinrich Seuse*, Königsberg.

Ohly, Friedrich (1996), *Süsse Nägel der Passion. Ein Beitrag zur theologischen Semantik*, Saecula Spiritalia 21, Baden-Baden, Valentin Koerner.

Ruh, Kurt (1966), «Seuse Vita c. 52 und das Gedicht und die Glosse “Vom Überschall”», en Ephrem M. Filthaut (ed.), *Heinrich Seuse. Studien zum 600. Todestag 1366-1966*, Albertus Magnus Verlag, Colonia, págs. 191-212.

Ruh, Kurt (1996), *Die Mystik des deutschen Predigerordens und ihre Grundlegung durch die Hochscholastik. Geschichte der abendländischen Mystik*, vol. 3, Beck, Múnich, págs. 415-475.

Orcibal, Jean (1987), *San Juan de la Cruz y los místicos renano-flamencos*, Madrid.

Schiewer, Hans-Jochen (2002), «Möglichkeiten und Grenzen schreibener Ordensfrauen im Spätmittelalter», en Barbara Heblin, Magdalen Bless-Grabherr e Ines Buhofer (eds.), *Bettelorden, Bruderschaften und Beginnen in Zürich. Stadtkultur und Seelenheil im Mittelalter*, Zürich, págs. 179-187.

Schwietering, Julius (1964), «Das Autorschaft von Seuses Vita», en Kurt Ruh (ed), *Altdeutsche und altniederländische Mystik*, Darmstat, págs. 309-323.

Stirnimann, Heinrich (1980), «Mystik und Metaphorik. Zu Seuses Dialog», en Alois M. Haas y Heinrich Stirnimann, *Das einig Ein. Studien zu Theorie und Sprache der deutschen Mystik*, Universitätsverlag Freiburg, Friburgo, Schweiz, págs. 209-280.

Strauch, Philipp (ed.) (1982), *Margaretha Ebner und Heinrich von Nördlingen. Ein Beitrag zur Geschichte der Deutschen Mystik*, Akademische Verlagsbuchhandlung von J. C. B. Mohr, Friburgo y Tübinga.

Ulrich, Peter (1995), *Imitatio et configuratio. Die philosophia spiritualis Heinrich Seuses als Theologie der Nachfolge des Christus passus*, Verlag Friederich Pustet, Regensburg.

Vega, Amador (ed.) (1998), Maestro Eckhart, *El fruto de la nada y otros escritos*, Siruela, Madrid 1998.

Vetter, Ferdinand (ed.) (1906). *Das Leben der Schwestern zu Töß beschrieben von Elsbet Stigel*, Deutsche Texte des Mittelalters 6, Weidmannsche Buchhandlung, Berlín.

Williams-Krapp, Werner (1992), «“Nucleus totius perfectionis.” Die Altväterspiritualität in der “Vita” Heinrich Seuses», en Johannes Janota (ed.), *Festschrift Walter Haug und Burghart Wachinger*, Niemeyer, Tübinga, vol. 2, págs. 405-421.

Williams-Krapp, Werner (2004), «Heinrich Suso's Vita between Mystagogy and Hagiography», en Anneke Mulder Bakker (ed.), *Seeing and Knowing. Women and Learning in Medieval Europe*, Leiden, págs. 35-47.

Williams, Ulla (1994), «Vatter ler mich. Zur Funktion von Verba und Dicta im Schrittm der deutschen Mystik», en *Philosophia spiritualis. Quellen, Konzept, Formen und Reception*, Dr. Ludwig Reicher Verlag, Wiesbaden, págs. 139-172.

Índice bíblico

Gn 28, 12 (cap. 36)	Sab 8, 1 (cap. 3)
Gn 41, 1-4 (cap. 51)	Ecl 7, 26 (cap. 3)
Éx 33, 20 (cap. 50)	Is 6, 2 (cap. 43)
Dt 32, 11 (cap. 46)	Is 6, 20 (cap. 5)
2 Sm 15, 15 (cap. 13)	Is 50, 6 (cap. 20)
Job 1, 12 (cap. 24)	Is 53, 1 (cap. 13)
Job 7, 1 (cap. 20)	Is 62, 4 (cap. 38)
Job 31, 23 (cap. 51)	Dn 13, 22 (cap. 38)
Sal 17, 30 (cap. 35)	Am 9, 9 (cap. 43)
Sal 22, 2 (cap. 13)	Mt 5, 3 (cap. 51)
Sal 22, 15-16 (cap. 13)	Mt 9, 22 (cap. 33)
Sal 21, 1 (cap. 24)	Mt 9, 22 (cap. 34)
Sal 21, 2 (cap. 30)	Mt 10, 16 (cap. 29)
Sal 31, 6 (cap. 30)	Mt 12, 31 (cap. 39)
Sal 33, 20 (cap. 38)	Mt 15, 22 (cap. 34)
Sal 51 (cap. 11)	Mt 16, 24 (cap. 35)
Sal 67, 36 (cap. 35)	Mt 26, 50 (cap. 38)
Sal 77, 30 (cap. 20)	Mt 26, 42 (cap. 38)
Prov 3, 19-20 (cap. 3)	Mc 15, 34 (cap. 24)
Prov 3, 24. (cap. 3)	Lc 7, 38-50 (cap. 34)
Prov 4, 1 (cap. 3)	Lc 10, 3 (cap. 29)
Prov 6, 10 (cap. 3)	Lc 22, 31 (cap. 43)
Prov 21, 17 (cap. 3)	Lc 23, 34 (cap. 30)
Prov 23, 26 (cap. 3)	Lc 23, 43 (cap. 40)
Cant 1, 16 (cap. 39)	Lc 23, 46 (cap. 30)
Cant 4, 11 (cap. 3)	Lc 23, 46 (cap. 49)
Cant 5, 19 (cap. 3)	Jn 1, 1 (cap. 51)
Sab 7, 10-11 (cap. 3)	Jn 1, 3 (cap. 52)
Jn 9, 3 (cap. 40)	1 Cor 13, 12 (cap. 52)
Jn 12, 27 (cap. 52)	1 Cor 15, 28 (cap. 52)

Jn 16, 7 (cap. 46)
Jn 17, 9-26 (cap. 30)
Jn 17, 21-23 (cap. 32)
Jn 19, 30 (cap. 49)
Rom 1, 20 (cap. 50)
Rom 8, 15 (cap. 51)
Rom 8, 28 (cap. 32)
Rom 11, 33 (cap. 18)
Rom 12, 15 (cap. 29)
Flp 4, 13 (cap. 35)

2 Cor 1, 19 (cap. 8)
2 Cor 11, 26 (cap. 29)
2 Cor 12, 22 (cap. 48)
2 Cor 12, 2 (cap. 52)
2 Cor 12, 2-4 (cap. 2)
2 Cor 12, 7-10 (cap. 35)
Gál 2, 4 (cap. 29)
Gál 2, 20 (cap. 51)
Gál 2, 20 (cap. 52)

Índice de autores

Agustín de Hipona

De Génesis ad litt. XII, 4 (cap. 51)

Confesiones VI 13 PL 32, 731 (cap. 51)

De Trinitate I y VII (cap. 52)

De Trinitate IV PL 42, 906 (cap. 51)

Aristóteles

Física VII 241 b 24 ss. (cap. 50)

Metafísica 993, b 9 (cap. 50)

Bernardo de Claraval

Summa theologiae I, q. 54, art. 1 (cap. 50)

Summa theologiae I, q. 14, art. 5 (cap. 50)

Summa theologiae I, q. 12, art. 11 (cap. 50)

Boecio

Buenaventura

Itinerarium (cap. 50)

Itinerarium v, 3-4 (cap. 51)

Itinerarium v, 4 (cap. 51)

Dionisio Areopagita

De divinis nominibus, PG 3, II, 5, 7 (cap. 51)

Teología mística I, 1 (cap. 52)

Tomás de Aquino

De diligendo Deo cap.10, PL 182, 991 (cap.52)

De gradibus humilitatis 7 y 8, PL 182, 952-955 (cap. 53)

Summa contra Gentiles 4, 11 (cap. 51)

Philosophiae Consolatio PL 63, 588 (cap. 3)

Notas

Introducción

¹ Karl Bihlmeyer, *Heinrich Seuse. Deutsche Schriften. Ein Auftrag der Württembergischen Kommission für Landesgeschichte*, Stuttgart 1907 (reed., Minerva, Fráncfort del Meno 1961). El *Ejemplar* se conserva hoy en catorce copias manuscritas, seis de ellas ilustradas, la más antigua de las cuales es el Ms. 2929 de Estrasburgo; de ellas dependen las también ilustradas impresiones más tempranas: el incunable de Anton Sorg, Augsburgo 1482, y la segunda impresión revisada de 1512. El manuscrito de Estrasburgo fue realizado hacia 1370, muy poco después de la muerte de Seuse, y se considera una copia muy cercana al original, tanto en lo que respecta al texto como a las iniciales miniadas y las ilustraciones. Estas fueron concebidas con práctica seguridad por el propio Seuse y son fundamentales, como ha insistido, entre otros, Jeffrey F. Hamburger; para la correcta comprensión del texto; véase Jeffrey Hamburger, «Heinrich Seuse, Das Exemplar», en Norbert Ott (ed.), *Katalog der deutschsprachigen illustrierten Handschriften des Mittelalters*, Múnich 2008, págs. 156-187.

² De las obras de Seuse se conservan más de 500 manuscritos, entre los que destacan los más de 300 del *Horologium Sapientiae*, así como las numerosas impresiones y traducciones antiguas de todas sus obras. Alois M. Haas y Kurt Ruh, «Seuse, Heinrich OP», en *Verfasserlexikon*, 8, Berlín/Nueva York 1992, págs. 1109-1129; también Dieter Breuer, «Zur Druckgeschichte und Reception der Schriften Heinrichs Seuses», en Dieter Breuer (ed.), *Frömmigkeit in der frühen Neuzeit. Studien zur religiösen Literatur des 17. Jahrhunderts in Deutschland*, Ámsterdam 1984, págs. 29-49.

³ La correspondencia entre Margaretha Ebner y Heinrich von Nördlingen ha sido editada por Philipp Strauch (ed.), *Margaretha Ebner und Heinrich von Nördlingen. Ein Beitrag zur Geschichte der Deutschen Mystik*, Akademische Verlagsbuchhandlung von J. C. B. Mohr, Friburgo y Tübinga 1982. Aparte de las importantes, aun si escasas, menciones en las cartas XXXI, XXXV y LI, completan las noticias sobre la vida de Heinrich Seuse algunas evidencias póstumas y sobre todo la información aportada por el prólogo de la impresión del *Ejemplar* de 1512, Karl Bihlmeyer, *Heinrich Seuse. Deutsche Schriften...*, en especial págs. 136-140 de la introducción.

⁴ En las últimas décadas la investigación ha desplegado un amplio debate acerca de la identificación entre autor y texto o, por el contrario, la total ficcionalidad del personaje literario. Se trata de una polémica que va más allá del caso del *Ejemplar* y que tiene que ver con la perspectiva desde la que se leen los textos literarios de la Edad Media, enfrentando sobre todo a germanistas e historiadores. En el caso de la *Vida*, mientras algunos autores como Stephanie Altmann y Hans-Joachim Ziegler, «Vom diener der ewigen weisheit zum Autor Heinrich Seuse. Autorschaft und Medienwandel in den illustrierten Handschriften und Drucken von Heinrich Seuses *Exemplar*», en Ursula Peters (ed.), *Text und Kultur. Mittelalterliche Literatur 1150-1450*, Stuttgart 2001, págs. 150-181, piensan que nada tienen que ver el autor Heinrich Seuse y el personaje de «el Servidor», otros se inclinan por una identificación casi literal, como por ejemplo Peter Dinzelbacher, *Christliche Mystik im Abendland*, F. Schöningh, Paderborn 1994, págs. 295-311. Un acercamiento ponderado al juego complejo de relaciones entre autor y texto lo encontramos entre otros ejemplos en Jeffrey F. Hamburger, «Medieval self-fashioning: Authorship, Authority and Autobiography in Susos *Exemplar*», en ibidem, *The Visual and the Visionary. Art and Female Spirituality in Late Middle Ages*, Zone Books, Nueva York 1998, págs. 233-278; así como Hildegard Elisabeth Keller, *Die Stunde des Hundes. Nach Heinrich Seuses «Exemplar». Mit Beiträgen von Jeffrey F. Hamburger*, 2.^a ed. Zürich 2011 (Trilogie des Zeitlosen 1).

⁵ Su propio nombre nos es en realidad desconocido, aunque se le ha supuesto el Heinrich paterno, de ahí que se le conozca como Heinrich Seuse, Süss o Suso (en español Susón), nombre del que no hay que olvidar su significado literal de connotaciones espirituales: «dulce». Hildegard Elisabeth Keller, *Die Stunde des Hundes*, op. cit., págs. 23-24; véase también Friederich Ohly, 1989.

⁶ El prólogo de la impresión de 1512 nos informa sobre el origen del nombre, el Süss o Suso materno, y sobre

la familia de Heinrich von Berg o Heinrich Seuse. Con el nombre de Susze aparece ya en las cartas de Heinrich von Nördlingen, y a mediados del siglo XV una mujer dedica una lámpara votiva «beati Henrici Sūs», cf. Karl Bihlmeyer, *Heinrich Seuse*, págs. 137-138.

7 Walter Senner, «Heinrich Seuse und the Dominikanerorden», en Blumrich Rüdiger, Kaiser Philipp (eds.), *Heinrich Seuses Philosophia spiritualis. Quellen, Konzept, Formen und Reception*, Dr. Ludwig Reicher Verlag, Wiesbaden 1994, págs. 3-31.

8 Carta XXXV, 21 de septiembre de 1339. «Ein puch han ich gesant dem prior ze Kaiszheim, das ist das buch das man nent Orologium Sapientiae ze latin, das ist unszers lieben vatters Taulers, der noch nit kommen ist von Cölen; das haiss dir lihen, so ers erst ab geschribt –das han ich im geschriben– und schribent esden ab dem convent, das es allzeit bei euch belib», Philipp Strauch (ed.), *Margaretha Ebner und Heinrich von Nördlingen*, op. cit., págs. 228-229.

9 Que la escena se inspira en un relato de Rufino de Aquilea lo puso por primera vez de relieve Louise Gnädiger, «Das Altväterzitat im Predigtwerk Johannes Taulers», en J. Brantschen y Pietro Selvatico (eds.), *Unterwegs zur Einheit. Festschrift für Heinrich Stirnimann*, Friburgo/Schweiz 1980, págs. 253-267. El relato aparece también en la carta XII del *Gran Libro de las Cartas* que Seuse le dirige a Elsbet Stigel, cit. Karl Bihlmeyer, *Heinrich Seuse*, pág. 443, 5-21. Ha señalado las múltiples connotaciones de la parábola del perro y el trapo en el contexto de la obra de Seuse, la relación con la orden dominica y la identificación entre texto y tejido Hildegard Elisabeth Keller, *Die Stunde des Hundes*, págs. 44-45.

10 *Das Leben der Schwestern zu Töß beschrieben von Elsbet Stigel*. Edited by Ferdinand Vetter. Deutsche Texte des Mittelalters 6. Berlin, Weidmannsche Buchhandlung, 1906. Una discusión acerca del papel jugado por Elsbet en la redacción del *Schwesterbuch* de Tös en Martina Wehrli-Johns, «Töss», en *Die Dominikaner und Dominikanerinnen in der Schweiz*, II, Basel 1999, págs. 901-934; Hans-Jochen Schiewen, «Möglichkeiten und Grenzen schreibender Ordensfrauen im Spätmittelalter», en Barbara Hebling, Magdalen Bless-Gräbherr e Ines Buhofer (eds.), *Bettelorden, Bruderschaften und Beginen in Zürich. Stadtkultur und Seelenheil im Mittelalter*, Zürich 2002, págs. 179-187; Alois Maria Haas, «Nonnenviten», en *Mystik im Kontext*, Wilhelm Fink Verlag, Múnich 2004, págs. 222-224; Alois M. Haas y Kurt Ruh, «Stigel (Staglin) Elsbet OP», en *Verfasserlexikon*, 9, Berlin/Nueva York 1995, págs. 219-225; y también David F. Tinsley, «Gender, Paleography, and the Question of Authorship in Late Medieval Dominican Spirituality», *Medieval Feminist Forum* 26, 1, 1998, págs. 23-31.

11 Amistad que Bernard McGinn ha definido como «one of the major monuments of the conversations between men and women that were so vital to the new mysticism of the later Middle Ages», en *The Harvest of Mysticism in Medieval Germany (1300-1500)*, Nueva York 2005, pág. 202; sobre la conversación entre los sexos como elemento central de la mística de los siglos bajomedievales profundiza el propio Bernard McGinn en *The Flowering of Mysticism. Men and Women in the New Mysticism, 1200-1350*, Crossroad, Nueva York 1998, págs. 15-24. Sobre la figura histórica y literaria de Elsbet Stigel, así como de otras mujeres como Anna en la *Vida*, véase Hildegard Elisabeth Keller, *Die Stunde des Hundes*, págs. 26-27.

12 El opúsculo que cierra la última de las cartas del *Pequeño libro de las cartas* nos informa de que la propia Elsbet había traducido del latín al alemán en versos rimados las máximas que en él se incluyen y que procedían de las pinturas de los muros de la capilla de Seuse, Bihlmeyer, *Heinrich Seuse. Deutsche Schriften...*, pág. 397, 3-8.

13 A finales de 1338 o principios de 1339 Heinrich von Nördlingen escribe a Margaretha Ebner refiriéndose al conflicto y hablándole de los amigos que ha intentado ver en Constanza; a Seuse, dice, ya no lo ha encontrado allí: carta XXXI, 21 de diciembre de 1338/6 de enero de 1339, «ich fand pruder Diethalm noch den Suszen nit ze Kostentz» [No encontré ni al hermano Diethalm ni a Seuse en Constanza], Philipp Strauch (ed.), *Margaretha Ebner und Heinrich von Nördlingen*, pág. 216.

14 Carta LI, finales de 1347 o principios de 1348, «mein hertz haltet nit mer zu dem Sūsen, als es etwan tet; bit got für unsz beid», Philipp Strauch (ed.), *Margaretha Ebner und Heinrich von Nördlingen*, pág. 263.

15 La autenticidad de la *Vida* fue defendida por Julius Schwietering, «Das Autorschaft von Seuses Vita», en Kurt Ruh (ed.), *Altdeutsche und altniederländische Mystik*, Darmstadt 1964, págs. 309-323; con escasas excepciones, la investigación posterior la ha venido dando por supuesta, si bien el debate sigue abierto en torno a su carácter, en palabras del propio Schwietering, de «biographisches Legend» y en torno al sentido autobiográfico y/o hagiográfico que cabe atribuir al texto. Véase también, nota 4.

16 Sobre la función de las imágenes y su interrelación con el texto, véase sobre todo Jeffrey F. Hamburger, «The Use of Images in the Pastoral Care of Nuns: The Case of Henry Suso and the Dominicans», en *The Visual*

and the Visionary. *Art and Female Spirituality in Late Middle Ages*, Zone Books, Nueva York 1998, págs. 197-232. Especialmente relevante para la comprensión del universo imaginal en la obra de Heinrich Seuse es el análisis de Thomas Lentjes, «Der mediale Status des Bildes. Bildlichkeit bei Heinrich Seuse- statt einer Einleitung», en Thomas Lentjes (ed.), *Kultbild. Visualität und Religion in der Vormoderne*, Berlín 2004, págs. 12-73. También, en el contexto de los lazos entre Seuse y Elsbet, Hildegard Elisabeth Keller, «Heinrich Seuse», en Albert Lutz (ed.), *Die Sehnsucht nach dem Absoluten*, Zürich 2011, págs. 78-83.

17 Sobre este triple esquema, que procede de la patrística, se construyen muchas de las vidas espirituales de la Edad Media, como por ejemplo la *Vita* de Beatriz de Nazaret en el siglo XIII; *Beatrijs van Tienen, 1200-1268. De vroegste mystieke autobiografie. (Vita Beatricis. De Autobiografie van de Beatrijs van Tienen o. cist. 1200-1268. In de Latijnse bewerking van de anonieme biechtvader der abdij van Nazareth)*, L. Reypens S. J., Amberes 1964; sobre Beatriz véase también Victoria Cirlot y Blanca Garí, *La mirada interior*, Madrid, Siruela 2008, págs. 97-125. Sobre el uso de este esquema del progreso espiritual en la *Vida* de Heinrich Seuse véase Benoît Lavaud, «Principiantes, aprovechados y perfectos. Nota sobre las etapas de la vida espiritual según Enrique Suso», *Teología Espiritual*, 35, XII, págs. 254-267.

18 En relación con este aspecto podemos señalar nuevamente paralelismos en vidas espirituales anteriores y posteriores a Seuse. El autor de la *Vita Beatricis* argumenta de una forma compleja sobre su papel de mero traductor de los apuntes espirituales autobiográficos de Beatriz, reconociendo luego que también ha recibido informaciones de las otras monjas de la comunidad y que ha adaptado, añadido y eliminado según conviniera, cf. Victoria Cirlot y Blanca Garí, *La mirada interior*, pág. 100; por otro lado, ya a comienzos del siglo XV, la autobiografía espiritual de Margery Kempe revela asimismo un complejo proceso de escritura, dictado autobiográfico, intervención de dos escribas, etc., tematizado en el propio texto, cit. Sanford Brown Meech y Hope Emily Allen (ed.), *The Book of Margery Kempe*, EETS OS, 212, Oxford U. P., Londres 1940, reed. 1961; así como Lynn Staley Johnson, «The Trope of the Scribe and the Question of Literary Authority in the Works of Julian of Norwich and Margery Kempe», en *Speculum*, 66, 1991, págs. 820-838.

19 Christine Pleuser ha planteado en cambio como una opción sensata la posibilidad de que el papel de Elsbet Stigel sea el que Seuse le atribuye, o por lo menos la necesidad de admitir que el papel que le atribuye era desde una perspectiva histórica posible y creíble; cf. ibídem, «Tradition und Ursprünglichkeit in der Vita Seuses», en Ephrem M. Filthaut (ed.), *Heinrich Seuse. Studien zum 600. Todestag 1366-1966*, Albertus Magnus Verlag, Colonia 1966, pág. 138; este criterio lo recoge también Jeffrey F. Hamburger, «Medieval self-fashioning...», pág. 243.

20 Es cierto que algún autor ha puesto en duda la veracidad de todos los datos que pueden derivarse de la *Vida*, incluido el magisterio de Eckhart, cf. Stephanie Altmann y Hans-Joachim Ziegeler, «Vom diener der ewigen weisheit zum Autor Heinrich Seuse...», pág. 151, pero en general el balance suele ser, como ya se ha comentado, más ponderado; tal es el caso entre otros ejemplos de las semblanzas de Seuse trazadas por Kurt Ruh, *Geschichte der abendländischen Mystik*. Bd. 3. *Die Mystik des deutschen Predigerordens und ihre Grundlegung durch die Hochscholastik*, Beck, Múnich 1996, págs. 415-475, y Bernard McGinn, *The Harvest of Mysticism*, págs. 195-239.

21 Mas allá de la explícita división de la *Vida* en dos partes, suele dividirse la segunda de estas partes a su vez en dos: la que da comienzo con el *Confite filia* y narra la relación de Elsbet con Seuse, y la que se inicia con el *Sicut aquila*; esta última sería el opúsculo mistagógico compuesto por los nueve últimos capítulos (46-53) que ya Surio, en la traducción latina del *Ejemplar*, situaba aparte, separándolo de la *Vida* y colocándolo al final del *Pequeño libro de la Verdad*. La coherencia interna de este opúsculo, independientemente de su inserción en la *Vida*, es defendida entre otros por Wolfgang Wackernagel, *Suso. Tel un aigle*, Payot/Rivages, París 2005. Aunque el opúsculo en sí mismo es efectivamente coherente, su inclusión en el engranaje y estructura de la *Vida* es fundamental para entenderla. Bernard McGinn ha ensayado una ordenación del conjunto de los capítulos en el interior de las diferentes partes en *The Harvest of Mysticism...*, págs. 223-224.

22 Como tal «categoría conductora» la define Thomas Lentjes, «Der mediale Status des Bildes...», págs. 15-17.

23 Que al menos las pinturas de la capilla no son una ficción literaria, a tenor de los vestigios recordados por Heinrich Murer en su *Helvetia Sancta* en 1648, lo han señalado tanto Jeffrey F. Hamburger, «Biography, Hagiography and Legend in the Interpretation of Medieval Art: The Case of Heinrich Suso», en *L'Art et les révolutions. XXVII congrès international d'histoire de l'Art*, Estrasburgo 1989, 1992, págs. 6 y 14, como Louise

Gnädiger, «Arsenius. Ein bevorzugter geistlicher Lehrmeister Heinrich Seuses», en Kaffanke Jakobus (ed.), *Heinrich Seuse. Diener der Ewigen Weisheit*, Friburgo de Brisgovia 1998, págs. 98-99.

24 El uso de las imágenes en los ejercicios de meditación es minuciosamente explicitado en la *Vida*, y Seuse habla de esa práctica en el capítulo 35 como de la «devoción por medio de imágenes» (*sinem andaht nah bildlicher wise*). Sobre las prácticas de oración y el gesto como *performance* devocional, véase Kiekhefer Richard, «Major Currents in later Medieval Devotion», en Jill Raitt (ed.), *Christian Spirituality. High Middle Ages and Reformation*, vol. II, Crossroad, Nueva York 1987, págs. 75-108.

25 *Ein gelassener mensch mu'ss entbildet werden von der creatur, gebildet werden mit Cristo, und überbildet in der gotheit*, literalmente «desimaginarse», «imaginarse» y «sobreimaginarse», o «des-formarse (desprenderse de la forma) de criatura, con-formar su imagen a Cristo y trans-formarse en la Deidad». Los términos *bild bilden* pueden traducirse por «forma» y «formar» además de por «imagen» e «imaginar»; he intentado mantener en la traducción la idea subyacente a toda la obra de Seuse del uso de las imágenes en el proceso de superación de toda imagen en la Deidad.

26 Tal como son relatadas en los capítulos 4 y 45 de la *Vida*, pero también en el anexo al *Pequeño libro de las Cartas*, Karl Bihlmeyer, *Heinrich Seuse. Deutsche Schriften...*, págs. 393-395.

27 Ha señalado la asociación iconográfica Jeffrey F. Hamburger, «Medieval selffashioning...», pág. 267. Sobre el tema iconográfico de la Virgen de la Misericordia y su aparición en el Occidente medieval, Paul Perdrizet, *La Vierge de Miséricorde: Étude d'un thème iconographique*, Bibliothèque des Écoles françaises d'Athènes et de Rome, 101, Fontemoing, París 1908; Paul Deschamps, «La Vierge au Manteau dans les peintures murales de la fin du Moyen Âge», en *Scritti di Storia dell'Arte in onore Mario Salmi*, Roma 1962, 2, págs. 175-185; y más recientemente el excelente estudio de Christa Belting-Ihm, «Sub matris tutela» (*Abhandlungen der Heidelberg Akademie der Wissenschaften, Phil-hist. Klasse Jg. 1976, 3*), Carl Winter, Heidelberg 1976. Con todo, la iconografía de Cristo-Sabiduría como protector asociada al Salmo 45 y arropando bajo su manto a un conjunto de personajes al modo de una Virgen de la Misericordia aparece, además de en Seuse, en otro ejemplo con el que ignoramos qué relación puede guardar: se trata de la imagen del folio 36v. del breviario de Martín el Humano (París, BNF, ms. Rothschild 2529), Josefina Planas, *El breviario de Martín el Humano*, PUV, Valencia 2009, págs. 68-69 y n. 225.

28 Tal como lo definiera Henri Corbin para la antigua tradición iraní en *Cuerpo espiritual y Tierra celeste*, Siruela, Madrid 1996. Sobre la interpretación del espacio de la imagen y la visión en el mundo medieval y sus comparaciones con la experiencia estética contemporánea, Victoria Cirlot, *La visión abierta. Del mito del Grial al surrealismo*, Siruela, Madrid 2010.

29 Una amplia reflexión sobre la teoría de la visión medieval y su uso por parte de Seuse, en Alois M. Haas, «Seuses Visionen- Begriff der Vision», en ibidem, *Kunst rechter Gelassenheit. Themen und Schwerpunkte von Heinrich Seuses Mystik*, Peter Lang, Berna (2) 1996, págs. 179-221.

30 Pocos años después de la redacción del *Ejemplar*, otra visionaria, Juliana de Norwich, dejaba constancia en sus *Showings* de una interpretación semejante de su propia experiencia que, partiendo de una clasificación agustiniana de las visiones, afirma a un tiempo la realidad y la inexistencia material de las visiones corporales; cf. Blanca Garí, «Arte, mística y visión en la Baja Edad Media. El libro de las revelaciones de Juliana de Norwich», en A. Guance y P. Ubierna (eds.), *Sociedad y memoria en la Edad Media. Estudios en homenaje a la profesora Nilda Guilielmi*, Buenos Aires 2005, págs. 135-144.

31 *Die gesichte, die hie nach stent, die geschahen ovch nüt in liplicher wise, sú sint allein ein usgeleitú bischaft*, Karl Bihlmeyer, *Heinrich Seuse. Deutsche Schriften...*, pág. 197, 22-23; *Visiones quoque in sequentibus contentae non sunt omnes accipiendae secundum litteram, licet multae ad litteram contingerit, sed est figurata locutio*, Pius Künzle (ed.), *Heinrich Seuses. Horologium sapientiae. Eine kritische Ausgabe unter Benützung der Vorarbeiten von Dominikus Planzer OP*, Universitätsverlag, Friburgo 1977, pág. 366, 20-21.

32 Con razón han subrayado los más recientes estudios la importancia de las doce miniaturas a página entera, obra, si no del propio Seuse, inspirada por él, que acompañan los primeros manuscritos del *Ejemplar* y que asombrosamente desaparecen de él a partir del siglo XVI en las ediciones y las traducciones posteriores, incluidas las actuales. En su edición, Karl Bihlmeyer dedica unas páginas a las imágenes –algunas de las cuales reproduce– procedentes de diversos manuscritos y transcribe el texto de sus leyendas, cf. Karl Bihlmeyer, *Heinrich Seuse. Deutsche Schriften...*, págs. 45-62. Entre los estudios dedicados a las ilustraciones del *Ejemplar* destacan Colledge Edmund, Marler J. C., «Mystical Pictures in the Suso Exemplar. Ms Strasbourg 2929», en *Archivium*

Fratrum Praedicatorum, 55, 1984, págs. 293-354; Martin Kersting, *Text und Bild im Werk Heinrich Seuses. Untersuchungen zu den illustrierten Handschrift des Exemplars*, Maguncia 1987; Jeffrey F. Hamburger, «The Use of Images in the Pastoral Care of Nuns...»; ibídem, «Medieval self-fashioning...»; Stephanie Altmann / Hans-Joachim Ziegeler, «Vom diener der ewigen weisheit zum Autor Heinrich Seuse...»; Thomas Lentz, «Der mediale Status des Bildes...».

33 Según esta afirmación, al menos una se encontraba situada antes del prólogo, como sucede en el manuscrito de Estrasburgo (Ms. 2929) y en la mayor parte de los manuscritos ilustrados con la excepción del de París (B. N. aal.222). Sobre la posición de las imágenes en los diversos manuscritos, Thomas Lentz, «Der mediale Status des Bildes...», págs. 27-28.

34 Del análisis de los manuscritos ilustrados deriva Thomas Lentz la posibilidad de que, antes de pasar a formar parte de las páginas del *Ejemplar*, las imágenes pudieran formar ya un ciclo autónomo; Thomas Lentz, «Der mediale Status des Bildes...», pág. 30.

35 Como ha puesto de relieve especialmente Jeffrey F. Hamburger, «The Use of Images in the Pastoral Care of Nuns...», págs. 197-198.

36 Ambigüedad que permite, en opinión de Jeffrey F. Hamburger, el establecimiento de una red de analogías entre Seuse y María y facilita su identificación por parte del auditorio femenino como su inmediato ejemplar, cf. Hamburger, «Medieval self-fashioning...», pág. 245.

37 Como tal la define Jeffrey F. Hamburger, «The use of images...», págs. 202-203, que la relaciona iconográficamente con la imagen de la trinidad de Ana o *Anna Selbdritt*.

38 Ibídem, pág. 201.

39 Sabine B. Spitzlei, *Erfahrungsraum Herz. Zur Mystik des Zisterzienserinnenklosters Helfata im 13. Jahrhundert*, Frommann-holzboog, Stuttgart 1991; para Seuse y la imagen de la *inhabitatio* divina en el corazón como lugar de la memoria, véase Hildegard E. Keller, «Kolophon im Herzen. Von beschrifteten Mönchen an den Rändern der Paläographie», en Martin J. Schubert (ed.), *Der Schreiber im Mittelalter*, Berlin 2002, págs. 167-171.

40 Señala esta asociación iconográfica Thomas Lentz, «Der mediale Status des Bildes...», pág. 34.

41 Jacqueline Jung, «Crystalline Wombs and pregnant Hearts. The Exuberant Bodies of the Kathariner Visitation Group», en Rachel Fulton y Bruce Holsinger (eds.), *History in the Comic mode: Medieval Communities and the Matter of Person*, Nueva York 2007, págs. 223-237; y Brigitte Zierhut-Bösch, *Ikographie der Mutterschaftsmystik. Interdependenzen zwischen Andachtsbild und Spiritualität im Kontext spätmittelalterlicher frauenmystik*, Rombach, Friburgo de Brisgovia 2008, pág. 136.

42 Tal como sugiere al analizar esta imagen Martin Michael Schwarz, *Heinrich Seuse und das Straßburger Exemplar. Vision, Körper und Bild*, Diplomarbeit, Universität Wien 2009, pág. 94.

43 De hecho, hay cuatro momentos de la *Vida* que aluden claramente a la misma imagen, recurriendo a ella desde perspectivas diferentes: la primera es esta figuración de la unión mística en el capítulo 5; pero en el capítulo 7 Seuse recurre al icono de Juan y Jesús como práctica meditativa durante las comidas en el convento, imaginando a Jesús sentado junto a él e inclinándose por momentos sobre su pecho; más adelante, en el capítulo 34, es Elsbeth Stagel quien, siguiendo un simbolismo especular, se inclina osadamente sobre el pecho del Servidor solicitándole el conocimiento espiritual; por fin, en el capítulo 42 aparece una cuarta y última alusión al gesto devocional de Juan y Jesús, en la que un amigo del Servidor «con profunda devoción» toca con su boca la herida de su costado, que no es otra que el nombre de Jesús mismo escarificado en su pecho, aludiendo así a la capacidad de succionar en la herida el conocimiento. Sobre la tradición de esa imagen y su uso mistagógico ya en el siglo XII, véase Victoria Cirlot, «Hildegard y Juan de Padmos», en ibídem, *Hildegard von Bingen y la tradición visionaria de Occidente*, Herder, Barcelona 2005, págs. 67-94.

44 Wolfram Schneider-Lasting, «Leben und Offenbarungen der Elsbeth von Oye. Textkritische Edition der Vita aus dem Ötenbacher Schwesternbuch», en *Kulturtopographie des deutschsprachigen Südwestens im späteren Mittelalter. Studien und Texte*, Barbara Fleith y René Wetzlar (eds.), Tübinga 2009, págs. 395-467; Peter Ochsenbein, «Die Offenbarungen Elsbeths von Oye als Dokument leidensfixierter Mystik», en Kurt Ruh (ed.), *Abendländische Mystik im Mittelalter*, Stuttgart 1986, págs. 423-442. Werner Williams-Krapp, «“Nucleus totius perfectionis” Die Altvaterspiritualität in der “Vita” Heinrich Seuses», en Johannes Janota u. a. (eds.), *Festschrift Walter Haug und Burghart Wachinger*, Niemeyer, Tübinga 1992, vol. 2, págs. 417-419.

45 Sobre las prácticas religiosas y el cuerpo femenino es un referente inexcusable la obra de Caroline W.

Bynum, *Fragmentation and Redemption. Essays on Gender and the Human Body in Medieval Religion*, Nueva York 1991; más recientemente, ibídem, «Patterns of Female Piety in Later Middle Ages», en Jeffrey F. Hamburger y Susan Marti, *Crown and Veil. Female Monasticism from the Fifth to the Fifteenth Centuries*, Columbia U. P., Nueva York 2008, págs. 172-190; es interesante también la interpretación de Amy Hollywood de la apropiación por parte de Seuse de los modelos devocionales del sufrimiento femenino, *The Soul as Virgin Wife. Mechthild of Magdeburg, Marguerite Porete and Meister Eckhart*, Londres 1995, págs. 203-204; concretamente para la *Vida*, véase Anna Margaretha Diethelm, *Durch sein selbs unestorben virchlichkeit hin zu grosser loblichen heilikeit. Körperlichkeit in der Vita Heinrich Seuses*, Peter Lang, Berna 1988.

46 En relación con este tema véase sobre todo Alois M. Haas, «Trage Leiden geduldiglich. Die Einstellung der deutschen Mystik zum Leiden», en Alois M. Haas, *Gottleiden Gottlieben. Zur volkssprachlichen Mystik im Mittelalter*, Insel Verlag, Fráncfort del Meno 1989, págs. 127-152; véase también Harald Haferland, «Die Peinigung des Körpers und seine Schrift. Zur Dynamik von Heiligkeit in der deutschen Mystik», *Mitteilungen des Deutschen Germanistenverbandes*, 54, 2007, págs. 165-200; y Ulrich Peter, *Imitatio et configuratio. Die philosophia spiritualis Heinrich Seuses als Theologie der Nachfolge des Christus passus*, Verlag Friederich Pustet, Regensburg 1995.

47 Alois M. Haas, «Trage Leiden geduldiglich...», pág. 150.

48 Werner Williams-Krapp, «“Nucleus totius perfectionis.” Die Altväterspiritualität in der “Vita” Heinrich Seuses», en Johannes Janota u. a. (eds.), *Festschrift Walter Haug und Burghart Wachinger*, Niemeyer, Tübinga 1992, vol. 2, págs. 405-421.

49 Thomas Lentjes, «Der mediale Status des Bildes...», pág. 20.

50 Hildegard Elisabeth Keller, «Rosen-Metamorphosen. Von unfesten Zeichen in spätmittelalterlichen Texten: Heinrich Seuses *Exemplar* und das Mirakel Marien Rosenkranz», en Urs Beat Frei y Fredy Bühler (eds.), *Der Rosenkranz. Andacht – Geschichte – Kunst*, Berna 2003, págs. 48-67; Thomas Lentjes, «Der mediale Status des Bildes...», págs. 38-40.

51 Wolfgang Wackernagel, *Suso. Tel un aigle*, pág. 19; e ibídem, «Maitre Eckhart et le discernement mystique: À propos de la rencontre de Suso avec la (chose) sauvage sans nom», en *Revue de Theologie et Philosophie*, 129, 1997, págs. 113-126.

52 Una reflexión sobre las enseñanzas de Seuse y el contexto de las corrientes devocionales del Libre Espíritu y los Amigos de Dios, en McGinn, *The Harvest of Mysticism*, págs. 236-239. Véase también Georg Hofmann, «Die brüder und Schwester des freien Geistes zur Heinrich Seuses», en Ephrem M. Filthaut (ed.), *Heinrich Seuse. Studien zum 600. Todestag 1366-1966...*, págs. 9-32.

53 Margarita Porete utiliza a su vez en el capítulo 22 el símbolo del águila que vuela alto y puede mirar el sol en toda su claridad, Romana Guarnieri y Paul S. J. Verdeyen (eds.), *Marguerite Porete: Le mirouer des simples ames. Margaretae Porete Speculum simplicium animarum*, Corpus Christianorum, Continuatio Medievalis LXIX, Turnhout, Brepols 1986, cap. 22, págs. 82-84 [Margarita Porete, *El espejo de las almas simples*, trad. Blanca Garí, Siruela, Madrid 2005].

54 La cita de Jn 16, 7 y su comentario serán el tema también del sermón 4, Karl Bihlmeyer, *Heinrich Seuse. Deutsche Schriften*, págs. 529-536. Margarita Porete recoge esta misma cita del evangelio de Juan en el capítulo 123, para desarrollar a partir de ella una meditación dirigida a los que se encuentran en el cuarto estado, en el umbral de la frontera que les separa del «país de la libertad» y del «régimen de amor», frontera que deben traspasar, Romana Guarnieri y Paul S. J. Verdeyen (eds.), *Marguerite Porete: Le mirouer des simples ames*, cap. 123, pág. 348.

55 Bula de Juan XXII *In agro dominico*, traducida en: Maestro Eckhart, *El fruto de la nada y otros escritos*, trad. Amador Vega Esquerro, Siruela, Madrid 1998, págs. 175-179.

56 Romana Guarnieri y Paul S. J. Verdeyen (eds.), *Marguerite Porete: Le mirouer des simples ames*, cap. 41, págs. 128-130; cap. 76, págs. 210-212; cap. 103, págs. 280-284; cap. 105, págs. 286-288. Un comentario a estos capítulos en Luisa Muraro, «Margarita Porete e Martin Lutero sul tema della salvezza» y «Pace de carita in vita annientata: la scoperta di Margherita Porete», ambos en *Le amiche di dio*, Nápoles 2001, págs 73-81 y 181-203 respectivamente. Véase también Blanca Garí, «Margarita Porete y la Biblia. Imágenes de la *kénosis* en el *Espejo de las almas simples*», en *Rivista Critica del Testo*, xv, 1, 2012, págs. 217-236.

57 Solo un estudio detallado de los lugares comunes y de los puntos de fricción entre la obra de Seuse y el *Espejo* podría dar una respuesta al menos parcial a esta pregunta. No es posible llevar a cabo aquí este análisis,

pero he intentado señalar en las notas a la traducción de la *Vida* esos lugares comunes, los espacios de confluencia y los de fricción o abierta polémica.

Vida

1 Se trata del «Prólogo» al completo *Ejemplar*, cuyo primer libro es el de la *Vida*. Precede al prólogo la imagen núm. 1: las bodas espirituales del Servidor con la eterna Sabiduría, situada en el Ms. 2929 en el folio 1v (ver pág. 183).

2 Encabeza el texto del «Prólogo» la primera de las iniciales miniadas, folio 2r del Ms. 2929. Sobre la interpretación de las cuatro iniciales miniadas que ilustran la *Vida*, véase Hamburger 1998-2, págs. 272-276.

3 *Ejemplar (Exemplar)*: con este nombre define Seuse los cuatro libros que componen el entero volumen, en un doble sentido: por un lado se trata del «ejemplar» auténtico, autorizado por el propio Seuse, y por otro se indica que la vida y enseñanzas del Servidor contenidas en ellos se ofrecen como «modelo ejemplar» a quienes quieren seguir una vida espiritual.

4 Seuse utiliza prácticamente siempre el diminutivo «libritos» común al alto alemán medio. He respetado siempre el uso del diminutivo en el título de sus libros, traducéndolo como «pequeño libro», y he usado indistintamente «libro» y «librito» en el resto de los casos.

5 El primero es el de la *Vida* o «El libro que se llama *Der Suse* [El Seuse]» y que se traduce a continuación.

6 «Mediante imágenes» (*mit bildgebender wise*), literalmente «a modo de imágenes dadas». La *Vida* contiene en sí misma una auténtica teoría imaginal de la ausencia de imagen, entendida como camino espiritual. Seuse indica aquí a un tiempo que va a mostrar modelos y ejemplos (imágenes) de la vida del Servidor (álter ego del autor) y que va a construir la narración mediante un lenguaje sembrado de imágenes.

7 «Principiante» (*anvahenden*), es decir, el que comienza en el camino espiritual. Toda la *Vida* se construye desde el esquema tradicional de progreso espiritual dividido en etapas o estados: *status inchoantium* o de iniciación, *status proficientium* o de progreso y *status perfectionis* o de perfección. También en la carta 10 del *Pequeño libro de las cartas*, que resume apenas la número 22 del *Gran libro de las cartas*, Seuse reflexiona sobre el camino del progreso espiritual siguiendo el modelo dionisiano (purificación, iluminación, perfección), cf. Lavaud 1968.

8 «Hombre» (*mensch*). Seuse utiliza siempre el género neutro para referirse al ser humano y solo cuando quiere especificar la diferencia sexual usa el masculino o el femenino: hombre (*man*) o mujer (*frow*). He intentado, siempre que me ha sido estilísticamente posible, respetar esa opción mediante los términos «ser humano» y «persona», excepto cuando el resto de la frase, como aquí, estaba explícitamente construida en masculino o, como en otros casos, en femenino.

9 «Estableciendo semejanzas» (*glichnusgebender wise*), literalmente «a modo de semejanzas dadas», es decir, ofreciendo ejemplos a emular.

10 «Una persona que progresa» (*aim zu nemenden menschen*), es decir, que progresa con provecho, aprovechada o proficiente.

11 «Debe abrir una brecha» (*einen durpruch sol nemen*), es decir, debe atravesar todo lo creado, abriéndose paso hacia la Deidad. Los conceptos *durpruch* y *durprechen* son fundamentales en Seuse, como lo eran ya en el Maestro Eckhart. Al respecto, Vega 1998, págs. 12-13.

12 «Espíritu» (*muot*). Los conceptos *muot* y *gemuot* son en Seuse muy similares, aunque usa con mayor frecuencia el segundo. Describen la interioridad de la persona y los he traducido, según el contexto, por «espíritu», «ánimo», «interioridad» o «corazón». Ha estudiado en profundidad el significado de estos conceptos, dentro del conjunto de la terminología de la interioridad de Seuse, Joeressen 1983, especialmente págs. 180-201.

13 «Se extravían y exilian» (*sú veriert und verwiset werdent*). También Margarita Porete utiliza en su obra *El espejo de las almas simples* el término «extraviados» para designar el estado de aquellas personas que, esforzándose en la práctica de las virtudes y en la vida del espíritu, desconocen el recto camino que conduce, según sus propias palabras, al «país de la libertad», Garí 2003, pág. 142 y ss.

14 «Entendimiento» (*vernunfttekeit*) o también «inteligencia», «capacidad intelectual» o «facultad de entender».

Dentro del complejo campo semántico del concepto *vernunft*, he traducido preferentemente (con contadas excepciones que señalo) *vernunft* por «intelecto», *vernunftig* por «intelectual/intelectivo» y *vernunftikeit* por «entendimiento/inteligencia». Véase Nota a la presente edición.

15 El segundo libro, cuyo título no se menciona aquí, es el *Pequeño libro de la eterna Sabiduría*, compuesto probablemente hacia 1330 y adaptado años más tarde a una versión latina, el *Horologium Sapientiae*.

16 «El Servidor de la eterna Sabiduría» o simplemente «el Servidor» son los términos en los que Seuse se refiere a sí mismo tanto para designar al personaje del predicador que protagoniza la *Vida* como en el *Pequeño libro de la eterna Sabiduría* y en el *Pequeño libro de las cartas*.

17 Seuse justifica así la necesidad de un «ejemplar correcto», en este caso, de su *Pequeño libro de la eterna Sabiduría*, escrito en alemán y que, en los años precedentes, había sido, según afirma él mismo, amplia, incorrecta o incompletamente copiado y difundido en copias hechas por mujeres y hombres.

18 *Pequeño libro de la Verdad*, con toda probabilidad la primera de las obras de Seuse, escrita, al menos una primera versión, en el contexto del proceso contra Eckhart en defensa de las tesis del maestro, al que no nombra en ninguna ocasión a lo largo de este libro, aunque sí lo hace en la *Vida*.

19 «Personas iletradas y, sin embargo, espirituales» (*ungelertú und doch vernunftigú menschen*), es decir, hombres y mujeres dedicados a la búsqueda existencial de Dios fuera del marco de la cultura y de la instrucción propia de los letrados, un fenómeno sin duda característico de la espiritualidad de la época en que Seuse escribe.

20 «Fundamentos» (*grunde*), con más frecuencia «fondo», aquí, sin embargo, se refiere a la doctrina y las ideas en las que se basan quienes han malinterpretado estos pensamientos elevados.

21 El *Pequeño libro de la Verdad* ha sido escrito, por tanto, para defender de malas interpretaciones las tesis y los «elevados pensamientos» de los grandes maestros, es decir, del Maestro Eckhart, entendiéndolas desde el correcto discernimiento.

22 El *Pequeño libro de las cartas* recoge y adapta once de las veintiocho cartas compiladas en el *Gran libro de las cartas* no incluido en el *Ejemplar*. Seuse ofrece las cartas a modo de instrucciones prácticas para la vida espiritual.

23 Elsbet Stigel (femenino, Staglin), la amiga e hija espiritual de Seuse, religiosa del convento de dominicas de Töss a la que van directamente dirigidas muchas de las cartas.

24 «Desasido» (*abgescheiden*). Los términos *abgescheiden* y *abgescheidenheit* designan un estado y una práctica cercana a la *gelassenheit* o abandono. Seuse, sin embargo, los utiliza con mucha menos frecuencia que *lassen*, *gelassen* y *gelassenheit*.

25 Es decir las imágenes que ilustran los primeros manuscritos del *Ejemplar*. Según esta afirmación, al menos una se encontraba situada antes del prólogo como sucede en el Ms. 2929. Sobre las ilustraciones del *Ejemplar*, véase pág. 22 de la «Introducción».

26 «Al salir de sus sentidos y entrar en su espíritu» (*in sinem usgang der sinnen und ingang dez gemuotes*). Dentro del rico vocabulario de la experiencia espiritual y contemplativa utilizado por Seuse, se combinan siempre los dos movimientos de salida, abandono o suspensión de los sentidos externos, y de entrada, internación o interiorización en el espíritu, expresados aquí directamente con el par de conceptos «salida» y «entrada».

27 Se refiere al primero de los cuatro libros que componen el *Ejemplar*: la *Vida*.

28 Los primeros sesenta años del siglo XIV, en los que transcurre la vida de Seuse, están marcados por la crisis y el cambio en la sociedad europea, y jalonados por acontecimientos como la peste negra, hambrunas, la Guerra de los Cien Años, el papado de Aviñón y el conflicto entre el papa y el emperador. Sin duda tuvieron que ser vistos y vividos por sus protagonistas como años de turbulencia e inseguridad.

29 Los temores de Seuse se han de relacionar con el proceso contra el Maestro Eckhart y las dificultades a las que, al parecer, él mismo se vio sometido a causa, sobre todo, del *Pequeño libro de la Verdad*.

30 Bartholomeus von Bolsemheim, provincial de la provincia de Teutonia desde 1354 hasta su muerte en 1362, importante teólogo que ocupó cargos significativos en la administración de la Orden.

31 En cierta forma Seuse entiende el completo *Ejemplar* con sus cuatro libros como un comentario a las Sagradas Escrituras; un comentario, como ha dicho antes, «inspirado por Dios».

32 Las visiones son en la obra de Seuse y en especial en la *Vida* una importante fuente de autorización. Véase «Introducción», pág. 21.

33 Encabeza el texto del prólogo de la *Vida* la segunda de las iniciales miniadas, folio 3r del Ms. 2929.

34 Esta es la única referencia directa de todo el *Ejemplar* al nombre de su autor, Seuse, que en el resto de la

obra aparece solo como «el Servidor de la eterna Sabiduría». La rúbrica en el Ms.2929 es de la misma mano, pero podría tratarse de una adición del copista.

35 Constanza, la ciudad donde probablemente nació Seuse, pertenecía por entonces al Ducado de Suabia.

36 Es decir, en el «Libro de la vida», fórmula escatológica según la cual vivir eternamente es estar inscrito entre los bienaventurados, siendo uno con el libro vivo que es el Logos.

37 Se refiere a la monja de Töss, Elsbet, cuyo nombre, Elsbet Staglin, aparece una única vez en el capítulo 33 al comienzo de la segunda parte de la *Vida*.

38 «En divina intimidad» (*in goetlicher heimlich*). Esta intimidad, confidencia, o literalmente «secreto divino» con el que la hija espiritual interroga al Servidor emula de alguna forma, invirtiendo los roles, el *topos* de la práctica del diálogo confesional y de la dirección espiritual de las «santas vivas».

39 El papel jugado por Elsbet Stagel en la redacción inicial de la *Vida* ha sido ampliamente discutido por la investigación; véase al respecto la «Introducción», págs. 16-17.

40 «El primer comienzo» (*der erst anvang*), es decir, la conversión inicial al camino espiritual que este libro ejemplifica.

41 «Giro súbito» (*geswinden kere*), es decir, una súbita conversión. Como en la mayor parte de las vidas espirituales, la conversión a Dios es el punto nodal en la construcción de la vida, que solo resume brevemente algunos datos de la infancia. El vocabulario de la *metanoia* y de la transformación de sí abarca en Seuse un amplio campo semántico a partir precisamente del concepto *ker* (*abker/abkeren*: apartamiento/apartarse; *inker*: introversión, recogimiento interior; *vonker/vonkeren*: a-versión, desapego/dar la espalda, volver la espalda). En ocasiones, *inker*, como *inschlag*, hace directamente referencia al rapto.

42 «Haber sido tocado por Dios» (*im dise indruk von got beschah*), literalmente, después de que «le sucediera esta impresión de Dios»; se trata sin duda del «toque» divino que lleva a la conversión.

43 «¡Ayuda! (*waffen!*)», típica interjección de la épica medieval trasladada a la literatura espiritual especialmente cara a Seuse, pero que aparece también por ejemplo en Mechthild von Magdeburg, Lüers 1926, pág. 304. La he traducido según el contexto por «¡ayuda!», «¡cielos!», «¡Dios!».

44 21 de enero.

45 «Arrebatada» (*verzuket*). He traducido el verbo *verzucken* y sus derivados por «arrebatarse» considerando el uso que hace la *Vida* de este concepto para señalar un estado de rapto interior, de pérdida de sí al sumergirse en uno mismo, que lleva paradójicamente a la salida de uno mismo.

46 Clara alusión al éxtasis de san Pablo, 2 Cor 12, 2-4.

47 Ibídem.

48 «No sé cómo» (*neiswi*). Seuse utiliza con frecuencia los términos *neiss* y sobre todo *neiswi*, en primera persona y no en la tercera con la que habla del Servidor, para caracterizar la inadecuación del lenguaje en la expresión de la experiencia de lo inefable. He procurado respetarlo en todo momento, traduciendo ya sea literalmente por «no sé cómo» o indirectamente por «de algún modo» según el contexto. Sobre el uso de este término, véase Haas 1984, pág. 243.

49 «De mi memoria» (*von minem herzen*), literalmente «de mi corazón». El corazón como sede de la memoria es un lugar común en la literatura medieval; véase al respecto Jochen Berns Jorg 2003, págs. 574-576; concretamente sobre la función del corazón en Seuse, véase Keller 2002, págs. 167-171.

50 Es decir el *Pequeño libro de la eterna Sabiduría* en alemán y la versión latina del mismo, el *Horologium sapientiae*.

51 Según recogen de la tradición de la Antigüedad diversas versiones del *Physiologus*, obra ampliamente difundida en la Edad Media, la pantera exhala un suave olor que la hace especialmente atractiva. Los bestiarios medievales la identifican con Cristo y con la esposa del Cantar de los Cantares. Véase Charbonneau-Lassay, *El Bestiario de Cristo*, Olañeta, Palma de Mallorca 1997, vol. 1, págs. 284-287.

52 Los libros sapienciales del Antiguo Testamento: Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los Cantares, Sabiduría y Eclesiástico.

53 En la preceptiva lectura conventual durante las comidas.

54 El entrecomillado recoge, sucesiva y fragmentariamente, las palabras atribuidas a Salomón de Prov 4, 1; 3, 19-20; 3, 24.

55 Prov 6, 10 y 21, 17.

56 El aroma del alto cedro o del cedro del Líbano es símbolo de Cristo y de la amada del Cantar de los

Cantares, Cant 4, 11; 5, 19.

⁵⁷ Ecl 7, 26.

⁵⁸ Boecio, *Consolatio Philosophiae*, PL 63, 588.

⁵⁹ Para Kurt Ruh, podrían existir paralelos estructurales entre el uso devocional de la personificación de la eterna Sabiduría en Seuse y la del «Lejoscerca» en Margarita Porete, sacadas respectivamente de la literatura bíblica y cortés, Ruh 1996, pág.436. Confirmarían la intuición de Ruh las múltiples alusiones en la obra de Seuse a la lejanía/cercanía del amado, así como a la necesidad de buscar a Dios lejos (*verre*) para encontrarlo cerca (*nahe*) expresada en la carta IX del *Pequeño libro de las cartas*, Bihlmeyer 1907, pág. 387, 25, y 389, 15. Sobre la figura del *Loingpres* en Margarita, Garí 2003, págs. 133-153.

⁶⁰ Sab 8, 1.

⁶¹ Prov 23, 26.

⁶² Sab 7, 10-11.

⁶³ La escena es descrita también en el *Horologium*, 596, 9-23.

⁶⁴ El término «estilete», instrumento que sirve para escribir, subraya el acto de abrir la carne para grabar las iniciales griegas que abrevian y simbolizan el nombre de Jesús como un verdadero acto de escritura del cuerpo. Sobre la escritura del cuerpo y la relación entre escritura e imagen, véase Kendrick 1999, págs. 36-64.

⁶⁵ Bihlmeyer (1907) transcribe el monograma o cristograma compuesto por las tres letras griegas del nombre «Jesús» como «IHS», pero el Ms. 2929 de Estrasburgo utiliza siempre la sigma lunada «C», combinando claramente y en todos los casos, como hizo notar ya Jeffrey F. Hamburger, las letras IHC, Hamburger 1998-2, pág. 542, n. 111.

⁶⁶ Jeffrey Hamburger identifica el oratorio bajo el púlpito con la capilla de oración de Seuse decorada con escenas de los antiguos Padres, distinta a su propia celda; Hamburger 2007, pág. 158.

⁶⁷ Tal como se narra más adelante en el capítulo 42, pág. 140.

⁶⁸ *Vitae Patrum*, en Migne, *Patrologia Latina*, vols. 73-74. Las vidas y dichos de los Padres del desierto fueron uno de los textos más leídos en la Edad Media en ambientes monásticos y tienen sin duda especial relevancia en la filosofía espiritual de Heinrich Seuse. Véase Williams-Krapp 1992.

⁶⁹ Inserto en el texto de los manuscritos ilustrados aparecen aquí en forma de pictograma de gran tamaño las iniciales IHC y, en el caso del Ms. 2929 (folio 7r), de ellas mana abundante sangre que desciende por la página de pergamino, aludiendo a la sangre que mana de la herida del Servidor y que desciende por todo su cuerpo.

⁷⁰ Comienzo del noveno responsorio de maitines que se canta en la fiesta del nacimiento de María (8 de septiembre) en el oficio dominico.

⁷¹ Sobre los cantos, danzas y música celestiales en la obra de Seuse, véase Hammerstein 1962.

⁷² «Postración» (*venje*) o venia, es decir, una postración completa, cayendo de rodillas, disponiendo el escapulario delante y quedando finalmente estirado en el suelo. Gesto devocional en uso en la orden dominica, Jean-Claude Schmitt, *La Raison des gestes dans l'Occident médiéval*, Gallimard, París 1990, págs. 309-315.

⁷³ Se refiere sin duda al apéndice que sigue a la carta XI del *Pequeño libro de las cartas*, en el que figura este saludo de alabanza en alemán y en latín; Bihlmeyer, 1907, págs. 395-396.

⁷⁴ Comienzo del cuarto responso de maitines que se canta en la fiesta de Epifanía según el oficio dominico. Is 6, 20.

⁷⁵ «Le pareció en una visión como si...» (*do was im vor in einer gesiht, wie...*). Para referir las visiones, Seuse utiliza casi invariablemente esta expresión ambigua que apunta a su sentido simbólico y no necesariamente literal. Véase «Introducción», pág. 21.

⁷⁶ En el Ms. 2929 figura, después de este párrafo y situada en el folio 8v, la imagen núm. 2 con la escena de la *unio mystica* (ver pág. 185). La imagen narrativa y la iconográfica se complementan aquí de forma extraordinaria. Para sus múltiples significados y referencias a la iconografía devocional de su tiempo, véase la «Introducción», pág. 25. En todo caso, el alma recostada, apretada contra el corazón-pecho divino y estrechada entre sus brazos, alude, por primera vez en la *Vida*, a un gesto simbólico que se repetirá en diversas ocasiones y contextos y que emula la imagen devocional de Juan y Jesús como símbolo de la unión y del conocimiento amoroso; sobre la tradición de esa imagen y su uso mistagógico ya en el siglo XII, véase Victoria Ciriot, «Hildegard y Juan de Padmos», en *ibidem*, *Hildegard von Bingen y la tradición visionaria de Occidente*, Herder, Barcelona 2005, págs. 67-94.

⁷⁷ «Se había rehecho él mismo cierto cinturón» (*er hate im selb ernúwret etlichú band*), se entiende por el

contexto y por alusiones posteriores que se trata de un cinturón de penitencia o cilicio.

78 San Miguel, el 29 de septiembre.

79 Sobre el motivo de las danzas celestiales, Hammerstein 1962, especialmente págs. 28-30.

80 Himno tradicional cristiano del que existen múltiples referencias.

81 «Un flujo celestial y un reflujo» (*himelscher uswal und ein widerinwal*). El lazo neoplatónico de la salida del alma de la Divinidad y de su retorno a ella, ejemplificado aquí en el movimiento de la danza celestial, está presente en toda la tradición mística del siglo XIII; un buen ejemplo de ello lo ofrece la obra de Beatriz de Nazaret *Los siete modos de Amor*, que se abre precisamente con esa fórmula para convertirla, como en Seuse, en un itinerario de vida. Al respecto, *Beatrijs van Nazareth, Van seuen manieren van heileger minnen*, edición del manuscrito de Bruselas, Herman W. J. Vekeman y Jacques Y. M. Tersteeg (eds.), Zutphen 1971, traducción en Cirlot/Garí 2008, pág. 265.

82 La mediación en la salvación de las almas del purgatorio es un aspecto recurrente en la construcción de la santidad a partir del siglo XIV, especialmente en las vidas espirituales de mujeres.

83 Eckhart, de quien sabemos que Seuse fue con toda probabilidad discípulo en los años de Colonia, aparece directa o indirectamente mencionado en diversos momentos de la *Vida*, subrayando la importancia de sus enseñanzas y la veneración que le profesaba Seuse. El Servidor, que aquí se refiere al maestro como «bienaventurado», en los capítulos 11 y 33 habla de él directamente como «santo».

84 Juan de Fúterer, dominico relacionado con el convento de Basilea y originario de Estrasburgo, del que se conservan fragmentos de sermones.

85 «Deje a Dios por Dios» (*got dur got liessi*), una idea claramente eckhartiana que se encuentra, por ejemplo, formulada en sus sermones 12, «*Qui audit me*» y 52, «*Beati pauperes spiritu*» (véase Vega 1998, págs. 79-80). Abandonar a Dios por Dios es también el nódulo del pensamiento mistagógico de Margarita Porete, y el punto central de su experiencia mística, tal como lo expone en el capítulo 133 de *El espejo de las almas simples*.

86 «Se inclinaba sobre el costado del corazón» (*neigte er sich uf die siten sinen herzen*). Por segunda vez aparece en la *Vida* el gesto devocional de inclinar la cabeza sobre el corazónpecho divino, emulando aquí directamente la escena de la Santa Cena. Que Seuse describa en esta ocasión tal gesto como una práctica meditativa, y no como expresión de la experiencia unitiva, nos aporta información sobre uno de los posibles usos de las obras de arte que representan la imagen de Juan inclinado sobre el pecho de Jesús en las concretas y cotidianas prácticas devocionales mistagógicas de conventos y beguinatos del siglo XIV. Véase también la nota 76.

87 2 Cor 1, 19.

88 Es decir, las secretas del canon de la misa que se recitan en voz baja.

89 Estas «consideraciones» (*meinungen*) o pensamientos, que Surio traduce por *intentiones*, tienen el carácter de una meditación contemplativa, comparable a lo que Margarita Porete define como *regards*. Garí 2003, págs. 142-143.

90 La imagen de las motas de polvo en los rayos del sol aparece por primera vez en Margarita Porete tal como señalara ya Jean Orcibal; cf. Orcibal 1987, pág. 224.

91 «Extraviadas en ellas mismas» (*verierd gand in selber*), aquí, como en el prólogo, n. 13, Seuse se refiere a las personas espirituales pero que carecen del auténtico abandono o discernimiento a pesar de su buena voluntad; se trata del mismo concepto que Margarita Porete usa para las almas en el cuarto estado que preguntan por el camino hacia el «país de la libertad».

92 Fiesta de la Purificación de María, 2 de febrero.

93 Himnos de las primeras vísperas de la Candelaria en el Breviario dominico.

94 Verso de respuesta a la primera lectura de la oración matutina en dicha festividad.

95 Domingo de Septuagésima. El «Aleluya» se suprime de la liturgia entre el domingo de Septuagésima y el de Pascua.

96 Salmo 51, a menudo recitado como acto penitencial.

97 Calefactorio, o uno de los pocos espacios que se calentaban en los monasterios medievales.

98 La festividad de los «mayos» es una fiesta primaveral de orígenes ancestrales dedicada a la fecundidad y asociada en el cristianismo al hallazgo de la Vera Cruz que se identifica con el «árbol de mayo» o «palo de mayo». Las celebraciones de fiestas mayales son, con variantes, comunes en toda Europa. Cf. J. G. Frazer, *La rama dorada*, FCE, México 1944, págs. 155-157.

99 «Amigos de Dios» (*gotesfründ*), término basado en Jn 15, 14-15, que emerge en el siglo XIII para describir

a personas, religiosas o laicas, dedicadas a una vida espiritual intensa y a un contacto íntimo con Dios. En el siglo XIV la expresión tiene un sentido sociológico específico, y, al usarla, Seuse se refiere a menudo a círculos concretos de hombres y mujeres devotos que se daban mutuo apoyo en su progreso espiritual. Según Bernard McGinn, la posición de Seuse en este círculo es única, pues es definido como el «especial amigo de los amigos de Dios»; véanse McGinn 2005, págs. 237-238, y Hamburger 2007, págs. 141-142.

100 La sala capitular, donde se reunían los miembros de la comunidad para oír leer la regla, discutir importantes asuntos de la comunidad y elegir a un nuevo superior, no se usaba después de maitines.

101 «Compasión cristiforme» (*crisfoermig mitliden*), es decir, una compasión que llevando a la participación en la pasión de Cristo opera la con-formación del que medita con los sufrimientos del propio Cristo, moldeándolo a su imagen. El concepto subraya el modelo cristocéntrico de la mistagogía de Heinrich Seuse, para quien todo camino hacia la unión con la Divinidad pasa necesariamente por la figura de Cristo.

102 Sal 22, 2.

103 «Claustro» (*crüzgang*), el término designa en alto alemán medio, al mismo tiempo, el *Via crucis* y el claustro con sus cuatro galerías. El camino de la cruz que construye paso a paso Seuse en su ejercicio devocional es por tanto un auténtico *Via crucis* recorrido por las cuatro «calles» del claustro.

104 Sal 22, 15-16.

105 Antífona cantada durante la procesión del Domingo de Ramos en la liturgia dominica.

106 Estrofa que se canta el Viernes Santo tras la veneración de la Cruz.

107 2 Sm 15, 15.

108 Is 53, 1, segunda lección de la misa del Miércoles Santo.

109 «Allí donde un día le habían sido dadas las cien meditaciones de la Pasión» (*da im eins males die hundert betrachtunge sins lidens wurden*). Las cien meditaciones de la Pasión le fueron reveladas al Servidor mientras meditaba ante el crucifijo del púlpito y constituyen el núcleo fundamental de su obra *Pequeño libro de la eterna Sabiduría*. En opinión de Thomas Lentjes, esta revelación constituye una *Bilderfahrung* o experiencia imaginal de primordial significado en los comienzos tanto de su camino espiritual como de su producción textual, de claras consecuencias en su concepción y uso de la imagen. Cf. Lentjes 2004, págs. 17-18.

110 Azote de cuerda de uso penitencial.

111 Santo Domingo (1170-1221), fundador de la Orden; san Arsenio († 449), ermitaño del desierto egipcio, y san Bernardo de Claraval (1090-1153). Sobre la especial influencia de Arsenio en Seuse, véase en particular Gnädiger 1998, págs. 87-159.

112 Parte del responsorio del oficio divino.

113 Los capítulos 13-18 desarrollan las prácticas de la *Imitatio Christi* externa ligadas a las mortificaciones físicas. Muchas de las prácticas descritas aquí forman parte de los *topos* del exceso y del dolor autoinfligido comunes a la literatura espiritual, especialmente de mujeres. Sobre este tema y sobre su interpretación, véase «Introducción», págs. 25-28.

114 Las cinco llagas de Cristo, cuya devoción, especialmente a la del corazón, se encuentra en el siglo XIV ampliamente difundida, y especialmente orientada hacia una interpretación mistagógica, Gougaud 1925.

115 23 de noviembre.

116 Como en tantos otros momentos de la *Vida*, el Servidor con-forma su imagen a la de Cristo, redoblando su figura. Aquí claramente se contempla a sí mismo como *Ecce homo*.

117 Domingo de Quincuagésima.

118 21 de marzo.

119 Ana es, aparte de la figura central de Elsbet Stagel, la única de las muchas mujeres discípulas de Seuse que aparece mencionada con su nombre propio, si aceptamos que los capítulos 17, 22, 27 y 34 hablan de la misma persona. En ellos, Ana figura como protagonista de visiones que autentifican, legitiman y autorizan las experiencias del Servidor.

120 La prohibición o el rechazo a tocar el dinero es un símbolo de «pobreza voluntaria» que se estableció como práctica en las órdenes mendicantes, muy especialmente en la franciscana.

121 Durante el Adviento.

122 Colación durante el periodo de ayuno en la que solo se bebía.

123 Rom 11, 33.

124 Segundo domingo después de Epifanía.

- 125 «Pan del cielo» (*himelbrot*), referencia al maná.
- 126 El tema de la lactancia mística, recurrente en muchos de los santos medievales como Juan Crisóstomo, Francisco de Asís o Catalina de Siena, tiene sin duda como principal modelo para el siglo XIV la figura de Bernardo de Claraval, cf. Bynum 1987, págs. 270-271.
- 127 Efectivamente, una historia similar referida a un clérigo enfermo se encuentra narrada en la obra del dominico francés Vincent de Beauvais (1190-1264) *Speculum historiale*, 8, 84.
- 128 Alusión al milagro de las bodas de Caná, Jn 2.
- 129 Aquí se inserta la imagen núm. 3 que ocupa el entero folio 22r del Ms. 2929 (ver pág. 187). La imagen representa a María y a su Hijo que alarga al Servidor un cántaro. Las leyendas que la acompañan hablan, sin embargo, de la apertura de la brecha (*durpruch*) y del progreso espiritual del Servidor.
- 130 El proceso de transformación del cuerpo del Servidor a través de la *Imitatio* externa llega aquí a su fin y viene a ser confirmado tanto por las leyendas que acompañan la imagen como por Cristo, que le unge con el ungüento de su propia sangre imprimiendo en el cuerpo del Servidor las cinco heridas. Este gesto precede al cambio de etapa que dará inicio en el capítulo siguiente, con la llegada a la alta escuela espiritual y la cesación de las mortificaciones externas, cf. Lentjes 2004, pág. 36.
- 131 La «escuela espiritual» (*vernunftige schule*) o «alta escuela» (*hoehesten schule*), como la llama poco después, representa un nivel superior de aprendizaje y progreso espiritual basado en Seuse en la *gelassenheit* o abandono. El aprendizaje del abandono marca el paso entre la primera etapa y la segunda de su vida espiritual, es decir, entre la del *anvahenden* o principiante y la del *zunemenden* o proficiente.
- 132 «Se le embebecieron sus sentidos» (*entsunken im die sinne*): he traducido el verbo *entsinken* y sus derivados por «embebecer» cuando se trata de expresar la abstracción de los sentidos que da lugar al raptó. En otros casos lo he traducido por «hundir», «ahogar», «absorber», o incluso «morir», especialmente cuando es usado para indicar algo que, hundiéndose, se va a pique, desaparece.
- 133 La «alta escuela», la escuela donde se aprende la ciencia divina o la ciencia de amor, aparece tematizada ya en Hadewijch de Amberes, Hadewijch II, Mechthild von Magdeburg o Margarita Porete.
- 134 «Tierra espiritual» (*vernünftiges land*), país del intelecto, tierra más allá de lo sensible. También Surio traduce aquí *spirituales*, cf. Surio 1615, pág. 512.
- 135 El «supremo maestro» (*obresten meister*) de la escuela del abandono no es otro, a tenor de un episodio similar en el *Horologium*, que el padre del desierto Arsenio, que enseña el arte de la *philosophia spiritualis*, cf. Williams-Krapp 2004, pág. 43.
- 136 Job 7, 1. La *militia* bíblica aparece aquí como modelo de la caballería espiritual, ampliamente desarrollada por san Bernardo.
- 137 En este capítulo 20 y también en el 44, así como en la imagen 9 que lo acompaña (ver pág. 197), Seuse acentúa los paralelismos y lugares comunes entre el camino espiritual y la caballería. Sobre los referentes caballerescos y cortesanos de la *Vida*, véanse Bindschedler 1966, págs. 233-239; Blank 1993, págs. 301-303; Holenstein-Hasler 1968, págs. 261-308, y sobre todo Julius Schwietering, quien ha subrayado el carácter de *hofische Roman* de la *Vida*, Schwietering 1964, págs. 313-317, y Keller 2003, págs. 59-61.
- 138 El Servidor emula aquí la oración de Cristo en el monte de los Olivos. Mt 26, 39; Mc 14, 36; Lc 22, 42.
- 139 *Fuosstuoch*, paño que servía como abrigo para los pies. La visión del perro zarandeando el trapo señala uno de los momentos fundamentales de la *Vida* del Servidor y de las enseñanzas de Heinrich Seuse, que narra esta misma escena en la carta XII del *Gran libro de las cartas* dirigida a Elsbet Stägel. La enseñanza que encierra esta imagen se inspira en una narración de Rufino de Aquilea en las *Vitae Patrum*: el diálogo entre abba Moisés y su discípulo Zacarías, tal como lo puso de relieve por vez primera Louise Gnädiger 1980, págs. 253-267. Para otras connotaciones, véase también Keller 2011, págs. 36-44.
- 140 Is 50, 6.
- 141 29 de septiembre, fiesta de San Miguel, o 2 de octubre, festividad de los Ángeles Custodios.
- 142 El símbolo de la rosa es uno de los más característicos en la figura del Servidor, en cuyas manos y pies no brotarán estigmas como los de Francisco y otros santos, sino rosas. Ha profundizado en el potencial simbólico de las rosas en Heinrich Seuse, su función en el texto y la imagen, y sus paralelos en la literatura cortés Hildegard E. Keller 2003, págs. 48-67.
- 143 Sobre la distinción entre la capilla situada junto al coro y la celda de Seuse, véase nota 66. Seuse se refiere también a las pinturas de la capilla en el apéndice que sigue a la carta XI del *Pequeño libro de las cartas*. Al

parecer, la capilla pintada existía aún en el siglo XVII según se desprende de las afirmaciones de Heinrich Mauer, *Helvetia Sancta*, Lucerna 1648, que mostrarían que los frescos no son una ficción literaria; véase al respecto Hamburger 1992, págs. 6 y 14. En todo caso, las imágenes y dichos pintados en la capilla invitaban a la práctica de una imitación imaginativa y en este sentido presentan claros vínculos con el ciclo de ilustraciones de los primeros manuscritos del *Ejemplar*, compuesto también por imágenes y sentencias, véase Lentes 2004, pág. 26. Desde otra perspectiva, la escena recuerda la de Lancelot en el Valle sin Retorno del *Lancelot en prosa*, en la que el caballero, prisionero de Morgana y encerrado en una habitación, experimenta el acuciante deseo de convertirla en una sala de imágenes, véase Victoria Cirlot, *Figuras del destino. Mitos y símbolos de la Europa medieval*, Siruela, Madrid 2005, pág. 178.

144 Sal 77, 30.

145 Sobre la «tristeza inmoderada» y la melancolía en Seuse, Haas 1995, págs. 102-106.

146 Al parecer, Seuse había entrado en la Orden a la edad de trece años, dos antes de lo usualmente permitido, para lo cual era necesario el permiso especial del provincial. La suposición del Servidor es que un regalo especial, que podría ser entendido como simonía, fue concedido a la Orden para lograr su ingreso.

147 Es la segunda mención del Maestro Eckhart en la *Vida*. En la medida en que esta pudiera aportarnos datos biográficos sobre Seuse, indicaría que el maestro le aconsejó y tranquilizó sobre estos remordimientos en el periodo en que frecuentó la escuela de Colonia.

148 Sostenía la sagrada forma en el momento de la consagración.

149 La corona de rosas, que se asemeja al halo de santidad, significa explícitamente los sufrimientos de los amigos de Dios, pero el blanco y el rojo entrelazados simbolizan para Jean Baruzi los lirios y rosas del Cantar de los Cantares y hacen del Servidor una alusión a la esposa del Cantar; Baruzi 1975, págs. 222-223. Sobre la corona, véase también Keller 2003, págs. 51 y ss.

150 «Habiendo dejado atrás los sentidos externos» (*in ein vergangenheit der ussren sinne*). Dentro del rico vocabulario del «rpto» y de los diversos aspectos de la experiencia extática, esta expresión, traducida a menudo simplemente por «rpto» o «arrebato», recoge el sentido específico –que he querido respetar– de algo que queda atrás, en el pasado, o de algo que muere o se pierde.

151 Al final del capítulo 22, en el folio 28v del Ms. 2929, figura la imagen núm. 4 que narra la visión de Ana (ver pág. 189).

152 Figuras votivas de cera o exvotos por favores concedidos.

153 Los frailes no viajaban nunca solos sino de dos en dos, y siempre a pie.

154 Hoffman 1999, pág. 77, n. 829, señala que se trata quizá del capítulo general Maastricht 1330, o del de Brujas 1336, o un capítulo provincial de Teutonia: Amberes 1327, Utrecht 1330, Gravenhage 1335. Sturlese 1993, págs. XVII-XVIII, n. 24, apunta al capítulo provincial de Tréveris.

155 Probablemente se trate del *Pequeño libro de la Verdad*, escrito en defensa de las tesis de Eckhart en la época de su proceso, y quizá también del *Pequeño libro de la eterna Sabiduría*.

156 En el huerto de Getsemaní en el monte de los Olivos.

157 Es decir, que era religiosa en una comunidad sin clausura.

158 Job 1, 12.

159 21 de enero.

160 Sal 21, 1; Mc 15, 34.

161 En tiempos de pestes, los judíos eran frecuentemente acusados de emponzoñar las aguas. En 1348-1349, en todo el sur de Alemania un buen número de judíos fueron acusados y condenados a la hoguera por ello. Solo en Constanza, el 3 de marzo de 1349 fueron quemados 350 judíos.

162 Probablemente se trate del *Pequeño libro de la eterna Sabiduría*, acabado entre 1328 y 1330.

163 Se trata de un nuevo miembro de la Orden Teutónica.

164 Es decir, que conversaba con las religiosas a través de la cancela que separaba la clausura de los visitantes.

165 «Llamado el espíritu... hombres del espíritu y mujeres del espíritu» (*daz heisset der geist... die heissent die geister und die geisterin*). Por «vida del espíritu» y por «mujeres y hombres del espíritu» entiende Seuse el movimiento y los miembros del Libre Espíritu. Es sin duda el potencial peligro de ser identificados con este movimiento el que lleva a muchos de los místicos y místicas del siglo XIV, después de la muerte en la hoguera de la beguina Margarita Porete y de la condena del Libre Espíritu en el Concilio de Vienne, a la prevención en contra

de sus tesis y al intento de establecer con precisión la diferencia de su propia posición, como hace el mismo Seuse sobre todo en los capítulos 46-50 de la *Vida*. Véase «Introducción», pág. 28.

166 Rom 12, 15.

167 2 Cor 11, 26; Gál 2, 4.

168 Mt 10, 16; Lc 10, 3.

169 Sal 21, 2.

170 «Desemejanza» (*ungleichheit*), es decir, el estado de alejamiento de Dios.

171 San Nicolás era el santo patrón de los dominicos en Constanza.

172 Sal 31, 6; Lc 23, 46.

173 Lc 23, 34.

174 Jn 17, 9-26.

175 «Arrebatado dentro de sí mismo y sobre sí mismo» (*ward verzuket in sich und übersich selb*), aquí el doble movimiento de interiorización y salida del raptó interior, indicado por el verbo *verzucken*, se acentúa con la frase «dentro de sí mismo y sobre sí mismo», que Surio traduce por *intra se ipsum und supram sese*.

176 Jn 17, 21-23. Sobre el «único uno», véase también nota 291.

177 «Han atravesado rectamente la brecha que cada uno ha de traspasar» (*dien reht beschiht in dem durpruch, den ein mensch vor an hin mu'ss nemen*). Los conceptos «brecha» y «atravesar la brecha» tienen en Seuse el mismo significado que en Eckhart y connotan, con un vocabulario diferente, la «muerte al espíritu» de Margarita Porete y la llegada del «alma anonadada» al «país de la libertad», donde las almas que han muerto a sí mismas no saben nada de sí mismas.

178 De algún modo, el entero párrafo parece seguir y a la vez discutir las tesis de Margarita Porete en torno al alma anonadada. Como en Margarita, quienes han atravesado la brecha «obran ellos sin ellos» porque han renunciado a la voluntad propia por la voluntad divina; aun así, advierte Seuse en contra de las tesis de Margarita, ello no les lleva a renunciar a la oración y a las prácticas devocionales en el seno de la Iglesia.

179 Rom 8, 28.

180 A partir de este capítulo la *Vida* cambia completamente su estructura, pasando a convertirse en un diálogo espiritual entre el Servidor y su hija, Elsbet Stigel, a través del cual el primero muestra a su discípula el camino que conduce de los comienzos a la perfección y la unión.

181 Encabeza el texto de esta segunda parte del libro la inicial miniada núm. 3, folio 42r, que muestra al pelicano dando de comer a sus crías con su propia sangre, tal como el Servidor hará con su hija espiritual Elsbet Stigel.

182 Mt 9, 22.

183 Cerca de Winterthur, en Suiza. El convento había sido fundado en 1233, y por entonces, o muy poco después, debió de ingresar en él Elsbet Stigel, que conoció allí a Seuse en 1236-1237. Elsbet fue priora de Töss y murió en el convento en 1360.

184 Con toda probabilidad se refiere al *Schwesterbuch* de Töss, véase al respecto *Das Leben der Schwestern zu Töb beschrieben von Elsbet Stigel*, edición de Ferdinand Vetter, Berlín 1906. Sobre la cuestión de la autoría de Elsbet, véase «Introducción», pág. 14.

185 Sobre el carácter «confesional» de esas confidencias que ella puso por escrito, véase nota 38.

186 A tenor de estas palabras y de la mención explícita, hacia el final del capítulo, del Maestro Eckhart, la joven Elsbet parece haber conocido las enseñanzas del maestro, muerto en enero de 1328. Aunque difícilmente pudo llegar a conocerle en persona, W. Wackernagel insiste en que se podría suponer que formó parte de sus lectores, e incluso, atendiendo a la afirmación que encontramos unas líneas más abajo de que ella había recogido «ciertos pensamientos sublimes... de las dulces enseñanzas del santo Maestro Eckhart», se podría sospechar que había copiado algunos de sus sermones, Wackernagel 2005, «Préface», pág. 8.

187 La leyenda del pelicano que alimenta con su propia sangre a los polluelos –representada también en la miniatura de la inicial del texto– se recoge en numerosos bestiarios. El pelicano es un símbolo de Cristo que aparece aquí «usurpado» por el Servidor en una correspondencia exacta con la figura crística como cumplimiento de sus enseñanzas.

188 Lc 7, 38-50.

189 Mt 15, 22.

190 Mt 9, 22.

191 «Inclinaste tu rostro justo sobre su corazón» (*neigtast din antlút eben uf sin herz*). Por tercera vez aparece en la vida el gesto de reclinar la cabeza sobre el pecho-corazón, al modo de la imagen devocional de Juan y Jesús. Aquí, sin embargo, no se trata ya de la unión mística (cap.5, nota 76) ni de los ejercicios del Servidor emulando la figura de Juan en la Santa Cena (cap. 7, nota 86), sino que, en un juego de espejos en el que se subraya el papel mediador del Servidor, vemos a Elsbet repetir el mismo gesto, inclinándose no sobre el corazón de Cristo sino sobre el del propio Servidor, para obtener de Dios, por medio de ese corazón, gracias y conocimiento espiritual.

192 Seuse da cuenta aquí una vez más del uso devocional y mistagógico de las imágenes en los ejercicios practicados, en este caso por un principiante. La imagen de la eterna Sabiduría acompañó así al Servidor en los años de su juventud, probablemente en el Estudio General de Colonia, y la utilizó en sus ejercicios contemplativos o de «devoción por medio de imágenes» (*sinem andaht nah bildlicher wise*), realizados en el espacio de su celda, hasta que de vuelta a Constanza la instaló en la capilla junto a las pinturas y dichos de los Padres.

193 La capilla, como se ha visto más arriba en nota 66, era un espacio distinto al de la celda y estaba pintada con imágenes y sentencias de los antiguos Padres del desierto entresacadas de las *Vitae Patrum*; en la capilla debían figurar en latín y en el texto Seuse los traduce al alemán. También en los *Rothschild Canticles* aparecen ilustraciones de un carácter semejante; véase al respecto Hamburger 1990, págs. 151-154, quien interpreta las pinturas de la capilla de Seuse en Constanza en el ámbito de la *cura monialum* propia de la Orden.

194 Sobre la importancia de los Padres del Desierto en la *philosophia spiritualis* de Heinrich Seuse y el papel primordial de la figura de Arsenio, véase Gnädiger 1998, en especial para las citas libres de sus máximas, págs. 100-103; véase también Williams 1994, págs. 139-172, y Williams-Krapp 1992, vol. 2, págs. 405-421.

195 *Senex* designa a un padre cuyo nombre no es conocido.

196 2 Cor 12, 7-10.

197 Mt 16, 24.

198 «A las santas Escrituras» (*uf die heiligen scrift*). Seuse se refiere no solo a los textos bíblicos sino también a los de los Padres del Desierto.

199 Flp 4, 13.

200 Sal 17, 30.

201 Sal 67, 36.

202 Se trata de una visión de la escalera del cielo; Gn 28,12.

203 El himno *Supernae matris gaudia*.

204 «En un éxtasis de sus sentidos» (*in einer entgangenheit siner sinnen*), acentuando aquí la idea de sustracción y salida de los sentidos.

205 Las tres figuras representan aquí las tres etapas del camino espiritual: la de los principiantes, la de los que progresan y la de los perfectos; véase nota 7.

206 El rebec es un instrumento de tres cuerdas tocado con arco y es una variante del *rebab* árabe de dos cuerdas.

207 Monasterio doble, según un modelo común en los siglos precedentes de yuxtaposición de una comunidad femenina y una masculina. A pesar de las reticencias, seguían existiendo en el siglo XIV conventos mixtos de diversas órdenes (benedictina, canónigos y canónigas agustinos, premostratenses), y había varios en el sur de Alemania.

208 Los nueve coros de la jerarquía celeste: Serafines, Querubines, Tronos, Dominaciones, Virtudes, Poderes, Principados, Arcángeles, Ángeles.

209 La Virgen de la Misericordia, con la que aquí se compara Seuse, que es: «socorro de los necesitados y consuelo de los que sufren». Sobre la imagen de la Virgen de la Misericordia y su devoción en los últimos siglos medievales, véase Paul Deschamps, «La Vierge au manteau dans les peintures de la fin du Moyen Âge», en *Scritti di storia dell'arte in onore Mario Salmi*, Roma 1962, págs. 175-185; Christa Belting-Ihm, *Sub matris tutela* (Abhandlungen der Heidelberg Akademie der Wissenschaften, Philosophisch-historische. Klasse 1976/3), Carl Winter, Heidelberg 1976.

210 Sal 33, 20.

211 Se trata de nuevo de la mimesis crística en la figura del Servidor, al que, al igual que los apóstoles no comprendieron a Cristo cuando les anunció su Pasión en el camino de Galilea, Mc 9, 30-32, y Lc 9, 43-45, tampoco su compañero entiende cuando le anuncia su martirio.

- 212 Frailes mendicantes que debían actuar en un distrito determinado o *terminus*.
- 213 Dn 13, 22. Además de la cita, los paralelos con la entera historia de la falsa acusación a Susana (Dn 13) son evidentes. Por otro lado, un hecho similar se narra en las *Vitae Patrum* relacionado con Macario, Padre del Desierto, acusado por una mujer y rechazado por la opinión pública; Williams-Krapp, pág. 415.
- 214 La frase aparece tan solo en el manuscrito M, Bihlmeyer 1907, pág. 122.
- 215 Is 62, 4.
- 216 Mt 26, 50.
- 217 Puede tratarse del capítulo provincial de Constanza de 1354.
- 218 Mt 26, 42.
- 219 Aquí, al final del capítulo, en el folio 57r del Ms. 2929, se sitúa la imagen 5, que sintetiza la pasión externa e interna del Servidor (ver pág. 191).
- 220 Mt 12, 31.
- 221 Del oficio divino de los dominicos en la fiesta de María.
- 222 Cant 1, 16. Con esta cita comienza también el primero de los sermones de Seuse que conservamos, Bihlmeyer 1907, pág. 495
- 223 Jn 9, 3.
- 224 Lc 23, 43.
- 225 «Sufrimiento cristiforme» (*cristfoermig liden*), es decir, sufrir conformándose al sufrimiento de Cristo; véase nota 101.
- 226 La palabra *herzentrut*, es decir, «amigo fiel del corazón», está escrita en el texto en mayúsculas en forma de pictograma en el folio 61v del Ms. 2929 (ver pág. 215) y se repite con el mismo tipo de letras en la imagen que la acompaña en el folio 62r; en otros momentos de la *Vida*, Seuse usa ese mismo concepto siempre dirigiéndose a la eterna Sabiduría.
- 227 Aquí se sitúa, folio 62r en el Ms. 2929, la imagen núm. 6 (ver pág. 192).
- 228 «Beguinato» (*klosen*) o casa de beguinas. El pasaje muestra de forma concreta la familiaridad de Seuse no solo con las religiosas de su Orden sino también con las beguinas, cuyas casas, polos de reunión de círculos más amplios de laicos, frecuentaba en el curso de sus viajes.
- 229 El milagro emula una vez más los de Cristo, en una referencia indirecta a las bodas de Caná y a la multiplicación de los panes y los peces.
- 230 La madre del Servidor representa en esta escena un ejemplo perfecto de los ejercicios de la *imitatio* y del uso devocional de las imágenes a través de su contemplación e interiorización. Ella visualiza interiormente la imagen del descendimiento, en el que se representa con frecuencia el desvanecimiento de María ante la imagen de su Hijo fallecido, y entonces, emulando a María, la madre de Seuse también se desvanece y, en una prueba de compasión y sufrimiento cristiformes, muere como Cristo el Viernes Santo al llegar la hora nona. Sobre este tema, véase Hamburger 1998-2, págs. 238-239.
- 231 Cuarta y última alusión al gesto devocional de Juan y Jesús. Aquí el amigo, «con profunda devoción», toca con su boca la herida del costado del Servidor, que es el nombre de Jesús mismo y alude, sin ninguna duda, a la capacidad de succionar en la herida. Véanse notas 76, 86 y 191.
- 232 Is 6, 2. La visión de Cristo-serafín tiene como antecedente la de Francisco de Asís.
- 233 Con acierto ha señalado Jeffrey Hamburger los paralelismos iconográficos entre el Cristo-serafín de Seuse y la escena de la estigmatización de san Francisco; Hamburger 1998, págs. 233-278. Es importante, sin embargo, enfatizar el rol de la mistagogía del sufrimiento explicitada en las tres inscripciones que recubren la imagen y que resumen, en el decir de Alois M. Haas, los tres momentos de la mística de la Pasión de Seuse, que llevan desde el modelo, que es Cristo, a la realización del mismo en el Servidor; Haas 1989, pág. 150.
- 234 Prior del convento.
- 235 Para Bihlmeyer, 1907, se trata de las hambrunas de 1343-1344; Künzel 1977, pág. 6, piensa en cambio que la situación tuvo que ver con una crisis de financiación de la Orden dominica.
- 236 Am 9, 9; Lc 22, 31.
- 237 Al final de este capítulo se sitúa la imagen núm. 7, folio 65v en el Ms. 2929 (ver pág. 195).
- 238 Es decir, después de su conversión y al comienzo de su vida espiritual, tal como narra el «Prólogo», pág. 39.
- 239 «Soy uno que va a la aventura» (*aventürer*). Sobre los claros referentes cortesés de este capítulo, véase

nota 137.

240 En este punto del texto se sitúa una doble imagen (núm. 8 y núm. 9, Ms. 2929, folio 67r) (ver pág. 197). La imagen 8 representa la escalera del cielo y el consuelo celeste aquí en el tiempo; la imagen 9, la caballería espiritual tal como es descrita en los capítulos 20 y 44.

241 El rostro del Servidor aparece en la visión transformado como el rostro de Cristo en la transfiguración y convertido en un espejo en el que es posible contemplarse, Mt 17, 2, y Lc 9, 28.

242 La iglesia de Santa María de Aquisgrán era un importante y popular lugar de peregrinación, especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XII.

243 Elsbet Stigel.

244 El anexo del *Pequeño libro de las cartas* recoge de forma más extensa la devoción al nombre de Jesús, así como la historia del bordado de los escapularios y su poder protector al ir acompañados de un padrenuestro, Bihlmeyer 1907, págs. 393-396.

245 Sigue a este capítulo la imagen núm. 10, folio 68v en el Ms. 2929 (ver pág. 199), en la que se muestra el papel mediador de Elsbet en la difusión de la devoción al nombre de Jesús, bajo el manto protector de una eterna Sabiduría en forma de Virgen de la Misericordia; véase al respecto «Introducción», págs. 20-21. Aquí, al final del capítulo 45, concluye la parte narrativa de la *Vida*, que a partir del capítulo 46 se convierte en un diálogo mistagógico entre el Servidor y su discípula.

246 Dt 32, 11. Seuse invita a Elsbet –y con ella a sus lectoras y lectores– a identificarse con el águila, símbolo de Juan, y le urge a volar hacia el sol de la Deidad. La inicial miniada, la «S» con la que da comienzo el texto, muestra un águila, con su aguilucho, dirigiendo la mirada al sol, que figura en el centro del margen superior del folio; Jeffrey Hamburger sostiene que esta imagen tiene como posible modelo una inicial como la que ilustra la festividad de San Juan Evangelista en el antifonario dominico de St. Katharinenthal. Cf. Hamburger 2002, pág. 197. La inicial figura en el fol. 84v del Ms. 2929 (ver pág. 211).

247 Nótese que aquí la imagen tradicional de la cera y el sello es usada no en su sentido habitual: la imagen de Dios impresa en el alma como en la cera de un sello, sino para referirse al modo en que, a través de las enseñanzas del Servidor, Elsbet se ha moldeado recibiendo la impresión de los elementos que componen una vida santa de principiante encarnada en el Servidor, en la que se aprende el arte de la imaginación y del uso espiritual de las imágenes. De alguna forma, la figura del Servidor usurpa de nuevo el rol divino.

248 «Una vida especular [a imagen de la] de Cristo» (*daz spiegelich leven Cristi*), literalmente «la vida especular de Cristo». La expresión refuerza la idea de «espejo» que impregna la entera *Vida*. Cristo es el espejo en el que contemplarse y reconocerse, y el Servidor, espejo de Cristo, reduplica esa función.

249 Jn 16, 7 (tema también del sermón 4). Margarita Porete, que utiliza a su vez el símbolo del águila, recoge esta misma cita del Evangelio de Juan para desarrollar una meditación dirigida a los que se encuentran en el cuarto estado, en el umbral de la frontera que les separa del «país de la libertad» y del «régimen de amor», frontera que deben traspasar. Véase «Introducción», pág. 29 y nota 54.

250 Sin nombrarlos explícitamente, no hay duda de que Seuse hace aquí alusión a los movimientos religiosos beguinales asociados, desde la condena de la beguina de Hainaut Margarita Porete en 1310, y sobre todo de los decretos de 1316 emanados del Concilio de Vienne de 1311, a la llamada «herejía del Libre Espíritu».

251 Podría ser que en las líneas que siguen Seuse polemizara directamente con el *Espejo de las almas simples* de Margarita Porete y su comentario a Prov 24, 16 en los capítulos 103: *Icy monstre que c'est a dire que le juste chet sept fois le jour*, y 105: *Que c'est a dire que le juste chet sept fois le jour*, interpretados a menudo en clave heterodoxa o directamente herética. Véase Garí 2012, págs. 232-235, y también «Introducción», pág. 30.

252 «Reducirme a nada y nada saber de mí mismo según ese modo» (*ze nihtú werden und umb mich selb in diser wise niht wissen*). Resuenan aquí las palabras de Margarita, exactamente en el cap. 7 del *Espejo*: «Esta Alma, que se ha convertido en nada, lo tiene todo y por ello no tiene nada, lo quiere todo y no quiere nada, lo sabe todo y no sabe nada». Véase «Introducción», págs. 29-30.

253 Como señala Wackernagel, Seuse no rechaza en sí mismas ni las enseñanzas ni la espiritualidad que impregna muchos de los movimientos religiosos y místicos de su tiempo, sino la falta de discernimiento en su aplicación y uso. Cf. Wackernagel 2005, pág. 90, n. 8.

254 Esta polémica frase, que figura explícitamente en la condena del Concilio de Vienne de la herejía del Libre Espíritu, aparece exclusivamente en el manuscrito M y podría ser una interpolación. A partir de este momento el texto pasa del singular al plural.

255 «Todo en todo... esto o aquello» (*al in al... dis und daz*), expresiones típicamente eckhartianas: frente al ser infinito que es «todo en todo» sin distinción, el ser finito se caracteriza por ser «esto o aquello», este o aquel ser.

256 La verdadera pobreza, tal como sostenían los movimientos de «pobreza voluntaria», es una pobreza espiritual que alcanza desde el siglo XIII un carácter marcadamente mistagógico ligado al anonadamiento.

257 Tal como explicará un poco más adelante, en el capítulo 52.

258 «Tres tipos de muerte» (*drierley vergangenheit*). He traducido aquí y a lo largo de este capítulo este concepto por «muerte» y «aniquilamiento», y no por «dejar atrás» como en el resto de la *Vida*, ni como «exceso», que sería la traducción de Surio en este preciso caso, para subrayar el retiro y desaparición total de algo como metáfora de la muerte.

259 2 Cor 12, 2.

260 «Sucumbe por completo» (*dik entwürket*), literalmente «se desactiva por completo». Surio traduce *se ipsum transcendit*, pero el alto alemán medio indica la idea de pérdida de sí mismo. He evitado, sin embargo, el uso de «anonadamiento», porque aquí no resulta explícita la idea de reducirse a nada que Seuse utiliza en contadas ocasiones y con gran precaución, por mantener la noción de que, incluso en la experiencia unitiva donde el ser humano nada sabe de sí mismo, algo de él permanece.

261 «Del obstáculo» (*mitel*), es decir, de la falta o pecado.

262 W. Wackernagel, 2005, llama la atención sobre el hecho de que tres manuscritos anoten en los márgenes el nombre de Aristóteles, de quien procede efectivamente la doctrina del «accidente» (*zuoval*), aun si Bihlmeyer, 1907, pág. 162, n. 19, siguiendo a Denifle, considera que aquí la definición procedería de Porfirio, pág. 90, n. 16.

263 «Anonadamiento... se haga nada» (*vernichtkeit... ze nihtú werden*). Es esta la única ocasión en que Seuse utiliza en la *Vida* el término «anonadamiento» de forma literal y explicitando unas líneas más abajo su significado: «hacerse nada». Para expresar ideas muy cercanas a este concepto suele recurrir, en cambio, al verbo *entwerden*, que significa «dejar de ser» o, en algunos casos, «ser menos», «abajarse», «rebajarse». En todo caso, del conjunto de este párrafo se deduce que *vernichten* y *ze nihtú werden* equivalen a «la muerte de sí mismo en la Deidad». Más adelante usará, también en una sola ocasión, el término «devenir nonada», *nichtesnit werden*.

264 «Dejar de ser» (*entwerden*). Sobre su uso en la *Vida*, véase nota anterior.

265 «Modelo» (*bild*), es decir, la imagen ejemplar de Cristo que es el modelo a seguir.

266 «Que las cosas fluyan de ella sin ella» (*du ding sunder in uss im fliessen*), es decir, que su no obrar consista en no estar implicadas ellas mismas en sus obras. Sobre ese obrar del alma sin ella habla extensamente Margarita Porete en los caps. 7, 27, 58 y 59. En el capítulo 59 afirma: «Gentes así podrían gobernar un país si fuera necesario, y [lo harían] todo sin ellas mismas».

267 Lc 23, 46.

268 Jn 19, 30.

269 «Sí propio» (*sinsheit*), mismidad o el sí mismo en aquello que tiene de particular y no de universal.

270 «Entradas secretas» (*hainliches inganges*). La mayor parte de las veces Seuse utiliza el término «entrada» (*ingang*) para designar el proceso por el que el ser humano se interna en la Deidad, un proceso que en el capítulo 12 del *Pequeño libro de la eterna Sabiduría* se define en estos términos: *und ie abgescheidner lediger usgang, ie vrier ufgang, und ie vrier ufgang, ie neher ingang in die wilden wuesti und in daz tief abgründe der wiselosen gotheit*, «cuanto más separada y libre la salida, tanto más libre la subida y más íntima la entrada en la desierta solitud y en el profundo abismo de la Deidad sin modo», cf. Ederding 1997, pág. 214.

271 «Un ser abandonado ha de desprenderse de su imagen de criatura, conformar su imagen a Cristo y transformarla en la Deidad» (*ein gelassener mensch mu'ss entbildet werden von der creatur; gebildet werden mit Cristo, und überbildet in der gotheit*), literalmente «desimaginarse», «imaginarse» y «sobreimaginarse» o «desformarse (desprenderse de la forma) de criatura, con-formarse a Cristo y trans-formarse en la Deidad». Los términos *bild bilden* pueden traducirse por «forma» y «formar» además de por «imagen» e «imaginar»; he intentado mantener en la traducción la idea subyacente a toda la obra de Seuse del uso de las imágenes en el proceso de superación de toda imagen en la Deidad. Como señala W. Wackernagel 2005, pág. 91, n. 22, este famoso aforismo de Seuse conecta con la idea del Maestro Eckhart según la cual las más altas potencias del alma han de deshacerse de toda imagen de sí mismas para transformarse en Dios; el proceso es en Seuse, sin duda, más claramente cristocéntrico, pues toda transformación pasa por la conformación a la imagen de Cristo.

272 Es decir que, al buscar la verdad en el «recogimiento» (*inker*), en el interior de uno mismo el ser humano

percibe aquello que subsiste en él de criatura y eso le hace sufrir; aceptar ese sufrir le hace simple, y el peso o «fatiga» desaparece en la «a-versión» o desprendimiento (*vonker*), al dar la espalda a cuanto hay en él de criatura.

273 «Morada interior» (*inburgheit*). El término indica el interior o el fondo del alma, Nicklas 1914, pág. 42; Egerding 1997, pág. 164. He traducido por «morada» (*burg*) considerándolo un precedente de la alegoría del castillo o morada interior propia de la tradición mística de Teresa de Ávila.

274 Aristóteles, *Física* VII, 241 b, 24 ss.

275 Santo Tomás, *Summa theologiae* I, cuestión 54, artículo 1.

276 Ibídem, cuestión 14, artículo 5.

277 Éx 33, 20; santo Tomás, *Summa theologiae* I, cuestión 12, artículo 11.

278 Rom 1, 20.

279 Es decir, el acontecimiento por el cual las criaturas reconocen a Dios en tanto que este se refleja en lo creado como en un espejo; un modo de conocer que para Seuse se fundamenta en Rom 1, 20. Muchos autores medievales usan la etimología de *speculare* y la metáfora del espejo.

280 Los siete conocidos en la Edad Media: Sol, Luna, Marte, Mercurio, Júpiter, Venus y Saturno.

281 «Un júbilo cordial» (*ein herzkliches jubiliere*); el «júbilo» es ya en san Agustín expresión de la alegría inexpressable, referida a menudo al alma en la unión mística; al respecto, véase Lüers 1926, págs. 202-203.

282 Se trata obviamente del propio Servidor.

283 Es decir, el tiempo de recitar el nocturno y las laudes del oficio de difuntos, que los dominicos en aquella época recitaban dos veces.

284 «Como si flotara en el aire y nadara entre el tiempo y la eternidad en el profundo oleaje de las maravillas insondables de Dios» (*als ob in dem luft swepti, und enzwischen zit und ewikeit in dem tiefen wage gotes grundlosen wundern swummi*); los términos «volar» y «nadar» como metáforas del goce divino, utilizados en varios momentos por Seuse, son frecuentes en toda la tradición mística medieval; aparecen, por ejemplo, en el reposo absoluto del sexto modo de amor de Beatriz de Nazaret, Cirlot y Garí 2008, págs. 269-270.

285 Seuse toca aquí el tema de las virtudes y el modo en que estas son practicadas y adquiridas. Quien ha alcanzado a conquistarlas –parece decir aquí con ecos que recuerdan a Margarita Porete, si bien formulando las cosas con menor radicalidad– ya no las practica esforzadamente, sino que le pertenecen, adornan y sirven.

286 Seuse sigue en este capítulo, parafraseándolo en varios párrafos, el *Itinerarium mentis in Deum* de Buenaventura.

287 Sobre el concepto «todo en todo», véase nota 255.

288 Aristóteles, *Metafísica* 993, b 9.

289 Todo el párrafo sigue casi literalmente a Buenaventura, *Itinerarium mentis in Deum*, v, 3-4.

290 La palabra en alto alemán medio *wirklichkeit* es utilizada ya por Eckhart como traducción del concepto latino *actualitas*.

291 «Un único uno en la simple desnudez» (*ein einiges ein ist in ainvaltiger blossheit*): según Gerta Lüers la expresión *einic ein* es comúnmente utilizada desde Plotino y Dionisio como anominación de la unidad trascendente de lo divino y como síntesis de lo múltiple en la totalidad, cf. Lüers 1926, págs. 175-177.

292 Buenaventura, *Itinerarium mentis in Deum* v, 4.

293 «Un anillo circular» (*ein cirkellicher ring*). Seuse alude a una definición tradicional de Dios, atribuida a Hermes Trismegisto y el *Libro de los 24 filósofos*, según la cual «Dios es una esfera infinita cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna»; la misma imagen se repite en diversos autores como Alain de Lille, Buenaventura y Eckhart, pero en Seuse la esfera ha ampliado su significado simbólico al convertirse en anillo nupcial.

294 Seuse utiliza aquí los términos «flujo» y «reflujo», *usfluss/widerfliessens*, para describir la procesión y el movimiento circular de los seres a imagen de las Personas en la Trinidad. Más o menos cercanos en su significado a esa idea de emanación y retorno, pero usados con diferentes matices, se encuentran también en el texto de la *Vida* los pares de conceptos: *usschlag/widerschlag*, *uswal/widerinwal*, *entgissung*, *unrunse*. Ver pág.

295 San Agustín, *De Trinitate* IV, c. 20 (PL 42, 908).

296 «En el Verbo que germina» (*in dem usgruonendem worte*), el concepto contiene el doble significado de «germinar» y «reverdecen», cf. Lüers 1926, págs. 190-191.

297 Dionisio Areopagita, *De divinis nominibus*, PG 3, II, 5, 7.

298 Santo Tomás, *Summa contra Gentiles* 4, 11.

299 Jn 1, 1.

300 «Deshacerse de Dios... deshacerse del espíritu» (*entgoetet werden... entgeistet werden*), literalmente «desdiosarse... des-espiritualizarse». Seuse retoma en estas líneas la polémica contra la llamada herejía del Libre Espíritu. Aquí parece querer indicar, a través de la pregunta de la hija, la fascinación que podían ejercer en las personas entregadas a la mística tales ideas, precisamente por su cercanía con las doctrinas de una buena parte del «nuevo misticismo», tal como se formularán a continuación.

301 Job 31, 23.

302 Rom 8, 15.

303 Gál 2, 20.

304 Mt 5, 3.

305 En toda esta explicación Seuse parece tener presente directa o indirectamente el pensamiento de Margarita Porete. La idea de deshacerse de Dios y desespiritualizarse encierra en cierto modo –y quizás alude implícitamente a él– el tema desarrollado en el *Espejo* de la necesidad del alma de morir al espíritu para penetrar en Amor y de renunciar a Dios por Dios. La necesaria depreciación por parte del alma de aquello que le es suyo y el hundimiento de su propia voluntad para abandonarse a la voluntad divina están también implícitos aquí. Finalmente, la cita del sermón de la montaña con la que Eckhart da comienzo a su famoso sermón 52, en el que parafrasea a Margarita, refuerza la sensación de un espacio polémico de pensamiento común.

306 Agustín, *De Genesis ad litt* XII, 4.

307 Gn 41, 1-4.

308 Agustín, *Confessiones* VI 13 PL 32, 731.

309 «Una persona así de noble» (*ein soelicher edelr mensch*), se trata del «hombre noble» según el título habitual del famoso tratado del Maestro Eckhart *Von edeln menschen*, Vega 1998, págs. 115-124.

310 Jn 12, 27.

311 A partir de aquí y hasta el final del capítulo, amplios extractos del texto parafrasean el poema *Von dem Überschalle* y su comentario (véase Pfeiffer, *Deutsche Mystiker des Vierzehnten Jahrhunderts*, vol.2: *Meister Eckhart*, págs.516-520) intercalado con algunos pasajes del *Liber positionum* (véase ibidem, págs. 668-671), ambos pseudoeckhartianos. Kurt Ruh sostiene que el poema y su glosa derivan de la *Vida*, Ruh 1966, págs. 195-200, y Ruh 1996, pág.460; W. Wackernagel argumenta en cambio en sentido contrario, es decir, que es Seuse quien parafrasea ambos textos, Wackernagel 2005, págs. 17-18.

312 «Introversión» (*inschlag*) significa la esencia de la Deidad considerada en sí misma y se corresponde con el par *usschlag*, que es la efusión de las Personas, y *widerschlag*, el reflujo de las personas en la esencia de la Deidad. Cf. Nicklas 1914, pág. 112.

313 «El espíritu pierde su sí propio, desaparece según su propia actividad» (*und der geist verlúret sin selbsheit: er vergat na sin selbs wirklichkeit*). Margarita Porete afirma que las almas olvidadas en la muerte de su espíritu obran ellas sin ellas, véase nota 178.

314 San Agustín, *De Trinitate* I y VII.

315 Jn 1, 3.

316 Gál 2, 20.

317 Bernardo de Claraval, *De diligendo Deo*, cap. 10, PL 182, 991.

318 1 Cor 15, 28.

319 1 Cor 13, 12.

320 Cf. cap. 5 del *Pequeño libro de la Verdad*, obra de juventud que está claramente presente en estos últimos capítulos de la *Vida* y que junto a ella conforma los textos más especulativos de Heinrich Seuse.

321 «Desactivado y deshecho de su espíritu» (*entwürket und entgeistet*), es decir, habiendo perdido toda obra y des-espiritualizado o deshecho de su espíritu en el sentido expresado en el capítulo 50.

322 Dionisio Areopagita, *Teología mística* I, 1.

323 Seuse sintetiza aquí su entera teoría de la imagen y su uso mistagógico, que apunta a la supresión de toda imagen.

324 Sobre el anillo, véase nota 293; aquí Seuse utiliza tanto el término «anillo» (*ring*) como el de «círculo» (*kreiss*). Lavaud 1943, pág. 391, señala el paralelo con la definición de Dante de la Deidad como tres círculos de tres colores y un solo contenido; Dante, *Paraíso* XXXIII, 115-117: «Nella profonda e chiara sussistenza / Dell'alto lume parvemi tre giri / Di tre colori e d'una continenza».

325 «La centella luminosa del alma» (*liechten fúnklin der sele*), es decir, la centella o chispa del alma ensalzada a menudo por el Maestro Eckhart.

326 2 Cor 12, 2.

327 Bernardo de Claraval, *De gradibus humilitatis* 7 y 8, PL 182, 952-955.

328 Cierra el texto de la *Vida* la imagen núm. 11, situada en el Ms. 2929 en el folio 82r (ver pág. 201), que sintetiza «mediante imágenes» el camino mistagógico de salida y regreso del alma del abismo y al abismo de la Deidad. La imagen núm. 12 (ver pág. 203), que como hemos visto está relacionada también con la *Vida*, se encuentra situada en el Ms. 2929 de Estrasburgo en el folio 109v, ya en el segundo libro del *Ejemplar*, es decir, el *Pequeño libro de la eterna Sabiduría*.

Título original: *Leben*

Edición en formato digital: diciembre de 2013

Colección dirigida por Victoria Cirlot

© De la introducción, traducción y notas, Blanca Garí, 2013

© Ediciones Siruela, S. A., 2013

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15937-90-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Vida	4
Introducción	6
Nota a la presente edición	23
Vida	27
Prólogo del Ejemplar1	29
Primer libro, Vida	32
Ilustraciones	147
Bibliografía	187
Índice bíblico	194
Índice de autores	196
Notas	197
Créditos	219